EL ESPÍRITU DE CRISTO

Rev. Andrew Murray

Indice:

0. Prefacio
1. Un nuevo espíritu, y el Espíritu de Dios
2. El Bautismo del Espíritu
3. Adoración en el Espíritu
4. El Espíritu e la Palabra
5. El Espíritu del Jesús Glorificado
6. El Espíritu inherente
7. El Espíritu es dado al obediente
8. Conociendo al Espíritu
9. El Espíritu de Verdad
10. La Conveniencia de la venida del Espíritu
11. El Espíritu glorificando a Cristo
12. El Espíritu convenciendo del pecado
13. Esperando al Espíritu
14. El Espíritu de Poder
15. El Derramamiento del Espíritu
16. El Espíritu Santo e la misión
17. La Novedad del Espíritu
18. La Libertad del Espíritu
19. La Guía del Espíritu
20. El Espíritu de Oración
21. El Espíritu Santo e la Conciencia
22. La Revelación del Espíritu
23. Espiritual o carnal
24. El Templo del Espíritu Santo
25. El Ministerio del Espíritu Santo
26. El Espíritu e la carne
27. El Espíritu a través de Fe
28. Conducta en el Espíritu
29. El Espíritu de Amor
30. La Unidad del Espíritu
31. Llenado por el Espíritu

PREFACIO

En antiguos tiempos los creyentes se encontraron con Dios, le conocieron a Él, caminaron con Él, comprendieron claramente e plenamente que tenían relaciones con el Dios del cielo, y a través de fe tenían la seguridad que sus vidas fueron agradables para con Él. Cuando el Hijo de Dios vino al mundo, revelando al Padre, fue para que semejante ínter-actuación con Dios, y la seguridad de Su Favor, iban estar más distintos, volviéndose la herencia continua de cada hijo de Dios. Cuando El fue exaltado al Trono de Gloria, fue para enviar en nuestros corazones al Espíritu Santo, en quien el Padre y el Hijo tienen su propia bendita vida en el cielo, para mantener en nosotros, en el poder Divino, la bendita Vida de comunión con Dios. Sería una de las marcas del Nuevo Pacto que cada miembro de ella caminara en comunión personal con Dios. "No enseñará más cada uno a su prójimo, Conozca al Señor; Porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande de ellos, dice Jehová; Porque yo perdonaré su iniquidad." La comunión personal con y el conocimiento de Dios en el Espíritu Santo fue el fruto del perdón del pecado. El Espíritu del Hijo de Dios, enviado a nuestros corazones para hacer cada momento una obra tan divina como la obra del Hijo en redimirnos, desplazar nuestra vida y reemplazarla por la vida de Cristo en el poder, para hacer al Hijo de Dios Divinamente y conscientemente siempre presente con nosotros - esto era lo que el Padre había prometido como la bendición distintiva del Nuevo Testamento. La comunión de Dios como los Tres en Uno debía estar dentro de nosotros; El Espíritu revelando al Hijo en nosotros, y por medio de Él al Padre. Que hay pocos creyentes que se den cuenta de este caminar con Dios, esta vida en Dios, tal como su Padre ha preparado para ellos, nadie negará. Tampoco disputará la causa de este fracaso. Se reconoce en todas las partes que el Espíritu Santo, a través de cuya Divina Omnipotencia esta

revelación interior del Hijo y del Padre en la vida y la semejanza del creyente debe tomar lugar, no se conoce ni se reconoce en la Iglesia como debe ser. En nuestra predicación y en nuestra práctica Él no tiene este lugar de prominencia que Él tiene en el plan de Dios y en Sus promesas. Mientras que nuestro credo sobre el Espíritu Santo es ortodoxo y escritural, Su presencia y poder en la vida de los creyentes, en el ministerio de la palabra, en el testimonio de la Iglesia para el mundo, no es lo que la palabra promete o lo que el plan de Dios requiere.

No son pocos lo que son conscientes de esta gran necesidad, y pidan encarecidamente conocer la mente de Dios concerniente a ella, y el camino de liberación de ella. Algunos sienten que su propia vida no es lo que debería y podría ser. Muchos de ellos pueden mirar hacia atrás a alguna temporada especial de avivamiento espiritual, cuando su vida entera fue al parecer elevado a un nivel superior. La experiencia de la alegría y la fuerza de la presencia del Salvador, mientras aprendían que los mantendría confiando, fue, por un tiempo, más real y bendita. Pero no duró: se produjo un declive muy gradual en una etapa inferior, con mucho esfuerzo vano y triste fracaso. Desearían saber dónde está el mal. No hay duda de que la respuesta debe ser ésta: no conocían ni honraban al Espíritu Inherente como la fuerza de su vida, como el poder de su fe, para mantenerlos siempre mirando a Jesús y confiando en Él. No sabían lo que era, día tras día, esperar con humilde reverencia al Espíritu Santo para librar del poder de la carne y mantener la maravillosa presencia del Padre y del Hijo dentro de ellos.

Hay muchos más, decenas de miles de hijos queridos de Dios, que todavía saben muy poco de las experiencias, incluso temporales, de una vida más brillante que la de un interminable tropezar y levantarse. Han vivido fuera de avivamientos y conferencias; La enseñanza que reciben no es especialmente útil en materia de consagración completa.

Su entorno no es favorable al crecimiento de la vida espiritual. Hay muchas horas de ardiente deseo de vivir más de acuerdo a la voluntad de Dios, pero la perspectiva de que sea realmente posible caminar y agradar a Dios, digno del Señor a todos los bienaventurados apenas ha llegado a ellos. A la mejor parte de su derecho de primogenitura como hijos de Dios, al regalo más precioso del amor del Padre en Cristo, el don del Espíritu Santo, para habitar en ellos y para guiarlos, son prácticamente extraños.

De hecho, sería un privilegio indescriptible si mi Dios me usara para traer a estos amados hijos la pregunta de su Palabra: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" Y luego contarles la bendita noticia de lo que es la gloriosa obra que este Espíritu, que ellos tienen dentro de ellos, es capaz de hacer en cada uno de ellos. Yo, si pudiera, les mostraré qué es lo que ha impedido hasta ahora que el Espíritu haga su bendita obra, y cuán divinamente simple es el camino por el cual cada alma recta puede entrar en la alegría de todo lo que se le ha dado a trabajar dentro de nosotros, incluso la revelación completa de la presencia del Jesús que mora en ella. Humildemente, he pedido a mi Dios que Él dé, incluso en mis débiles palabras, la vivificación de Su Espíritu Santo, que a través de ellos los Pensamientos y la Verdad, el Amor y el Poder de Dios, puedan entrar y brillar en los corazones de Muchos de Sus hijos, y traen la bendita realidad y experimentan el maravilloso Regalo de Amor del cual ellos hablan: la Vida y la Alegría del Espíritu Santo, mientras Él trae cerca y glorifica dentro de ellos este Jesús que hasta ahora sólo han conocido a una distancia, muy lejos encima de ellos.

Debo confesar que todavía tenía otro deseo. Tengo fuertes temores -deseo decirlo con profunda humildad- de que en la teología de nuestras Iglesias la Enseñanza y Liderazgo del Espíritu de la Verdad, la unción que por sí sola enseña

todas las cosas, no tiene un reconocimiento práctico que un Dios Santo exige, lo cual Nuestro Salvador quería que tuvieran. En todo lo que concierne a la Palabra de Dios, la Iglesia de Cristo, y a la obra del Amor Salvador que se hará en la tierra en nombre de Cristo, se quiere decir que el Espíritu Santo debe tener el mismo y supremo lugar de honor que tenía en la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles. Si los líderes de nuestros credos de la iglesia y juntas de la iglesia, nuestros profesores de teología y nuestros comentaristas, si nuestros ministros y estudiantes, nuestros escritores religiosos y trabajadores, eran plenamente conscientes de este hecho, seguramente los signos de ese honor dado y aceptado, las marcas de Su Santa Presencia serían más claras, Sus poderosas obras más manifiestas. Confío en que no haya sido presuntuoso en mí esperar que lo que se ha escrito puede ayudar a recordar a nuestros Maestros de Israel lo que se pasa fácilmente por alto, que la primera, la exigencia indispensable de lo que realmente da fruto para la eternidad es, Que estén lleno del poder del Espíritu Eterno.
Soy consciente de que se espera de lo que pide la atención de nuestros hombres de mente y cultura, nuestros "teólogos científicos", que llevará tales marcas de erudición, de fuerza de pensamiento y poder de expresión, que no puedo pretender de tener, pero me atrevo a pedir a cualquiera de estos honrados hermanos bajo cuyos ojos estas líneas pueden venir, a considerar el libro, si no en ningún otro aspecto, al menos como el eco de un grito por luz que se eleva de diez mil corazones, como la declaración de preguntas para la solución de la cual muchos están anhelando. Hay un profundo sentimiento por todas partes que el ideal de la Escritura, que la propia promesa de Cristo de lo que la Iglesia debe ser, y su estado actual, no corresponden.
De todas las cuestiones teológicas no hay ninguna que nos lleve más profundamente a la gloria de Dios, o que sea de

mayor importancia vital y práctica para la vida cotidiana, que aquella que trata de lo que es la consumación y culminación de la Revelación de Dios y la obra de la Redención: de qué manera y en qué medida el Espíritu Santo de Dios puede habitar, puede llenar, puede convertir en un santo y bello templo de Dios, el corazón de Su hijo, con Cristo reinando allí, como un eterno y presente Salvador Todopoderoso. Es la cuestión en la teología de que la solución, si fue buscada y encontrada en la presencia y la enseñanza del Espíritu mismo, transformaría toda nuestra teología en ese conocimiento de Dios que es la vida eterna.

La teología, en todas las formas posibles, no nos hace falta. Pero es como si, con toda nuestro escribir, predicar y trabajar, hubiera algo que falta. ¿No es el poder de lo alto lo que nos falta? No sea que, con todo nuestro amor por Cristo y el trabajo por Su causa, no hayamos hecho el objeto principal de nuestro deseo cuál era el objeto principal de Su corazón cuando Él subió al trono - tener Sus discípulos como una compañía de hombres esperando la vestimenta con el poder del Espíritu Santo, para que en ese poder de la presencia sentida de su Señor pudieran testificar de Él? Que Dios resucite de entre nuestros teólogos a muchos que darán su vida para asegurar al Espíritu Santo de Dios su reconocimiento en la vida de los creyentes, en el ministerio de la palabra por la lengua y la pluma, en todo el trabajo realizado en Su Iglesia.

He notado con profundo interés un llamado a la unión en la oración, en primer lugar, "que la vida cristiana y la enseñanza estén cada vez más sujetas al Espíritu Santo". Creo que una de las primeras bendiciones de esta oración unida será dirigir la atención a la razón por la que tal oración no se responde más evidentemente, y a la verdadera preparación para recibir una respuesta abundante. En mi lectura en relación con este tema, en mi observación de la vida de los creyentes, y en mi

experiencia personal, he quedado muy impresionado con un solo pensamiento. Es, que nuestra oración por la poderosa obra del Espíritu Santo a través de nosotros y alrededor de nosotros sólo puede ser poderosamente contestada cuando Su morada en cada creyente es más claramente reconocido y vivido. Tenemos el Espíritu Santo dentro de nosotros: sólo el que es fiel en los menores recibirá el mayor. Cuando nos entregamos primero a ser guiados por el Espíritu, a confesar Su presencia en nosotros; A medida que los creyentes se levantan para darse cuenta y aceptar su guía en toda su vida cotidiana; Nuestro Dios estará dispuesto a confiar a nosotros medidas más grandes de Sus poderosas obras. Si nos entregamos enteramente a Su poder, como nuestra vida, gobernando dentro de nosotros, Él se entregará a nosotros en tomar una posesión más completa, para trabajar a través de nosotros.

Si hay algo que deseo, es que el Señor pueda usar lo que he escrito para dejar en claro e impresionar esta única verdad: es como una Vida Permanente que el Espíritu Santo debe ser conocido. En una fe viva y adoradora, la morada debe ser aceptada y atesorada, hasta que se convierta en parte de la conciencia del hombre nuevo: El Espíritu Santo me posee. En esta fe toda la vida, hasta las cosas más pequeñas, deben ser entregadas a su dirección, mientras que todo lo que es de la carne o de sí mismo es crucificado y condenado a muerte. Si en esta fe esperamos a Dios por su divino liderazgo y trabajo, poniéndonos totalmente a su disposición, nuestra oración no puede permanecer inaudita; Habrá operaciones y manifestaciones del poder del Espíritu en la Iglesia y en el mundo tal como no podíamos atrevernos a esperar. El Espíritu Santo sólo exige vasijas enteramente consagradas a Él. Él se deleitará en manifestar la gloria de Cristo nuestro Señor.
Yo encomiendo a cada uno de mis queridos creyentes a la

enseñanza del Espíritu Santo. Que todos, al estudiar Su obra, participemos de la unción que enseña todas las cosas.
Andrew Murray: El Espíritu de Cristo

Capítulo 1

Un Espíritu Nuevo y el Espíritu de Dios.

Te daré un corazón nuevo, y pondré dentro de ti un espíritu nuevo. Y pondré mi Espíritu dentro de ti. ' -Ezequiel 36: 26, 27.

DIOS se ha revelado en dos grandes dispensaciones. En el Antiguo tenemos el tiempo de promesa y preparación, en el Nuevo, el de cumplimiento y posesión. En armonía con la diferencia de las dos dispensaciones, hay un doble trabajo del Espíritu de Dios. En el Antiguo Testamento tenemos el Espíritu de Dios viniendo sobre los hombres, y trabajando en ellos en épocas y caminos especiales, trabajando desde arriba y desde afuera hacia adentro. En el Nuevo Testamento tenemos el Espíritu Santo entrando en ellos y viviendo dentro de ellos, trabajando desde dentro, hacia fuera y hacia arriba. En el primero tenemos el Espíritu de Dios como Omnipotente y Santo; En este último tenemos el Espíritu del Padre de Jesucristo.
La diferencia entre la doble operación del Espíritu Santo no debe considerarse como si, con el cierre del Antiguo Testamento, iba cesar, que en el Nuevo no hubiera más trabajo de preparación. De ninguna manera. Así como hubo en el Antiguo bendito anticipaciones de la inhabitación del Espíritu de Dios, así ahora en el Nuevo Testamento el doble trabajo todavía continúa. Según la

falta de conocimiento, o de fe, o - de fidelidad, un creyente puede incluso en estos días obtener poco más allá de la medida del Antiguo Testamento de la obra del Espíritu. El Espíritu que mora en nosotros ha sido dado a todos los hijos de Dios, y sin embargo puede ser que experimenta poco más que la primera mitad de la promesa, el nuevo espíritu que nos es dado en la regeneración y no sabe casi nada del propio Espíritu de Dios. La obra del Espíritu en el convencimiento del pecado y de la rectitud, en Su conducción al arrepentimiento y la fe y la nueva vida, no es sino la obra preparatoria. La gloria distintiva de la dispensación del Espíritu es Su personalidad Divina que mora en el corazón del creyente, para revelar al Padre y al Hijo. Es sólo cuando los cristianos entienden y recuerdan esto, que serán capaces de reclamar la bendición completa preparada para ellos en Cristo Jesús.

En las palabras de Ezequiel encontramos, en una sola promesa, esta doble bendición que Dios otorga a través de Su Espíritu muy sorprendentemente establecida. El primero es: "Yo pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo", es decir, el espíritu del hombre debe ser renovado y vivificado por la obra del Espíritu de Dios. Cuando esto se haya hecho, entonces habrá la segunda bendición: "Yo pondré mi Espíritu dentro de ti", para morar en ese nuevo espíritu, donde Dios habitará, Él debe tener una morada. Con Adán tuvo que crear un cuerpo, antes de poder respirar el espíritu de vida dentro de él. En Israel, el tabernáculo y el templo tenían que ser construidos y completados antes de que Dios pudiera bajar y tomar posesión. Y así se da un corazón nuevo, y un espíritu nuevo puesto en nosotros, como la condición indispensable del Espíritu de Dios que es dado para habitar en nosotros. La diferencia es la misma que encontramos en la oración de David. Primero, 'Crea en mí un corazón limpio, ¡oh Dios! Y renueva en mí el espíritu recto; Entonces, 'No tomes tu Espíritu Santo de mí.' O lo que se

indica en las palabras: "Lo que es nacido del espíritu es espíritu", hay el Espíritu Divino engendrando, y el espíritu nuevo engendrado por Él. Así también se distinguen los dos: "El Espíritu de Dios da testimonio con nuestros espíritus de que somos hijos de Dios. Nuestro espíritu es el renovado espíritu regenerado; Habitando en esto, y sin embargo distinguido de él, es el Espíritu Santo de Dios, testificando en, con y por medio de él".
La importancia de reconocer esta distinción puede ser fácilmente percibida. Entonces podremos comprender la verdadera relación entre la regeneración y la morada del Espíritu. La primera es que la obra del Espíritu Santo, por la cual Él nos convence del pecado, conduce al arrepentimiento y a la fe en Cristo, e imparte una nueva naturaleza. Por medio del Espíritu Dios así cumple la promesa, "pondré un espíritu nuevo dentro de ti". El creyente es ahora un hijo de Dios, un templo preparado para que el Espíritu viva, donde la fe lo reclama, la segunda mitad de la promesa se cumple tan seguramente como la primera. Mientras el creyente se fija solamente en la renovación realizada en su espíritu, no vendrá a la vida de alegría y fuerza que se destina a Él. Pero cuando acepta la promesa de Dios de que hay algo mejor que incluso la nueva naturaleza, que el templo interior, que quiere el Espíritu Del Padre y del Hijo habitar en él, se abre una maravillosa perspectiva de santidad y bienaventuranza. se convierte en su único gran deseo el conocer correctamente este Espíritu Santo, cómo obra y qué pide, para saber cómo puede plenamente experimentar de su morada, y esa revelación del Hijo de Dios dentro de nosotros que es Su obra para otorgar.
La pregunta será puesta: ¿Cómo se cumplen estas dos partes de la Divina promesa? Simultánea o sucesivamente? La respuesta es muy simple: desde el lado de Dios el doble don es simultáneo. El Espíritu no está dividido: al dar el Espíritu, Dios se da a sí mismo y todo lo que Él es. Así fue

en el día de Pentecostés. Los tres mil recibieron el nuevo espíritu, con arrepentimiento y fe, y luego, cuando habían sido bautizados, el Espíritu Viviente, como sello de Dios para su fe, en un solo día. Por medio de la palabra de los discípulos, el Espíritu que había venido sobre ellos, obró poderosamente sobre la multitud, cambiando la disposición, el corazón y el espíritu. Cuando, en el poder de este nuevo espíritu que trabajaba en ellos, habían creído y confesado, recibieron el bautismo del Espíritu Santo para permanecer en ellos. Y así todavía en los tiempos en que el Espíritu de Dios se mueve poderosamente, y la Iglesia está viviendo en el poder del Espíritu, los hijos que son engendrados de ella reciben desde los primeros comienzos de su vida cristiana el distinto sellado consciente y la residencia del Espíritu. Y sin embargo, tenemos indicios en la Escritura de que puede haber circunstancias que dependen de la educación del predicador o de la fe de los osos en la que las dos mitades de la promesa no están tan estrechamente vinculadas. Así fue con los creyentes en Samaria convertidos bajo la predicación de Felipe; Y también con los conversos que Pablo encontró en Éfeso. En su caso se repitió la experiencia de los mismos apóstoles. Los consideramos como hombres regenerados antes de la muerte de nuestro Señor; Fue recién en Pentecostés cuando se cumplió la promesa: "Él estará en ti". Lo que se ve en ellos, así como en el Antiguo y el Nuevo Testamento, la gracia del Espíritu dividida en dos manifestaciones separadas, puede tener lugar todavía en nuestros días. Cuando el estándar de la vida espiritual en una Iglesia es enfermizo y bajo, cuando ni en la predicación de la palabra ni en el testimonio de los creyentes, la gloriosa verdad de un Espíritu Inherente es claramente proclamada, no debemos sorprendernos si, cuando Dios da Su Espíritu, Él es conocido y experimentado solamente como el Espíritu de regeneración. Su Presencia Permanente permanecerá un misterio. En el don de Dios, el Espíritu de Cristo en toda

Su plenitud es otorgado de una vez por todas como un Espíritu inherente; Pero Él es recibido y poseído sólo en la medida en que alcance la fe del creyente.
En la Iglesia se admite generalmente que el Espíritu Santo no tiene el reconocimiento que se debe que Él es igual al Padre y al Hijo, la Persona Divina a través de la cual solamente el Padre y el Hijo pueden ser verdaderamente poseídos y conocidos, en el cual únicamente la Iglesia tiene su belleza y su bienaventuranza. En la Reforma, de bendita memoria, el Evangelio de Cristo tuvo que ser vindicado del terrible error que hace la justicia del hombre la base de su aceptación, y la libertad de la gracia divina tuvo que ser mantenida. A los siglos que siguieron se confió la confianza de construir sobre ese fundamento, y desarrollar lo que las riquezas de la gracia harían para el creyente por medio de la morada del Espíritu de Jesús. La Iglesia descansó demasiado contenta en lo que había recibido, y la enseñanza de todo lo que el Espíritu Santo será para cada creyente, en su poder guía, santificador y fortalecedor, nunca ha tomado el lugar que debería tener en nuestra enseñanza y vida evangélica .
Y hay muchos cristianos fervientes que se van a unir en la confesión hecha últimamente por un joven creyente de inteligencia: „creo que entiendo la obra del Padre y del Hijo y me regocijo en ellos, pero apenas veo el lugar que el Espíritu tiene“. Unámonos con todos los que están invocando que Dios en poder puede conceder poderosas obras del Espíritu en Su Iglesia, para que cada hijo de Dios pueda probar que en él se cumple la doble promesa: Daré un espíritu nuevo dentro de ti, y daré Mi Espíritu dentro de ti.
Oremos para que podamos aprehender la maravillosa bendición del Espíritu Inherente, para volvernos hacia adentro y tener todo nuestro ser íntimo abierto para esto, la plena revelación del amor del Padre y la gracia de Jesús.
'Dentro de ti! 'Dentro de ti! Esta palabra dos veces repetida de nuestro texto es una de las palabras clave del "Nuevo

Pacto". „Pondré mi ley en su interior, y en su corazón la escribiré. Pondré mi temor en sus corazones, para que no se aparten de mí.“ Dios creó el corazón del hombre para Su morada. El pecado entró y lo contaminó. Cuatro mil años el Espíritu de Dios se esforzó y trabajó para recuperar la posesión. En la Encarnación y Expiación de Cristo, la Redención fue cumplida, y el reino de Dios establecido. Jesús podría decir: 'El reino de Dios ha venido a ustedes'; 'El reino de Dios está dentro de ustedes'. Es dentro de nosotros que debemos buscar el cumplimiento del Nuevo Pacto, el Pacto no de ordenanzas, sino de vida: en el poder de una vida sin fin, la ley y el temor de Dios se dan en nuestro corazón: el Espíritu de Cristo mismo estará dentro de nosotros como el poder de nuestra vida. No sólo en el Calvario, o en la resurrección, o en el trono, se ve la gloria de Cristo Conquistador, pero en nuestro corazón: dentro de nosotros, dentro de nosotros está la verdadera exhibición de la realidad y la gloria de Su Redención. Dentro de nosotros, en nuestro interior, está el santuario oculto donde está el arca de la Alianza, rociada con la Sangre, y conteniendo la Ley escrita en una escritura siempre viva por el Espíritu Inherente, y donde, por el Espíritu, el Padre Y el Hijo viene ahora a morar.

Dios mío Te doy gracias por esta doble bendición. Te doy gracias por ese maravilloso templo santo que has edificado en mí por ti mismo, un espíritu nuevo dado dentro de mí. Y Te doy gracias por esa aún más maravillosa Presencia Santa, por tu Propio Espíritu, que habita en mí, y allí revela al Padre y al Hijo.

Mi Dios, Te ruego que abras mis ojos por esto, el misterio de tu amor. Deja que Tus palabras, “dentro de vosotros”, me causan a inclinarme ante Ti en temor temblando ante tu condescendencia, y que mi único deseo sea que mi espíritu sea la digna morada de Tu Espíritu. Que ellos me levanten en santa confianza y expectativa, para buscar y reclamar todo lo que Tu promesa significa.

¡Padre mío!, te doy gracias porque tu Espíritu habita en mí. Te ruego que su morada sea en el poder, en la comunión viva contigo mismo, en la creciente experiencia de Su poder renovador, en la siempre renovada unción que testifica de Su Presencia y en la morada de mi Glorificado Señor Jesús. Que mi camino diario esté en la profunda reverencia de Su Santa Presencia dentro de mí, y la feliz experiencia de todo lo que Él obra. Amén.

Capitulo 2

El Bautismo del Espíritu

"Juan dio testimonio, diciendo: El que me envió a bautizar con agua, me dijo:" Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo"(Juan 1:33).
Había dos cosas que Juan el Bautista predicó acerca de la persona de Cristo: La una era que Él era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El otro, que Él bautizaría a Sus discípulos con el Espíritu Santo y con fuego. La Sangre del Cordero y el Bautismo del Espíritu eran las dos verdades centrales de su credo y su predicación. Son, en efecto, inseparables: la Iglesia no puede hacer su obra en el poder, ni su Señor exaltado puede ser glorificado en ella, excepto cuando la Sangre como piedra de fundación, y el Espíritu como la piedra angular, son plenamente predicados.
Esto no se ha hecho siempre en aquellos que aceptan la Escritura como su guía.La predicación del Cordero de Dios, de Su sufrimiento y expiación, de perdón y paz a través de Él, es más fácilmente aprehendida por la comprensión del hombre, Y puede influir más rápidamente sus sentimientos, que la verdad espiritual más interna del bautismo, la morada y la guía del Espíritu Santo. El derramamiento de la sangre tuvo lugar sobre la tierra, era algo visible y exterior, y, en virtud de los tipos, no ininteligible. El derramamiento del Espíritu estaba en el cielo, un misterio Divino y oculto. El derramamiento de la sangre era para los impíos y rebeldes; El don del Espíritu, para el discípulo amoroso y obediente. No es raro entonces, cuando la vida de la Iglesia no está la de una devoción muy intensa a su Señor, que la predicación y la fe del Bautismo del Espíritu encuentren menos entrada que la de la redención y el perdón.

Pero Dios no lo quería así. La promesa del Antiguo Testamento había hablado del Espíritu de Dios dentro de nosotros. El precursor tomó de inmediato la indicación, y no predicó del Cordero de Expiación sin decir a dónde debíamos ser redimidos, y cómo el alto propósito de Dios debía ser cumplido en nosotros. El pecado no era sólo culpa y condenación; Era contaminación y muerte. Había incurrido no sólo en la pérdida del favor de Dios que nos había hecho inadecuados para la Divina comunión. Y sin esto el maravilloso amor que había creado al hombre no podía contentarse. Dios quiso realmente tenernos para Sí, nuestros corazones y afectos, sí, nuestra íntima personalidad, nuestro propio ser, un hogar para que Su amor descansara, un templo para Su adoración. La predicación de Juan incluía tanto el principio como el fin de la redención: la sangre del Cordero debía limpiar el Templo de Dios y restaurar Su Trono dentro del corazón; Nada menos que el Bautismo y la Permanencia del Espíritu puede satisfacer el corazón de Dios o del hombre.

De lo que el Bautismo del Espíritu significaba, Jesús mismo tendría que ser el tipo: Él solo daría lo que Él mismo había recibido: porque el Espíritu habita en Él, Él podría bautizar con el Espíritu. ¿Y qué significaba el Espíritu que descendía y permanecía en Él? Había sido engendrado del Espíritu Santo; En el poder del Espíritu Él había crecido un niño y una juventud santos, había entrado en la mayoría de edad libre del pecado, y ahora había venido a Juan para entregarse a sí mismo para cumplir toda justicia al someterse al bautismo de arrepentimiento. Y ahora, como recompensa de Su obediencia, como el sello de aprobación del Padre sobre Su haber cedido hasta el momento al control del Espíritu, recibe una nueva comunicación del Poder de la Vida Celestial. Más allá de lo que había experimentado todavía, la presencia y el poder conscientes del Padre se apoderan de Él y le habilita para Su obra. El liderazgo y el poder del Espíritu son Suyos más

conscientemente (Lucas 4: 1, 14, 22) que antes; Ahora está ungido con el Espíritu Santo y con poder.
Pero aunque ahora es bautizado, no puede bautizar a otros todavía. Primero debe, en el poder de Su bautismo, encontrarse con la tentación y vencerla; Debe aprender la obediencia y sufrir, sí, a través del Espíritu Eterno, ofrecer a sí mismo un sacrificio a Dios y a Su voluntad, entonces solamente de nuevo recibirá el Espíritu Santo como recompensa de la obediencia (Hechos 2: 33), con el poder de bautizar todos los que le pertenecen.
Lo que vemos en Jesús nos enseña lo que es el bautismo del Espíritu. No es esta gracia por la cual nos volvemos a Dios, nos volvemos regenerados y buscamos vivir como hijos de Dios. Cuando Jesús recordó a sus discípulos (Hechos 1: 4) de la profecía de Juan, ellos ya eran participantes de esta gracia. Su bautismo con el Espíritu significaba algo más. Sería para ellos la presencia consciente de su Señor glorificado, regresado del cielo para morar en sus corazones, su participación en el poder de Su nueva Vida. Fue para ellos un bautismo de alegría y poder en su comunión viviente con Jesús en el Trono de Gloria. Todo lo que ellos debían recibir de sabiduría, valor y santidad, tenía su raíz en esto: lo que el Espíritu había sido para Jesús, cuando fue bautizado, como el vínculo vivo con el Poder y Presencia del Padre, Él debía ser A ellos: por medio de Él, el Hijo iba manifestarse a Sí Mismo, y Padre e Hijo iban habitar con ellos. "Sobre el cual verás el Espíritu que desciende y permanece sobre Él, éste es el que bautiza con el Espíritu Santo". Esta palabra nos llega tanto como a Juan. Para saber lo que significa el bautismo del Espíritu, cómo y de quién debemos recibirlo, debemos ver Aquel en quien el Espíritu descendió y permaneció. Debemos ver a Jesús bautizado con el Espíritu Santo. Debemos intentar comprender cómo lo necesitaba, cómo estaba preparado para ello, cómo se había sometido a él, cómo en su poder murió su muerte y resucitó. Lo que

Jesús tiene que darnos, primero lo recibió y se apropió personalmente para sí mismo; Lo que Él recibió y ganó para Sí mismo es todo para nosotros: Él lo hará nuestra propiedad. Sobre el cual vemos que el Espíritu permanece, Él bautiza con el Espíritu.
Con respecto a este bautismo del Espíritu hay preguntas que tal vez no son fácil de contestar, ya las que todos no daremos la misma respuesta. ¿Fue el derramamiento del Espíritu en Pentecostés el cumplimiento completo de la promesa, y fue el único bautismo del Espíritu, dado una vez por todas a la Iglesia recién nacida? ¿O no es la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos en el cuarto de los Hechos, sobre los samaritanos (Hechos 8), sobre los paganos en la casa de Cornelio (Hechos 10) y sobre los doce discípulos de Éfeso (Hechos 19), también para ser considerado como realizaciones separadas de las palabras, 'Él bautizará con el Espíritu Santo'? ¿Es el sellamiento del Espíritu dado a cada creyente en regeneración para ser contado por él como su bautismo del Espíritu? ¿O es, como algunos dicen, una bendición clara y definida que se recibirá más adelante? ¿Es una bendición dada una sola vez, o puede repetirse y renovarse? -En el curso de nuestro estudio encontraremos luz en la palabra de Dios que nos ayude a una solución de dificultades como éstas. Pero es de gran importancia que, al principio, no nos dejemos ocupar con puntos como éstos, que son después de todo de menor importancia, sino que fijamos todo nuestro corazón en las grandes lecciones espirituales que Dios quiere que aprendamos de la predicación Del Bautismo del Espíritu Santo. Estos son especialmente dos.
El primero es que este bautismo del Espíritu Santo es la corona y gloria de la obra de Jesús, que la necesitamos y debemos saber que la tenemos, si queremos vivir la verdadera vida cristiana. Lo necesitamos. El Santo Jesús lo necesitaba. Los discípulos amorosos y obedientes de Cristo lo necesitaban. Es algo más que la obra del Espíritu

en la regeneración. Es el Espíritu personal de Cristo que lo hace presente dentro de nosotros, permaneciendo siempre en el corazón en el poder de su naturaleza glorificada, pues él es exaltado sobre cada enemigo. Es el Espíritu de la Vida de Cristo Jesús quien nos libera de la ley del pecado y de la muerte y nos trae, como experiencia personal, a la libertad del pecado a la que Cristo nos redimió, pero que para muchos regenerados es sólo una Bendición registrada, en su nombre, pero no poseída o disfrutada. Es el fortalecimiento con poder para llenarnos de audacia en presencia de todos los peligros, y dar la victoria sobre el mundo y cada enemigo. Es el cumplimiento de lo que Dios quiso decir en Su promesa: Yo habitaré en ellos, y andaré en ellos. Pidamos al Padre que nos revele todo lo que su amor significa para nosotros, hasta que nuestras almas estén llenas de la gloria del pensamiento: Él bautiza con el Espíritu Santo.

Y luego está la otra lección: es Jesús quien así bautiza. Si consideramos este bautismo como algo que ya tenemos, y del cual sólo queremos una aprehensión más completa, o algo que todavía debemos recibir, en esto todos estamos de acuerdo: es sólo en la comunión de Jesús, en el fiel apego y obediencia a Él, que una vida bautizada puede ser recibida, mantenida o renovada. 'El que cree en mí', dijo Jesús, 'de su vientre fluirán ríos de agua viva'. Lo único que necesitamos es una fe viva en el Jesús que mora en nosotros: el agua viva fluirá seguramente y libremente. La fe es el instinto de la nueva naturaleza, por la cual reconoce y recibe su comida y bebida Divina. En el poder del Espíritu que habita en cada creyente, confiemos en Jesús, que llena del Espíritu, y nos aferramos a Él en amor y obediencia. Es Él quien bautiza: en contacto con Él, en la devoción a Él, en la confianza que Él se ha dado y aún se entregará completamente a nosotros, miremos a Él por nada menos que todo lo que el bautismo del Espíritu pueda implicar.

Haciendo esto, recordemos especialmente una cosa: sólo el que es fiel en lo más mínimo, será gobernador sobre mucho. Sé muy fiel a lo que ya tienes y sabes de la obra del Espíritu. Considérese con profunda reverencia como templo santo de Dios. Espera y escucha el más suave susurro del Espíritu de Dios dentro de ti. Escuche especialmente a la conciencia, que ha sido purificada en la sangre. Mantenga esa conciencia muy limpia por simple obediencia infantil. En tu corazón puede haber mucho pecado involuntario, con el cual te sientes impotente. Humíllate profundamente por tu corrupción innata, fortalecida como ha sido por el pecado real. Que cada levantamiento de tal pecado sea purificado en la sangre.
Pero en cuanto a tus actos voluntarios, diga día a día a tu Señor Jesús, que todo lo que tú sabes que es agradable a Él lo harás. Ceda a las reprensiones de conciencia cuando tú fallas; Pero ven otra vez, ten esperanza en Dios y renueve el voto: Lo que sé que Dios quiere que yo haga, lo haré. Pide humildemente cada mañana, y espera por guía en tu camino; La voz del Espíritu será más conocida, y Su fuerza será sentida. Jesús tuvo a Sus discípulos tres años en su clase de bautismo, y luego la bendición vino. Sé Su discípulo amoroso y obediente, y cree en Aquél en quien el Espíritu habita, y que está lleno del Espíritu, y tú también estarás preparado para la plenitud de la bendición del bautismo del Espíritu.
¡Bendito Señor Jesús! Con todo mi corazón te adoro, como exaltado en el Trono para bautizar con el Espíritu Santo. Oh! Revela a ti mismo en esta tu gloria, para que yo sé con razón lo que puedo esperar de ti.
Te bendigo que en ti mismo he visto cuál es la preparación para recibir el Espíritu Santo en Su plenitud. Durante Tu vida de preparación en Nazaret por Tu obra, o mi Señor, el Espíritu estaba siempre en Ti. Y sin embargo, cuando te habías entregado a ti mismo para cumplir toda justicia, y para entrar en comunión con los pecadores que tú

empezaste a salvar, al participar de su bautismo, recibiste del Padre una nueva afluencia de Su Espíritu Santo. Fue para Ti el sello de Su amor, la revelación de Su morada, el poder para Su servicio. Y ahora Tú, en quien vemos el Espíritu descender y permanecer, haz por nosotros lo que el Padre hizo por ti.

Mi Santo Señor, te bendigo porque el Espíritu Santo está en mí también. Pero, oh, Te suplico, dame todavía la medida plena y rebosante que has prometido. Que Él sea para mí la revelación incesante de Tu presencia en mi corazón, tan gloriosa y tan poderosa como en el Trono del Cielo. ¡Oh, Señor Jesús! Búscame, lléname del Espíritu Santo. Amén.

Capítulo 3

Adoración en el Espíritu

'la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren "Juan 4: 23, 24.
"Nosotros somos la circuncisión, que adoramos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, y no tenemos confianza en la carne.” Fil. 3: 3.

Adorar es la gloria más alta del hombre. Fue creado para la comunión con Dios: de esa comunión la adoración es la expresión más sublime. Todos los ejercicios de la vida religiosa, meditación y oración, el amor y la fe, la entrega y la obediencia, todos culminan en la adoración. Reconociendo lo que Dios es en Su santidad, Su gloria y Su amor, comprendiendo lo que soy como una criatura pecadora, y como el hijo redimido del Padre, en adoración recojo todo mi ser y me presento a mi Dios, para rendirle la adoración y la gloria que le corresponde. El enfoque más verdadero y completo de Dios es la adoración. Todo sentimiento y servicio de la vida religiosa está incluido en esto: adorar es el más alto destino del hombre, porque en este Dios es todo.
Jesús nos dice que con su venida comenzaría una nueva adoración. Todo lo que los paganos o samaritanos habían llamado la adoración, todos lo que incluso los judíos habían sabido de la adoración de acuerdo con la revelación provisional de la ley de Dios, daría paso a algo completamente nuevo y distinto: la adoración en Espíritu y en Verdad. Esta es la adoración que Él iba a inaugurar por la entrega del Espíritu Santo. Esta es la adoración que ahora solo es agradable al Padre. Es para esta adoración

especialmente que hemos recibido el Espíritu Santo. En el mismo comienzo de nuestro estudio de la obra del Espíritu, tomemos el bendito pensamiento de que el gran objeto para el cual el Espíritu Santo está dentro de nosotros es que adoremos en espíritu y en verdad. 'Tales el Padre busca para que le adoren', porque envió a su Hijo y Su Espíritu.

En el Espíritu. Cuando Dios creó al hombre un alma viviente, esa alma, como asiento y órgano de su personalidad y conciencia, estaba unida, por un lado, a través del cuerpo, con el mundo exterior visible, por el otro lado, por el espíritu, con Lo invisible y lo Divino. El alma tenía que decidir si se rendiría al espíritu, por estar vinculado con Dios y su voluntad, o al cuerpo y las solicitaciones de lo visible. En la caída, el alma rechazó el gobierno del espíritu, y se convirtió en el esclavo del cuerpo con sus apetitos. El hombre se hizo carne; El espíritu perdió su lugar destinado a gobernar, y se convirtió en poco más que un poder inactivo; Ya no era el principio gobernante, sino un prisionero en lucha. Y el espíritu ahora está en oposición a la carne, el nombre para la vida del alma y del cuerpo juntos, en su sujeción al pecado.

Al hablar del hombre no regenerado en contraste con lo espiritual (1 Corintios 2:14), Pablo lo llama psíquico, dela alma o animal, teniendo sólo la vida natural. La vida del alma comprende todas nuestras facultades morales e intelectuales, ya que incluso pueden dirigirse a las cosas de Dios, aparte de la renovación del Espíritu Divino. Debido a que el alma está bajo el poder de la carne, se habla del hombre como habiéndose hecho carne, como siendo carne. Como el cuerpo consiste en carne y hueso, y la carne es aquella parte que está especialmente dotada de sensibilidad, y por la cual recibimos nuestras sensaciones del mundo exterior, la carne denota la naturaleza humana, como ha quedado sujeta al mundo de sentido. Y como todo el alma ha caído bajo el poder de la carne, la Escritura

habla de todos los atributos del alma como pertenecientes a la carne, y estando bajo su poder. Así que contrasta, en referencia a la religión y al culto, los dos principios de los cuales pueden proceder. Hay una sabiduría carnal y una sabiduría espiritual (1 Corintios 2: 12, Col. 1: 9). Hay un servicio de Dios confiando en la carne y glorificando en la carne, y un servicio de Dios por el espíritu (Filipenses 3: 3, 4, Gal. 6: 13).

Hay una mente carnal y una mente espiritual (Col.2: 18, 1: 9). Hay una voluntad de la carne, y una voluntad que es de Dios obrando por Su Espíritu (Juan 1:13, Filipenses 2:13). Hay un culto que es una satisfacción de la carne, porque está en el poder de lo que la carne puede hacer (Col.2: 18, 23), y una adoración a Dios que está en el Espíritu. Es esta adoración que Jesús vino a hacer posible, y realizar en nosotros, dando un nuevo espíritu en nuestra parte más íntima, y luego, dentro de eso, el Espíritu Santo de Dios.

"En Espíritu y en Verdad". Tal adoración en el Espíritu es adoración en la Verdad. Así como las palabras en el Espíritu no significan lo interno, en contraste con las observancias externas, sino espirituales, forjadas por el Espíritu de Dios, en oposición a lo que el poder natural del hombre puede hacer, las palabras en la Verdad no significan del corazón, sincero, recto. En toda la adoración de los santos del Antiguo Testamento, sabían que Dios buscaba la Verdad en las partes internas; Lo buscaron con todo su corazón y con toda la rectitud, y sin embargo, no alcanzaron a aquel culto en Espíritu y Verdad, que Jesús nos trajo cuando rasgó el velo de la carne. La verdad aquí significa la sustancia, la realidad, la posesión real de todo lo que la adoración de Dios implica, tanto en lo que exige como lo que promete. Juan habla de Jesús como "el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". Y añade: "Porque la Ley fue dada por Moisés; La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo”. Si tomamos la verdad en contraposición a la falsedad, la ley de Moisés era tan

verdadera como el Evangelio de Jesús; Ambos vinieron de Dios. Pero si entendemos lo que significa, que la ley sólo dio una sombra de cosas buenas por venir, y que Cristo nos trajo las cosas mismas, su misma sustancia, vemos cómo estaba lleno de verdad, porque Él mismo era la Verdad, La realidad, la misma Vida y Amor y Poder de Dios que se imparte a nosotros. Entonces también vemos cómo es sólo una adoración en el Espíritu que puede ser un culto en la Verdad, en el disfrutar real de ese Poder Divino, que es la propia vida de Cristo y la comunión con el Padre revelado y mantenido dentro de nosotros por el Espíritu Santo.

"Los verdaderos adoradores adoran al Padre en Espíritu y en Verdad". Todos los adoradores no son verdaderos adoradores. Puede haber mucha adoración honesta sincera sin ser adorada en Espíritu y en Verdad. La mente puede estar intensamente ocupada, los sentimientos pueden ser profundamente conmovidos, la voluntad puede ser poderosamente despertada, mientras que todavía hay muy poco de la Adoración Espiritual que está en la Verdad de Dios. Puede haber un gran apego a la verdad bíblica y, sin embargo, a través de la actividad predominante de aquello que no proviene de la obra de Dios sino del esfuerzo del hombre, puede ser que no es la adoración dada por Cristo y respaldada por el Espíritu que Dios busca. Debe haber concordia, armonía, unidad entre Dios, que es un Espíritu, y los adoradores que se acercan en el Espíritu. Tales el Padre busca que le adoren. El Espíritu Infinito, Perfecto, Santo que es Dios el Padre, debe tener alguna reflexión en el espíritu que está en el niño.

Y esto sólo puede ser cuando el Espíritu de Dios mora en nosotros. Si nos esforzamos por llegar a ser tales adoradores en el Espíritu y en la Verdad, verdaderos adoradores, lo primero que necesitamos es una sensación del peligro en que somos de la Carne y su adoración. Como creyentes tenemos en nosotros una naturaleza

doble: la carne y el espíritu. El uno es la parte natural que está siempre dispuesta a entrometerse, y emprender el hacer lo que se necesita en el Culto de Dios. La otra es la parte espiritual, que puede ser todavía muy débil, y que posiblemente aún no sabemos cómo darle su pleno dominio. Nuestra mente puede deleitarse en el estudio de la Palabra de Dios, nuestros sentimientos pueden ser movidos por los pensamientos maravillosos allí revelados, nuestra voluntad puede - vemos esto en Rom.7: 22 - deleitarse en la ley de Dios según el hombre interior, y aún nosotros podemos ser impotente para cumplir esa ley, para dar la obediencia y la adoración que vemos y aprobamos.
Necesitamos la morada en nosotros del Espíritu Santo para la vida y la adoración por igual. Y para recibir esto necesitamos en primer lugar tener la carne silenciada. 'Silencio, toda carne, delante de Jehová'. 'Que ninguna carne se gloríe en Su presencia'. A Pedro ya había sido revelado por el Padre que Jesús era el Cristo, pero todavía en sus pensamientos de la cruz no lo saboreaba, su mente no estaba de acuerdo con las cosas de Dios, sino las cosas de los hombres. Nuestros propios pensamientos de las cosas Divinas, nuestros propios esfuerzos para despertar o trabajar los sentimientos correctos deben ser abandonados, nuestro propio poder de adoración debe ser derribado y puesto bajo, y cada acercamiento a Dios debe tener lugar bajo una muy distinta y muy tranquila rendición al Espíritu Santo. Y como aprendemos lo imposible que es en nuestra voluntad en cualquier momento para asegurar el funcionamiento del Espíritu, aprenderemos que si adoramos en el Espíritu debemos caminar en el Espíritu. 'Vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros'. Como el Espíritu mora y gobierna en mí, estoy en el Espíritu, y puedo adorar en el Espíritu.
'La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad. Por

tales el Padre busca que le adoren. Sí, el Padre busca a tales adoradores, y lo que Él busca encuentra, porque Él mismo lo hace. Para que pudiéramos ser tales adoradores, envió a su propio Hijo para buscar y salvar a los perdidos; Para salvarnos con esta salvación, para que seamos sus verdaderos adoradores, que entran por el velo de la carne y le adoran en el Espíritu. Y entonces envió el Espíritu de su Hijo, el Espíritu de Cristo, para que estuviera en nosotros la Verdad y la Realidad de lo que Cristo había sido, Su presencia real, para comunicar dentro de nosotros la misma vida que Cristo había vivido. ¡Bendito sea Dios! La hora ha llegado, y ahora es, estamos viviendo en ella en este mismo momento, que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad. Créémoslo; El Espíritu ha sido dado, y habita dentro de nosotros, por esta única razón, porque el Padre busca a tales adoradores. Regocijémonos en la confianza que podemos alcanzar a ella, podemos ser verdaderos adoradores, porque el Espíritu Santo ha sido dado.
Realicemos en santo temor y admiración que Él habita en nosotros. Que humildemente, en el silencio de la carne, rendimos-nos a Su dirección y enseñanza. Esperemos en la fe delante de Dios para sus obras. Y practiquemos esta adoración. Que cada nueva intuición de lo que significa la obra del Espíritu, cada ejercicio de fe en Su morada o experiencia de Su obra, termina en ella como su más alta gloria: la adoración humilde del Padre, dándole la Alabanza, El honor y el amor que son suyos.

¡Dios mío! Tú eres un Espíritu, y los que Te adoran deben adorarte en Espíritu y en Verdad. ¡Bendito sea tu nombre! Enviaste a Tu Hijo para redimirnos y prepararnos para el culto en el Espíritu; Y enviaste tu Espíritu para habitar en nosotros y para nosotros. Y ahora tenemos acceso al Padre, como por el Hijo, así también en el Espíritu.
¡Dios santo! Confesamos con vergüenza cuánto ha sido

nuestra adoración en el poder y la voluntad de la carne. Con esto te hemos deshonrado y atormentado tu Espíritu, y hemos traído una pérdida infinita a nuestras propias almas. ¡Dios mío! Perdona y sálvanos de este pecado. Enséñanos, Te rogamos, nunca, nunca intentar adorar a Ti sino en Espíritu y en Verdad.
Nuestro Padre! Tu Espíritu Santo habita en nosotros. Te rogamos, según las riquezas de tu gloria, que nos fortalezcas con poder por medio de Él, para que nuestro hombre interior pueda ser un templo espiritual, donde los sacrificios espirituales son incesantemente ofrecidos. Y enséñanos el arte bendecido, cada vez que entramos en tu presencia, de entregarnos a nosotros mismos y la carne a la muerte, esperando y confiando en el Espíritu que está en nosotros, para trabajar en nosotros un culto, una fe y un amor aceptable a Ti por medio de Cristo Jesús. ¡Y, oh! Que en toda la Iglesia universal, un culto en Espíritu y en Verdad pueda ser buscado, alcanzado y devuelto a Ti día tras día. Lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

Capítulo 4

El Espíritu y la Palabra

”Es el Espíritu que vivifica; La carne no aprovecha nada; Las palabras que os he hablado son Espíritu y son vida. Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de la vida eterna."Juan 6: 63, 68.
'La letra mata, pero el Espíritu da vida.' 2 Cor. 3: 6.

Nuestro Bendito Señor había estado hablando de Sí mismo como el Pan de Vida, y de Su carne y sangre como la carne y bebida de la Vida eterna. Para muchos de sus discípulos era un dicho duro, que no podían entender. Jesús les dice que sólo cuando el Espíritu Santo venga, y lo tengan, sus

palabras les serán claras. Él dice, 'Es el Espíritu que vivifica; La carne no aprovecha nada. Las palabras que os he hablado son Espíritu, y son Vida.
"Es el Espíritu que vivifica", en estas palabras y las correspondientes de Pablo, "el Espíritu da vida", tenemos el acercamiento más cercano a lo que se puede llamar una definición del Espíritu. (Comp. 1 Corintios 15:45, 'Espíritu vivificante'). El Espíritu actúa siempre, en primer lugar, ya sea en la naturaleza o en la gracia, como un principio vivificante. Es de suma importancia mantener un firme control sobre esto. Su trabajo en el creyente, en el sello, en la santificación, en la iluminación y en el fortalecimiento está enraizado en esto: es como se le conoce y se le da honor, y se le es dado lugar, mientras es esperado como Vida interior del alma, para que sus otras obras graciosos puedan ser experimentados. Estos son sólo el resultado de la Vida; Está en el poder de la Vida, dentro de la cual pueden ser disfrutados. 'Es el Espíritu que vivifica.'
En contraste con el Espíritu, nuestro Señor pone la carne. Él dice, 'la carne no aprovecha nada'. No está hablando de la carne como la fuente del pecado, sino en su aspecto religioso, como es el poder en que el hombre natural, o incluso el creyente que no cede completamente al Espíritu, busca servir a Dios, o conocer y poseer cosas Divinas. El carácter inútil de todos sus esfuerzos nuestro Señor indica en las palabras: "no aprovecha nada". No son suficientes, no aprovechan para alcanzar la realidad Espiritual, las cosas Divinas mismas. Pablo significa lo mismo cuando contrasta con el Espíritu, la letra que mata. Toda la Dispensación de la Ley no era más que una dispensación de la letra y de la carne. Aunque tenía una cierta gloria, y los privilegios de Israel eran muy grandes, sin embargo, como dice Pablo: "Aún lo que fue hecho glorioso no tuvo gloria en este aspecto, a causa de la gloria que sobresale".
Incluso Cristo mismo, mientras estuvo en la carne, y hasta que, al desgarrar el velo de Su carne, la dispensación del

Espíritu tomó el lugar de la carne, no pudo por Sus palabras efectuar en Sus discípulos lo que Él deseaba. 'Es el Espíritu que vivifica; La carne no aprovecha nada!
Nuestro Señor aplica este dicho ahora especialmente a las palabras que acababa de hablar, ya la verdad espiritual que contenían. "Las palabras que os he hablado son Espíritu y son Vida". Él desea enseñar a los discípulos dos cosas. El uno es que las palabras son realmente una semilla viviente, con un poder de germinar y de brotar, de afirmar su propia vitalidad, de revelar su significado, y de probar su poder divino en los que los reciben y los guardan permanentemente en el corazón. Quería que no se desanimaran si no pudieran comprenderlos de inmediato. Sus palabras son Espíritu y Vida; No están destinados para el entendimiento, sino para la Vida. Entrando en el Poder del Espíritu Invisible, más alto y más profundo que todos los pensamientos, entran en las mismas raíces de la Vida, ellos mismos tienen una Vida Divina, trabajando efectivamente con una energía Divina la verdad que expresan en la experiencia de aquellos que los reciben. Como consecuencia de esto, su carácter espiritual - esta es la otra lección que Él deseó que Sus discípulos aprendieran - estas palabras de Él necesitan una naturaleza espiritual para recibirlas. La semilla necesita un suelo congenial: debe haber vida en el suelo así como en la semilla. No sólo en la mente, ni en los sentimientos, ni en la voluntad, sino en la vida. El centro de esa vida es la naturaleza espiritual del hombre, con la conciencia como su voz; Allí la autoridad de la palabra debe ser reconocida. Pero incluso esto no es suficiente: la conciencia habita en el hombre como un cautivo en medio de poderes que no puede controlar. Es el Espíritu que viene de Dios, el Espíritu que Cristo vino a traer, convirtiéndose en nuestra vida, recibiendo la palabra y asimilándola a nuestra vida, que les hará convertirse en la Verdad y el Poder en nosotros.

En nuestro estudio de la obra del Espíritu Santo, no podemos ser demasiado cuidadosos para obtener un claro y firme asimiento de esta bendita verdad. Nos salvará de los errores de la mano derecha y de la izquierda. Nos impedirá esperar disfrutar de la enseñanza del Espíritu sin la Palabra, o dominar la enseñanza de la Palabra sin el Espíritu.
Por un lado, tenemos el error de la mano derecha, buscando la enseñanza del Espíritu sin la Palabra. En la Santísima Trinidad, la Palabra y el Espíritu están siempre uno en el otro, uno con el Padre. No es diferente con las Palabras inspiradas por Dios de la Escritura. El Espíritu Santo ha encarnado en todas las edades los pensamientos de Dios en la palabra escrita, y vive ahora para este mismo propósito en nuestros corazones, para revelar el poder y el significado de esa Palabra. Si quieres estar lleno del Espíritu, llénate de la Palabra, si quieres que la Vida Divina del Espíritu dentro de ti se fortalezca y adquiera poder en cada parte de tu naturaleza; Que la Palabra de Cristo more en vosotros. Si quieres que el Espíritu cumpla Su oficio de Recordador, recordando en el momento oportuno y aplicando con Divina exactitud lo que Jesús ha dicho a tu necesidad: Que tengas las Palabras de Cristo permaneciendo en ti. Si quisieras que el Espíritu te revelara la Voluntad de Dios en cada circunstancia de la vida, eligiendo de comandos aparentemente contradictorios o Principios con precisión infalible lo que debes hacer, y sugiriéndolo como necesites, oh! Que tengas la Palabra viviendo en ti, listos para Su uso. Si quieres la Palabra Eterna como tu Luz, que la Palabra Escrita sea transcrita en tu corazón por el Espíritu Santo. Las palabras que os he hablado son Espíritu y Vida. Tomadlos y atesoradlos; es a través de ellos que el Espíritu manifiesta su poder vivificador. '

Al otro lado, tenemos el error de la mano izquierda que es

más común. No pienses ni por un momento que la Palabra puede desplegar su Vida en ti, excepto cuando el Espíritu dentro de ti acepta y se apropia de ella en la vida interior. ¿Cuánto de la lectura de la Escritura, y del estudio de las Escrituras, y de la predicación de las Escrituras hay allí en que el primer y principal objeto es alcanzar el significado de la Palabra? Los hombres piensan que si saben correctamente y exactamente lo que significa, vendrá como una consecuencia natural la bendición que la Palabra debe traer. Esto no es en absoluto el caso. La Palabra es una semilla. En cada semilla hay una parte carnosa, en la cual la vida está oculta. Uno puede tener la semilla más preciosa y perfecta en su sustancia corporal, y sin embargo, a menos que sea expuesto en suelo adecuado a la influencia del sol y la humedad, la vida no puede crecer nunca. Y así podemos sostener las palabras y las doctrinas de la Escritura con más inteligencia y fervor, y aún saber poco de su vida o poder. Necesitamos recordar a nosotros mismos y a la Iglesia incesantemente, que las Escrituras que fueron habladas por los hombres santos de la antigüedad como fueron movidas por el Espíritu Santo, sólo pueden ser entendidas por los hombres santos como ellos son enseñados por el mismo Espíritu. “Las palabras que he hablado son Espíritu y Vida”; Para la aprehensión y la participación de ellos "la carne no aprovecha nada: es el Espíritu que vivifica", el Espíritu de Vida dentro de nosotros.

Esta es una de las lecciones terriblemente solemnes que la historia de los judíos en el tiempo de Cristo nos enseña. Ellos eran muy celosos, como pensaban, por la palabra y el honor de Dios, y sin embargo resultó que todo su celo era para su interpretación humana de la palabra de Dios. Jesús les dijo: "Examinad las Escrituras, porque creéis que en ellas tenéis vida eterna; Y éstos son los que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. De hecho confiaron en las Escrituras para conducirlas a la vida

eterna; Y sin embargo nunca vieron que testificaron de Cristo, y así no vinieron a Él. Estudiaron y aceptaron las Escrituras en la luz y en el poder de su entendimiento humano, y no en la luz y poder del Espíritu de Dios como su vida. La debilidad de la vida de tantos creyentes que leen y conocen mucho la Escritura no tiene otra causa, no saben que es el Espíritu el que da vida, que la carne, que el entendimiento humano, por muy inteligente que sea, no valga nada. Ellos piensan que en las Escrituras ellos tienen vida eterna, pero del Cristo viviente, en el poder del Espíritu, como su vida, ellos saben muy poco.

Lo que se necesita es muy sencillo: la denegación decidida de intentar tratar la palabra escrita sin el Espíritu vivificante. No tomemos nunca la Escritura en nuestra mano, ni en nuestra mente, ni en nuestra boca, sin darnos cuenta de la necesidad y la promesa del Espíritu. Primero, en un silencioso acto de adoración, miren a Dios para dar y renovar el funcionamiento de Su Espíritu dentro de ustedes; Entonces, en un acto de fe tranquilo, cédese al poder que mora en usted, y espere en Él, para que no sólo la mente, sino la vida en usted, pueda abrirse para recibir la Palabra. Deja que el Espíritu Santo sea tu vida. Al Espíritu y a la Vida que salen de dentro para encontrar la Palabra de afuera como su alimento, las palabras de Cristo son realmente Espíritu y Vida.

A medida que sigamos las enseñanzas de nuestro Señor Bendito en cuanto al Espíritu, será claro para nosotros que, como las Palabras del Señor son Espíritu y Vida, así también el Espíritu debe estar en nosotros como el Espíritu de nuestra Vida, nuestra vida más interior debe ser el Espíritu de Dios.

En más profundidad que la mente, o el sentimiento, o la voluntad, la raíz misma de todo esto, y su principio animador, debe morar el Espíritu de Dios. Mientras buscamos ir más abajo que éstos, como vemos que nada puede alcanzar el Espíritu de Vida que hay en las palabras

del Dios Viviente, y esperar en el Espíritu Santo dentro de nosotros, en las profundidades ocultas de la vida oculta, para recibir y revelar las palabras en Su poder vivificante, y entejar-las en la misma vida de nuestra vida, conoceremos en verdad lo que significa: "Es el Espíritu que vivifica". Veremos cuán divinamente correcto y ventajoso es que las palabras que son Espíritu y Vida serían encontradas en nosotros por el Espíritu y la Vida que habitan en el interior, cómo entonces solo ellos desplegarán su significado e impartirán su sustancia y darán su fuerza divina Y plenitud al Espíritu ya la Vida que ya está dentro de nosotros.

¡O mi Dios! De nuevo te doy gracias por el maravilloso don del Espíritu inherente. Y te suplico humildemente de nuevo que yo pueda saber que Él está en mí, y cuán gloriosa es la obra divina que Él está llevando a cabo. Enséñame especialmente, te ruego, creer que Él es la vida y la fuerza del crecimiento de La vida divina dentro de mí, la promesa y la seguridad de que puedo crecer en todo que mi Dios quiere. A medida que veo esto, entenderé como Él como Espíritu de la Vida dentro de mí, hará que mi espíritu tenga hambre de la Palabra como el alimento de la vida, como lo reciba y asimile, y de hecho lo hace Vida y Poder.
Perdóname, Dios mío, que tanto he buscado aprehender Tus palabras, que son Espíritu y Vida, en el poder del pensamiento humano y de la mente carnal. He sido tan lenta para aprender que la carne no aprovecha nada. Deseo aprenderlo ahora.
¡Padre mío! Dame el Espíritu de sabiduría, concédeme las poderosas obras del Espíritu, para que yo sepa cuán profundamente espiritual es cada palabra tuya, y cómo las cosas espirituales sólo pueden ser discernidas espiritualmente. Enséñame en toda mi relación con Tu palabra para negar la carne y la mente carnal, para esperar en profunda humildad y fe para que la obra interior del Espíritu vivifique la palabra. Así pues, toda mi meditación

de Tu Palabra, toda mi custodia de ella en fe y obediencia, esté en Espíritu y en Verdad, en Vida y en Poder. Amén.

Capítulo 5

El Espíritu del Jesús glorificado

El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva. Pero esto decía El del Espíritu, el cual los que creen en Él debían recibir, porque el Espíritu no era todavía; Porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7: 37, 38).

Nuestro Señor promete aquí que aquellos que vienen a Él y beben, los que creen en Él, no sólo nunca tendrán sed, sino que serán fuentes, de donde fluirán corrientes de agua viva, de vida y de bendición. En recordarse de las palabras, Juan explica que la promesa era un prospectivo, que tendría que esperar su cumplimiento hasta que el Espíritu debió haber sido derramado. Él también dio la razón doble para este retraso: El Espíritu Santo todavía no era; Porque Jesús aún no era glorificado. La expresión: el Espíritu no era todavía, ha parecido extraño, y así la palabra dada ha sido insertada. Pero la expresión, si es aceptada tal como está, puede guiarnos hacia el verdadero entendimiento de la verdadera significación de que el Espíritu no venga hasta que Jesús fue glorificado.
Hemos visto que Dios ha dado una doble revelación de Sí mismo, primero como Dios en el Antiguo Testamento, luego como Padre en el Nuevo. Sabemos cómo el Hijo, que desde la eternidad estuvo con el Padre, entró en una nueva etapa de existencia cuando se hizo carne. Cuando volvió al cielo, él era todavía el mismo Hijo unigénito de Dios, y sin embargo no era el mismo. Porque Él era también ahora, como Hijo del Hombre, el primogénito de entre los muertos,

vestido con esa humanidad glorificada que Él había perfeccionado y santificado para sí mismo. Y así también el Espíritu de Dios, tal como se derramó en Pentecostés, fue algo nuevo. A través del Antiguo Testamento siempre fue llamado el Espíritu de Dios o el Espíritu del Señor; El nombre del Espíritu Santo todavía no lo llevó como Su propio nombre. Es sólo en relación con la obra que Él tiene que hacer para preparar el camino para Cristo, y un cuerpo para Él, que el nombre propio entró en uso (Lucas 1: 15, 35). Cuando fue derramado en Pentecostés, vino como el Espíritu del Jesús glorificado, el Espíritu del Cristo encarnado, crucificado y exaltado, portador y comunicador a nosotros, no de la vida de Dios como tal, sino de esa vida tal cual Se había entretejido en la naturaleza humana en la persona de Cristo Jesús. Es en esta capacidad especialmente que Él lleva el nombre del Espíritu Santo, es como el Inherente Dios Santo. Y de este Espíritu, como Él habitó en Jesús en la carne, y puede habitar en nosotros en la carne también, es distinta y literalmente cierto; El Espíritu Santo todavía no estaba. El Espíritu del Jesús glorificado, el Hijo del hombre convertido en el Hijo de Dios, no podía existir, hasta que Jesús fue glorificado.

Este pensamiento nos abre aún más la razón por la que no es el Espíritu de Dios como tal, sino el Espíritu de Jesús, que podría ser enviado a morar en nosotros. El pecado no sólo había perturbado nuestra relación con la ley de Dios, sino con Dios mismo; Con el favor divino habíamos perdido la vida divina. Cristo vino no sólo para librar al hombre de la ley y su maldición, sino para traer de nuevo la naturaleza humana a la comunión de la vida divina, para hacernos partícipes de la naturaleza divina. Podía hacerlo, no por un ejercicio del Poder Divino en el hombre, sino sólo en el camino de un desarrollo humano libre, moral y más real. En su propia persona, habiéndose hecho carne, tuvo que santificar la carne, y hacerla un receptáculo adecuado dispuesto para la inhabitación del Espíritu de Dios.

Habiendo hecho esto, Él, de acuerdo con la ley, que la forma inferior de la vida sube a un nivel superior sólo a través de la decadencia y la muerte, en la muerte, tenía que soportar la maldición del pecado como para darse a sí mismo como semilla para producir fruto en nosotros. De su naturaleza, como fue glorificado en la resurrección y la ascensión, su Espíritu surgió como el Espíritu de Su vida humana, glorificado en la unión con lo Divino, para hacernos participantes de todo lo que Él personalmente había elaborado y adquirido, de Él mismo y Su vida glorificada. En virtud de su expiación, el hombre tenía ahora un derecho y un título a la plenitud del Espíritu Divino ya su morada como nunca antes. Y en virtud de haber perfeccionado en Él una nueva naturaleza santa y humana en nuestro favor, ahora podía comunicar lo que antes no tenía existencia, una vida a la vez humana y Divina. De aquí en adelante el Espíritu, así como Él era la vida Divina personal, también podría convertirse en la vida personal de los hombres. Así como el Espíritu es el principio de la vida personal en Dios mismo, así puede serlo en el hijo de Dios: el Espíritu del Hijo de Dios puede ser ahora el Espíritu que clama en nuestro corazón, Abba, Padre. De este Espíritu es plenamente cierto: 'El Espíritu no era todavía, porque Jesús aún no había sido glorificado.'

Pero ahora, ¡Bendito sea Dios! Jesús ha sido glorificado; Ahora hay el Espíritu del Jesús glorificado; La promesa ahora puede ser cumplida: El que cree en mí, de él correrán ríos de aguas vivas. La gran transacción que tuvo lugar cuando Jesús fue glorificado es ahora una realidad eterna. Cuando Cristo entró con nuestra naturaleza humana, en nuestra carne, en el Lugar Santísimo de todos, tuvo lugar aquello de lo cual Pedro habla: "Al ser exaltado por la diestra de Dios, recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo." En nuestro lugar, y en nuestro nombre, como hombre y Cabeza del hombre, fue admitido en la plena gloria de lo Divino, y Su naturaleza humana

constituyó el receptáculo y dispensador del Espíritu Divino. Y el Espíritu Santo podría descender como el Espíritu del Dios-hombre, en realidad el Espíritu de Dios, y sin embargo tan verdaderamente el espíritu del hombre. Él podría descender como el Espíritu del Jesús glorificado para estar en cada uno que cree En Jesús, el Espíritu de su vida personal y su presencia personal, y al mismo tiempo el espíritu de la vida personal del creyente. Así como en Jesús la perfecta unión de Dios y del hombre había sido efectuada y finalmente terminada cuando Él se sentó sobre el trono, y Él entró así en una nueva etapa de existencia, una gloria hasta ahora desconocida, también, ahora, una nueva era Ha comenzado en la vida y en la obra del Espíritu. Ahora puede llegar a ser testigo de la unión perfecta entre lo Divino y lo Humano y convertirse en nuestra vida para hacernos participantes de ella. Ahora está el Espíritu del Jesús glorificado: El lo derramó; Lo hemos recibido para que fluya en nosotros, para que fluya a través de nosotros, y fluya de nosotros en ríos de bendición.

La glorificación de Jesús y la fluencia de Su Espíritu están íntimamente conectados; En la unión orgánica vital, los dos están inseparablemente ligados. Si queremos, no sólo el Espíritu de Dios, sino este Espíritu de Cristo, que "no era todavía", sino que ahora es el Espíritu del Jesús glorificado, es especialmente Con el Jesús glorificado que debemos tratar de manera creyente. No debemos simplemente contentarnos con la fe que confía en la cruz y su perdón; Debemos tratar de conocer la Vida Nueva, la Vida de Gloria y Poder Divino en la naturaleza humana, de la cual el Espíritu del Jesús glorificado está destinado a ser el Testigo y el Portador. Este es el misterio que fue ocultado de siglos y generaciones, pero ahora es conocido por el Espíritu Santo, Cristo en nosotros; Cómo Él realmente puede vivir su vida divina en nosotros que estamos en la carne. Tenemos el más intenso interés personal en conocer

y comprender lo que significa que Jesús es glorificado, que la naturaleza humana comparte la vida y la gloria de Dios, que el Espíritu no era todavía, mientras Jesús no fuera glorificado. Y eso no sólo porque un día nos vamos para verlo en su gloria, y estar con él en este. No, pero incluso ahora, día a día, debemos vivir en ella. El Espíritu Santo puede ser para nosotros tanto que estamos dispuestos a tener de Él, y de la vida del Señor glorificado.
'Esto decía Jesús del Espíritu, el cual recibirían los que creían en él; Porque el Espíritu no estaba todavía; Porque Jesús aún no había sido glorificado. ¡Alabado sea Dios! Jesús ha sido glorificado: ahora hay el Espíritu del Jesús glorificado; Le hemos recibido. En el Antiguo Testamento sólo la unidad de Dios fue revelada; Cuando el Espíritu fue mencionado, siempre fue como Su Espíritu, el poder por el cual Dios estaba trabajando: en el Nuevo no se conocía en la tierra como Persona. En el Nuevo Testamento se revela la Trinidad; Con Pentecostés el Espíritu Santo descendió como una Persona para morar en nosotros. Este es el fruto de la obra de Jesús, que ahora tenemos la Presencia Personal del Espíritu Santo en la tierra. Así como en Cristo Jesús, la segunda Persona, el Hijo, vino a revelar al Padre, y el Padre moró y habló en Él, así también el Espíritu, la tercera Persona, viene a revelar al Hijo, y en Él habita el Hijo y Trabaja en nosotros. Esta es la gloria con la cual el Padre glorificó al Hijo del hombre, porque el Hijo lo había glorificado, que en Su Nombre y por Él, el Espíritu Santo desciende como una Persona para morar en los creyentes y para hacer al Jesús glorificado una Realidad Presente dentro de ellos. Esto es lo que dice Jesús, para que todo aquel que en él cree, no tenga sed, sino que de él fluirán ríos de aguas. Sólo esto es lo que satisface la sed del alma y la convierte en una fuente para despertar a otros; La Morada Personal del Espíritu Santo, revelando la Presencia del Jesús glorificado.
'El que cree en mí, fluirá de él río de agua. Esto decía El del

Espíritu. ' Aquí tenemos una vez más la bendita Llave de todos los tesoros de Dios: El que cree en mí. Es el Jesús glorificado que bautiza con el Espíritu Santo: creamos en Él. Que cada uno que anhela la bendición completa aquí prometida sólo cree. Creamos en Él, que Él es ciertamente glorificado, que todo lo que Él es y hace y desea hacer está en el poder de una gloria Divina.

Según las riquezas de su gloria, Dios puede ahora trabajar en nosotros. Creamos que ha dado Su Espíritu Santo, que tenemos la presencia personal del Espíritu en la tierra y dentro de nosotros. Por esta fe la gloria de Jesús en el cielo y el Poder del Espíritu en nuestros corazones se unen inseparablemente. Creamos que en la comunión con Jesús la corriente fluirá cada vez más fuerte y más plena, dentro de nosotros y fuera de nosotros. Sí; Creamos en Jesús. Pero recordemos: pensando en estas cosas, comprendiéndolas, siendo muy seguras de ellas, gozando de una visión más completa de ellas, todo esto, aunque necesario, no es en sí mismo creer.

La fe es rendición: creer es este poder de la naturaleza renovada que, abandonando a sí mismo y muriendo a ella, da espacio para lo Divino, para Dios, para que el Cristo glorificado venga y tome posesión y haga Su obra. La fe en Jesús se inclina en la humildad y la pobreza de espíritu, para darse cuenta de que el “yo” no tiene nada, y que otro, el Espíritu invisible, ha llegado a ser su líder, su fuerza y su vida. La fe en Jesús se inclina en la quietud de una entrega silenciosa ante Él, plenamente asegurada de que mientras espera en Él, hará que el río fluya.

¡Bendito Señor Jesús! Creo, ayúdame a mi incredulidad. Tú, el Autor y el Consumador de nuestra fe, perfecciona la obra de la fe en mí también. Enséñame, te ruego, con una fe que entre en lo invisible, para darse cuenta de cuál es tu gloria, y cuál es mi parte en ella ahora mismo, conforme a tu palabra: La gloria que me has dado, yo les he dado. Enséñame que el Espíritu Santo y Su poder es la gloria que

Tú nos das, y que Tú querrías que demostrase Tu gloria en el gozo de Su santa presencia en la tierra y Su morada en nosotros. Enséñame sobre todo, mi bendito Señor, a que tome y sostenga estas benditas verdades en la mente, pero con mi espíritu que está en mis partes íntimas, para esperar en Ti para ser llenado con Tu Espíritu.

Oh, mi Señor glorificado, ahora me inclino ante tu gloria en humilde fe. Que toda la vida del yo y de la carne se humedezca y perezca, mientras yo adoro y espero delante de Ti. Que el Espíritu de Gloria se convierta en estar mi vida. Que Su Presencia destruya toda confianza en uno mismo, y haga espacio para Ti. Y toda mi vida sea de fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. Amén.

Capítulo 6

El Espíritu Viviente

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.
"(Juan 14:16, 17).

'Estará en vosotros'. En estas sencillas palabras nuestro Señor anuncia ese maravilloso misterio de la morada del Espíritu que iba a ser el fruto y la corona de Su obra redentora. Fue por este que hombre había sido creado. Fue por esto, el dominio de Dios dentro del corazón, el Espíritu había luchado en vano con los hombres a través de las eras pasadas. Fue por esto que Jesús había vivido y estaba a punto de morir. Sin esto, el propósito del Padre y Su propia obra fallarían en su realización. A falta de esto, la relación del Maestro con los discípulos había hecho tan poco. Apenas se había atrevido a mencionarlo, porque sabía que no lo entenderían. Pero ahora, en la última noche, cuando fue sólo un poco de tiempo, Él revela el Divino Secreto que, cuando los dejó, su pérdida sería compensada por una mayor bendición que Su presencia corporal. Otra vendría en Su lugar, para morar con ellos para siempre, y morar en ellos. Viviendo en ellos, Él los prepararía para recibir a sí mismo a su Señor, y al Padre, también dentro de ellos. 'Él estará en ti'.
Nuestro Padre nos ha dado una doble revelación de sí mismo. En Su Hijo Él revela Su Santa Imagen, y poniéndolo delante de los hombres, los invita a ser como Él recibiéndolo en su corazón y vida. En Su Espíritu Él envía Su Poder Divino, para entrar en nosotros, y desde dentro nos prepara para recibir al Hijo y al Padre. La dispensación

del Espíritu es la dispensación de la vida interior. En la dispensación de la Palabra, o el Hijo, comenzando como lo hizo con la creación del hombre a imagen de Dios, continuó como fue a través de todas las etapas preparatorias hasta la aparición de Cristo, en la carne, todo fue más externo y preparatorio. Hubo a veces obras especiales y poderosas del Espíritu; Pero la morada era desconocida; El hombre todavía no se había convertido en una morada de Dios en el Espíritu. Ahora la primera vez esto iba ser alcanzado. La vida eterna iba convertirse en la vida misma del hombre, escondiéndose dentro de su propio ser y conciencia, vistiéndose en forma de una voluntad y vida humana. Así como es a través del Espíritu que Dios es lo que Él es; Así como en el Padre y en el Hijo, el Espíritu es el principio en el cual su personalidad tiene su raíz y su conciencia, de modo que este Espíritu de la vida divina está ahora en nosotros, en el sentido más profundo de la palabra, la vida, la raíz de nuestra personalidad también, la misma vida de nuestro ser y conciencia. Él debe ser uno con nosotros en lo absoluto de una inmanencia divina, que habita en nosotros, así como el Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Inclinémonos en santa reverencia para adorar y adorar, y para recibir la bendición poderosa.

Si entramos en la plena comprensión y experiencia de lo que nuestro Santísimo Señor promete aquí, debemos por encima de todo recordar que lo de que Él habla es una morada Divina. Dondequiera que Dios mora, Él se esconde. En la naturaleza se esconde; La mayoría de los hombres no lo ven allí. Al encontrarse con sus santos de la antigüedad, se escondió bajo alguna manifestación de debilidad humana, de modo que a menudo sólo después de que Él se fue, dijeron: Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. 'El Hijo Bendito vino a revelar a Dios, y sin embargo Él vino como una raíz de una tierra seca, sin forma ni hermosura; Incluso Sus propios discípulos estaban a veces ofendidos de Él. Los hombres siempre

esperan que el reino de Dios venga con observación; No saben que es un misterio oculto, para ser recibido sólo como, en Su propio poder auto revelador, Dios se hace conocido en los corazones entregados y preparados para Él. Los cristianos están siempre listos, cuando la promesa del Espíritu los ocupa, para formar alguna concepción de cómo Su dirección puede ser conocida en sus pensamientos; Cómo Su vivificación afectará sus sentimientos; Cómo Su santificación puede ser reconocida en su voluntad y conducta. Necesitan ser recordados que más profundos que la mente, el sentimiento y la voluntad, más profundos que el alma, donde éstos tienen su asiento, en las profundidades del espíritu que vino de Dios, allí viene el Espíritu Santo para morar.

Este habitando es, por lo tanto, en primer lugar de todo, para ser reconocido por la fe. Incluso cuando no puedo ver la menor evidencia de su trabajo, debo tranquilamente e reverente-mente creer que Él mora en mí. En esa fe debo con confianza y descanso contar con Su obra, y esperarlo. En esa fe debo negar muy distintamente mi propia sabiduría y fortaleza, y en la auto-abnegación infantil depender de él para obrar. Sus primeras obras pueden ser tan débiles y ocultos que difícilmente puedo reconocerlos como procedentes de Él; Pueden parecer nada más que la voz de la conciencia, o el sonido familiar de alguna verdad bíblica. Aquí está el tiempo para que la fe mantenga firme la promesa del Maestro y el don del Padre y confíe en que el Espíritu está dentro y guiará. En esa fe que cedo continuamente todo mi ser a su dominio y control; Déjame ser fiel a lo que parece más cercano a Su voz; En tal fe y tal fidelidad mi alma estará preparada para conocer mejor su voz. De las profundidades ocultas Su poder se moverá para tomar posesión de la mente y la voluntad, y la morada en los escondites del corazón se convertirá en un ser lleno de Su plenitud.

La fe es la única facultad de nuestra naturaleza espiritual

por medio de la cual podemos reconocer lo Divino, en las apariencias bajas e improbables que se viste. Y si esto es verdad para el Padre en Su gloria como Dios, y el Hijo como la manifestación del Padre, ¿cuánto más debe ser verdad del Espíritu, el invisible poder Divino de la vida que viene a vestirse y esconderse dentro de nuestra debilidad? Oh! Cultivemos y ejercitamos mucho nuestra fe en el Padre, cuyo único don por medio del Hijo es esto, el Espíritu en nuestros corazones. Y en el Hijo también, cuya Persona entera y Obra y Gloria se centran en el don del Espíritu Inherente. De modo que la fe crece fuertemente en la invisible Presencia Divina, a veces ofuscada, de este tremendo Poder, esta Persona viviente, que ha descendido a nuestra debilidad y se ha escondido en nuestra pequeñez, para ajustarnos a ser morada del Padre y de la Hijo. Que nuestra adoración cariñosa de nuestro Señor glorificado busque siempre la respuesta maravillosa que Él da a cada oración, como el sello de nuestra aceptación, como la promesa de un conocimiento más profundo de nuestro Dios, de una comunión más cercana y una bendición más rica: El Espíritu Santo mora en ti.

La profunda importancia de una correcta aprehensión de la permanencia del Espíritu es evidente desde el lugar que ocupa en el discurso de despedida de nuestro Señor. En este y en los dos siguientes capítulos, Él habla del Espíritu más directamente como Maestro, y como Testigo, como representación y glorificación de Sí mismo, como convencimiento del mundo. Al mismo tiempo, Él conecta esto y dice de Su morada y la del Padre, de la unión de la vid y las ramas, de la paz y la alegría y el poder en la oración que sus discípulos tendrían, en "ese día", El tiempo de la venida del Espíritu. Pero, ante todo esto, como su única condición y única fuente, Él pone la promesa, "el Espíritu estará en vosotros". No vale mucho que sepamos todo lo que el Espíritu puede hacer por nosotros, o que confesamos toda nuestra dependencia de Él, a menos que

entendamos claramente, y pongamos primero, lo que el Maestro dio el primer lugar; Que es como el Espíritu que mora en nosotros solo que Él puede ser nuestro Maestro o nuestra Fortaleza. Como la Iglesia, como creyente, acepta la de nuestro Señor, 'Él estará en vosotros' y vive bajo el control de esta fe, nuestra verdadera relación con el Espíritu Santo será restaurada. Él se hará cargo e inspirará; Él llenará y bendecirá poderosamente el ser dado a Él como su morada.

Un estudio cuidadoso de las epístolas lo confirmará. Al escribir a los Corintios, Pablo tuvo que reprenderlos por los pecados tristes y terribles, y sin embargo dice a todos, incluyendo al más débil e infiel creyente: "No sepáis que el Espíritu de Dios Dios mora en ti? ¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo? Está seguro de que si se creía esto, si a esta verdad se le daba el lugar que Dios quería que tuviera, no sólo sería el motivo, sino el poder de una vida nueva y santa. A los gálatas, que se desviaron, no tiene más poderosa cosa para decirles que: habían recibido el Espíritu por medio de la predicación de la fe; Dios había enviado el Espíritu de su Hijo en sus corazones; Ellos tuvieron su vida por el Espíritu en ellos; Si pudieran entenderlo y creerlo, también caminarían en el Espíritu.

Es esta enseñanza que la Iglesia de Cristo necesita en nuestros días. Estoy profundamente convencido de que muy pocos de nosotros entendemos bien hasta qué punto los creyentes ignoran este aspecto de la verdad concerniente al Espíritu Santo, o hasta qué punto esto es la causa de su debilidad en la conducta y la obra santa. Puede haber mucha oración por la obra del Espíritu Santo, puede haber gran rectitud en nuestra confesión, tanto en la predicación y la oración, de la dependencia total y absoluta de Él; Pero a menos que Su personal, continua, divina morada sea reconocido y experimentado, no debemos sorprendernos si hay continuo fracaso. La Paloma Sagrada

quiere que su lugar de descanso esté libre de toda intrusión y perturbación. Dios quiere toda la posesión de Su templo. Jesús quiere Su hogar para sí mismo. Él no puede hacer su obra allí, no puede gobernar y revelarse a sí mismo y su amor como lo haría, a menos que todo el hogar, todo el ser interior, sea poseído y lleno por el Espíritu Santo. Déjenos consentir a esto. A medida que el significado de lo que mora en nosotros se alza sobre nosotros en toda su extensión y afirma, al aceptarlo como una realidad Divina que debe ser llevada a cabo y mantenida por nada menos que un Poder Todopoderoso, mientras nos inclinamos por el vacío y nos rendimos, Adoración, aceptar la promesa y vivir de ella, "El estará en vosotros", el Padre, por amor de Jesús, se complace en cumplirla en nuestra experiencia, y sabremos que el principio, el secreto y el Poder de la vida de un verdadero discípulo es, el Espíritu Inherente.

¡Bendito Señor Jesús! Mi alma te bendice por tu preciosa palabra: el Espíritu estará en ti. En profunda humildad, ahora lo acepto nuevamente, y pido a Ti que me enseñe su significado completo y bendito.
Pido para mí y para todos los hijos de Dios que podamos ver cómo cerca de Tu amor nos llegaría, cuan íntegra y íntimamente te darías a nosotros. Nada puede satisfacerte sino tener tu morada dentro de nosotros, para habitar en nosotros como la vida de nuestra vida. Con este fin enviaste, desde tu gloria, tu Espíritu Santo a nuestros corazones, para ser el poder que vive y actúa en nuestro ser íntimo, y para dar en nosotros la revelación de ti mismo. ¡Santo Salvador! Traiga a su Iglesia a ver esta verdad que ha sido tanto escondida y perdida, para experimentarla y para dar testimonio de ella en el poder. Que el sonido alegre se oiga a través de sus fronteras, para que todo verdadero creyente tenga la presencia y la dirección de tu Espíritu. ¡Y enséñame, mi Señor! La vida de fe, que sale de ti, para esperar en Ti, como en Tu Espíritu Tu obra en mí.

Que mi vida de hora en hora esté en la santa y humilde conciencia: El Espíritu de Cristo mora en mí. ¡Con humildad y silencio me inclino ante este santo misterio, Dios mío! ¡Señor Jesús! Tu propio Espíritu mora en mí. Amén.

Capítulo 7

El Espíritu dado al Obediente

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y él os dará otro Consolador, el Espíritu de verdad. -Juan 14: 15,16
"El Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen." Actos 5:32.

La verdad que estas palabras expresan a menudo ha sugerido la pregunta - ¿Cómo puede ser esto? Necesitamos el Espíritu para hacernos obedientes; Anhelamos el poder del Espíritu, sólo porque lamentamos tanto la desobediencia que todavía hay y deseamos ser de otra manera. ¿Y cómo es esto? El Salvador reclama obediencia como la condición de la donación del Padre y nuestra recepción del Espíritu.
La dificultad será eliminada si recordamos lo que hemos visto más de una vez, que hay una doble manifestación del Espíritu de Dios, que corresponde al Antiguo y Nuevo Testamento. En el primero, Él obra como el Espíritu de Dios, preparando el camino para la revelación superior de Dios, como el Padre de Jesucristo. De esta manera Él había trabajado en los discípulos de Cristo, como el Espíritu de conversión y fe. Lo que ahora estaban a punto de recibir era algo más elevado: el Espíritu del Jesús glorificado, comunicando el poder desde lo alto, la experiencia de su salvación completa. Y aunque ahora, para todos los creyentes bajo la economía del Nuevo Testamento, el Espíritu en ellos es el Espíritu de Cristo, todavía hay algo que corresponde a la doble dispensación. Donde no hay mucho conocimiento de la obra del Espíritu, o donde sus labores en una Iglesia o en un individuo son débiles, ni siquiera los creyentes van más allá de la experiencia de sus labores preparatorias; Aunque esté en ellos, no lo

conocen en su poder como el Espíritu del Señor glorificado. Lo tienen en ellos para hacerlos obedientes; Es sólo cuando obedecen a su obra más elemental, la custodia de los mandamientos de Cristo, que serán promovidos a la experiencia superior de Su morada consciente, como Representante y Revelador de Jesús en Su gloria. 'Si me amáis, guardad mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y él os enviará otro Consolador'.

La lección es una que no podemos estudiar con demasiada atención. En el Paraíso, en los ángeles del cielo, en el Hijo de Dios, por obediencia y sólo obediencia, se podría mantener la relación con el Ser Divino, y la admisión asegurada a una experiencia más cercana de Su Amor y Su Vida. La voluntad de Dios revelada es la expresión de su perfección y ser ocultado; Sólo en aceptar y hacer la voluntad, en renunciar todo a Su voluntad de poseer y usar como quiera, estamos preparados para entrar en la Divina Presencia. ¿No fue así con el Hijo de Dios? Fue cuando, después de una vida en santa humildad y obediencia durante treinta años, Él había pronunciado esa palabra de consagración completa, 'Conviene que cumplamos toda justicia', y se dio a sí mismo a un bautismo por los pecados de Su pueblo, Fue bautizado con el Espíritu. El Espíritu vino por Su obediencia. Y de nuevo, fue después de haber aprendido la obediencia en el sufrimiento, y se hizo obediente a la muerte de la cruz, que Él recibió de nuevo el Espíritu del Padre (Hechos 2: 3 3) para derramar sobre sus discípulos. La plenitud del Espíritu para Su cuerpo, la Iglesia, fue la recompensa de la obediencia. Y esta ley de la venida del Espíritu, tal como se revela en la Cabeza, es válida para todos los miembros del cuerpo: la obediencia es la condición indispensable de la morada del Espíritu. 'Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y el Padre los enviará el Espíritu'.
Cristo Jesús había venido a preparar el camino para la

venida del Espíritu. O más bien, su salida en la carne fue la preparación para su venida interior en el Espíritu para cumplir la promesa de una morada Divina. La venida exterior apeló al alma, con su mente y sentimiento, y afectó éstos. Fue sólo cuando Cristo fue aceptado en Su venida exterior, como fue amado y obedecido, que la revelación interna y más íntima sería dada. El apego personal a Jesús, la aceptación personal de Él como Señor y Maestro para amar y obedecer, fue la preparación de los discípulos para el bautismo del Espíritu. Y así ahora, es como en tiernamente escuchar la voz de la conciencia, y un fiel esfuerzo por guardar los mandamientos de Jesús, le demostramos nuestro amor, para que el corazón esté preparado para la plenitud del Espíritu. Nuestros logros pueden ser insuficientes para nuestros propósitos, puede ser que lloramos porque lo que no queremos no hacemos - si el Maestro ve la entrega de todo corazón a Su voluntad y la obediencia fiel a lo que ya tenemos de las orientaciones de Su Espíritu, podemos estar seguros que el regalo completo no será retenido.

¿No nos sugieren estas palabras las dos grandes razones por las que la presencia y el poder del Espíritu en la Iglesia se realizan tan débilmente? No entendemos que como la obediencia del amor debe preceder a la plenitud del Espíritu, así también la plenitud del Espíritu debe seguirla. Ellos se equivocan que quieren la plenitud del Espíritu antes de que obedezcan, no menos que aquellos que piensan que la obediencia ya es un signo de que la plenitud del Espíritu está allí.

La obediencia debe preceder al bautismo del Espíritu. Juan había predicado a Jesús como el verdadero Bautista - bautizando con el Espíritu Santo y con fuego. Jesús tomó a sus discípulos como candidatos para este bautismo en un curso de tres años de entrenamiento. En primer lugar, los apegó junto a Él personalmente. Él les enseñó a abandonar todo por él. Él se llamó a sí mismo su Maestro y

Señor, y les enseñó a hacer lo que Él dijo. Y luego, en su discurso de despedida, Él repetía una y otra vez que la obediencia a Sus mandamientos era la única condición de toda bendición espiritual. Es de temer que la Iglesia no haya dado a esta palabra Obediencia la prominencia que Cristo le dio. Las opiniones erróneas sobre el peligro de la auto-justificación, sobre la forma en que se ha de exaltar la gracia libre, sobre el poder del pecado y sobre las necesidades de pecar, con la renuencia natural de la carne a aceptar un alto nivel de santidad, siendo las causas. Mientras se ha predicado la libertad de gracia y la sencillez de la fe, no se ha insistido en la absoluta necesidad de obediencia y santidad. Se ha pensado que sólo aquellos que tenían la plenitud del Espíritu podían ser obedientes. No se vio que la obediencia era la plataforma inferior - que el bautismo del Espíritu, la plena revelación del Señor glorificado como el Inherente en Su poder de obrar en nosotros y a través de nosotros Sus poderosas obras, era algo más elevado, la Presencia que el obediente debe heredar. No se veía que la obediencia simple y plena a todos los dictados de la conciencia y todos los preceptos de la palabra, que una "caminata digna e agradable del Señor", iba a ser el pasaporte para la vida plena en el Espíritu en que Él sería testigo de la Permanente Presencia del Señor en el corazón.

Como consecuencia natural del descuido de esta verdad, también se olvidó la verdad del compañero: El obediente debe y puede buscar la plenitud del Espíritu. La promesa de la especial, consciente, activa morada del Espíritu al obediente es una cosa desconocida para muchos cristianos. La gran parte de la vida se gasta en luto por la desobediencia, por la falta del poder del Espíritu, y orando para que el Espíritu les ayude a obedecer, en vez de elevarse en la fuerza del Espíritu ya en ellos a la obediencia posible e necesaria. La idea de que el Espíritu Santo fuera especialmente enviado a los obedientes para

darles la Presencia de Jesús como una realidad continua, para hacer en ellos las obras mas grandes de los que el Padre había obrado en Él, apenas se pensó. El significado de la vida de Jesús como nuestro ejemplo no se entiende. ¡Cuán distintamente había con Él la humilde vida de prueba y obediencia en preparación para la vida espiritualmente oculta de Poder y Gloria! Es esta vida interior de la cual somos hechos participantes en el don del Espíritu del Jesús glorificado. Pero en nuestra participación personal interna de ese don debemos caminar en la forma en que Él nos dedicó; Como en la crucifixión de la carne nos entregamos a la voluntad de Dios, para que Él haga en nosotros lo que Él quiere, y para que también hagamos lo que Él quiere, experimentaremos que Dios no se encuentra en ninguna otra parte sino en Su voluntad. Su voluntad en Cristo, aceptada y realizada por nosotros, con el corazón en que se hace, es el hogar del Espíritu Santo. La revelación del Hijo en Su perfecta obediencia fue la condición del don del Espíritu; La aceptación del Hijo en amor y obediencia es el camino hacia la inhabitación del Espíritu.

Es esta verdad la que en estos últimos años ha vuelto poderosamente a los corazones de muchos en el uso de las palabras entrega total y consagración entera. Al comprender que el Señor Jesús sí reclamó la obediencia implícita, que renunciar a Él Y su voluntad fue absolutamente necesaria, y en el poder de su gracia realmente posible, y en la fe de su poder lo hizo, encontraron la entrada a una vida de paz y fuerza anteriormente desconocida. Muchos están aprendiendo, o tienen que aprender, que aún no conocen completamente la lección. Encontrarán que hay aplicaciones de este principio más allá de lo que hemos concebido. Como vemos cómo en el poder omnipresente del Espíritu, como ya lo poseemos, cada movimiento de nuestra vida debe ser llevado a la lealtad a Jesús, y darnos a él en la fe, también

veremos que el Espíritu del Glorificado Señor puede hacer que Él presente y trabaje Sus poderosas obras en nosotros y a través de nosotros, de una manera mucho más allá de lo que podemos pedir o pensar. La morada del Espíritu Santo fue pensada por Dios y Cristo para ser más a la Iglesia, oh! Mucho más de lo que hemos conocido. ¡Oh! ¿No nos entregaremos en un amor y una obediencia que sacrifica cualquier cosa por Jesús?, para que nuestros corazones se agranden por la plenitud de su bendición preparada para nosotros.
Llamemos a Dios muy seriamente, para que Él despierte a Su Iglesia y al pueblo para que acepten esta doble lección: Una obediencia viviente es indispensable para la plena experiencia de la morada de Dios; La experiencia plena de la morada es lo que una obediencia amorosa puede ciertamente reclamar. Que cada uno de nosotros diga ahora a nuestro Señor que lo amamos, y guardamos Sus mandamientos. Sin embargo, por mucho que sea la debilidad y el fracaso, hablémosle a Él como el único propósito de nuestras almas; Esto lo aceptará. Creamos en la morada del Espíritu que ya nos ha sido dada, cuando en la obediencia de la fe nos dimos a Él. Creamos que la plena morada, con la revelación de Cristo dentro, puede ser nuestra. Y contentémonos con nada menos que la conciencia amorosa, reverente, temblorosa, pero bendita de que somos los Templos del Dios Viviente, porque el Espíritu de Dios mora en nosotros.

¡Bendito Señor Jesús! Con todo mi corazón acepto la enseñanza de estas palabras tuyas. Y con toda sinceridad te suplico que escribas la verdad cada vez más profunda en mi corazón, como una de las leyes de Tu Reino, que la Obediencia Amorosa puede buscar una Aceptación Amorosa, sellada por una experiencia cada vez mayor del Poder del Espíritu.
Te doy gracias por lo que tu palabra enseña de lo que eran

el amor y la obediencia de tus discípulos. Aunque todavía imperfectos, ¿no te abandonaron todos?, pero lo cubriste con el manto de tu amor: "El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil". Y les aceptaste, aunque fueron débil. ¡Salvador! Con todo mi corazón digo que te amo, y guardo cada uno de tus mandamientos.

De nuevo me entrego a Ti por esto. En las profundidades de mi alma Tú ves que hay un solo deseo, que Tu voluntad se haga en mí como en el Cielo.

A toda reprobación de conciencia me inclinaría muy bajo. A cada movimiento de tu Espíritu me rendiría en obediencia implícita. En tu muerte doy mi voluntad y mi vida, que, siendo resucitado contigo, la vida de otro, de tu Espíritu Santo, que mora en mí y te revela, puede ser mi vida. Amén.

Capítulo 8

Conocer el Espíritu.

El Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo contempla, ni lo conoce; Porque Él permanece con vosotros, y estará en vosotros. "Juan 14: 17.
'¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?' -1 Cor. 3:16.

El valor del conocimiento, es decir, el verdadero conocimiento espiritual, en la vida de la fe difícilmente puede ser exagerado. Así como un hombre en la tierra no es más rico para una herencia que viene a él, o un tesoro en su campo, mientras no lo sepa, o no sepa poseerlo, y usarlo - así los dones de la Gracia de Dios no pueden traer su bendición completa hasta que la conozcamos y, en verdad, la aprehendamos y poseamos. En Cristo están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento; Es la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor, para el cual el creyente está dispuesto a estimar todas las cosas pérdidas. Es debido a la falta de un verdadero conocimiento de lo que Dios en Cristo nos ha preparado, que la vida de los creyentes es tan baja y débil. La oración que Pablo ofreció para los Efesios - que el Padre les diera el Espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él, con los ojos de su corazón iluminados, para que conocieran la esperanza de su vocación y las riquezas de la herencia, y la bondad excesiva del poder que obra en ellos - es uno que nunca podemos orar lo suficiente, ya sea para nosotros mismos o para los demás. ¡Pero de qué especial importancia es que debamos conocer al Maestro a través del cual ha de venir todo el otro conocimiento! El Padre ha dado a cada uno de sus hijos no sólo a Cristo, que es la verdad, la realidad de toda vida y

gracia, sino el Espíritu Santo, que es el mismo Espíritu de Cristo y la Verdad. «Recibimos el Espíritu, que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente».

Pero ahora viene la importante pregunta: ¿Cómo sabemos cuando es el Espíritu el que nos está enseñando? Si nuestro conocimiento de las cosas Divinas ha de ser para nosotros una certeza y un consuelo, debemos conocer al Maestro mismo. Es sólo conocer a El que será para nosotros la evidencia plena de que lo que contamos nuestro conocimiento espiritual no es engaño. Nuestro bendito Señor satisface esta cuestión, con todos los asuntos solemnes que dependen de ella, asegurándonos que conoceremos el Espíritu. Cuando un mensajero viene a hablar de un rey, cuando un testigo da un testimonio para su amigo, no habla de sí mismo. Sin embargo, sin hacerlo, tanto el mensajero como el testigo, en el mismo hecho de dar su testimonio, llaman nuestra atención hacia sí mismos y reclaman nuestro reconocimiento de su presencia y confiabilidad. Y así también el Espíritu Santo, cuando testifica de Cristo y lo glorifica, debe ser conocido y reconocido en Su divina comisión y presencia. Sólo así podemos tener la seguridad de que el conocimiento que recibimos es ciertamente de Dios y no lo que nuestra razón humana ha recogido de la Palabra de Dios. Conocer el sello del Rey es la única salvaguarda contra una imagen falsa. Conocer el Espíritu es el fundamento divino de la certeza.

¿Y ahora cómo puede el Espíritu ser conocido? Jesús dice: 'Conoced a El, porque Él permanece con vosotros, y estará en vosotros'. La permanencia en el Espíritu es la condición para conocerlo. Su presencia se evidenciará a sí misma. Cuando le permitimos que habite en nosotros, cuando le damos plena posesión en fe y obediencia, y le permitimos testificar de Jesús como Señor, Él traerá sus credenciales: Él demostrará ser el Espíritu de Dios. 'El Espíritu da

testimonio, porque el Espíritu es la verdad'. Es porque la presencia del Espíritu como el maestro de cada creyente es tan poco conocida y reconocida en la Iglesia y porque, como resultado de esto, el funcionamiento del Espíritu es escaso y débil, hay tanta dificultad Y duda, tanto temor y vacilación sobre el reconocimiento del testimonio del Espíritu. A medida que la verdad y la experiencia de la inhabitación del Espíritu se restablezca entre el pueblo de Dios, y el Espíritu vuelva a ser libre para trabajar en el poder entre nosotros, Su bendita presencia será su propia prueba suficiente: lo conoceremos. Ustedes lo conocen, porque Él estará en ustedes ".

Pero mientras tanto, mientras su presencia sea tan poco reconocida, y su trabajo aturdido, ¿cómo es ahora que se le conozca? A esta pregunta la respuesta es muy simple. A todos los que desean honestamente, no sólo para saber que él tiene el Espíritu, sino para conocerlo en Su persona, y como posesión personal y Maestro, decimos: Estudie la enseñanza de la Palabra con respecto al Espíritu. No se contenten con la enseñanza de la Iglesia o de los hombres acerca del Espíritu, sino vayan a la Palabra. No se contenten con su lectura ordinaria de la Palabra, o lo que ya saben de sus doctrinas. Si usted está en serio para conocer el Espíritu, vaya y busque la Palabra especialmente con este punto de vista, como uno sediento de beber profundamente del agua de la vida. Reunir toda la Palabra dice del Espíritu, Su morada y Su obra, y ocultarla en su corazón. Estén decididos a aceptar nada más que lo que la Palabra enseña, sino también a aceptar de todo corazón lo que enseña.

Pero estudien la Palabra en dependencia de la enseñanza del Espíritu. Si lo estudian con su sabiduría humana, su estudio de ella sólo puede confirmarlo en sus puntos de vista equivocados. Si eres hijo de Dios, tienes el Espíritu Santo para enseñarte, aunque aún no sabes cómo obra en ti. Pídale al Padre que trabaje a través de Él en usted, y

que haga la Palabra vida y luz en usted. Si, con espíritu de humildad y confiando en la guía de Dios, se somete de corazón a la Palabra, encontrará la promesa seguramente cumplida: se le enseñará a Dios. Hemos hablado más de una vez del progreso de lo externo a lo interno: sé sincero al renunciar a todos tus pensamientos y pensamientos de hombres mientras aceptas la Palabra; Pídale a Dios que revele en usted por Su Espíritu Sus pensamientos acerca de Su Espíritu: Él ciertamente lo hará.

¿Y cuáles serán las principales marcas que se encuentran en la Palabra por la cual el Espíritu en nosotros puede ser conocido? Serán principalmente dos. La primera será más externa, refiriéndose al trabajo que hace. El segundo más en la vida interior, en las disposiciones que Él busca en aquellos en quienes Él habita.

Acabamos de escuchar cómo Jesús habló de una obediencia amorosa como la condición de la venida del Espíritu. La obediencia es la marca permanente de Su presencia. Jesús le dio como Maestro y Guía. Toda la Escritura habla de Su obra como exigiendo la rendición de toda la vida. 'Si por el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis; Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios. " Tu cuerpo es templo del Espíritu Santo: glorifica a Dios por lo tanto en tu cuerpo.” "Si vivimos en el Espíritu, Andad en el Espíritu". "Somos transformados en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor". Palabras como estas definen muy distintamente las operaciones del Espíritu. Como Dios es conocido por primera vez en Sus obras, así también con el Espíritu. Él revela la voluntad de Dios, Cristo haciendo esa voluntad, y llamándonos a seguirle en ella. A medida que el creyente se rinde a una vida en el Espíritu, consiente cordialmente que la conducción del Espíritu, la mortificación de la carne, la obediencia al gobierno de Cristo, sin límite ni excepción, serán a lo que se entrega a sí mismo, Y mientras espera en el Espíritu para obrar todo

esto, encontrará y conocerá el Espíritu que obra en él. Es cuando nosotros simplemente hacemos el objetivo del Espíritu Santo nuestro objetivo, y nos entregamos totalmente a lo que vino a obrar, que estamos preparados para conocerlo como morando en nosotros. Cuando somos guiados por Él a obedecer a Dios como lo hizo Cristo, será el mismo Espíritu, testificando con nuestro espíritu, que Él habita en nosotros.

También lo conoceremos a él, y con más seguridad e intimidad, ya que no sólo nos entregaremos a esa vida, sino que estudiaremos la relación personal en la que un creyente se inclina a Él, y la manera en que su trabajo puede ser más Plenamente experimentado. El hábito del alma que el Espíritu desea, está contenido en una sola palabra: la fe. La fe siempre tiene que ver con lo Invisible, con lo que parece al hombre más improbable. Cuando el Divino apareció en Jesús, ¡en qué forma humilde estaba escondida! Treinta años vivió en Nazaret, y no vieron nada en él sino el hijo de un carpintero. Sólo con Su bautismo su Divina Filiación llegó a la completa y perfecta conciencia. Incluso a sus discípulos Su gloria divina a menudo estaba escondida. ¡Cuánto más cuando la Vida de Dios entre en las profundidades de nuestro ser pecaminoso, será cuestión de fe reconocerlo! Conocemos al Espíritu en santa y humilde fe. No nos contentemos con saber que el Espíritu está en nosotros: eso nos beneficiará poco. Cultivemos el hábito, en cada ejercicio religioso, de inclinarnos reverente-mente en silencio delante de Dios, de dar al Espíritu el reconocimiento que le corresponde y de mantener subyugado la voluntad de la carne tan dispuesta con el servicio de Dios. Esperemos en el Espíritu en profunda dependencia. Tengamos una temporada de meditación tranquila, en la que entramos en el templo interior de nuestro corazón, para ver que todo está realmente entregado al Espíritu, y luego inclinarse ante el Padre para pedir y esperar de Él la poderosa obra del

Santo Espíritu. Por poco que veamos o sintamos, que creemos. El Divino siempre es conocido primero por creer. A medida que sigamos creyendo, estaremos preparados para conocer y ver.
No hay forma de conocer un fruto, sino de saborearlo. No hay forma de conocer la luz, sino de estar en ella y usarla. No hay forma de conocer a una persona, sino por relaciones personales con él. No hay manera de conocer al Espíritu Santo, sino de poseerlo y ser poseído por él. Vivir en el Espíritu es la única manera de conocer el Espíritu. Para tenerlo en nosotros, haciendo su obra, dándonos Su compañerismo, y guiando toda nuestra vida, éste es el camino que el Maestro abre cuando dice: "Conocedlo, porque Él estará en vosotros".
¡Creyente! Por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús Pablo estimó todas las cosas pérdida. ¿No lo haremos nosotros también? ¿No debemos nosotros, para conocer al Cristo glorificado por el Espíritu, renunciar a todo? ¡Oh, pensemos en ello! El Padre ha enviado el Espíritu para que participemos plenamente en la gloria del Cristo glorificado. ¿No nos entregaremos para tenerlo en nosotros, para permitirle tener todo en nosotros, para que podamos conocerlo plenamente, por medio de quién solo podemos conocer al Hijo y al Padre? Entreguémonos ahora a la plenitud de la morada y de la enseñanza del Espíritu Santo que el Hijo nos ha dado del Padre.

¡Bendito Padre! Que en nombre de Cristo nos enviaste Tu Espíritu Santo, escucha mi oración con gracia y concede que yo le conozca, teniendo en medio de mí. Que Su testimonio de Jesús sea divinamente claro y poderoso, que Su conducción y santificación esté en tal poder santo, que Su morada interior en mi espíritu esté en tal Verdad y Vida, que la conciencia de Él como mi Vida pueda ser tan simple y segura como De mi vida natural, como la luz es el testimonio suficiente del sol, que Su luz sea su propio

testimonio de la presencia de Jesús.
Y conduceme, oh Padre mío, al conocerlo para que conozca bien el misterio de tu Amor al darle dentro de mi. ¿Puedo entender cómo no te bastaba trabajar en mí por Tu Poder Todopoderoso, desconocido, omnipotente, ni siquiera por obra de Él que vino a la tierra para revelarte. Tu Hijo tenía algo más, y mejor aún, para nosotros: el Espíritu, el Tercero Bendito en la Divinidad, fue enviado, para que Tu Presencia Personal, la unión más íntima y la comunión ininterrumpida contigo, pudiera ser mi porción. El Espíritu Santo, Tu propia Vida y Ser, ha llegado a ser ahora la vida de mi propio ser, y así me tomas completamente para ser tuyo.
Oh Dios mío, enséñame a mí y a todo tu pueblo a conocer tu Espíritu. No sólo para saber que Él está en nosotros, no sólo para conocer algo de Su obra, sino para conocerlo como en Su propia persona Él revela y glorifica al Hijo, y en Él el Padre, Amén.

Capítulo 9

El Espíritu de la Verdad

'Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí.' Juan 15:26.
'Cuando venga El, el Espíritu de la Verdad, Él os guiará a toda la Verdad; Porque no hablará de sí mismo; Pero todo lo que él oyere, éste hablará. "Juan 16:13.

Dios creó al hombre a su imagen; Para llegar a ser como Él, capaz de mantener comunión con Él en Su gloria. En el Paraíso se pusieron dos maneras delante del hombre para alcanzar esta semejanza con Dios. Estos fueron caracterizados por los dos árboles - el de la vida y el del conocimiento. El camino de Dios era el primero, - a través de la vida vendría el conocimiento y semejanza de Dios; En permanecer en la voluntad de Dios, y participar de la vida de Dios, el hombre sería perfeccionado. Al recomendar al otro, Satanás aseguró al hombre que el conocimiento era la única cosa que se deseaba para hacernos como Dios. Y cuando el hombre escogió la luz del conocimiento por encima de la vida en obediencia, entró en el camino terrible que conduce a la muerte. El deseo de conocer se convirtió en su mayor tentación; Toda su naturaleza estaba corrompida, y el conocimiento era para él más que obediencia y más que vida.
Bajo el poder de este engaño, que promete felicidad en el conocimiento, la raza humana sigue siendo extraviada. Y en ninguna parte se muestra su poder más terriblemente que en relación con la verdadera religión y la propia revelación de Dios sobre sí mismo. Incluso cuando la palabra de Dios es aceptada, la sabiduría del mundo y de la carne siempre entra en ella; Incluso la Verdad espiritual es despojada de su poder cuando se sostiene, no en la

vida del Espíritu, sino en la sabiduría del hombre. Donde la Verdad entra en las partes internas, como Dios desea, allí se convierte en la vida del Espíritu. Pero también puede llegar hasta las partes exteriores del alma, el intelecto y la razón, y mientras ocupa y complace allí, y nos satisface con la imaginación de que de allí ejerce su influencia, su poder no es más que el de la inteligencia humana Y la sabiduría, que nunca llega a la verdadera vida del espíritu. Porque hay una verdad del entendimiento y sentimientos, que es Sólo natural, la imagen o forma humana, la sombra de la Verdad Divina. Hay una Verdad que es sustancia y realidad, que comunica a quien la posee como la posesión real, la vida de las cosas de las que los demás sólo piensan y hablan. La verdad en la sombra, en la forma, en el pensamiento, era todo lo que la ley podía dar; Y en este consistía la religión de los judíos. La verdad de la sustancia, la Verdad como Vida Divina, fue lo que Jesús trajo como el Unigénito, lleno de gracia y verdad. Él mismo es "la Verdad".

Al prometer el Espíritu Santo a sus discípulos, nuestro Señor habla de Él como el Espíritu de la Verdad. Esa Verdad, que Él mismo es, esa Verdad y Gracia y Vida que trajo del cielo como una realidad espiritual sustancial para comunicarnos, esa Verdad tiene su existencia en el Espíritu de Dios: Él es el Espíritu, la vida interior de esa Verdad Divina. Y cuando lo recibimos, y hasta donde lo recibimos, y lo entregamos a Él, Él hace que Cristo, y la Vida de Dios, sea verdad en nosotros divinamente real; Él nos da esto para estar en nosotros de verdad. En Su enseñanza y guía en la Verdad, Él no nos da solamente palabras y pensamientos e imágenes e impresiones, viniendo desde fuera, de un libro o un maestro fuera de nosotros. Él entra en las raíces secretas de nuestra vida, y planta la Verdad de Dios allí como una semilla, y mora en ella como una Vida Divina. Y donde, en la fe, la expectación y la entrega, esta Vida Oculta es acariciada y alimentada, allí la vivifica y

la fortalece, para que se fortalezca y extienda sus ramas por todo el ser. Y así, no de fuera, sino de dentro, no en palabra, sino en poder, en Vida y Verdad, el Espíritu revela a Cristo y todo lo que Él tiene para nosotros. Él hace que el Cristo, que ha sido para nosotros tanto una imagen, un pensamiento, un Salvador fuera y por encima de nosotros, sea la Verdad dentro de nosotros. El Espíritu trae con Su entrante la Verdad en nosotros; y entonces, habiéndonos poseído desde dentro, nos guía, como lo podemos seguir, a toda la verdad.

En Su promesa de enviar el Espíritu de Verdad del Padre, nuestro Señor nos dice muy claramente cuál sería Su obra principal: "Él dará testimonio de MÍ". Él había dicho antes, 'Yo soy la Verdad'; El Espíritu de la Verdad no puede tener más trabajo que revelar e impartir la plenitud de la Gracia y la Verdad que hay en Cristo Jesús. Descendió del Señor glorificado en el cielo para dar testimonio, dentro de nosotros y por medio de nosotros, de la realidad y el poder de la redención que Cristo realizó allí. Hay cristianos que temen que pensar mucho en la presencia del Espíritu dentro de nosotros nos llevará lejos del Salvador por encima de nosotros. Una mirada dentro de nosotros mismos puede hacer esto; Podemos estar seguros de que el reconocimiento silencioso, creyente y adorador del Espíritu dentro de nosotros sólo conducirá a una comprensión más plena, más verdadera y espiritual de que Cristo solo es de hecho todo en todos. 'El dará testimonio de mí.' 'El me glorificará.' Es Él que hará que nuestro conocimiento de Cristo sea Vida y Verdad, y experiencia del Poder con el cual Él trabaja y salva.'

Para saber cuál es la disposición o estado de ánimo en el cual podemos recibir plenamente esta guía en toda la Verdad, tenga en cuenta las palabras extraordinarias que nuestro Señor usa con respecto al Espíritu: 'Él los guiará a toda la Verdad, porque Él no hablará de Sí mismo; Pero todo lo que oyere, esto hablará. La marca de este Espíritu

de Verdad es una maravillosa complacencia Divina de ser enseñado. En el misterio de la Santísima Trinidad no hay nada más hermoso que esto, que con una divina igualdad por parte del Hijo y el Espíritu, también hay una perfecta subordinación. El Hijo podía afirmar que los hombres debían honrarle, así como honraron al Padre, y sin embargo no lo contaron ninguna excepción a ese honor de decir: El Hijo no puede hacer nada de sí mismo; Como oigo, así que hablo. Y aun así el Espíritu de la Verdad nunca habla de sí mismo. Deberíamos pensar que Él ciertamente podría hablar de Sí mismo; Pero no, sólo lo que Él oye, Él habla. El Espíritu que teme hablar por sí mismo, que escucha a Dios hablar, y sólo habla cuando Dios habla, este es el Espíritu de la Verdad.

Y esta es la disposición que Él obra, la vida que Él respira, en aquellos que verdaderamente le reciben, esa mansa complacencia de ser enseñados que marca a los pobres en espíritu, a los quebrantados de corazón, que se han vuelto conscientes de que su sabiduría es tan inútil como su justicia, o poder de aprehender la verdad espiritual; Que necesitan a Cristo tanto para el uno como el otro, y que el Espíritu dentro de ellos solo puede ser el Espíritu de la Verdad. Él nos muestra cómo, incluso con la Palabra de Dios en nuestras manos y en nuestras lenguas, puede ser que nos falta totalmente este espíritu de espera, dócil y sumiso al cual solo su significado espiritual puede ser revelado. Él abre nuestros ojos a la razón por la que tanto la lectura de la Biblia, como el conocimiento de la Biblia, y la predicación de la Biblia tiene tan poco fruto para la verdadera santidad; Porque es estudiada y sostenida con una sabiduría que no es de arriba, que no fue pedida y esperada de Dios. Faltaba la marca del Espíritu de la Verdad. No habla, no piensa en sí mismo; Lo que Él oye, Él habla. El Espíritu de la Verdad lo recibe todo día a día, paso a paso, de Dios en el cielo. Él se calla, y no habla, excepto y hasta que Él oye.

Estos pensamientos nos sugieren el gran peligro de la vida cristiana, buscando conocer la Verdad de Dios en Su Palabra sin la distinta espera del Espíritu de Verdad en el corazón. El tentador del Paraíso todavía se mueve entre los hombres. El conocimiento sigue siendo su gran tentación. ¿Cuántos cristianos hay que puedan confesar que su conocimiento de la Verdad Divina hace poco para ellos: les deja impotentes contra el mundo y el pecado; Saben poco de la luz y la libertad, la fuerza y el gozo que la Verdad estaba destinada a traer. Es porque se llevan a sí mismos la verdad de Dios en el poder de la sabiduría humana y del pensamiento humano, y no esperen que el Espíritu de la Verdad “los conduzca a ella". Los esfuerzos más serios para permanecer en Cristo, para caminar como Cristo, han fallado porque su fe estaba más en la sabiduría del hombre que en el poder de Dios. La mayoría de las experiencias bendecidas han sido de corta duración, porque no sabían que el Espíritu de Verdad estaba dentro de ellos para hacer de Cristo y Su Santa Presencia una realidad duradera.

Estos pensamientos sugieren la gran necesidad de la vida cristiana. Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y sígueme". Muchos siguen a Jesús sin negarse a sí mismos, y no hay nada más de negar que nuestra propia sabiduría, la energía de la mente carnal, que se ejerce en las cosas de Dios.

Aprendamos que en toda nuestra relación con Dios, en su palabra o en su oración, en cada acto de adoración, el primer paso debe ser un acto solemne de abnegación, en el que negamos nuestro poder para entender la Palabra de Dios, o hablar nuestras Palabras a Él, sin la especial dirección divina del Espíritu Santo. Los cristianos necesitan negar aún más que su propia justicia, su propia sabiduría; Esta es a menudo la parte más difícil de la negación de sí mismo. En toda adoración necesitamos darnos cuenta de la suficiencia sola y de la absoluta indispensabilidad, no

sólo de la Sangre, sino también del Espíritu de Jesús. Este es el significado del llamado a ser silencioso a Dios, y en silencio esperar en él; Para evitar la avalancha de pensamientos y palabras en la presencia de Dios, y en profunda humildad y quietud esperar, oír y escuchar lo que Dios dirá. El Espíritu de Verdad nunca habla de Sí mismo: lo que Él oye, Él habla. Un espíritu humilde, escuchador y enseñable es la marca de la presencia del Espíritu de la Verdad.

Y entonces, cuando esperemos, recordemos que aún entonces el Espíritu de la Verdad no habla de inmediato ni habla primero en pensamientos que podemos aprehender y expresar a la vez. Estos son sólo en la superficie. Para ser verdad deben estar arraigados profundamente. Deben tener una profundidad secreta en sí mismos. El Espíritu Santo es el Espíritu de la Verdad porque Él es el Espíritu de Vida: la Vida es la Luz. No al pensamiento ni al sentimiento habla en primer lugar, sino en el hombre escondido del corazón, en el espíritu de un hombre que está dentro de él, en sus partes más íntimas. Es sólo a la fe que se revela lo que Su enseñanza significa, y cuál es Su guía en la Verdad. Dejemos que nuestra primera obra, por lo tanto, hoy nuevamente sea creer; Es decir, reconocer al Dios Viviente en la obra que Él se compromete a hacer. Creamos en el Espíritu Santo como el Vivificador Divino y el Santificador, que ya está dentro de nosotros, y rendimos todo a Él. Él se demostrará el Iluminador Divino: la Vida es la Luz. Que la confesión de que no tenemos vida o bondad propia vaya acompañada de la confesión de que tampoco tenemos sabiduría; Cuanto más profundo sea nuestro sentido de esto, más preciosa será la promesa de la guía del Espíritu. Y la profunda seguridad de tener el Espíritu de Verdad dentro de nosotros, obrará en nosotros la semejanza del santo maestro, y el escuchar tranquilo a la cual serán revelados los secretos del Señor.

¡Señor, Dios de la Verdad! En los que te adoran, buscas la Verdad en las partes interiores. Te bendigo otra vez porque me has dado también el Espíritu de la Verdad, y que ahora habita en mí. Me inclino ante Ti con humilde temor de pedirle que lo conozca bien, y caminar ante Ti en la conciencia viva de que el Espíritu de la Verdad, el Espíritu de Cristo, que es la Verdad, está dentro de mí, el ser más íntimo de mi nueva vida. Que todo pensamiento y palabra, cada disposición y hábito sean la prueba de que el Espíritu de Cristo, que es la Verdad, mora y gobierna dentro de mí.
Especialmente te pido que me testifique de Cristo Jesús. Que la Verdad de Su expiación y sangre, como trabaja con la eficacia viva en el santuario superior, mora en mí y yo en ella. Que Su Vida y Gloria no sean menos la Verdad en mí, una experiencia viviente de Su Presencia y Poder. ¡Padre mío! Que el Espíritu de tu Hijo, el Espíritu de la Verdad, sea mi vida. Que cada palabra de tu Hijo a través de él se haga verdad en mí.
Te doy gracias una vez más, o mi Padre, que Él mora dentro de mí. Yo doblo mis rodillas para que, de acuerdo a las riquezas de tu gloria, hagáis obra poderosa en mí y en todos tus santos. Oh, para que todo vuestro pueblo conozca su privilegio y se regocije en él: el Espíritu Santo dentro de ellos para revelar a Cristo, lleno de Gracia y Verdad, como Verdad en ellos. Amén.

Capítulo 10

La Conveniencia de la Venida del Espíritu

'Te digo la verdad; Es conveniente que me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá; Pero si voy, lo enviaré a vosotros. '- JUAN 16: 7.

Cuando nuestro Señor está dejando este mundo, Él promete a los discípulos aquí que Su partida será su ganancia; El Consolador tomará Su lugar, y será para ellos mucho mejor de lo que Él había sido o podría estar en Su presencia corporal. Esto muy especialmente en dos aspectos. Su relación con ellos nunca había sido ininterrumpida, sino susceptible de interrupción; Ahora sería incluso roto por la muerte, y no lo verían más. El Espíritu permanecería con ellos para siempre. Su relación había sido muy externa y, en consecuencia, no había resultado en lo que cabía esperar. El Espíritu estaría en ellos; Su venida sería como una Presencia Permanente, en el poder de que ellos debieran tener a Jesús también en ellos como su Vida y Su Fuerza.
Durante la vida de nuestro Señor en la tierra, cada uno de Sus discípulos fue tratado por Él de acuerdo con su carácter peculiar y las circunstancias especiales en las cuales podría ser colocado. La relación era intensamente personal: en cada cosa probaba que conocía a Sus ovejas por su nombre. Para cada uno había una consideración y una sabiduría que cumplían con lo que se requería. ¿Podría el Espíritu suplir también esta necesidad y devolver esa ternura de interés personal y ese trato individual especial que había hecho tan preciosa la guía de Jesús? No podemos dudarlo. Todo lo que Cristo había sido para ellos, el Espíritu iba a restaurar en mayor poder, y en una bienaventuranza que no debía conocer ninguna ruptura. Serían mucho más felices, más seguros y más

fuertes con Jesús en el cielo, de lo que jamás podrían haber estado con Él en la tierra. Esta, la principal belleza y bienaventuranza de su discipulado de tal Maestro, que Él era tan sabio y paciente para dar a cada uno lo que necesitaba y hacer que cada uno sintiera que tenía en Él su mejor amigo, nunca podría ser dejado fuera. La morada del Espíritu estaba destinada a restaurar la relación y guía más personal de Cristo, Su amistad personal directa.

Es para muchos una cuestión de gran dificultad concebir esto o creerlo; Mucho menos lo experimentan. El pensamiento de Cristo caminando con los hombres en la tierra, viviendo y guiándolos, es tan claro; El pensamiento de un Espíritu que se esconde dentro de nosotros, y hablando, no en pensamientos distintos, sino sólo en las profundidades secretas de la vida, hace su guía mucho más difícil.

Y sin embargo, lo que constituye la mayor dificultad de lo nuevo, la relación espiritual y la guía, es lo que le da su mayor valor y bendición. Es el mismo principio que vemos en la vida cotidiana: la dificultad llama a los poderes, fortalece la voluntad, desarrolla el carácter y hace al hombre. En las primeras lecciones de un niño tiene que ser ayudado y animado; Mientras pasa a lo que es más difícil, el maestro lo deja a sus propios recursos. Un joven deja el techo de sus padres para tener los principios que se han instilado probado y fortalecido. En cada caso es conveniente que la presencia exterior y la ayuda se retiren y que el alma se arroje sobre sí misma para aplicar y asimilar las lecciones que se le han enseñado. Dios quiere educarnos, de hecho, a una madurez perfecta, no gobernada por una ley exterior, sino por la vida interior. Mientras Jesús estuviera con los discípulos en la tierra, Él tenía que trabajar desde fuera hacia adentro, y sin embargo nunca podría alcanzar o dominar efectivamente las partes más íntimas. Cuando se fue, envió el Espíritu para estar en ellos, para que ahora su crecimiento fuera de

dentro hacia fuera. Tomando posesión primero por Su Espíritu de los recovecos secretos más íntimos de su ser, Él los iba convertir, en el consentimiento voluntario y entrega a Su inspiración y guía, personalmente en lo que El mismo es, a través de Su Espíritu en ellos. Así tendrían el marco de su vida, la formación de su carácter, en sus propias manos, en el poder del Espíritu Divino, que realmente se había convertido en su espíritu. Así llegarían a esa auténtica autoestima, esa verdadera independencia de lo externo, en la cual deberían llegar a ser como Él, una persona verdadera y separada, teniendo vida en sí mismo y sin embargo vivir sólo en el Padre.

Mientras el cristiano sólo pida lo que es fácil y agradable, nunca entenderá que es conveniente, realmente mejor para nosotros, que Cristo no esté en la tierra. Pero tan pronto como los pensamientos de dificultad y sacrificio son puestos a un lado, en el honesto deseo de llegar a ser un hombre verdaderamente divino, con la imagen plena del Hijo primogénito y en todas las cosas que son agradables al Padre, el pensamiento en la partida de Jesús de que su Espíritu puede llegar a ser nuestro propio, y nosotros seremos ejercidos y disciplinados en la vida de la fe, será acogido con alegría y gratitud. Si seguir la dirección del Espíritu y experimentar la amistad y guía personal de Jesús en ella, será un camino mucho más difícil y peligroso de lo que habría sido seguirlo en la tierra, debemos recordar el privilegio que gozamos, la nobleza que alcanzamos, la intimidad de la comunión con Dios en la que entramos, - todos estos son infinitamente mayores. Para que el Espíritu Santo de Dios venga a través de la naturaleza humana de nuestro Señor, entrando dentro de nuestro espíritu, identificándose con nosotros, y convirtiéndose en nuestro propio como Él era el Espíritu de Cristo Jesús en la tierra, seguramente esto es una bienaventuranza que vale cualquier sacrificio, porque es el principio de la morada de Dios mismo.

Pero ver que es tal privilegio y desearlo muy seriamente no elimina la dificultad. Y así vuelve la pregunta: la relación de Jesús con Sus discípulos en la tierra, tan condescendiente en su ternura, tan particular y minuciosa en su interés, tan conscientemente personal en su amor, ¿cómo puede ser esto en el mismo grado ahora que Él Está ausente, y el Espíritu debe ser nuestro guía? La primera respuesta aquí es, como en toda la vida cristiana: por la fe. Con Jesús en la tierra, los discípulos, una vez que habían creído, caminaban por la vista, nosotros caminamos por la fe. En la fe debemos aceptar y regocijarnos en la palabra de Jesús: 'Es conveniente para ti que me vaya.' Debemos tomar tiempo claramente para creerlo, para aprobarlo, para regocijarnos de que Él ha ido al Padre. Debemos aprender a darle gracias y alabarle a Él que nos ha llamado a esta vida en el Espíritu. Debemos creer que en este don del Espíritu la presencia y la relación de nuestro Señor están plenamente aseguradas a nosotros con toda seguridad y eficacia. Puede ser, de hecho, de una manera que aún no entendemos, porque hemos creído y regocijado tan poco en el don del Espíritu Santo. Pero la fe debe creer y alabar por lo que todavía no entiende; Creamos con seguridad y gozo que el Espíritu Santo, y Jesús mismo a través de Él, nos enseñarán cómo debemos gozarnos de las relaciones y la guía.

Nos enseñará. Cuidado con el malentendido de estas palabras. Siempre relacionamos la enseñanza con los pensamientos. Queremos que el Espíritu nos sugiera ciertas concepciones de cómo Jesús estará con nosotros y en nosotros. Y esto no es lo que Él hace. El Espíritu no habita en la mente, sino en la vida. No en lo que sabemos, sino en lo que somos, el Espíritu comienza su obra. No dejemos de buscar o esperar a la vez una clara comprensión, una nueva comprensión, en esta o cualquier verdad Divina. Conocimiento, pensamiento, sentimiento, acción, todo esto es parte de esa religión externa que la

presencia externa de Jesús también había hecho en los discípulos. El Espíritu iba a venir y, más profundo que todos éstos, Él debía ser la Presencia Oculta de Jesús en las profundidades de su personalidad. La Vida Divina estaba en una novedad de poder para convertirse en su vida. Y la enseñanza del Espíritu comenzaría, no en palabra o pensamiento, sino en Poder. En el Poder de una Vida trabajando en ellos en secreto, pero con energía Divina; En el Poder de una Fe que se regocijaba de que Jesús estuviera realmente cerca, estaba realmente encargándose de toda la vida y de cada circunstancia de ella; El Espíritu les inspiraría la fe del Jesús que mora en su interior. Este sería el principio y la bendición de Su enseñanza. Ellos tendrían la Vida de Jesús dentro de ellos, y ellos por la fe sabían que era Jesús: su fe sería a la vez causa y efecto de la Presencia del Señor en el Espíritu.
Es por tal fe - una fe que el Espíritu respira, que viene de Su ser y que vive en nosotros - que la Presencia de Jesús debe ser tan real y suficiente como cuando estuvo en la tierra. Pero ¿por qué entonces es que los creyentes que tienen el Espíritu no la experimentan más consciente y plenamente? La respuesta es muy simple: conocen y honran al Espíritu que está en ellos tan poco.

Tienen mucha fe en Jesús que murió, o que reina en el cielo, pero poca fe en Jesús que mora en ellos por su Espíritu. Es esto lo que necesitamos: la fe en Jesús como el cumplidor de la promesa: 'El que cree en mí, fluirá de él río de agua viva'. Debemos creer que el Espíritu Santo está dentro de nosotros como la Presencia de nuestro Señor Jesús. Y no sólo debemos creer esto con la fe del entendimiento, ya que busca persuadirse de la verdad de lo que dice Cristo. Debemos creer con el corazón, un corazón en el cual mora el Espíritu Santo. Todo el don del Espíritu, toda la enseñanza de Jesús concerniente al Espíritu, es para hacer cumplir la palabra: 'El Reino de Dios está dentro de ti'. Si tuviéramos la verdadera fe del corazón,

volvámonos hacia adentro, y rendamos con suavidad y humildad al Espíritu Santo para que haga Su obra en nosotros.
Para recibir esta enseñanza y esta fe, que está en la Vida y el Poder del Espíritu, debemos sobre todo temer lo que le impide más, la voluntad y la sabiduría del hombre. Todavía estamos rodeados por una vida propia, de la carne; En el servicio de Dios, incluso en el esfuerzo de ejercer la fe, se está poniendo siempre adelante, y poniéndose con su fuerza. Cada pensamiento, no sólo todo mal pensamiento, sino cada pensamiento, por muy bueno que sea, que corre en nuestra mente ante el Espíritu, debe ser llevado a la cautividad. Pongamos nuestra propia voluntad y nuestra propia sabiduría cautivas a los pies de Jesús, y esperemos con fe y santidad de alma allí. La conciencia profunda crecerá fuertemente que el Espíritu está dentro de nosotros, y que Su Vida Divina está viviendo y creciendo dentro de nosotros. Así como le honramos y lo entregamos a Él, a medida que llevamos nuestra actividad carnal a la sujeción y esperamos en Él, Él no nos pondrá en vergüenza, sino que hará Su obra dentro de nosotros. Él fortalecerá nuestra vida interior; Él vivificará nuestra fe; Él revelará a Jesús; Y aprenderemos, paso a paso, que la Presencia y el Intercambio y Orientación Personal de Jesús son los nuestros con claridad y dulzura, más verdaderamente y más poderosamente que si estuviera con nosotros en la tierra.

¡Bendito Señor Jesús! Me alegro de que ya no estés aquí en la tierra. Te bendigo que en una comunión más real, más cercana, más tierna, más eficaz que si estuvieras aquí en la tierra, Te manifiestes a tus discípulos. Te bendigo que Tu Espíritu Santo mora dentro de mí, y me da a conocer lo que es esa comunión, y cuál es la autenticidad de Tu santo habitar.
¡Santísimo Señor! Perdona que no conozco tu Espíritu

antes y mejor, que no te he alabado y te he amado por este regalo tan maravilloso de tu amor y del Padre. Y enséñame en la plenitud de la fe a creer en ti, de quien, día a día, la fresca unción fluye y llena la vida.
Y oíme, Señor, cuando clamo a Ti en nombre de tantos de tus redimidos, que aún no ven lo que es dar y perder la vida mezclada según la carne, para recibir en su lugar la vida que Está en el poder del Espíritu. Con muchos de tus santos, te suplico, oh, que la Iglesia se despierte para saber cómo la única marca de su elección, el único secreto de su gozo en Tu Presencia, el único poder para cumplir su vocación, es que Cada creyente sea llevado a saber que el Espíritu permanece dentro de él, y que la presencia permanente de su Señor con él como Guardián, Guía y Amigo es ciertamente su parte segura. Concédelo, Señor, por amor de tu nombre. Amén.

Capítulo 11

El Espíritu Glorificando a Cristo

Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.... El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.. "Juan 16: 7, 14,

Hay una doble glorificación del Hijo de que habla la Escritura. Uno es por el Padre, el otro por el Espíritu: uno tiene lugar en el cielo, el otro aquí en la tierra. Por el que es glorificado "en Dios mismo"; Por el otro, 'en nosotros' (Juan 13: 32, 17:10). Del mismo Jesús dijo: "Si Dios es glorificado en él (el Hijo del hombre), Dios también lo glorificará en sí mismo, y lo glorificará inmediatamente". Y otra vez, en la oración del sumo sacerdote, 'Padre, la hora ha llegado; Glorifica a tu Hijo ... Y ahora, oh Padre, glorifica conmigo mismo. De esto último dijo: 'El Espíritu me glorificará.' 'Yo soy glorificado en ellos.'
Glorificar es manifestar la excelencia oculta y el valor de un objeto. Jesús, el Hijo del Hombre, debía ser glorificado cuando su naturaleza humana fue admitida a la plena participación del poder y la gloria en que Dios habita. Él entró en el espíritu perfecto - la vida del mundo celestial, del Ser Divino. Y todos los ángeles lo adoraron como el Cordero en el Trono. Esta gloria celestial y espiritual de Cristo la mente humana no puede concebir ni aprehender en verdad. Sólo puede ser verdaderamente conocido por ser experimentado, comunicado y participado en la vida interior. Esta es la obra del Espíritu Santo, como el Espíritu del Cristo glorificado, Él desciende como el Espíritu de Gloria y revela la gloria de Cristo en nosotros, al morar y obrar en nosotros, en la vida y el poder de esa gloria En la cual Cristo mora. Él hace a Cristo glorioso para nosotros y en nosotros. Y así Él lo glorifica en nosotros, y a través de

nosotros en los que tienen ojos para ver. El Hijo no busca su propia gloria: el Padre le glorifica en el cielo, el Espíritu lo glorifica en nuestros corazones.
Pero antes de que esta glorificación de Cristo por el Espíritu pudiera tener lugar, Él primero debe alejarse de Sus discípulos. Ellos no podían tenerlo en la carne y en el Espíritu también; Su presencia corporal impediría la morada espiritual. Deben separarse del Cristo que tenían antes de que pudieran recibir al Cristo que habitaba en su interior glorificado por el Espíritu Santo. Cristo mismo tuvo que renunciar a la vida que tenía antes de poder ser glorificado en el cielo o en nosotros. Aun así, en unión con Él, debemos entregar el Cristo que hemos conocido, la medida de la vida que hemos tenido en Él, si realmente debemos tenerlo glorificado a nosotros y en nosotros por el Espíritu Santo.
Estoy persuadido de que sólo aquí es el punto en el que muchos de los queridos hijos de Dios necesitan la enseñanza "Es conveniente que me vaya". Como Sus discípulos, ellos han creído en Jesús; Ellos le aman y le obedecen; Han experimentado gran parte de la bendición inexpresable de conocerlo y seguirlo. Y sin embargo, ellos sienten que el profundo descanso y gozo, la luz santa y el poder Divino de Su Morada permanente, como ellos lo ven en la Sagrada Escritura, aún no son de ellos. Ahora en secreto, y luego bajo la influencia bendita de la comunión de los santos, o la enseñanza de los ministros de Dios en la iglesia o la convención, han sido ayudados y maravillosamente bendecidos. Cristo se ha vuelto muy precioso. Y sin embargo, ven algo que aún está delante de ellos, promesas que no se cumplen perfectamente, necesidades no satisfechos plenamente. La única razón puede ser ésta: aún no han heredado plenamente la promesa: 'El Consolador permanecerá con vosotros, y Él estará en vosotros. El me glorificará. La conveniencia de que Cristo se vaya, para volver a ser glorificado en el

Espíritu, ellos no entienden completamente. Todavía no han podido decir: "Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, ¡ahora no lo conocemos así!
Conocer a Cristo según la carne: 'es que esto debe llegar a su fin, debe abrir camino para conocerlo en el poder del Espíritu. Después de la carne, es decir, en el poder de lo externo, de palabras y pensamientos, de esfuerzos y sentimientos, de influencias y ayudas procedentes del exterior, de los hombres y de los medios. El creyente que ha recibido el Espíritu Santo, pero no sabe completamente lo que esto implica, y por lo tanto no se rinde completamente a Su morada y dirección, y todavía, en gran medida, tiene confianza en la carne. Admitiendo que no puede hacer nada sin el Espíritu, todavía trabaja y lucha en vano para creer y vivir como él sabe que debería. Confesando con entusiasmo, y a veces experimentando con mucha bendición, que sólo Cristo es su vida y su fuerza, lo aflige y casi le cansa pensar cuán frecuentemente falla en el mantenimiento de esa actitud de dependencia confiada en la cual Cristo puede vivir Su vida en él. Él trata de creer todo lo que hay que creer de la cercanía y el mantenimiento y la permanencia de Cristo, y sin embargo, de alguna manera, todavía hay pausas e interrupciones; Es como si la fe no fuera lo que debería ser, la sustancia de las cosas que habíamos esperado. La razón debe ser que la fe misma era todavía demasiado trabajo de la mente, en el poder de la carne, en la sabiduría del hombre. De hecho ha habido una revelación de Cristo el Guardián Fiel, el Amigo Permanente, pero esa revelación ha sido, en parte, agarrada por la carne y la mente carnal. Esto lo ha hecho impotente. Cristo, el Cristo de gloria, la doctrina del Cristo que habita en su interior, ha sido recibido en la vida mixta, en parte en carne y en parte en el espíritu. Sólo el Espíritu puede glorificar a Cristo: debemos renunciar y arrojar el viejo modo de conocer, creer y tener a Cristo. No debemos conocer a Cristo más que a la carne.

El Espíritu me glorificará.
Pero, ¿qué significa que el Espíritu glorifique a Cristo? ¿Cuál es esta gloria de Cristo que revela, y cómo lo hace? Lo que la gloria de Cristo es aprendemos de la Escritura. Leemos en Hebreos: "No vemos todavía todas las cosas sujetas al hombre. Pero vemos a Jesús coronado de gloria y honor". A El todas las cosas han sido hechas sujetas. Así nuestro Señor conecta Su ser glorificado, tanto en los pasajes que hemos tomado como nuestro texto, con todas las cosas que se le han dado. El me glorificará, porque él tomará de los míos. Todo lo que el Padre tiene, es mío; Por tanto, dije yo, que El toma de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que es mío es tuyo, y tuyo es mío; Y soy glorificado en ellos. Al exaltarlo por encima de todo dominio, poder y dominio, el Padre sometió todas las cosas bajo sus pies: le dio el nombre que está por encima de todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla. El Reino y el Poder y la Gloria son siempre uno: A Él que está sentado en el Trono, y al Cordero en medio del Trono, sea la Gloria y el Dominio para siempre. Es como sentado en el Trono de la Divina Gloria, con todas las cosas sujetas bajo Sus pies (Efesios 1: 20-22), que Jesús ha sido glorificado en el cielo.
Cuando el Espíritu Santo glorifica a Jesús en nosotros, Él nos lo revela en esta Su gloria. El toma de las cosas de Cristo y nos las declara. Eso no es, Él nos da un pensamiento, o imagen, o visión de esa gloria, como está lejos de nosotros en el cielo; Pero Él nos lo muestra como una experiencia personal y posesión - Él nos hace participar de esto en nuestra vida más íntima. Él muestra a Cristo como presente en nosotros. Todo el verdadero conocimiento vivo que tenemos de Cristo es a través del Espíritu de Dios. Cuando Cristo entra en nosotros como un niño débil; Cuando Él crece y aumenta y se forma dentro de nosotros; Cuando aprendemos a confiar, a seguir y servirle, esto es todo del Espíritu Santo. Todo esto, sin

embargo, puede consistir, como en los discípulos, con mucha oscuridad y fracaso. Pero cuando el Espíritu Santo hace Su obra perfecta, y revela al Señor Glorificado, el Trono de Su Gloria está establecido en el corazón, y El gobierna sobre cada enemigo. Todo poder es sometido a la obediencia de Cristo, todo pensamiento cautivo. A través de toda la naturaleza renovada, se levanta el canto, ¡Gloria a El que se sienta en el Trono! Aunque la confesión se mantiene fiel hasta el final: "En mí, es decir, en mi carne, no habrá cosa buena", la Santa Presencia de Cristo como Gobernador y Rey llena el corazón y la vida que domina sobre todos. El pecado no tiene dominio: la ley del Espíritu de la Vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.

Si esto es la glorificación de Cristo que trae el Espíritu, es fácil ver cuál es el camino que conduce a ella. La entronización de Jesús en Su gloria sólo puede tener lugar en el corazón que ha prometido obediencia implícita y sin reservas, que ha tenido el valor de creer que Él tomará Su poder y reinar, y en esa fe espera que todo enemigo se mantenga bajo Sus pies. Siente que necesita, está dispuesta a tener, reclama y acepta a Cristo como Señor de Todos, con todo en la vida, grande o pequeño, tomado y guiado por Él a través de Su Espíritu Santo. Es en el amoroso y obediente discípulo que el Espíritu promete morar; En él el Espíritu glorifica a Cristo.

Esto sólo puede tener lugar cuando la plenitud del tiempo ha llegado al alma creyente. La historia de la Iglesia, en su conjunto, se repite en cada individuo. Hasta el tiempo señalado por el Padre, que tiene los tiempos y las estaciones en sus propias manos, el heredero está bajo guardianes y mayordomos, y no diferencia nada de un siervo. Cuando llega la plenitud de los tiempos, y la fe se perfecciona, el Espíritu del Glorificado entra en poder, y Cristo habita en el corazón. Sí, la historia del mismo Cristo se repite en el alma. En el templo había dos lugares santos:

el uno antes del velo, el otro dentro del velo, el Santísimo. En Su vida terrenal Cristo habitó y ministró en el Lugar Santo fuera del velo: el velo de la carne lo mantuvo fuera del Santísimo. Fue solamente cuando el velo de la carne se rasgó, y murió para el pecado por completo y para siempre, que pudiera entrar en el Santuario Interior de la plena gloria de la vida del Espíritu en el cielo. Y igual a esto el creyente que anhela tener a Jesús glorificado dentro del Espíritu, debe, por muy bendecida que haya sido su vida en el conocimiento y servicio de su Señor, aprender que hay algo mejor. En él también debe ser el velo de la carne rasgado; Debe entrar en esta parte especial de la obra de Cristo por el camino nuevo y vivo hacia el Lugar Santísimo de Todos. “El que ha sufrido en la carne ha cesado del pecado.” Como el alma ve cuán completamente Jesús ha triunfado sobre la carne, y entró con Su carne en la Vida Espiritual, cuán perfecto en virtud de ese triunfo es el Poder sobre todos en nuestra carne que podría obstaculizar, perfecto en el poder del Espíritu la entrada, la morada de Jesús como guardián y rey, se quita el velo, y la vida hasta ahora en el lugar santo es ahora uno en el santísimo, en la plena presencia de la gloria.

Este desgarramiento del velo, esta entronización de Jesús como el Glorificado en el corazón, no siempre es con el sonido de trompeta y gritos. Puede ser así a veces, y con algunos, pero en otros casos se produce en medio del profundo temor y temblor de una quietud donde no se oye un sonido. El Rey de Sión viene, manso y humilde, con el Reino a los pobres de espíritu. Sin forma ni elegancia, Él entra, y cuando el pensamiento y el sentimiento fracasan, el Espíritu Santo lo glorifica a la fe que no ve sino que cree. El ojo de la carne no lo vio en el Trono; Para el mundo era un misterio; Y así, justo cuando todo dentro parece débil y vacío, el Espíritu trabaja secretamente la seguridad Divina, y luego la bendita experiencia de que Cristo el Glorificado ha tomado Su morada dentro. El alma sabe, en adoración

silenciosa, que Jesús es el Maestro, que Su Trono en el corazón está establecido en la justicia; Que la promesa se ha cumplido, “el Espíritu me glorificará ".

¡Bendito Señor Jesús! Te adoro en la gloria que el Padre te ha dado. Y te bendigo por la promesa de que esa gloria se revelará en el corazón de tus discípulos, para habitar en ellos y llenarlos. Esta es tu gloria, que todo lo que el Padre tiene es ahora tuyo: de esta tu gloria en su infinita plenitud y poder Tú has dicho que el Espíritu Santo tomará para mostrarnos. El cielo y la tierra están llenos de tu gloria: también los corazones y las vidas de Tus amados pueden ser llenos de ella. ¡Señor, que así sea!
¡Bendito sea Tu santo nombre para todos aquellos en quienes ya ha llegado el rico comienzo del cumplimiento! Señor, que siga adelante de gloria en gloria. Con este fin, enséñanos, te rogamos, que mantengamos nuestra separación a Ti ininterrumpida: el corazón y la vida serán sólo Tuyos. Con este fin enséñanos a mantener firme nuestra confianza sin vacilar, para que el Espíritu que está dentro de nosotros perfeccione Su obra. Sobre todo, enséñanos a rendirnos cada vez más dependientes y vacíos a esperar la enseñanza y la dirección del Espíritu. Deseamos no tener confianza en la carne, su sabiduría o su justicia. Nos inclinaríamos cada vez más y más profundamente ante Ti en el santo temor y reverencia de la fe de que Tu Espíritu, el Espíritu Santo, el Espíritu de tu gloria, está dentro de nosotros para hacer Su Divina obra. ¡Bendito Señor! Que Él se levante en gran poder y tenga dominio dentro de nosotros, para que nuestro corazón sea hecho por Él plenamente el Templo y el Reino en el que sólo tú eres glorificado, en el cual tu gloria llena todo. Amén.

Capítulo 12

El Espíritu Convenciendo del Pecado.

Si voy, les enviaré el Consolador; Y Él, cuando venga, convencerá al mundo con respecto al pecado. Juan 16: 7-8

La estrecha conexión entre las dos declaraciones en estas palabras de nuestro Señor no siempre es notada. Antes de que el Espíritu Santo convenciera al mundo del pecado, Él primeramente tenía que venir a los discípulos. Él debía hacer Su morada, tomar Su posición en ellos, y luego desde fuera de ellos y a través de ellos hacer Su obra convicción en el mundo. El dará testimonio de mí, y ustedes también testificarán. Los discípulos debían darse cuenta de que la gran obra del Espíritu Santo, luchando con el hombre, convenciendo al mundo del pecado, sólo podía hacerse como Él tenía una base firme en la tierra en ellos. Debían ser bautizados con el Espíritu Santo y con fuego, para recibir el Poder desde lo alto, con el único propósito de ser los instrumentos a través de los cuales el Espíritu Santo podía alcanzar el mundo. La autoridad poderosa del Espíritu de convencer del pecado morando en ellos y trabajando a través de ellos: fue para esto que nuestro bendito Señor buscó prepararles a ellos y a nosotros con estas palabras. Las lecciones que enseñan son muy solemnes.

1. El Espíritu Santo viene a nosotros, para que a través de nosotros pueda alcanzar a otros. El Espíritu es el Espíritu del Santo, del Dios Redentor: cuando entra en nosotros, no cambia su naturaleza ni pierde su carácter divino. Él es todavía el Espíritu de Dios que lucha con el hombre, y que busca su liberación. Dondequiera que Él no se vea obstaculizado por la ignorancia o el egoísmo, Él mira desde el corazón como Su templo para hacer la obra que Él tiene que hacer en el mundo alrededor, y lo hace dispuesto y

audaz para hacer esa obra; Para testificar contra el pecado, y para Jesús el Salvador del pecado, lo hace muy especialmente como el Espíritu del Cristo crucificado y exaltado. ¿Para qué fue que recibió el Espíritu sin medida? 'El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar buenas nuevas a los pobres. ¡Me ha enviado a anunciar la liberación a los cautivos! Fue este mismo Espíritu, después de que Cristo, por medio de Él, se había ofrecido a Dios, y por medio de Él como el Espíritu de Santidad había resucitado de los muertos, a quien Él envió sobre Su Iglesia, para que el Espíritu pudiera tener un hogar en ellos, Como lo había hecho en sí mismo. Y nada más ni menos que en sí mismo, el Espíritu Divino en ellos perseguiría Su obra Divina, y como una Luz que brilla, que revela, condena y conquista las tinieblas, como "Espíritu de fuego y Espíritu de juicio", para ser al mundo el poder de una convicción y conversión Divina. No desde el cielo tanto, como el Espíritu de Dios, sino como el Espíritu Santo morando en la Iglesia, Él convencería al mundo. 'Te lo enviaré, y cuando venga, convencerá al mundo'. Es en y por medio de nosotros que el Espíritu puede alcanzar el mundo.

2. El Espíritu sólo puede alcanzar a los demás a través de primero llevándonos a una perfecta simpatía con Él mismo. Él entra en nosotros para llegar a ser tan unido con nosotros que Él se convierte en una disposición y una vida dentro de nosotros; Y Su obra en nosotros, y a través de nosotros en otros, se vuelve idéntica a nuestra obra.

La aplicación de esta verdad a la convicción del pecado en el mundo es de gran solemnidad. Las palabras de nuestro Señor se aplican frecuentemente a los creyentes en referencia a la continua convicción del pecado que Él tendrá que trabajar en su interior. En este sentido son, de hecho, muy verdaderas. Esta primera obra del Espíritu permanece hasta el final el tono de toda Su obra Consoladora y Santificadora. Es sólo cuando mantiene viva

la sensibilidad del peligro y la vergüenza de pecar de nuevo, que el alma se mantenga en su lugar bajo ante Dios, escondiendo en Jesús solo su seguridad y su fuerza. A medida que el Espíritu Santo revela y comunica la Vida Santa de Cristo dentro, el resultado seguro será un sentido más profundo de la pecaminosidad del pecado. Pero las palabras significan más. Si el Espíritu a través de nosotros, a través de nuestro testimonio, ya sea por palabra o por caminar, debe convencer al mundo, primero debe convencernos a nosotros de su pecado. Él debe darnos personalmente tal visión y sentido de la culpa de su incredulidad y rechazo de nuestro Salvador, tal visión y sentido de cada uno de sus pecados, siendo a la vez la causa, la prueba, y el fruto de ese rechazo, que en cierta medida pensaremos y sentiremos respecto al pecado como Él lo hace. Habrá entonces esa aptitud interior en nosotros por la cual el Espíritu trabaje a través de nosotros, esa unidad interior entre nuestro testimonio y Su testimonio contra el pecado y para Dios, el cual llegará a la conciencia y llevará la convicción con un poder que es de arriba.

¡Ay, qué fácil es en el poder de la carne juzgar a los demás, en el espíritu que no ve la viga en nuestro propio ojo, o que si estamos libres de lo que condenamos, lo hace con un secreto ”quedate de mi, porque soy más santo que tú”. O bien testificamos y trabajamos en un espíritu equivocado y en nuestra propia fuerza, o no tenemos el coraje de trabajar en absoluto. Es porque vemos el pecado y la pecaminosidad de otros, pero no en una convicción que viene del Espíritu Santo. Cuando Él nos convence del pecado del mundo, Su obra tiene dos marcas. El uno es el sacrificio de sí mismo, en los celos de Dios y Su honor, combinado con el dolor profundo y tierno para los culpables. El otro es una fe profunda y fuerte en la posibilidad y el poder de la liberación. Vemos cada pecado en su terrible relación con todo; Vemos todo en la doble luz de la cruz. Vemos el pecado indescriptiblemente odioso en su terrible

culpa contra Dios y su terrible poder sobre el pobre alma: vemos el pecado condenado, expiado, puesto y conquistado en Jesús. Aprendemos a mirar el mundo como Dios lo mira en Su santidad: odiando su pecado con un odio infinito, y amarlo con tal amor, que Él da a Su Hijo, y el Hijo da Su vida, para destruirlo y liberar a sus cautivos.
Que Dios le dé a su pueblo una verdadera y profunda convicción del pecado del mundo en su rechazo a Cristo, incluso en medio de su profesión de creer en Él y servirle, como la preparación apropiada para que el Espíritu los use para convencer al mundo Del pecado.
3. Para obtener esta convicción del pecado, el creyente necesita no sólo orar por ella, sino tener toda su vida baja la dirección del Espíritu Santo. No podemos insistir suficiente en ello, que los muchos y diferentes dones del Espíritu dependen de Su morada y supremacía personal en la vida interior y la revelación en nosotros del Cristo que dio Su vida para que el pecado sea destruido. Cuando nuestro Señor habló esa palabra de sentido inagotable, 'Él estará en vosotros', abrió el secreto de toda la enseñanza del Espíritu, y santificó y fortaleció. El Espíritu es la Vida de Dios; Él entra, y se convierte en nuestra Vida; depende en cuando Él puede influir e inspirar la vida que Él será capaz de trabajar en nosotros todo lo que Él quiere. Es deseable y útil dirigir la atención del creyente a las diferentes operaciones del Espíritu, para que no descuide ni pierda nada por ignorancia. Pero es aún más necesario, con cada nuevo discernimiento en lo que el Espíritu puede trabajar, para obtener una sujeción más firme de la verdad: Que la vida sea en el Espíritu, y la bendición especial no será retenida. ¿Tendrían esta profunda convicción espiritual del pecado del mundo, un sentido tan afectivo de su terrible realidad y poder, su excesiva pecaminosidad, como le convenga por ser el hombre a través del cual el Espíritu puede convencer a los pecadores, ceda toda su vida y Ser al Espíritu Santo. Que el pensamiento de este maravilloso

misterio de la cercanía, la morada del Dios santo en ti, tranquilice tu mente y corazón en temor y adoración humilde. Entrega al gran enemigo que se opone a Él - la carne, la vida propia - día a día para mortificar y mantenerlo muerto. Se contenta apuntar a nada menos que ser llenado del Espíritu del Hombre cuya gloria es que Él se dio a muerte para quitar el pecado, con todo tu ser y hacer bajo Su control e inspiración. A medida que tu vida en el Espíritu se vuelve sana y fuerte, a medida que su constitución espiritual se vigoriza, su ojo verá más claramente, su corazón se sentirá más agudamente, lo que el pecado alrededor de usted es. Sus pensamientos y sentimientos serán los del Espíritu Santo respirando en ti; Tu profunda fe en la redención de ella, tu profundo amor a las almas que están en él, tu disposición como tu Señor a morir si los hombres pueden ser liberados del pecado, te convertirán en el instrumento adecuado para el Espíritu Para convencer al mundo de su pecado.

4. Hay una lección más. Buscamos en este pequeño libro encontrar el camino por el cual todos podemos estar llenos del Espíritu. Aquí hay una condición: Él debe morar en nosotros como el Convencedor del mundo del pecado, “yo le enviaré a usted, y él convencerá al mundo”. Ofrézcase a Él para considerar, sentir y cargar los pecados de los que le rodean. Deje que los pecados del mundo sean su preocupación, tanto como su propio pecado. ¿No deshonran tanto a Dios como las de vosotros? ¿No están igualmente provistos en la gran redención? ¿Y el Espíritu que mora en vosotros no desea convencerlos también? Así como el Espíritu Santo habitó en el cuerpo y la naturaleza de Jesús, y fue la fuente de lo que Él sentía, y dijo, y hizo, y así como Dios por medio de Él desarrolló la voluntad de Su santo amor; Así el Espíritu ahora habita en los creyentes: ellos son Su morada. El único propósito por el cual ha habido un Cristo en el mundo, para el que ahora hay un Espíritu Santo, era que el pecado pudiera ser conquistado

y acabado. Este es el gran objeto por el cual fue dado el bautismo del Espíritu y del fuego, para que en y por medio de los creyentes Él pudiera convencer del pecado y liberarlo de él. Ponte en contacto con el pecado del mundo. Encuentre-lo en el amor y la fe de Jesucristo, como el siervo y ayudante de los necesitados y miserables. Déjese comprobar la realidad de su fe en Cristo por su semejanza con Él: así el Espíritu convencerá al mundo de su incredulidad. Busque la experiencia completa del Espíritu que mora en ellos, no para su propio disfrute egoísta, sino para este fin único, para que Él pueda hacer la obra del Padre a través de ustedes como lo hizo por medio de Cristo. Vive en unidad de amor con otros creyentes, para trabajar y orar, para que los hombres puedan ser salvos del pecado: 'entonces el mundo creerá que Dios lo envió'. Es la vida de los creyentes en el amor sacrificado que demostrará al mundo que Cristo es una realidad, y así la convence de su pecado de incredulidad.

La comodidad y el éxito con que un hombre vive y lleva a cabo su negocio depende mucho de tener un edificio adecuado para ello. Cuando el Espíritu Santo, en un creyente, encuentra el corazón entero libre y entregado a Él como Su hogar, para llenarlo con los pensamientos de Dios sobre el pecado y el poder de redención de Dios, Él puede por medio de tal hacer Su obra. Tengan la seguridad de que no hay manera más segura de recibir una medida completa del Espíritu que de entregarse completamente a Él, de permitir que la misma mente de Cristo en cuanto al pecado actúe en nosotros. "El quitó el pecado por el sacrificio de Sí mismo", por el Espíritu Eterno. Lo que el Espíritu estaba en Él, Él busca estar en nosotros. Lo que era verdadero de Él, debe ser, en su medida, verdadero de nosotros.

¡Cristianos! Estarías lleno del Espíritu Santo, procura tener una clara impresión de esto: el Espíritu Santo está en ti para convencer al mundo del pecado. Si usted simpatiza

completamente con Él en esto, si Él ve que Él puede usarlo para esto, si usted hace Su trabajo en este asunto su trabajo también, usted puede estar seguro que Él habitará en usted ricamente y trabajará en usted poderosamente. El único objeto por el cual Cristo vino fue a quitar el pecado; La única obra por la cual el Espíritu Santo viene a los hombres es persuadirlos a abandonar el pecado. El único objeto por el cual el creyente vive es unirse en la batalla contra el pecado; Para buscar la voluntad y el honor de su Dios. Seamos uno con Cristo y Su Espíritu en su testimonio contra el pecado. Una exposición de la vida y el Espíritu de Cristo tendrá su efecto: la santidad, el gozo, el amor y la obediencia a Cristo, convencerán al mundo de su pecado de incredulidad. La Presencia de Cristo en nosotros a través del Espíritu llevará su propia convicción. Y así como la muerte de Cristo, como Su sacrificio por el pecado, fue la entrada a Su gloria en el poder del Espíritu, así nuestra experiencia de la morada del Espíritu se convertirá en la más completa justo como toda nuestra vida es más dada a Él por Su santa obra de convencer al mundo del pecado.

¡Bendito Señor Jesús! Es por la Presencia y el Poder del Espíritu Santo en Tu pueblo que el mundo debe ser convencido de su pecado de rechazarte, y que los pecadores han de ser sacados del mundo para aceptarte. Es en hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo, testificando en el poder de un santo gozo de lo que Tú has hecho por ellos, por lo cual se dé la prueba de que Tú eres realmente a la diestra de Dios. Es en un cuerpo de testigos vivientes de lo que Tú has hecho por ellos, que el mundo encuentre la convicción irresistible de su locura y culpa.
¡Ay! Señor, lo poco que el mundo ha visto de esto. Te invocamos, en profunda humillación, Señor Jesús, apresúrate y despierta tu Iglesia al conocimiento de su vocación. ¡Oh, que todo creyente en su vida personal, y toda tu gente creyente en su comunión, pueda probar al

mundo qué realidad, qué bienaventuranza, qué poder hay en la fe de Ti! Que el mundo crea que el Padre os ha enviado, y los ha amado como Él os ama.
Señor Jesús, ponga la carga del pecado del mundo tan pesada en los corazones de Tu pueblo, que puede ser imposible para ellos vivir para más que esto; Para ser los miembros de Tu cuerpo, en el cual habita Tu Espíritu, y para probar tu presencia al mundo. Quita todo lo que te impide manifestar tu presencia y poder salvador en nosotros. Señor Jesús, tu Espíritu ha venido a nosotros para convencer al mundo: que venga y trabaje en un poder cada vez mayor. Amén.

Capítulo 13

Esperando por el Espíritu.

Les ordenó que esperaran la promesa del Padre, la cual dijo: "Oísteis de mí." - HECHOS 1: 4.

En la vida de los santos del Antiguo Testamento, „esperar“ era una de las palabras amadas en que expresaban la postura de sus almas hacia Dios. Esperaron a Dios y esperaron de Dios. A veces lo encontramos en la Sagrada Escritura como el lenguaje de una experiencia: "Verdaderamente mi alma espera a Dios". 'Espero al Señor, mi alma espera.' En otros, es una súplica en la oración: "Llévame, en Ti espero todo el día." „Te hemos esperado“, Frecuentemente es un precepto, alentando a la perseverancia en una obra que no es sin su dificultad: 'Espera en el Señor; Espera, digo, en el Señor. 'Descansa en el Señor, y espera pacientemente por él'. Y luego está el testimonio de la bienaventuranza del ejercicio: "Bienaventurados los que esperan en Él." Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas.
Toda esta bendita enseñanza y experiencia de los santos que han ido antes, nuestro Señor recoge y conecta especialmente, en Su uso de la palabra, con la promesa del Padre, el Espíritu Santo. Lo que había estado tan profundamente entretejido en la esencia misma de la vida religiosa y del lenguaje del pueblo de Dios era ahora recibir una aplicación nueva y más alta. Como habían esperado la manifestación de Dios, ya sea a la luz de Su semblante en sus propias almas, o en especial interposición para su liberación, o en Su venida para cumplir Sus promesas a Su pueblo; Así nosotros también tenemos que esperar. Pero ahora que el Padre ha sido revelado en el Hijo y que el Hijo ha perfeccionado la gran redención, ahora la espera está especialmente ocupada con el cumplimiento de la gran

Promesa en la que el amor del Padre y la gracia del Hijo Se revelan y hacen nuestro el Regalo, la Permanencia, la Plenitud del Espíritu Santo. Esperamos en el Padre y en el Hijo para los flujos y operaciones cada vez mayores del Espíritu Santo; Esperamos al Espíritu Santo, a Su movimiento, a su liderazgo y poderoso fortalecimiento, a revelar al Padre y al Hijo dentro y a trabajar en nosotros toda la santidad y servicio al cual el Padre y el Hijo nos están llamando.

'Les ordenó que esperaran la promesa del Padre, la cual habéis oído de mí'. Se puede preguntar si estas palabras no tienen una referencia exclusiva al derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés, y si, ahora que el Espíritu ha sido dado a la Iglesia, la carga sigue siendo válida. Se puede objetar que, para el creyente que tiene el Espíritu Santo dentro de él, esperar la promesa del Padre es difícilmente coherente con la fe y la alegría de la conciencia de que el Espíritu ha sido recibido y está residiendo dentro.

La pregunta y la objeción abren el camino a una lección de la más profunda importancia. El Espíritu Santo no nos es dado como una posesión de la cual tenemos la carga y el dominio, y que podemos usar a nuestra discreción. No. El Espíritu Santo es dado a nosotros para ser nuestro Maestro, y para tener cargo de nosotros. No somos nosotros los que debemos usarlo; Debe usarnos. Él es ciertamente nuestro; Sino nuestro como Dios, y nuestra posición hacia Él es la de la profunda y completa dependencia de Aquel que da a cada uno "tal como Él quiere". El Padre nos ha dado el Espíritu; Pero Él todavía está, y sólo trabaja como, el Espíritu del Padre. Nuestra petición de Su obra, que el Padre nos concedería para ser fortalecidos con poder por Su Espíritu, y nuestra espera por esto, debe ser tan real y definitiva como si tuviéramos que pedirle por primera vez. Cuando Dios da su Espíritu, Él da su ser más íntimo. Él da con una donación divina, es decir, en el poder de la vida eterna, continua, ininterrumpida y sin

cesar. Cuando Jesús les dio a los que creen en Él la promesa de una fuente que brota siempre de corrientes siempre fluidas, no habló de un solo acto de fe que fuera una vez para todos hacerlos poseedores independientes de la bendición, sino de una Vida de fe que, en la receptividad incesante, siempre y sólo poseería sus dones en unión viviente con Él mismo. Y así, esta preciosa palabra espera, "Él les mandó esperar", con todo su bendito significado de la experiencia del pasado, se entreteje en la propia red de la nueva dispensación del Espíritu. Y todo lo que los discípulos hicieron y sintieron durante esos diez días de espera, y todo lo que obtuvieron como su bendito fruto y recompensa, se convierte para nosotros el camino y la promesa de la vida del Espíritu en la que podemos vivir. La plenitud del Espíritu, porque tal es la Promesa del Padre, y nuestra espera, están inseparables y para siempre unidas.

¿Y no tenemos aquí ahora una respuesta a la pregunta de por qué tantos creyentes saben tan poco de la alegría y el poder del Espíritu Santo? Nunca supieron esperarla; Nunca escucharon atentamente las palabras de despedida del Maestro: "Les ordenó que esperaran la promesa del Padre, la cual habéis oído de mí". La promesa que han escuchado. Para su cumplimiento han anhelado. En oración sincera han abogado por ello. Se han ido cargados y de luto bajo la necesidad sentida. Ellos han tratado de creer, y trataron de aferrarse, y trataron de ser llenos del Espíritu. Pero ellos nunca han sabido lo que era con todo esperar. Ellos nunca han dicho, ni siquiera han oído verdaderamente: 'Bienaventurados todos los que le esperan.' 'Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas'.

Pero ¿qué es esta espera? ¿Y cómo vamos a esperar? Miro a Dios por Su Espíritu Santo para enseñarme a declarar de la manera más sencilla posible lo que puede ayudar a algún hijo Suyo a obedecer esta carga. Y

permítanme decir primero que, como creyente, lo que ustedes deben esperar es la manifestación más completa del Poder del Espíritu dentro de ustedes. En la mañana de la resurrección, Jesús había soplado a sus discípulos y dijo: Recibid el Espíritu Santo: todavía tenían que esperar el pleno bautismo de fuego y de poder. Como hijo de Dios, usted tiene el Espíritu Santo. Estudie los pasajes de las Epístolas dirigidos a los creyentes llenos de fracasos y pecados (1 Cor. 3: 1 -3, 16, 6: 19, 2 0, Gálatas 3: 2, 3, 4: 6). Comienza con la fe sencilla en la palabra de Dios para cultivar la seguridad tranquila: El Espíritu Santo mora en mí. Si no eres fiel en lo menos, no puedes esperar lo mayor. Reconoce con fe y gracias que el Espíritu Santo está en ti. Cada vez que entras en tu armario para hablar con Dios, siéntate primero para recordar y creer que el Espíritu está dentro de ti como el Espíritu de oración que clama Padre! dentro de ti. Aparezca delante de Dios y confesar a Él distintamente, hasta que llegue a ser plenamente consciente de usted mismo, que usted es un templo del Espíritu Santo.

Ahora estás en la postura correcta para dar el segundo paso, es decir, pedirle a Dios muy sencilla y silenciosamente, de vez en cuando, que te conceda las obras de Su Espíritu Santo. El Espíritu está en Dios y está en ustedes. Ustedes piden al Padre que está en los cielos que su Espíritu Todopoderoso salga de Él en mayor vida y poder, y como el Espíritu que mora en ustedes puede trabajar más poderosamente en ustedes. A medida que pides esto sobre la base de las promesas, o de alguna promesa especial que pones ante Él, crees que Él oye y que Él lo hace. No tienes que mirar si sientes algo en tu corazón; Todo puede ser oscuro y frío allí; Debes creer, es decir, descansar en lo que Dios va a hacer, sí, lo está haciendo, aunque no lo sientas.

Y luego viene la espera. Espera en el Señor; Esperar al Espíritu. En gran quietud, mantén tu alma en silencio a

Dios, y da al Espíritu Santo tiempo para acelerar y profundizar en ti la seguridad de que Dios le concederá poder para obrar poderosamente. Somos un "santo sacerdocio para ofrecer sacrificios espirituales". La matanza del sacrificio era una parte esencial del servicio. En cada sacrificio que traes debe haber el asesinato, la entrega y el sacrificio de sí mismo y su poder a la muerte, mientras esperas delante de Dios en silencio santo, ve en él la confesión de que no tienes nada, ninguna sabiduría para orar correctamente, No hay fuerza para trabajar bien, Esperar es la expresión de la necesidad, del vacío. A lo largo de toda la vida cristiana estos van juntos, la sensación de pobreza y debilidad, y la alegría de todas las riquezas y fuerzas suficientes. Es en la espera ante Dios que el alma se hunde en su propia nada, y se eleva en la certeza divina de que Dios ha aceptado su sacrificio y cumplirá sus deseos.
Cuando así el alma, ha esperado a Dios, tiene que ir hacia adelante a la caminata diaria o el deber especial que la espera, en la fe que Él velará por el cumplimiento de Su Promesa y la expectativa de Su hijo. Si es a la oración que usted se da, después de esperar así el Espíritu, o para la lectura de la palabra, hágalo en la confianza que el Espíritu Santo dentro guía su oración y sus pensamientos. Si su experiencia parece demostrar que no es así, asegúrese de que esto es simplemente para llevarlo hacia adelante a una fe más simple y una rendición más completa. Ustedes se han acostumbrado tanto al culto en el poder del entendimiento y la mente carnal, que el culto verdaderamente espiritual no llega de una vez. Pero espere: "Él les pidió que esperaran." Mantenga la disposición de espera en la vida diaria y el deber. 'Sobre ti espero todo el día:' es al Dios Trinitario que yo hablo así; El Espíritu Santo se acerca y se une a Él. Renovar cada día y, como usted es capaz de hacerlo, también extender, su ejercicio de la espera de Dios. La multitud de palabras y el

fervor de los sentimientos en la oración han sido a menudo más obstáculo que ayuda. La obra de Dios en ustedes debe ser más profunda, más espiritual, más directamente realizada por Dios mismo. Espera la promesa en toda su plenitud. No tengas en cuenta el tiempo que perdiste, así darás a esta bendita expresión de ignorancia y vacuidad, de fe y de expectación, de entrega total y real al dominio del Espíritu. Pentecostés está destinado a ser para todos los tiempos la prueba de lo que el exaltado Jesús hace por Su Iglesia de Su Trono. La espera de diez días está destinada a ser para siempre la postura ante el Trono, que asegura en continuidad la bendición Pentecostal, ¡Hermano! La promesa del Padre es segura. Es de quien la tienes. El Espíritu ya está obrando en vosotros. Su plena morada y guía es la parte de su hijo. ¡Oh, guarda la carga de tu Señor! Espera en Dios: espera al Espíritu. "Espera, digo, en el Señor". 'Bienaventurados todos los que le esperan.'

¡Bendito Padre! De Tu Amado Hijo hemos escuchado Tu Promesa. En una corriente que es Divina y nunca cesa, el río del agua de la vida fluye bajo el Trono de Dios y el Cordero; Tu Espíritu fluye hacia abajo para acelerar nuestras almas sedientas. 'Porque no hemos oído, ni ha visto el ojo, oh Dios, fuera de ti, lo que ha preparado para el que espera por él'.
Y habíamos escuchado Su cargo para esperar la promesa. Te damos gracias por lo que ya se nos ha cumplido. Pero nuestras almas anhelan la plena posesión, la plenitud de la bendición de Cristo. ¡Bendito Padre! Enséñanos a esperar en Ti, observando todos los días en los postes de Tus puertas.
Enséñanos cada día, cuando nos acercamos a Ti, para esperarlo. En el sacrificio de nuestra propia sabiduría y nuestra voluntad, en el santo temor de las obras de nuestra propia naturaleza, podamos aprender a postrarnos en el

polvo delante de ti, para que tu Espíritu pueda trabajar con poder. Oh, enséñanos que como la vida propia es postrada delante de Ti día tras día, la Vida Santa, que fluye de debajo del Trono, se elevará en poder, y nuestra adoración será en Espíritu y en Verdad. Amén.

Capítulo 14

El Espíritu del Poder

Seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después. Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos. "- Hechos 1: 5, 8.
«Estad en la ciudad, hasta que seáis revestidos de poder de lo alto» (Luc. 24: 49).

Los discípulos habían oído de Juan el Bautismo del Espíritu. Jesús les habló de la entrega del Espíritu del Padre a los que le piden, y del Espíritu de su Padre que habla en ellos. Y en la última noche había hablado del Espíritu que moraba en ellos, testificando con ellos, habiendo venido a ellos para convencer al mundo. Todos estos pensamientos de lo que sería esta venida del Espíritu Santo estaban así conectados en su mente con la obra que tendrían que hacer y el poder para ella. Cuando nuestro Señor recogió todas sus enseñanzas en la promesa: 'Recibiréis el poder del Espíritu Santo que viene sobre vosotros, y serán mis testigos', debe haber sido para ellos el simple resumen de lo que ellos buscaron: Nuevo poder divino para la nueva obra Divina de ser testigos de un Jesús Crucificado y Resucitado.
Esto estaba en perfecta armonía con todo lo que habían visto en la Sagrada Escritura de la obra del Espíritu. En los días previos al diluvio había estado luchando con los hombres. En el ministerio de Moisés le preparó, y a los setenta que recibieron de su Espíritu, para la obra de gobernar y dirigir a Israel, y dio sabiduría a los que edificaron la casa de Dios. En los días de los jueces dio el poder de luchar y vencer a los enemigos. En los tiempos de los Reyes y Profetas, Él dio audacia para testificar contra el pecado y poder para proclamar una redención venidera. Cada mención del Espíritu en el Antiguo Testamento está

conectada con el honor y el Reino de Dios, y la preparación para el servicio en él. En la gran profecía del Mesías, con la cual el Hijo de Dios abrió su ministerio en Nazaret, su unción con el Espíritu tuvo como único propósito traer liberación a los cautivos y alegría a los dolientes. A la mente de los discípulos, como estudiantes del Antiguo Testamento y seguidores de Cristo Jesús, la promesa del Espíritu no podía tener más que un significado: la aptitud para la gran obra que tenían que hacer por su Señor cuando ascendió al Trono. Todo lo que el Espíritu les sería personalmente en su obra de reconfortante y de enseñanza, santificando el alma y glorificando a Jesús, no eran más que un medio para alcanzar su fin, su sumisión con poder para el servicio de su difunto Señor.

¡Que Dios haga que la Iglesia de Cristo entendiera esto en nuestros días! Toda oración por la influencia del Espíritu Santo en los hijos de Dios debe tener como objetivo: aptitud para ser testigos de Cristo y hacer un servicio eficaz en la conquista del mundo para Él. El desperdicio de poder es siempre motivo de remordimiento para los que lo presencian. La economía del poder es una de las grandes fuentes móviles en toda organización e industria. El Espíritu es el gran poder de Dios; El Espíritu Santo, el gran poder de la Redención de Dios, tal como desciende del Trono de Aquel a quien se ha dado todo poder. ¿Y podemos imaginar que Dios desperdiciaría este poder sobre aquellos que lo buscan sólo por su propio bien, con el deseo de ser hermosamente santo, o sabio o bueno? Verdaderamente no. El Espíritu Santo es el poder de lo alto para llevar a cabo la obra por la cual Jesús sacrificó Su Trono y Su Vida. La condición esencial para recibir ese poder es que, se nos encuentre listo y apto para hacer la obra que el Espíritu ha venido a lograr.

"Mis testigos": estas dos palabras contienen, en la riqueza divina e inagotable de significado, la descripción más perfecta de la obra del Espíritu y de nuestra obra; La obra

para la cual no se necesita nada más que su poder divino, la obra para la cual nuestra debilidad está justo encajada. No hay nada tan eficaz como un testigo honesto. La elocuencia aprendida de un abogado debe ceder paso por ello. No hay nada tan simple: sólo decir lo que hemos visto y oído, o, quizá en silencio, atestiguar lo que se ha hecho en nosotros. Fue la gran obra de Jesús mismo: 'Para este fin he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la Verdad'. Y sin embargo, simple y fácil como parece, para hacernos testigos de Jesús es para lo que se necesita el Poder Todopoderoso del Espíritu, y lo para que Él fue enviado a obrar. Si somos, en el poder de la vida eterna, el poder del mundo por venir, en poder celestial, para testificar de Jesús como Él reina en el cielo, necesitamos nada menos que el poder Divino de la vida celestial para animar el testimonio de nuestros labios y vida. El Espíritu Santo nos hace testigos, porque Él mismo es un testigo. "Él testificará de Mi", dijo Jesús. Cuando Pedro, en el día de Pentecostés, predicó que Cristo, al subir al cielo, había recibido del Padre el Espíritu Santo, y lo había derramado, hablaba de lo que sabía: el Espíritu Santo le testificó, Y en él, de la gloria de su Señor exaltado. Fue este testimonio del Espíritu a la realidad del poder y presencia de Cristo lo que lo hizo tan audaz y fuerte para hablar ante el concilio: "Dios lo exaltaba para ser un príncipe y un Salvador; Y somos testigos de estas cosas; Y así es el Espíritu Santo ". Es en la medida que el Espíritu Santo se vuelve para nosotros, en una vida y poder Divino, el testigo de lo que Jesús es en el momento presente en Su gloria, que nuestro testimonio estará en Su poder. Podemos saber todo lo que los Evangelios registran y todo lo que la Escritura enseña más acerca de la persona y obra de Jesús; Podemos incluso hablar de la experiencia pasada de lo que una vez conocí del poder de Jesús: este no es el testimonio del poder que se promete aquí, y que tendrá efecto en el mundo. Es la Presencia del Espíritu en

el momento presente, testigo de la Presencia del Jesús personal, que da testimonio de que el aliento de vida desde el cielo lo hace poderoso por medio de Dios para derribar fortalezas. Verdaderamente puede ser testigo de tanto de Jesús como el Espíritu Santo está testificando en la vida y la verdad.

El bautismo de poder, la investidura de poder, a veces se habla de y es buscado como un regalo especial. Si Pablo le preguntó muy claramente a los efesios que habían sido sellados con el Espíritu Santo, que el Padre aún les daría 'el Espíritu de sabiduría' (Efesios 1:17), no podemos estar muy equivocados orando para este Espíritu de poder muy decididamente ". El que escudriña los corazones sabe cuál es la mente del Espíritu, y no dará conforme a la exactitud de nuestras palabras, sino que el deseo soplado por el Espíritu de nuestros corazones. O tomemos esa otra oración de Pablo (Efesios 3: 16), y alegamos que 'Él nos concedería poder ser fuertemente fortalecidos por Su Espíritu'. Cualquier forma que formulamos nuestra oración, una cosa es cierta: es en oración incesante, es en arrodillarse, es en espera en Dios, que de Él vendrá lo que pedimos, sea el Espíritu de Poder o el Poder de el espíritu. El Espíritu nunca es algo separado de Dios; En todo Su salir y trabajar Él todavía es el Ser más íntimo de Dios; Es Dios mismo quien, según las riquezas de su gloria, es poderoso para hacer sobre de lo que pedimos o pensamos, que en Cristo nos dará para ser revestidos con el poder del Espíritu.

En la búsqueda de este Poder del Espíritu, que notamos el modo de Su obra. Hay un error, de que debemos especialmente guardar. Es el de esperar siempre sentir el poder cuando funciona. Las Escrituras unen el poder y la debilidad de una manera maravillosa, no como sucediendo el uno al otro, sino como existentes juntos. "Yo estaba con ustedes en la debilidad; Mi predicación estaba en el poder ". "Cuando soy débil, entonces soy fuerte." (Ver 1 Corintios 2:

3-5, 2 Corintios 4: 7, 16, 6: 10, 7:10, 13: 3, 4.) El poder es el poder de Dios, dado a la fe; Y la fe crece fuerte en la oscuridad. El Espíritu Santo se esconde en las cosas débiles que Dios ha escogido, para que la carne no se gloríe en Su presencia. El poder espiritual sólo puede ser conocido por el Espíritu de fe. Cuanto más distintamente sentimos y confesamos nuestra debilidad y creemos en el poder que mora dentro de nosotros, dispuesto a trabajar según surja la necesidad, más confiadamente podemos esperar su operación Divina aun cuando no haya ningún sentimiento. Los cristianos pierden mucho no sólo por no esperar el poder, sino por esperar en el camino equivocado. Busquen combinar la obediencia fiel y lista a cada llamada de servicio, por muy poco que parezca ser su poder, con una espera profunda y dependiente y una expectativa de poder desde lo alto. "Que tus intervalos de reposo y comunión sean el ejercicio de la oración y la fe en el Poder de Dios que mora en ti, y espera para trabajar a través de ti; Tu esfuerzo de tiempo y ahínco traerá la "prueba de que por la fe de la debilidad nos hemos hecho fuertes."

Veamos también y no nos equivoquemos acerca de la condición del funcionamiento de este Poder Divino. El que quiere mandar la naturaleza, debe primeramente en la más absoluta obedecerla. No necesita mucha gracia para desear y pedir poder, incluso el poder del Espíritu. ¿Quién no estaría contento de tener poder? El hombre ora fervorosamente por el poder en o con su trabajo, y no lo recibe, porque no acepta la única postura en que el Poder puede trabajar. Queremos tomar posesión de la Potencia y usarla. Dios quiere que el Poder se apodera de nosotros y nos use. Si nos entregamos al Poder para gobernar en nosotros, el Poder se entregará a nosotros, para gobernar a través de nosotros. La sumisión incondicional y la obediencia al Poder en nuestra vida interior es la única condición de estar vestidos con ella. Dios da el Espíritu al obediente. 'El poder pertenece a Dios' y permanece para

siempre. Si quisieras que Su poder actúe en ti, inclínate muy reverente ante la santa presencia que habita en ti, que pide tu rendición a su guía incluso en las cosas más pequeñas. Camina muy humildemente en santo temor, para que en cualquier cosa no fracases en conocer o hacer Su santa voluntad. Vive como uno entregado a un Poder que tiene todo el dominio sobre ti, que tiene posesión completa de tu ser más íntimo. Deja que el Espíritu y Su Poder se apoderen de ti: sabrás que su poder opera en ti.

Seamos claros, también, en cuanto al objeto de este poder, el trabajo que debe hacer. Los hombres son muy cuidadosos para economizar el poder, y para reunir allí donde puede hacer su trabajo más eficazmente. Dios no da este poder para nuestro propio disfrute, tan poco para salvarnos de los problemas y el esfuerzo. Él lo da con un propósito, para glorificar a Su Hijo. Aquellos que en su debilidad son fieles a este único objeto, que en obediencia y testimonio demuestran a Dios que están listos a cualquier precio para glorificar a Dios, recibirán el poder de lo alto. Dios busca a los hombres ya las mujeres a quienes Él puede revestir de poder. La Iglesia los busca por todas partes, preguntándose por la debilidad de tanto de su ministerio y culto. El mundo lo espera, para convencerse de que Dios está realmente en medio de Su pueblo. Los millones perecientes están clamando por la liberación, y el Poder de Dios está esperando para trabajar. No nos contentemos con la oración para que Dios la visite y bendiga, o con el esfuerzo de hacer lo mejor que podamos por ellos. Déjenos a nosotros mismos, a cada creyente individual, total y indivisiblemente, para vivir como testigos de Jesús. Pidamos a Dios que muestre a su pueblo lo que significa que ellos son los representantes de Cristo, así como Él era el Padre. Vivamos en la fe que el Espíritu de poder está dentro de nosotros, y que el Padre, mientras esperamos en Él, nos llena del poder del Espíritu.

¡Padre Santísimo! Te damos gracias por la maravillosa provisión que hiciste por tus hijos, que por su debilidad se hicieron fuertes, y que sólo en su debilidad tu Poder Poderoso sea glorificado. Te damos gracias por el Espíritu Santo, como Espíritu de Poder, bajando para hacer presente a Jesús, a quien todo Poder es dado, presente con Su Iglesia, y para hacer de Sus discípulos los testigos de esa Presencia.

Te pido, oh Padre mío, que me enseñes que tengo el poder, como yo tengo al Jesús vivo. Que no busque que vaya con la observación. Puedo consentir que alguna vez será una fuerza divina en la debilidad humana, para que la gloria sea sólo tuya. Puedo aprender a recibirlo en una fe que permite al Poderoso Señor Jesús tener el poder y hacer el trabajo en medio de la debilidad. Y que, por el Espíritu Santo, esté presente conmigo, para que mi testimonio sea solo de él.

¡Padre mío! Deseo someter todo mi ser a este Santo Poder. Yo me quiero inclinar ante su gobierno todos los días y todo el día. Quiero ser su siervo, y me humillaré a hacer su más mezquino mandamiento. Padre, deja que el Poder reine en mí, para que yo pueda ser preparado para que me use. Y que mi único objeto en la vida sea que Tu Hijo Bendito reciba el honor y la gloria. Amén.

Capítulo 15

El derramamiento del Espíritu.

Y cuando llegó el día de Pentecostés, todos ellos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar, como el Espíritu les dio la palabra. "- Hechos 2: 1-4.

En la efusión del Espíritu Santo, culmina la obra de Cristo. El adorable misterio de la Encarnación en Belén, la gran Redención realizada en el Calvario, la revelación de Cristo como Hijo de Dios en el poder de la Vida Eterna por la Resurrección, Su entrada en la gloria en la Ascensión - todas son etapas preliminares. Su meta y su corona era la bajada del Espíritu Santo. Como Pentecostés es el último, es la mayor de las fiestas cristianas; En ella los demás encuentran su realización y su cumplimiento. Es porque la Iglesia apenas ha reconocido esto, y no ha visto que la gloria de Pentecostés es la más alta gloria del Padre y del Hijo, que el Espíritu Santo aún no ha sido capaz de revelar y glorificar al Hijo en ella como Él quiere hacerlo. Veamos si podemos comprender lo que significa Pentecostés.
Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, con el objeto distinto de ser como él. El hombre debía ser un templo para que Dios viviera; Él debía convertirse en el hogar en el cual Dios podía descansar. La unión más íntima y más cerca, la permanencia del Amor en el amor: esto era lo que el Santo Dios deseaba y esperaba. Lo que estaba muy débilmente expuesto como tipo en el templo en Israel se convirtió en una realidad divina en Jesús de Nazaret: Dios había encontrado a un hombre en quien podía descansar, cuyo ser entero estaba abierto al dominio de Su voluntad y la comunión de Su amor . En Él había una naturaleza humana, poseída por el Espíritu Divino; Y tal Dios quiere todos los hombres que sean. Y todos serían, los que aceptaron de este Jesús y su Espíritu como su vida.

Su muerte fue para eliminar la maldición y el poder del pecado, y hacer posible que ellos reciban Su Espíritu. Su resurrección fue la entrada de la naturaleza humana, libre de toda debilidad de la carne, en la vida de la Divinidad, la Divina Vida Espiritual. Su ascensión fue la admisión como Hombre en la misma gloria de Dios; La participación de la naturaleza humana de la perfecta comunión con Dios en la gloria en la unidad del Espíritu. Y sin embargo, con todo esto, la obra aún no estaba completa. Algo, lo principal, todavía faltaba. ¿Cómo podía el Padre habitar en los hombres, tal como había vivido en Cristo? Esta fue la gran pregunta a la que Pentecostés da la respuesta.

De las profundidades de la Divinidad, el Espíritu Santo es enviado en un nuevo carácter y un nuevo poder, como nunca lo había sido antes. En la creación y la naturaleza Él salió de Dios como el Espíritu de Vida. En la creación del hombre especialmente Él actuó como el poder en el cual su semejanza con dios fue fundada, y que, incluso después de su caída, todavía testificó por Dios. En Israel apareció como el Espíritu de la teocracia, inspirando y armando a ciertos hombres para su trabajo. En Jesucristo vino como el Espíritu del Padre, dado a Él sin medida, y permaneciendo en Él. Todas estas son manifestaciones, en diferentes grados, de un mismo Espíritu. Pero ahora llega la última, prometida por mucho tiempo, una manifestación completamente nueva del Espíritu Divino. El Espíritu que ha vivido en Jesucristo, y que en su vida de obediencia, ha tomado Su espíritu humano en perfecta comunión y unidad con Él, es ahora el Espíritu del exaltado Dios-hombre. A medida que el hombre Cristo Jesús entra en la gloria de Dios y la plena comunión de la vida espiritual en la que Dios habita, recibe del Padre el derecho de enviar este Espíritu a sus discípulos, sí, en el Espíritu para descender Él mismo y Habitar en ellos. En un nuevo poder, que hasta ahora no había sido posible, porque Jesús no había sido crucificado ni glorificado, como el mismo Espíritu del

crucificado y ahora glorificado Jesús, el Espíritu viene. La obra del Hijo, el anhelo del Padre, recibe su cumplimiento. El corazón del hombre es ahora el hogar de su Dios.
¿No dije la verdad que Pentecostés es la mayor fiesta de la Iglesia? El misterio de Belén es ciertamente incomprensible y glorioso, pero cuando lo creo, no hay nada que no parezca posible y apropiado. Que un cuerpo puro y santo se forme para el Hijo de Dios por el poder del Espíritu Santo y que en ese cuerpo el Espíritu habite, es realmente un milagro del Poder Divino. Pero para que el mismo Espíritu venga ahora a morar en los cuerpos de los pecadores, para que también en ellos el Padre tome su morada, este es un misterio de gracia que sobrepasa todo entendimiento.¡Pero esto, gloria sea a Dios! Es la bendición que Pentecostés trae y asegura. La entrada del Hijo de Dios en nuestra carne en Belén, Su entrada en la maldición y muerte del pecado como nuestro Fianza, Su entrada en la naturaleza humana como Primogénito de los muertos en el Poder de la Vida Eterna, Su entrada en la Muy gloria del Padre, no eran más que los pasos preparatorios: he aquí la consumación por la cual se cumplió todo lo demás. La palabra ahora comienza a ser cumplida: "¡Mirad! El tabernáculo de Dios está con los hombres, y morará con ellos. "
Es sólo a la luz de todo lo que precedió a Pentecostés, de todo el poderoso sacrificio que Dios no pensó demasiado grande si podía morar con hombres pecadores, para que se pueda entender el relato del derramamiento del Espíritu. Es el reflejo terrenal de la exaltación de Cristo en el cielo; La participación que Él da a sus amigos de la gloria que ahora tiene con el Padre. Para ser aprehendido correctamente, necesita una visión espiritual; En la historia que se relata tan sencillamente se despliegan los misterios más profundos del Reino y los títulos de propiedad que se le dan a la Iglesia de su herencia santa hasta el regreso de su Señor. Lo que el Espíritu debe ser para los creyentes y

la Iglesia, para los ministros de la palabra y su obra, y para el mundo incrédulo, son los tres principales pensamientos.
1. Cristo había prometido a Sus discípulos que en el Consolador Él mismo volvería a ellos. Durante su vida en la tierra, su presencia personal manifestada, como revelador del Padre invisible, era el gran regalo del Padre a los hombres, era la única cosa que los discípulos deseaban y necesitaban. Esta sería su porción ahora en mayor poder que antes. Cristo había entrado en la gloria con este mismo propósito, que ahora, de una manera Divina, "Podría llenar todas las cosas", podría llenar especialmente los miembros de Su cuerpo con Él mismo y Su vida de gloria. Cuando el Espíritu Santo descendió, Él trajo como una vida personal dentro de ellos lo que anteriormente sólo había sido una Vida cerca de ellos, pero aún fuera de los suyos. El mismo Espíritu del propio Hijo de Dios, como había vivido y amado, había obedecido y había muerto, había sido resucitado y glorificado por el Poder Todopoderoso, ahora debía convertirse en su vida personal. La maravillosa transacción que había tenido lugar en el cielo al colocar a su Amigo y Señor en el trono del cielo, de éste el Espíritu Santo vino a ser el testigo, ¡Sí!, para comunicarlo y mantenerlo dentro de ellos como una realidad celestial. De hecho, no es raro que, a medida que el Espíritu Santo desciende del Padre a través del Hijo glorificado, toda su naturaleza está llena hasta desbordar del gozo y del poder del cielo, con la presencia de Jesús y sus labios rebosan de alabanza de Las maravillosas obras de Dios.
Tal fue el nacimiento de la Iglesia de Cristo; Tal debe ser su crecimiento y fortaleza. El primer y esencial elemento de la verdadera sucesión de la Iglesia Pentecostal es una membresía bautizada con el Espíritu Santo y con fuego, cada corazón lleno de la experiencia de la Presencia del Señor glorificado, toda lengua y vida testificando la maravillosa obra de Dios Había hecho, al elevar a Jesús a la gloria de Su Trono, y también llenar a Sus discípulos con

esa gloria también. No es tanto el Bautismo de Poder para los predicadores que debemos buscar; Es que cada miembro individual del cuerpo de Cristo pueda conocer y poseer y ser testigo de la Presencia de un Cristo que mora por medio del Espíritu Santo. Es esto que llamará la atención del mundo, y obligará la confesión del Poder de Jesús.

2. Fue en medio del interés y de los interrogatorios que la vista de esta alegre y elogiosa compañía de creyentes despertó en la multitud que Pedro se levantó para predicar. La historia de Pentecostés nos enseña la verdadera posición del ministerio y el secreto de su poder. Una iglesia llena del Espíritu Santo es un poder de Dios para despertar a los descuidados y atraer a todos los corazones honestos y fervientes. Es a tal audiencia, despertada por el testimonio de creyentes, que la predicación vendrá con poder. Es de esta iglesia de hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo que los predicadores dirigidos por el Espíritu se levantarán, atrevidos y libres, para señalar a cada creyente como un testimonio vivo de la verdad de su predicación y del Poder de su Señor. La predicación de Pedro es una lección muy notable de lo que será toda predicación del Espíritu Santo. Él predica a Cristo de las Escrituras. En contraste con los pensamientos del hombre, que había rechazado a Cristo, Él expuso los pensamientos de Dios, que había enviado a Cristo, quien se deleitaba en Él, y ahora lo había exaltado a Su diestra. Toda predicación en el poder del Espíritu Santo será así. El Espíritu es el Espíritu de Cristo, el Espíritu de su vida personal, que toma posesión de nuestra personalidad y testifica con nuestro espíritu lo que Cristo nos ha ganado. El Espíritu ha venido con el propósito de continuar la obra que Cristo había comenzado en la tierra, de hacer participantes a los hombres de Su redención y Su vida. No podría ser de otra manera; El Espíritu siempre es testigo de Cristo. Lo hizo en las Escrituras; Lo hace en el creyente; El testimonio del

creyente será siempre según la Escritura. El Espíritu en Cristo, el Espíritu en la Escritura, el Espíritu en la Iglesia; Mientras este triple cordón se mantenga entrelazado, no puede romperse.
3. El efecto de esta predicación fue maravilloso, pero no más maravilloso de lo que cabría esperar. La Presencia y el Poder de Jesús son una realidad en la compañía de los discípulos; El Poder del Alto, del Trono, así llena a Pedro; La visión y la experiencia que tiene de Cristo, como exaltado a la diestra de Dios, es tal realidad espiritual; Que el poder se le va de él, y como su predicación llega a su aplicación: "Conozcan bien que Dios lo ha hecho Señor y Cristo, a este Jesús a quien ustedes crucificaron", miles se inclinan en rotura de espíritu, dispuestos a reconocer al Crucificado como Su Señor. El Espíritu ha venido a los discípulos, y por ellos convence al mundo de la incredulidad. Los buscadores arrepentidos escuchan el mandamiento de arrepentirse y creer, y ellos también reciben el don del Espíritu Santo. Las obras mayores que Él hizo que Cristo había prometido hacer por medio de los discípulos. En un momento, el prejuicio perpetuo, e incluso el odio amargo, dan lugar a la rendición, el amor y la adoración; Del poder del Señor glorificado fue llenado su cuerpo, y de su poder ha salido para conquistar y salvar.
Pentecostés es el glorioso amanecer de «aquel día», el primero de «aquellos días» de los que tanto profecía y nuestro Señor hablaban, la promesa y la garantía de lo que la historia de la Iglesia estaba destinada a ser. Es universalmente admitido que la Iglesia ha cumplido mal su destino, que incluso ahora, después de dieciocho siglos, ella no ha subido a la altura de su glorioso privilegio. Incluso cuando se esfuerza por aceptar su vocación, por ser testigo de su Señor hasta los confines de la tierra, lo hace muy poco en la fe del Espíritu Pentecostal y en la posesión de Su Poderoso Poder. En lugar de considerar a Pentecostés como el amanecer, ella habla y actúa con

frecuencia como si fuera el mediodía, de la cual la luz debe comenzar a menguar. Que la Iglesia regrese a Pentecostés y Pentecostés regrese a ella. El Espíritu de Dios no puede tomar posesión de los creyentes más allá de su capacidad de recibirlo. La promesa está esperando; El Espíritu está ahora en toda Su plenitud. Nuestra capacidad de recepción necesita ampliación. Está en el estrado del trono, mientras que los creyentes continúan unánimes en alabanza y amor y oración, mientras que la demora sólo intensifica el espíritu de espera y expectativa, mientras que la fe mantiene firme la promesa y mira hacia el exaltado Señor, en la confianza de que Él se hará conocer en poder en medio de Su pueblo, - está en el escabel del trono que viene Pentecostés. Jesucristo es todavía Señor de todos, coronado con poder y gloria. Su anhelo de revelar Su presencia en Sus discípulos, y hacerlos compartir la vida de gloria en la que Él habita, es tan fresco y lleno como cuando Él ascendió por primera vez al trono. Tomemos nuestro lugar en el escabel. Entregamonos en fe fuerte, expectante, para ser llenos del Espíritu Santo, y para testificar por Jesús. Que el Cristo que mora en nosotros sea nuestra vida, nuestra fortaleza y nuestro testimonio. De esta Iglesia los predicadores llenos del Espíritu se levantarán, y el poder saldrá que hará que los enemigos de Cristo se postren a Sus pies.

¡Señor Dios! Adoramos ante el Trono en el cual el Hijo está sentado con Ti, coronado de gloria y honor. Te damos gracias y te bendecimos que es por nosotros, los hijos de los hombres, que hiciste esto, y que Aquel que más te gusta pertenece tanto a la tierra como al cielo, a nosotros como a ti. ¡O Dios! Adoramos Tu amor: alabamos Tu Santo Nombre.
Te rogamos, oh Padre nuestro, que reveles a tu Iglesia cómo nuestra Cabeza Bendita nos cuenta como Su propio cuerpo, compartiendo con Él Su vida, Su poder y Su gloria,

y cómo el Espíritu Santo es portador de esa vida Y poder y gloria, está esperando para revelarlo dentro de nosotros. Oh, que tu pueblo despierte para saber lo que significa el Espíritu Santo, como la verdadera Presencia dentro de ellos del Señor glorificado, y como la vestimenta con poder desde lo alto para su trabajo en la tierra. ¡Oh, que toda tu gente pudiera aprender a mirar a su exaltado Rey hasta que todo su ser se abriera para recibirlo, y su Espíritu los llenara a su máxima capacidad!

Padre nuestro, te rogamos, en nombre de Jesús, que revives tu Iglesia. Haz que cada creyente sea realmente un templo lleno del Espíritu Santo: Haz que cada iglesia, en sus miembros creyentes, sea una compañía consagrada que siempre testifique de un Cristo presente, esperando siempre la plenitud del poder desde lo alto. Haz que todo predicador de la palabra sea ministro del Espíritu. Y que en toda la tierra Pentecostés sea la señal de que Jesús reina, que Sus redimidos son Su cuerpo, que Su Espíritu obra, y que toda rodilla se inclinará ante Él. Amén.

Capítulo 16

El Espíritu Santo y misiones

Había en Antioquía, en la iglesia que estaba allí, profetas y maestros. Y mientras servían al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: Separadme a Bernabé y a Saulo por la obra a la que los he llamado. Entonces, cuando ellos habían ayunado y orado, y les impusieron las manos, los enviaron. Así que, siendo enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia. '- Hechos 13: 1-4.

Se ha dicho con razón que los Hechos de los Apóstoles bien podrían haber llevado el nombre, Los Hechos del Señor Exaltado, o Los Hechos del Espíritu Santo. La promesa de despedida de Cristo: 'Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; Y seréis mis testigos, tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra ", fue ciertamente una de esas Semillas Divinas - palabras en las cuales está contenido el Reino de los cielos en el poder de un infinito Crecimiento, con la ley de su manifestación, y la profecía de su perfección final. En el Libro de los Hechos tenemos el camino trazado en el cual la promesa recibió su realización incipiente, en su camino de Jerusalén a Roma. Nos da el registro divino de la venida y la vida y la obra del Espíritu Santo, como el poder dado a los discípulos de Cristo, para testificar por Él ante los judíos y los paganos, y del triunfo del nombre de Cristo en Antioquía y Roma como el Centros para la conquista de las partes más extremas de la tierra. El libro revela, como con una luz del cielo, que el único objetivo y propósito del descenso del Espíritu de nuestro Señor glorificado en el cielo a sus discípulos, revelando en ellos Su presencia, Su guía y Su Poder, es para encajarlos para ser sus testigos hasta los confines de la tierra. Las misiones a los paganos son el único objeto de

la Misión del Espíritu. En el pasaje que tenemos como nuestro texto tenemos el primer registro de la parte que la Iglesia está definitivamente llamada a tomar en el trabajo de las misiones. En la predicación de Felipe en Samaria y de Pedro en Cesarea, tenemos el caso de hombres individuales que ejercen su función de ministerio entre los que no eran de los judíos bajo la dirección del Espíritu. En la predicación de los hombres de Chipre y de Cirene a los griegos en Antioquía tenemos el instinto divino del Espíritu de amor y vida, llevando a los hombres a abrir nuevos caminos donde los líderes de la Iglesia aún no habían pensado en venir. Pero esta orientación del Espíritu al separar a los hombres especiales debía ahora formar parte de la organización de la Iglesia y toda la comunidad de creyentes debía ser educada para tomar su parte en la obra para la cual el Espíritu había descendido especialmente a la tierra. Si el segundo de los Hechos es importante para darnos la indución de la Iglesia para su trabajo de Jerusalén o misión en casa, el decimotercero no es menos interesante como su separación para el trabajo definitivo de la misión extranjera. No podemos alabar suficientemente a Dios por el creciente interés en las misiones de nuestros días. Si nuestro interés quiere ser permanente y personal, si ha de ser un entusiasmo personal de amor y devoción a nuestro Bendito Señor y a los perdidos que Él vino a salvar, si ha de ser fructífero para elevar la obra de la Iglesia al verdadero nivel de Poder Pentecostal, debemos aprender bien la lección de Antioquía. El trabajo de la misión debe encontrar su iniciativa y su poder en el reconocimiento distinto y directo de la guía del Espíritu Santo.

A menudo se ha observado que la verdadera obra misionera siempre ha nacido del renacimiento de la vida religiosa en la Iglesia. La obra vivificante del Espíritu Santo suscita una nueva devoción al Bienaventurado Señor a quien Él revela, y a los perdidos a quienes pertenece. Es

en tal estado de ánimo que se oye la voz del Espíritu, instando a los redimidos del Señor a trabajar por Él. Fue así en Antioquía. Había algunos profetas y maestros en Antioquía, pasando parte de su tiempo en ministrar al Señor y ayunar. Con el servicio público de Dios en la Iglesia, combinaron el espíritu de separación del mundo y de sacrificio. Su Señor estaba en el cielo; Sintieron la necesidad de una relación estrecha y continua, esperando sus órdenes; Ellos entendieron que el Espíritu que moraba en ellos no podía tener alcance libre y completo para la acción a menos que mantuvieran la comunión directa con Él como su Maestro, y entraron tanto como sea posible en la comunión de la crucifixión de Cristo de la carne. “Ellos ministraron al Señor y ayunaron”: tales eran los hombres, tal era su estado de ánimo y su hábito de vida, cuando el Espíritu Santo les reveló que había escogido a dos de ellos para una obra especial, y les pidió Para ser Sus instrumentos en separarlos, en presencia de toda la Iglesia, para esa obra.

La ley del Reino no ha sido cambiada. Todavía es el Espíritu Santo quien tiene la carga de todo el trabajo de la misión. Él todavía revelará Su voluntad, en la designación de trabajo y selección de hombres, a aquellos que están esperando en su Señor en servicio y separación. Una vez que el Espíritu Santo en cualquier época ha enseñado a los hombres de fe y oración a emprender su obra, es fácil para otros admirar y aprobar lo que hacen, ver la armonía de su conducta con la Escritura y copiar su ejemplo. Y sin embargo, el verdadero poder del Espíritu guiando y trabajando, el verdadero amor personal y devoción a Jesús como un Amado Señor, puede estar presente en un grado muy pequeño. Es porque un gran interés en la causa misionera es de esta naturaleza, que tiene que haber tanto que discutir y pedir y suplicar en bases inferiores con sus partidarios. El mandamiento del Señor es conocido como registrado en un libro; La voz viva del Espíritu, que revela al

Señor en la Presencia Viviente y el Poder, no se oye.
"No basta con que los cristianos sean animados e instigados a un mayor interés en la obra, a orar y dar más: hay una necesidad más urgente. En la vida del individuo, la permanencia en el Espíritu Santo, y la Presencia y Regla del Señor de la Gloria que Él mantiene, debe volver a ser la principal marca de la vida cristiana. En la comunión de la Iglesia debemos aprender a esperar con más seriedad la dirección del Espíritu Santo en la selección de los hombres y de los campos de trabajo, en el despertar del interés y la búsqueda del apoyo: es en la misión directamente originada en muchas oraciones Y esperando en el Espíritu que Su poder pueda ser esperado especialmente.
Que nadie tema, cuando hablamos así, que alejemos a los cristianos de la verdadera labor práctica que debe hacerse. Hay mucho que hay que hacer, y no se puede hacer sin trabajo diligente. La información debe circular; Los lectores deben ser encontrados y guardados; Los fondos deben ser aumentados; Las reuniones de oración deben mantenerse; Los directores deben reunirse, consultar y decidir. Todo esto debe hacerse. Pero se hará bien, y como un servicio agradable para el Maestro, sólo en la medida en que se hace en el poder del Espíritu Santo. ¡Oh, que la Iglesia y todos los miembros de ella puedan aprender la lección! El Espíritu ha descendido del cielo para ser el Espíritu de Misiones, para inspirar y capacitar a los discípulos de Cristo para que testifiquen por Él en las partes más extremas de la tierra.
El origen, el progreso, el éxito de las misiones son todas suyas. Es Él quien despierta en los corazones de los creyentes los celos por el honor de su Señor, la compasión a las almas de los perezosos, la fe en Su promesa, la obediencia voluntaria a Sus mandamientos, en la cual la misión toma su lugar. Es Él quien se une al esfuerzo unido, que llama a los hombres idóneos a salir, que abre la puerta, y prepara los corazones de los paganos para desear o

recibir la palabra. Y es Él quien a la larga da el aumento, y, donde está el asiento de Satanás, establece la cruz, y reúne alrededor de ella los redimidos del Señor. Las misiones son la obra especial del Espíritu Santo. Nadie puede esperar estar lleno del Espíritu si no está dispuesto a ser usado para misiones. Nadie que quiera trabajar o orar por misiones debe temer su debilidad o pobreza: el Espíritu Santo es el poder que le puede servir para tomar su lugar divinamente designado en la obra. Que todo el que ora por misiones y anhela más un espíritu misionero en la Iglesia, ore primero y más que en todo creyente personalmente, en la Iglesia y en toda su obra y culto, el poder del Espíritu Santo pueda tener plena influencia.

'Y cuando hubieron ayunados y orados, los enviaron. Así que, siendo enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia.' El envío era igualmente obra de la Iglesia y del Espíritu. Esta es la relación normal. Hay hombres enviados solamente por el Espíritu Santo; En medio de la oposición o indiferencia de la Iglesia, el Espíritu hace Su obra. Hay hombres enviados solamente por la Iglesia; Piensa que la obra debe ser hecha, y lo hace, pero con poco de ayuno y oración que reconoce la necesidad del Espíritu, y se niega a trabajar sin Él. Bendecida la Iglesia y bendecida la misión que el Espíritu origina, donde se le permite guiar, y donde la bendición es esperada de Él solo. Diez días de oración y espera en la tierra, y el descenso del Espíritu en fuego: este fue el nacimiento de la Iglesia en Jerusalén. Ministrando y ayunando, y luego de nuevo ayunando y orando, y el Espíritu enviando a Bernabé y Saulo: esto fue en Antioquía la consagración de la Iglesia para ser una Iglesia Misionera. En la espera y la oración en la tierra, y luego en el poder del Espíritu del Señor en el cielo, es la fuerza, el gozo, la bendición de la Iglesia de Cristo y sus misiones.

Puedo decir a cualquier misionero que lea esto en su hogar lejano, Tenga buen ánimo, hermano, El Espíritu Santo que

es el Poderoso Poder de Dios, que es la Presencia de Jesús dentro de ti, el Espíritu Santo está contigo, está en ti. La obra es Suya, depende de él, cede a él, espéralo; La obra es Suya, Él lo hará. Puedo decir a cada cristiano, sea él director, partidario, colaborador, ayudante en la oración o de cualquier otra manera, en la gran obra de apresurar la venida del Reino.
¡Hermano! esté de buen ánimo. Desde aquel tiempo de espera ante el Trono, y ese bautismo allí recibido, los primeros discípulos salieron hasta llegar a Antioquía. Allí se detuvieron, oraron y ayunaron, y luego pasaron a Roma y la región más allá. De estos nuestros hermanos aprendamos el secreto del poder. Llamemos a todos los cristianos que sean misioneros y obreros misioneros para que vengan con nosotros y se llenen del Espíritu cuya obra es la de misiones. Elevemos un claro testimonio de que la necesidad de la Iglesia y del mundo es, los creyentes que pueden testificar a un Cristo que mora en el Espíritu, y probarlo también. Reunámonos juntos en la antecámara de la presencia del rey, la espera en Jerusalén, en el ministerio y en el ayuno en Antioquía; El Espíritu todavía viene como de viejo en poder, Él todavía se mueve y envía; Él todavía es poderoso para convencer del pecado y revelar a Jesús, y hacer que miles caigan a Sus pies. Él nos espera: ¡esperémosle, damos la bienvenida a Él!

¡Dios mío! Enviaste a Tu Hijo para ser el Salvador del mundo. Le diste poder sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le has dado. Y derramaste tu Espíritu sobre toda carne, comisionando a todos los que lo recibieron para dar a conocer y transmitir la maravillosa bendición. En el Amor y el Poder en que Tu Espíritu fue enviado, Él también envía a aquellos que se rinden a Él, para ser los instrumentos de Su Poder para glorificar a Tu Hijo. Te bendecimos por esta Divina y gloriosa salvación.
¡Dios nuestro! Nos quedamos asombrados y abatidos por

la pereza y el descuido de Tu Iglesia al no cumplir su Divina comisión; Nos sentimos humildes ante nuestra lentitud de corazón para percibir y creer lo que Tu Hijo prometió, para obedecer Su voluntad y terminar Su obra. ¡Clamamos a Ti, nuestro Dios! Visita a tu Iglesia, y deja que tu Espíritu, el Espíritu del Divino que envía, llene a todos sus hijos.
¡Padre mío! Me dedico de nuevo a Ti, a vivir y trabajar, a orar y a trabajar, a sacrificar y sufrir por Tu Reino. Acepto de nuevo en la fe el maravilloso don del Espíritu Santo, el mismo Espíritu de Cristo, y me entrego a Su morada. Humildemente te suplico a Ti para darme a mi y todos tus hijos que sean fortalecidos poderosamente por el Espíritu Santo para que Cristo posea corazón y vida, y nuestro único deseo sea que toda la tierra sea llena de Su gloria. Amén.

Capítulo 17

La novedad del Espíritu.

Pero ahora hemos sido liberados de la ley, habiendo muerto, a aquello en que estábamos detenidos; Para que sirvamos en la novedad del Espíritu, y no en la antigüedad de la letra. "- Rom. 7: 6.
Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. " 5:18

La obra del Espíritu que mora en nosotros es glorificar a Cristo y revelarlo dentro de nosotros. Correspondiente a la triple función de Cristo de Profeta, Sacerdote y Rey, encontramos que la obra del Espíritu Interior en el creyente se nos presenta en tres aspectos, como Iluminando, Santificando y Fortaleciendo. "De la iluminación es que Cristo habla especialmente en su discurso de despedida, cuando lo promete como el Espíritu de la Verdad, que dará testimonio de Él, guiará en toda la Verdad, tomará de Cristo y nos lo declarará. En las Epístolas a los Romanos y Gálatas Su obra como Santificador es especialmente prominente: esto era lo que se necesitaba en las iglesias que acababan de sacar de las profundidades del paganismo. En las Epístolas a los Corintios, donde la sabiduría era tan buscada y apreciada, los dos aspectos se combinan; Se les enseña que el Espíritu sólo puede iluminar a medida que santifica (1 Cor.2, 3: 1-3, 16, 2 Corintios 3). En los Hechos de los Apóstoles, como podríamos esperar, Su Fortalecimiento para el trabajo está en primer plano; Como el prometido Espíritu de Poder encaja para un audaz y bendito testimonio en medio de la persecución y la dificultad.
En la Epístola a la Iglesia en Roma, la capital del mundo, Pablo fue llamado de Dios para dar una exposición completa y sistemática de Su evangelio y el esquema de la redención. En esto la obra del Espíritu Santo debe tener un

lugar importante. Al dar su texto o tema (Rom. 1, 17), "El justo vivirá por fe", él prepara el camino para lo que él debía exponer, para que por medio de la fe venga la justicia y la vida. En la primera parte de su argumento, al v. 11, enseña lo que es la Justicia de la fe. Luego prosigue (v. 12-21) para probar cómo esta Justicia, está enraizada en nuestra conexión viva con el segundo Adán, y en una justificación de Vida. En el individuo (6: 1-13) esta Vida viene a través de la aceptación creyente de la muerte de Cristo al pecado y Su vida a Dios como la nuestra, y la entrega voluntaria (6: 14-23) para ser siervos de Dios y de justicia. Procesando para demostrar que en Cristo no sólo estamos muertos al pecado, sino también a la ley como la fuerza del pecado, viene naturalmente a la nueva ley que Su evangelio trae para tomar el lugar del viejo, la ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús.Todos sabemos cómo una impresión se acentúa por la fuerza del contraste. Así como el apóstol había contrastado (6: 13-23) el servicio del pecado y de la justicia, así él aquí (7:4) contrasta, para sacar a la luz lo que el poder y la obra del Espíritu es, el servicio en la vejez De la letra, en la esclavitud a la ley, con el servicio en la novedad del Espíritu, en la libertad y poder que Jesús a través del Espíritu da. En el siguiente pasaje, Rom.7:14-25, y Rom.8:1-16, tenemos el contraste trabajado; Es a la luz de ese contraste solo que los dos estados pueden ser correctamente entendidos. Cada estado tiene su palabra clave, indicando el carácter de la vida que describe. En Rom.7 tenemos la palabra Ley veinte veces, y la palabra Espíritu una sola vez. En Rom.8, por el contrario, encontramos en sus primeros dieciséis versículos la palabra Espíritu dieciséis veces. El contraste es entre la vida cristiana en sus dos posibles estados, en la ley y en el Espíritu. Pablo había dicho muy audazmente, no solo: "Estás muerto al pecado y librado del pecado para ser siervos de la justicia y de Dios" (Romanos 6), sino también: "Hemos sido hechos muertos a la ley, Habiendo muerto a

aquello en que estábamos, servimos en novedad de espíritu, y no en edad de la letra. Tenemos aquí, pues, un doble avance, sobre la enseñanza de Rom. 6. Allí estaba la muerte al pecado y la liberación de ella, aquí es la muerte a la ley y la libertad de ella. Allí estaba la novedad de la vida "(Romanos 5: 4), como una realidad objetiva asegurada a nosotros en Cristo; Aquí es "novedad de espíritu" (Rom. 7: 6), como una experiencia subjetiva que fue hecho nuestra por la morada del Espíritu en nosotros. El que quiere conocer y disfrutar plenamente de la vida en el Espíritu debe saber qué es la vida en la ley, y cuán completa es la liberación de ella con la que el Espíritu lo libera.

En la descripción que Pablo da de la vida de un creyente, que todavía está sujeto a la esclavitud de la ley, y trata de cumplirla, hay tres expresiones en las que se resumen las marcas características de ese estado. La primera es la palabra carne. “Soy carnal, vendido bajo el pecado. En mí, es decir, en mi carne, no mora nada bueno "(14, 18). Si queremos entender la palabra carnal, debemos referirnos a la exposición de Pablo de ella en 1 Cor. 3: 1-3. Lo usa allí de cristianos que, aunque regenerados, no se han entregado al Espíritu por completo, para volverse espirituales. Ellos tienen el Espíritu, pero permiten que la carne prevalezca. Y así hay una diferencia entre los cristianos, ya que llevan su nombre, carnal o espiritual, del elemento que es más fuerte en ellos. Mientras tengan el Espíritu, pero, por cualquier causa, no acepten plenamente Su poderosa liberación, y luchen por su propia fuerza, no van ni pueden llegar a ser espirituales. San Pablo describe aquí al hombre regenerado, como lo es en sí mismo. Vive por el Espíritu, pero, según Gal 5: 25, no camina por el Espíritu. Él tiene el nuevo espíritu dentro de él, según Ezeq.36: 26, pero él no ha aceptado inteligentemente y prácticamente el Espíritu de Dios para habitar y gobernar dentro de ese espíritu, como la vida de Su vida. Todavía es carnal.

La segunda expresión que encontramos en el ver.18. “el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.” En toda variedad posible de expresión, Pablo (7: 15-21) trata de aclarar el doloroso estado de absoluta impotencia en que la ley, el esfuerzo por cumplirla, deja a un hombre: "Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago". El querer, pero no hacerlo, es el servicio de Dios en la antigüedad de la letra, en la vida anterior a Pentecostés (ver Mateo 26:41). El renovado espíritu del hombre ha aceptado y consentido la voluntad de Dios; Pero el secreto del poder de hacer, el Espíritu de Dios, como morando, todavía no lo conoce. En aquellos, por el contrario, que saben lo que es la vida en el Espíritu, Dios trabaja tanto en querer como en hacer; El cristiano testifica: "Puedo hacer todas las cosas en aquel que me fortalece". Pero esto sólo es posible a través de la fe y del Espíritu Santo. Mientras el creyente no haya sido liberado conscientemente de la ley con su: "El que hace estas cosas vivirá a través de ellos", el fracaso continuo asistirá a sus esfuerzos para hacer la voluntad de Dios. Incluso puede deleitarse en la ley de Dios después del hombre interior, pero el poder le falta.
Sólo cuando se somete a la ley de la fe, 'El que vive, hará estas cosas', porque sabe que ha sido liberado de la ley, para que pueda unirse a otro, al Jesús vivo, trabajando en Él a través de Su Espíritu Santo, que ciertamente dará fruto a Dios (ver Rom.7: 4).
La tercera expresión que debemos señalar es en el versículo 23: 'Veo una ley diferente en mis miembros, llevándome cautivo bajo la ley del pecado que está en mis miembros'. Esta palabra, el cautiverio, como el otro, vendido bajo el pecado, sugiere la idea de los esclavos vendidos en la esclavitud, sin la libertad, o el poder de hacer lo que quieran. Se remiten a lo que él había dicho en el comienzo del capítulo, que hemos sido liberados de la ley; Aquí está evidentemente uno que todavía no conoce esa libertad. Y apuntan hacia adelante a lo que él debe

decir en el Cap. 8: 2: "La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte". La libertad con la que hemos sido hechos libres en Cristo, tal como se ofrece a nuestra fe, no puede ser plenamente aceptada ni experimentada mientras haya necesidad de un espíritu legal. Es solamente por el Espíritu de Cristo dentro de nosotros que se realiza la liberación total. Como en la vejez de la carta, así en la novedad del Espíritu existe una doble relación: lo objetivo o lo externo, lo subjetivo o lo personal. Hay la ley sobre mí y fuera de mí, y hay la ley del pecado en mis miembros, derivando su fuerza de la objetiva. Así también, al ser liberados de la ley, está la libertad objetiva en Cristo ofrecida a Mi fe, y hay la posesión personal subjetiva de esa libertad, en su plenitud y poder, para ser recibida sola por el Espíritu que habita y gobierna en mis miembros, así como "la ley del pecado" había hecho. Ésto solo puede cambiar la plaga del cautivo: "Oh, hombre miserable que soy, ¿quién me librará de la esclavitud de esta muerte?" En el canto de los rescatados: "Doy gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor", "La ley del Espíritu me liberó".

¿Y cómo ahora tenemos que considerar los dos estados así expuestos en Rom.7:14-23 y 8:1-16? ¿Son intercambiables, o sucesivas, o simultáneas?

Muchos han pensado que son una descripción de la experiencia variable de la vida del creyente. Tan a menudo como, por la gracia de Dios, él es capaz de hacer lo que es bueno, y de vivir bien - complaciendo a Dios, experimenta la gracia del Cap. 8, mientras que la conciencia del pecado o la incomodidad lo sumerge de nuevo en la miseria del Cap. 7. Aunque ahora la una y luego la otra experiencia pueden ser más marcadas, cada día trae la experiencia de ambas cosas.

Otros han sentido que esto no es la vida de un creyente como Dios lo quiere, y como la provisión de la gracia de Dios la ha puesto a nuestro alcance. Y al ver que una vida

en la libertad con la que Cristo libera, cuando el Espíritu Santo mora dentro de nosotros, está a nuestro alcance, y al entrar en ella, fue a ellos como si ahora, dejaron la experiencia de Rom.7 lejos por atrás, y no pueden sino mirarla como la vida salvaje de Israel, una vida que nunca más será devuelta. Y hay muchos que pueden testificar qué luz y bendición han llegado a ellos cuando vieron lo que la bendita transición fue desde la esclavitud de la ley hasta la libertad del Espíritu.

Y sin embargo, por grande que sea la medida de la verdad en este punto de vista, no satisface plenamente. El creyente siente que no hay un día en el que él llegue más allá de las palabras, 'En mí, es decir, en mi carne, no habita nada bueno.' Aún cuando se guarda más gozosamente en la voluntad de Dios y se fortalece no sólo para querer sino también para hacerlo, sabe que no es él, sino la gracia de Dios: "en mí no hay bien". Y así el creyente viene a ver que, no las dos experiencias, sino que los dos estados son simultáneos, y que aun cuando su experiencia es más plenamente la de la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús que lo hace libre, él todavía lleva con él „el cuerpo del pecado y de la muerte". La liberación del Espíritu y la liberación del poder del pecado, y el canto de gracias a Dios es la experiencia continua del poder de la vida sin fin, tal como la mantiene el Espíritu de Cristo. Como soy guiado por el Espíritu, no estoy bajo la ley. Su espíritu de esclavitud, su debilidad a través de la carne, y el sentido de condenación y miseria que obra, son arrojados por la libertad del Espíritu.

Si hay una lección que el creyente necesita aprender, que gozará de la plena morada del Espíritu, es la que se enseña en este pasaje con tal fuerza: que la ley, la carne, ese esfuerzo propio son totalmente impotentes para permitir Nosotros para servir a Dios. Es el Espíritu interior, tomando el lugar de la ley de afuera, que nos conduce a la libertad con la cual Cristo nos ha hecho libres. "Donde está

el Espíritu del Señor, hay libertad."

¡Amado Señor Jesús! Te pido humildemente que me aclares el bendito secreto de la vida del Espíritu. Enséñame lo que es que estamos muertos a la ley, para que nuestro servicio de Dios ya no esté en la vejez de la letra. Y qué es lo que estamos casados con otro, hasta a ti mismo, el Resucitado, por quien damos fruto a Dios, sirviendo en la novedad del Espíritu.
¡Bendito Señor! Con profunda vergüenza confieso el pecado de mi naturaleza, que «en mí, es decir, en mi carne, no hay cosa buena», que «soy carnal, vendido bajo el pecado». Yo te bendigo, que en respuesta al clamor, '¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?' Tú me has enseñado a responder: "Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor". La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte.
¡Bendito Maestro! Enséñame ahora a servirte en la novedad y la libertad, en la siempre fresca alegría del Espíritu de vida. Enséñame a entregarme en fe grande y sincera a ese Espíritu Santo, para que mi vida pueda estar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios, en el poder de un Salvador que mora en mí tanto en querer como en hacer, el mismo que el Padre trabajó en él. Amén.

Capítulo 18

La Libertad del Espíritu

La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte. Si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. "(Rom. 8: 2:13)

En el capítulo sexto Pablo había hablado (versículos 18, 22) de que fuimos librados del pecado en Cristo Jesús. Nuestra muerte al pecado en Cristo nos había liberado de su dominio: ser liberado del pecado como un Poder, como un Maestro, cuando aceptamos a Cristo en la fe, nos volvimos siervos de la justicia y a Dios. En el capítulo séptimo (versículos 1-6) había hablado de nuestra liberación de la ley.
'La fuerza del pecado es la ley:' liberación del pecado y de la ley van juntos. Y siendo liberados de la ley, habíamos estado unidos al Cristo vivo, para que, en unión con Él, pudiéramos ahora servir en la novedad del Espíritu (7: 4-6). Pablo, en estos dos pasajes (6 y 7:1-6), presentó este ser hecho libre del pecado y la ley, en su realidad objetiva, como una vida preparada en Cristo, para ser aceptado y mantenido por la fe, De acuerdo con la ley de un crecimiento gradual en la vida cristiana, el creyente, en el poder del Espíritu con el cual ha sido sellado, tiene que en la fe entrar en esta unión y caminar en eso. Como cuestión de experiencia, casi todos los creyentes pueden testificar que, incluso después de haber visto y aceptado esta enseñanza, su vida no es lo que esperaban que fuera. Han encontrado el descenso en la experiencia de la segunda mitad de Rom. 7 más real y doloroso. Fue porque, por regla general, no hay otra manera de aprender las dos grandes lecciones que el creyente necesita. La una es la impotencia profunda de la voluntad humana, bajo la ley que lo impulsa a la obediencia, a elaborar siempre una justicia Divina en la

vida del hombre; La otra, la necesidad de que el morar muy consciente e completa del Espíritu Santo en su interior, sea el único poder suficiente para la vida de un hijo de Dios.
En la primera mitad de Rom.8 tenemos el establecimiento de esta última verdad. En la exposición divina de la vida cristiana en esta epístola, como en su crecimiento en el creyente, "hay un claro avance de paso a paso. El octavo capítulo, en la introducción del Espíritu Santo para la primera vez en el despliegue de la vida de la fe, como lo tenemos en los capítulos. 6-8, nos enseña que es solamente cuando el Espíritu anima definitivamente nuestra vida y camina, y como Él es claramente conocido y aceptado para hacer esto, podemos poseer y disfrutar plenamente las riquezas de la gracia que son nuestras en Cristo. Que todos los que saben lo que es estar muertos al pecado y estar vivos para Dios, estar libres del pecado y ser esclavos de Dios, liberados de la ley y casados con Él que ha resucitado de los muertos, vengan aquí para encontrar la fuerza que necesita, en ese Espíritu, por quien la unión con Cristo puede ser mantenida como una experiencia Divina, y su vida ser vivida dentro de nosotros en Poder y en Verdad.
En la primera mitad de este octavo capítulo el segundo versículo es el centro. Revela el maravilloso secreto de cómo nuestra libertad del pecado y de la ley puede convertirse en una experiencia viva y permanente. Un creyente puede saber que es libre, y sin embargo tiene que llorar que su experiencia es la de un cautivo miserable. La libertad está tan enteramente en Cristo Jesús, y el mantenimiento de la unión viviente con Él es tan distintamente y enteramente una obra de poder Divino, que es sólo como vemos que el Espíritu Divino habita dentro de nosotros para este mismo propósito y sabemos aceptar y ceder a Su trabajo, para que podamos realmente ser perfectos y completos en la libertad con la cual Cristo nos ha hecho libres. La vida y la libertad de Rom. 6 y 7: 1-6 son

únicamente nuestras, como podemos decir: "La ley del Espíritu de la vida que está en Cristo Jesús me hizo libre de la ley del pecado y de la muerte". A través de toda la vida cristiana el principio gobierna: "Según vuestra fe os sea". A medida que el Espíritu Santo, el Espíritu de fe, revela la grandeza del poder de resurrección de Dios que obra en nosotros, y cuando la fe en el Espíritu que mora en nosotros se somete a recibir ese poder al máximo, todo lo que es verdadero para nosotros en Cristo Jesús se cumple en nuestra experiencia personal diaria. Es como percibimos la diferencia entre esta y la enseñanza anterior (Romanos 6-7: 6), como vemos lo que es un avance distinto sobre ella, la realización indispensable de la maravillosa revelación de nuestra vida en Cristo allí, que el lugar único y más glorioso que el Espíritu Santo como Dios tiene en el esquema de la redención y la vida de fe se abrirá a nosotros. Aprendemos así que, como divinamente perfecto como es la Vida de Libertad en Cristo Jesús, es también el poder de esa Vida en el Espíritu Santo, que nos permite caminar en esa Libertad. La vida y la experiencia de la morada del Espíritu Santo se convertirán en nosotros los primeros necesidades de la nueva Vida, inseparables de la Persona y Presencia de Jesucristo nuestro Señor.

'La Ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús nos liberó de la Ley del Pecado y de la Muerte'. Pablo aquí contrasta las dos leyes opuestas; La del Pecado y la Muerte en los miembros, la otra del Espíritu de la Vida que gobierna y vivifica incluso al cuerpo mortal. Bajo el primero hemos visto al creyente suspirar como un miserable cautivo. En la segunda mitad de Rom. 6, Pablo se dirigió a él como liberado del pecado, y por entrega voluntaria se convirtió en un siervo de Dios y de la justicia. Él ha abandonado el servicio del pecado, y sin embargo, a menudo lo domina. La promesa, "El pecado no" - nunca por un momento - "tiene dominio sobre ustedes", no se ha realizado. La voluntad está presente, pero la forma de realizar él no sabe.

“¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” Es el grito de la impotencia en medio de todos sus esfuerzos para guardar la ley. "Doy gracias a Dios por Cristo Jesús nuestro Señor", es la respuesta de la fe que reclama la liberación en Cristo de este poder que lo ha mantenido en cautiverio. De la Ley, el Dominio del Pecado y la Muerte en los miembros, su poder real en el pecado de trabajo, hay liberación. Esa liberación es una nueva ley, una fuerza más poderosa, un poder real que libera del pecado. Tan real como fue la energía del pecado trabajando en nuestros miembros, y más poderosa, es la energía del Espíritu que mora en nuestros cuerpos. Es el Espíritu de la Vida que hay en Cristo. De dentro de esa Vida, cuando se llenó como estaba en la resurrección y la ascensión con la poderosa energía del poder de Dios (Efesios 1: 17,21), y admitió en el trono a la omnipotencia de Dios como el Espíritu Eterno, de esta Vida descendió el Espíritu Santo, Él mismo Dios. La Ley, el Poder, el Dominio de la Vida en Cristo Jesús, me hicieron libre de la Ley, del Dominio del Pecado y de la Muerte en mis miembros, con una libertad tan real como la esclavitud. Desde los primeros comienzos de la Nueva Vida, fue el Espíritu quien inspiró fe en Cristo. En nuestra primera entrada en la justificación, fue Él quien derramó el amor de Dios en nuestros corazones. Fue Él quien nos llevó a ver a Cristo como nuestra vida, así como nuestra justicia. Pero todo esto era en la mayoría de los casos acompañado aún con mucha ignorancia de Su Presencia, de la gran necesidad y el suministro de Su Poder Todopoderoso. Como el creyente en Rom.7:14-23 es llevado al descubrimiento de la legalidad arraigada de la vieja naturaleza, y su impotencia absoluta, la verdad del Espíritu Santo, y del Poder Poderoso con el cual Él hace prácticamente libres del Poder del Pecado y la Muerte, se entiende como nunca antes, y nuestro texto se convierte en la expresión de la más alta fe y la experiencia combinada: "La Ley del Espíritu

de Vida me liberó de la Ley del Pecado y la Muerte". Tan real, y poderosa, y espontánea como la Ley del Pecado en los miembros, es ahora la Ley del Espíritu de Vida en esos miembros también.El creyente que viva plenamente en esta libertad de la Vida en Cristo Jesús comprenderá fácilmente cuál es el camino en el cual aprenderá a caminar, Rom.8 es la meta a la cual Rom.6 y 7 conducen hacia arriba. En la fe primero tendrá que estudiar y aceptar todo lo que se enseña en estos dos primeros capítulos de su ser en Cristo Jesús; Muerto al pecado y vivo a Dios, liberado del pecado y esclavo de Dios, libre de la ley y casado con Cristo. 'Si permanecéis en mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres'. Que la Palabra de Dios, como te enseña tu unión con Cristo, sea la vida en la cual tu fe y tu vida diariamente se arraigan; Habita en ella, y permite que permanece en ti. Meditar, aferrarse, ocultar en el corazón la palabra de este evangelio, asimilarla en fe y paciencia, es el camino para elevarse y alcanzar cada verdad superior que la Escritura enseña. Y si el paso a través de la experiencia de la carnalidad y del cautiverio, que los intentos de cumplir con la ley que nos complace cumplir, parecen ser nada como progreso, recordemos que es sólo en la desesperación total de sí mismo en que toda la rendición al Espíritu, para llevarnos y mantenernos en la libertad con la que Cristo libera, nace y se fortalece. Para dejar de toda esperanza en la carne y en la ley, es la entrada a la libertad del Espíritu.

Para caminar en el camino de esta Nueva Vida, será especialmente necesario recordar lo que se entiende por la expresión que la palabra usa tan distintamente, una "caminata según el Espíritu". El Espíritu debe conducir, decidir y mostrar el camino. Esto implica entrega, obediencia, una espera para ser guiado. Él es el Poder que gobierna, estamos en todas las cosas para vivir y actuar bajo la Ley, la legislación, el Dominio del Espíritu. Un temor santo de entristecerle, una tenaz vigilancia para conocer

Su dirección, una fe habitual en Su escondida pero segura presencia, una humilde adoración de Él como Dios, debe ser la marca de tal vida. Las palabras que Pablo usa al final de esta sección son para expresar nuestro único objetivo: "Si vosotros, por el Espíritu, hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis". El Espíritu Santo posee, inspira, anima todos los poderes de nuestro espíritu y alma, entrando incluso: en el cuerpo, y en el poder de Su vida Divina, permitiéndonos hacer y mantener muertos los hechos del cuerpo, esto es lo que podemos contar con el cumplimiento de la palabra: "La ley del Espíritu de la Vida en Cristo Jesús me hizo libre de la ley del Pecado y de la Muerte". Esta es la salvación en la santificación del Espíritu a la cual hemos sido escogidos.

'Caminamos por la fe:' esto es lo que necesitamos recordar especialmente con respecto a un 'caminar según el Espíritu'. La manifestación visible de Cristo para nosotros y su obra son mucho más inteligibles que la revelación del Espíritu dentro de nosotros, que es aquí, sobre todo, en la búsqueda de la dirección del Espíritu, que la fe es requerida. El Poder Todopoderoso del Espíritu se esconde en una unión tan real con nuestra debilidad, con nuestra personalidad en su permanente sensación de debilidad, que necesita perseverancia paciente en creer y obedecer para llegar a la plena conciencia de Su morada y de Su habiéndose comprometido a hacer toda nuestra vida por nosotros. Necesita la fresca y directa unción día tras día del Santo, en comunión con Cristo, el Ungido, y en la perseverante espera del Padre. Aquí, si alguna vez, la palabra es necesaria, '¡Sólo cree! ¡Cree en el Padre y en Su promesa! Cree en el Hijo y en su vida como tuya: "Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios". ¡Cree en el Espíritu, como portador, comunicador y mantenedor de la Vida y Presencia de Jesús! ¡Cree en Él como ya dentro de ti! ¡Cree en Su poder y fidelidad para trabajar, de una manera que es Divina y más allá de su concepción, Su

obra en ti! Cree, 'La Ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús me liberó de la Ley del Pecado y de la Muerte'. Inclínate en profundo silencio de alma delante de Dios, esperando en Él que obra poderosamente en ti por Su Espíritu. A medida que el yo se pone bajo, Él hará Su bendita y amada obra. Él revelará, impartirá, hará y guardará a Jesucristo divinamente presente como la Vida de tu espíritu.

¡Bendito Dios y Padre! Te alabamos por el maravilloso don de Tu Espíritu Santo, en quien Tú con Tu Hijo, han venido a morar en nosotros. Te bendigo por el maravilloso regalo de la Vida Eterna, que tu Hijo amado nos trajo, y que tenemos en Jesús mismo, como su propia vida dada a nosotros. Y te damos gracias porque la Ley del Espíritu de la Vida en Cristo Jesús ahora nos libera de la Ley del Pecado y de la Muerte.
¡Nuestro Padre! Te rogamos humildemente que nos reveles en plena y bendita experiencia lo que es esta perfecta Ley de la Libertad. Enséñanos cómo es la Ley de una Vida interior, que en poder gozoso y espontáneo crece en su bendito destino. Enséñanos que la Ley no es otra que la de la Vida Eterna, en su poder de ser continuo e inmarcesible. Enséñanos que es la Ley de la Vida de Cristo Jesús, el Salvador vivo mismo, viviendo y manteniéndolo en nosotros. Enséñanos que es la ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús, el Espíritu Santo revelando y glorificando a Cristo en nosotros como una Presencia que mora en nosotros. ¡Padre! Abrir nuestros ojos y fortalecer nuestra fe, para que creamos que la Ley del Espíritu es más poderosa que la Ley del Pecado en nuestros miembros, y se libera de ella, para que por el Espíritu rendamos muertos los hechos del cuerpo, Y de hecho viven la vida de Cristo. Amen.

Capítulo 19

El liderazgo del Espíritu

Muchos que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. "- Rom.8: 14.

Por muchos cristianos la dirección del Espíritu es buscada principalmente como una sugerencia de pensamientos para nuestra guía. En la decisión de preguntas dudosas de opinión o de deber, en la elección de las palabras de la Escritura a utilizar, o la dirección distinta a la realización de alguna obra cristiana, estarían tan contentos de alguna indicación del Espíritu de lo que la cosa correcta es. Ellos anhelan y lo piden en vano. Cuando a veces piensan que lo tienen, no traen la seguridad, o el consuelo, o el éxito, que creen que debe ser el sello de lo que es realmente del Espíritu. Y así la preciosa verdad de la dirección del Espíritu; En lugar de acabar con toda controversia, y la solución de toda dificultad, fuente de consuelo y de fortaleza, se convierte en causa de la perplejidad y de la mayor dificultad de todos.
El error viene de no aceptar la verdad que hemos tenido que insistir en más de una de la enseñanza y la dirección del Espíritu dado en la Vida, no en la Mente. La Vida es agitada y fortalecida; La Vida se convierte en la Luz. Como la conformidad con este espíritu del mundo es crucificada y muere, como deliberamos: y mantener la vida de la naturaleza y la carne, estamos renovados en el espíritu de nuestra mente y por lo que la mente es capaz de probar y conocer el bien y la perfecta y aceptable voluntad (Romanos 12: 2).
Esta conexión entre la práctica santificadora del Espíritu en nuestra vida interior, y la Suya se manifiesta muy claramente en nuestro contexto. “Si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis", leemos en 8:13.

Entonces sigue inmediatamente: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios". Es decir, los que permiten ser guiados por Él en esta mortificación del cuerpo, éstos son los hijos de Dios. El Espíritu es el Espíritu de la vida santa que es en Cristo Jesús, y que obra en el poder de la vida Divina. Él es el Espíritu de Santidad solo como tal Él guiará. Por medio de él, Dios obra en nosotros tanto la voluntad como la obra de su beneplácito por medio de él. Dios nos hace perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad, obrando en nosotros lo que es agradable a Su vista. Ser conducido del Espíritu implica en primer lugar la rendición a Su obra como Él convence del pecado y limpia el alma y el cuerpo para Su templo. Es como el Espíritu Viviente, llenando, santificando y gobernando el corazón y la vida, que Él ilumina y conduce.

En el estudio de lo que significa la dirección del Espíritu, es de suma importancia captar este pensamiento en todos sus aspectos. Sólo la mente espiritual puede discernir cosas espirituales, y puede recibir las orientaciones del Espíritu. La mente debe crecer espiritualmente para llegar a ser capaz de guía espiritual. Pablo les dijo a los corintios que como, aunque nacidos de nuevo, todavía eran carnales, bebés en Cristo, él no había podido enseñarles la verdad espiritual. Si esto se cumple de la enseñanza que viene a través del hombre, ¿cuánto más de eso Enseñanza directa del Espíritu, la cual conduce a toda la verdad. Los más profundos misterios de la Escritura, en la medida en que son aprehendidos por el pensamiento humano, pueden ser estudiados y aceptados e incluso enseñados por la mente no santificada. Pero el liderazgo del Espíritu, no podemos repetirlo con demasiada frecuencia, no comienza en la región de Pensamiento o sentimiento. Más profundamente, en la vida misma, en el laboratorio oculto de la vida interior, donde emana el poder que moldea la voluntad y modela el carácter en nuestros espíritus, allí el Espíritu Santo toma su

morada, allí respira y se mueve e impulsa. Él nos guía inspirándonos con una disposición de la cual propósitos correctos y salimos. V Para que seáis llenos del conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría y entendimiento: "esa oración nos enseña que es sólo a un entendimiento espiritual que se puede dar el conocimiento de la voluntad de Dios. Y el entendimiento espiritual sólo viene con el crecimiento del hombre espiritual, y la fidelidad a la vida espiritual. El que tuviera la dirección del Espíritu debe entregarse a tener su vida completamente poseída y llena del Espíritu. Fue cuando Cristo fue bautizado con el Espíritu que, estando lleno del Espíritu, fue guiado por el Espíritu en el desierto (Lucas 4:1), y que regresó en el poder del Espíritu a Galilea '(4:14), y comenzó su ministerio en Nazaret con las palabras: “El Espíritu del Señor está sobre mí.”

Todo liderazgo implica seguimiento. Se entiende fácilmente que disfrutar de la conducción del Espíritu exige una mente muy instructiva y subsiguiente. El Espíritu no sólo es impedido por la carne como el poder que comete el pecado, sino más aún por el poder de la carne que busca servir a Dios. Para poder discernir la enseñanza del Espíritu, la Escritura nos dice que el oído debe ser circuncidado, en una circuncisión no hecha con manos, en el despojamiento del cuerpo de la carne, en la circuncisión de Cristo. La voluntad y la sabiduría de la carne deben ser temidas y crucificadas, y negadas. El oído debe estar cerrado a todo lo que la carne y su sabiduría, ya sea en sí mismo o en los hombres que nos rodean, tiene que decir. En todos nuestros pensamientos de Dios o en nuestro estudio de Su Palabra, en todos nuestros dibujos cercanos a la adoración y en todas nuestras salidas para trabajar para Él, debe haber una desconfianza y abnegación continua de sí mismo y una espera muy definida a Dios por El Espíritu Santo para enseñarnos y conducirnos. Un alma que así espera cada día y cada hora un líder divino, a la luz del

conocimiento y del deber, seguramente lo recibirá. ¿Seríais guiados por el Espíritu, renunciad, día a día, no sólo a vuestra voluntad y sabiduría, sino a toda vuestra vida y ser. El Fuego descenderá y consumirá el sacrificio.

Esta dirección del Espíritu debe ser muy especialmente una cosa de fe, y eso en dos sentidos. El comienzo del liderazgo vendrá cuando aprendamos en santo temor a cultivar y actuar sobre la confianza del Espíritu Santo en mí, haciendo Su obra.

La morada del Espíritu es la pieza más importante de la obra redentora de Dios: la parte más espiritual y misteriosa del misterio de la piedad. Aquí, si en cualquier lugar, la fe es necesaria. La fe es la facultad del alma que reconoce lo Invisible, lo Divino; Que recibe la impresión de la Divina Presencia cuando Dios se acerca; Que en su medida acepta lo que el Ser Divino nos trae y nos da. En el Espíritu Santo está la comunicación más íntima de la Vida Divina; Aquí la fe no puede juzgar por lo que siente o entiende, sino simplemente se somete a Dios para permitirle hacer lo que ha dicho. Medita y adora, ora y confía siempre de nuevo, rinde todo el alma en adorar la aceptación y la acción de gracias a la palabra del Salvador: "Él estará en ti". Esto en la seguridad: el Espíritu Santo, el Poder de Dios, mora dentro; En Su propio ser puede depender de esto: “Él me guiará.”

Y entonces, con esta fe más general que mora en el Espíritu, la fe también ha ejercido respecto a cada parte del líder. Cuando hay una pregunta que he presentado ante el Señor, y mi alma tiene en la sencillez y el vacío esperado Su exposición y aplicación de lo que en la Palabra o la Providencia me ha encontrado, debo en la fe confiar en mi Dios que su guía no se quita. Como hemos dicho antes, no en impulsos repentinos o impresiones fuertes, no en voces celestiales o en interposiciones notables, debemos esperar la dirección ordinaria del Espíritu. Hay almas a las que, indudablemente, se da semejante liderazgo; El tiempo

puede llegar, ya que nuestra naturaleza se vuelve espiritual y vive más en contacto directo con lo Invisible, que nuestros propios pensamientos y sentimientos se convierten en los vehículos conscientes de Su bendita voz. Pero esto debemos dejarle a Él, y el crecimiento de nuestra capacidad espiritual. Los escalones inferiores de la escalera se dejan bajar lo suficientemente bajos para que los más débiles lleguen; Dios quiere decir que cada niño Suyo sea guiado por el Espíritu cada día. Comienza el camino de seguir la dirección del Espíritu creyendo, no sólo que el Espíritu está dentro de ti, sino que Él, si hasta ahora has buscado o disfrutado de la bendición maravillosa, ahora emprende de inmediato la obra para la cual pedís y confías. Rindiese a Dios en entrega indivisa: cree con confianza implícita que la aceptación de Dios de la entrega significa que se le da a cargo del Espíritu. A través de Él Jesús guía y gobierna y te salva. Pero, ¿no estamos en peligro de ser arrastrados por la imaginación de nuestro propio corazón, y contando como guía del Espíritu lo que resulta ser una ilusión de la carne? Y si es así, ¿dónde está nuestra salvaguardia contra tal error? La respuesta ordinariamente dada a esta última pregunta es: La Palabra de Dios. Y sin embargo, esa respuesta es sólo la mitad de la verdad. Demasiado muchos han opuesto al peligro del fanatismo la palabra de Dios, tal como la interpreta con la razón humana o de la Iglesia, y no han errado nada menos que aquellos a los que trataron de oponerse. La respuesta es: La palabra de Dios según la enseñanza del Espíritu de Dios. Es en la armonía perfecta de los dos que se encuentra nuestra seguridad. Recordemos, por un lado, que como toda la palabra de Dios es dada por el Espíritu de Dios, cada palabra debe ser interpretada por el mismo Espíritu. Que esta interpretación no viene del Espíritu sobre nosotros o alrededor de nosotros, sugiriendo pensamientos a nosotros, pero del Espíritu que mora en nosotros, no necesitamos repetirlo; Es sólo el hombre espiritual, cuya

vida interior está bajo el dominio del Espíritu, que puede discernir, el significado espiritual de la palabra. Mantengamos, por otro lado, que como toda la palabra es dada por el Espíritu, su gran obra es honrar esa Palabra y desplegar la plenitud de la verdad Divina atesorada allí. No en el Espíritu sin o con poco de la palabra; No en la palabra sin o con poco del Espíritu; Pero en la Palabra y el Espíritu que tanto habitan ricamente dentro de nosotros, y ambos se rindieron a la obediencia implícita, es nuestra seguridad o certitud en el camino de la guía.
Esto nos lleva de nuevo a la lección que hemos insistido al comienzo: la dirección del Espíritu es inseparable de la santificación del Espíritu, cada uno que sería conducido por el Espíritu comienza dándose a sí mismo para ser conducido de la palabra hasta donde él lo sabe. Comienza al principio: obedece los mandamientos. El que hará, sabrá, dijo Jesús. “Guardad mis mandamientos, y el Padre os enviará el Espíritu”. Abandona cada pecado. Rendite en todo a la voz de la conciencia. Rendite en todo a Dios, y deja que Él tenga Su camino. Por el Espíritu mortifica las acciones del cuerpo (v. 13). Como hijo de Dios, póngase a disposición de todo el Espíritu, para seguir a donde Él conduce (versículo 14). Y el Espíritu mismo, este mismo Espíritu, por medio del cual mortificas el pecado, y te entregas para ser guiado como un hijo, testificará con tu espíritu, en un gozo y un poder hasta ahora desconocidos, que eres realmente un hijo de Dios disfrutando de todo Los privilegios de un niño en el amor y guía de su Padre.

¡Bendito Padre! Te doy gracias por el mensaje de que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Tú no quisieras que Tus hijos fueran guiados por nadie menos que por Tu propio Espíritu Santo. Como Él habitó en Tu Hijo, y Lo guió, así Él nos conduce también con una guía Divina y bendita.
Padre, Tú sabes que por razón de no saber bien y no

seguir perfectamente esta santa guía, a menudo somos incapaces de conocer Su voz, de modo que el pensamiento de la conducción del Espíritu es más una carga que un gozo. Padre, perdónanos. Sé complacido graciosamente para despertar nuestra fe en la simplicidad y certeza de la conducción del Espíritu, para que con todo nuestro corazón nos entreguemos a seguir en ella.

Padre, aquí me doy a Ti como a Tu Hijo, en todo para ser guiado por Tu Espíritu. Mi propia sabiduría, mi propia voluntad, mi propio camino yo abandono. Diariamente esperaría en profunda dependencia de una guía desde arriba. Que mi espíritu se quieta en silencio ante tu santa presencia, mientras espero para dejarlo gobernar por dentro. Como yo, por medio del Espíritu, hago muertos los hechos del cuerpo, puedo ser transformado por la renovación de mi mente para conocer Tu buena y perfecta voluntad. Que todo mi ser esté bajo el dominio del Espíritu Santo y Santificador, para que el entendimiento espiritual de Tu voluntad sea la regla de mi vida. Amén.

Capítulo 20

El Espíritu de Oración

De la misma manera el Espíritu también ayuda nuestra debilidad, porque no sabemos cómo orar como debemos, sino que el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden ser proclamados; Y el que sonda los corazones sabe lo que es la mente del Espíritu, porque Él intercede por los santos según Dios. 'Rom. 8:26, 27.

De los oficios del Espíritu Santo, uno que nos lleva más profundamente a la comprensión de Su lugar en la economía divina de la gracia, y en el misterio de la Santísima Trinidad, es la obra que Él hace como Espíritu de oración. Tenemos al Padre a quien oramos y quien oye la oración. Tenemos al Hijo por medio del cual oramos, y a través de quien, en unión con quien, recibimos y realmente apropiamos la respuesta. Y tenemos al Espíritu Santo en quien oramos, que ora en nosotros según la voluntad de Dios, con suspiraciones tan profundamente ocultas e indescriptibles, que Dios tiene que buscar en los corazones para saber cuál es la mente del Espíritu. Tan maravilloso y real como lo es la obra divina de Dios en el Trono, escuchando con gracia y por su poder poderoso, respondiendo eficazmente a la oración; Tan divina como es la obra del Hijo intercediendo y asegurando y transmitiendo la respuesta desde arriba, es la obra del Espíritu Santo en nosotros en la oración que espera y obtiene la respuesta. La intercesión interior es tan divina como la intercesión anterior. Vamos a tratar de entender por qué esto debe ser así, y lo que enseña.
En la creación del mundo vemos cómo fue la obra del Espíritu ponerse en contacto con la materia oscura y sin vida del caos y por su energía vivificante para impartirle el poder de la vida y la fecundidad. Fue sólo después de

haber sido así vitalizado por Él, que la Palabra de Dios le dio forma y llamó a todos los diferentes tipos de vida y belleza que ahora vemos. Así también en la creación del hombre fue el Espíritu que fue inhalado en el cuerpo que había sido formado desde la tierra, y que así se unió con lo que de otra manera sería materia muerta. Aun así, en la persona de Jesús es el Espíritu por medio de cuya obra se preparó un cuerpo para él, a través del cual su cuerpo fue nuevamente excitado del sepulcro, ya que es por medio de Él que nuestros cuerpos son los templos de Dios, Miembros de nuestro cuerpo los miembros de Cristo. Pensamos en el Espíritu en relación con la naturaleza espiritual del Ser Divino, lejos de la grosería y debilidad de la materia; Nos olvidamos de que es la misma obra del Espíritu de unirse especialmente con lo material, de elevarla a su propia naturaleza espiritual, y así desarrollar lo que será el tipo más elevado de perfección, un cuerpo espiritual.
Esta visión de la obra del Espíritu es esencial para la comprensión del lugar que Él toma en la obra Divina de la redención. En cada parte de esa obra hay un lugar especial asignado a cada una de las Tres Personas de la Santísima Trinidad. En el Padre tenemos al Dios invisible, el Autor de todos. En el Hijo Dios revelado, manifestado y traído cerca, Él es la Forma de Dios. En el Espíritu de Dios tenemos el Dios que mora en el interior del cuerpo humano y que trabaja en él lo que el Padre y el Hijo tienen para nosotros. La debilidad y la humillación, sí, la misma grosería de la carne es la esfera para la operación del Espíritu Santo. No sólo en el individuo, sino en la Iglesia en su conjunto, lo que el Padre ha propuesto, y el Hijo ha adquirido, puede apropiarse y hacerse efectivo en los miembros de Cristo que todavía están aquí en la carne, sólo a través de la intervención continua y operación activa del Espíritu Santo.

Esto es especialmente cierto en la oración de intercesión.

La venida del reino de Dios, el aumento de la gracia y el conocimiento y la santidad en los creyentes, su creciente devoción a la obra de Dios y su poder para esa obra, la eficaz obra del poder de Dios sobre los inconversos por medio de la gracia, para venir a nosotros de Dios a través de Cristo. Pero no puede venir excepto cuando es buscado y deseado, preguntado y esperado, creído y esperado. Y esta es ahora la maravillosa posición que el Espíritu Santo ocupa, que a Él se le ha asignado la tarea de preparar el cuerpo de Cristo para alcanzar y recibir y retener lo que se ha provisto en la plenitud de Cristo la Cabeza. Para la comunicación del amor y la bendición del Padre, el Hijo y el Espíritu deben trabajar. El Hijo recibe del Padre, revela y se acerca, de verdad, desciende de lo alto; El Espíritu desde dentro despierta el alma para salir y encontrarse con su Señor. Tan indispensable como la intercesión incesante de Cristo arriba, pidiendo y recibiendo del Padre, es la intercesión incesante del Espíritu interior, pidiendo y aceptando del Hijo lo que el Padre da.

Muy maravillosa es la luz que se echa sobre este santo misterio por las palabras de nuestro texto. En la vida de fe y de oración hay operaciones del Espíritu en las que la palabra de Dios se hace clara a nuestro entendimiento, y nuestra fe sabe expresar lo que necesita y pide. Pero también hay operaciones del Espíritu, más profundas que pensamientos o sentimientos, donde Él trabaja deseos y anhelos en nuestro espíritu, en los resortes secretos de la vida y el ser, que Dios sólo puede descubrir y entender. De esta naturaleza está la verdadera sed de Dios mismo, el Dios viviente, el anhelo de conocer el amor "que transciende el conocimiento" y de ser "lleno de toda la plenitud de Dios", la esperanza en "Aquel que es capaz de hacer excediendo en abundancia sobre todo lo que podemos preguntar o pensar, 'aún' lo que no ha entrado en el corazón del hombre para concebir '. Cuando estas aspiraciones ciertamente toman posesión de nosotros,

comenzamos a orar por lo que no se puede expresar, y nuestro único consuelo es entonces que el Espíritu ora con sus anhelos inefables en una región y un idioma que el buscador del Corazón solo conoce y entiende.
Pablo dice a los corintios: "Yo oraré con el espíritu, y yo también oraré con el entendimiento". Bajo la influencia del movimiento del Espíritu Santo y de Sus dones milagrosos, su peligro era descuidar el entendimiento. Nuestro peligro en estos últimos días es en la dirección contraria: orar con el entendimiento es fácil y universal. Tenemos que recordar que, con la oración con el entendimiento, debe venir la oración con el Espíritu, la "oración en el Espíritu Santo" (Jud.v.20, Efesios 6:18). Necesitamos dar su debido lugar a cada una de las dos operaciones del Espíritu. La Palabra de Dios debe habitar en nosotros ricamente; Nuestra fe debe tratar de mantenerla clara e inteligentemente, y de implorarla en la oración. Tener las palabras de Cristo permaneciendo en nosotros, llenando vida y conducta, es uno de los secretos de la oración aceptable. Y sin embargo debemos recordar siempre que en el santuario interior de nuestro ser, en la región de lo indecible e inconcebible (1Cor.2: 6), el Espíritu ora por nosotros lo que no sabemos y no podemos expresar. A medida que crezcamos en la aprehensión de la divinidad de ese Espíritu Santo que mora dentro y la realidad de Su respiración dentro de nosotros, reconoceremos cuán infinitamente más allá de las concepciones de nuestra mente debe ser ese hambre Divina con la cual Él nos atrae hacia el cielo. Sentiremos la necesidad de cultivar no solo la actividad de la fe, que busca agarrar y obedecer la palabra de Dios, y de eso aprender a orar, sino también su profunda pasividad. Mientras rezamos recordaremos cuán infinitamente por encima de nuestra concepción es Dios y el mundo espiritual en el cual entramos por la oración. Creamos y regocijémonos en que allí donde el corazón y la carne fallan, allí Dios es la fuerza de nuestro corazón, allí Su

Espíritu Santo dentro de nosotros en el santuario más íntimo de nuestro espíritu, dentro del velo, realiza Su incesante obra de intercesión y ora según Dios dentro de nosotros. Mientras rezamos, a veces adoremos en santidad quieta y nos entreguemos a ese Bendito Paráclito, el único que verdaderamente es el Espíritu de Súplica.
'Porque Él intercede por los santos'. ¿Por qué el apóstol no dice por nosotros; Como él había dicho, "no sabemos cómo orar como debemos"? La expresión, los santos, es la favorita con Pablo, donde piensa en la Iglesia, ya sea en un país o en todo el mundo. Es la obra especial del Espíritu, como morando en cada miembro, hacer que el cuerpo realice su unidad. A medida que el egoísmo desaparece, y el creyente se vuelve más verdaderamente espiritual, y se siente más identificado con el cuerpo como un todo, ve cómo su salud y prosperidad serán suyas, y aprende lo que es “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos”. Es así como nos entregamos a esta obra, con una gran cordialidad que acoge a toda la Iglesia de Dios, que el Espíritu tendrá libre alcance y se deleitará en hacer Su obra de intercesión por los santos en nosotros. Es especialmente en la oración de intercesión que podemos contar con la intercesión profunda, indescifrable, pero predominante del Espíritu.
¡Qué privilegio! Para ser el templo del cual el Espíritu Santo clama al Padre Su incesante Abba! Y ofrece Su inefable intercesión, demasiado profunda para las palabras. ¡Qué bienaventuranza! Que como el Hijo Eterno habitó en la carne en Jesús de Nazaret y oró al Padre como hombre, que así también el Espíritu Eterno habite en nosotros, carne pecaminosa, para enseñarnos a hablar con el Padre, como el Hijo lo hizo. ¿Quién no se entregará a este Espíritu bendito, para ser hecho apto para tomar parte en esa poderosa obra de Intercesión a través de la cual solo el Reino de Dios puede ser revelado? El camino está abierto,

e invita a todos. Que el Espíritu Santo tenga posesión completa. Deja que te llene. Deja que Él sea tu vida. Cree en la posibilidad de que Él haga de tu propia personalidad y conciencia la sede de Su morada. Cree en la certeza de Su trabajo, y Su orando en usted de una manera que ninguna mente humana puede aprehender. Cree que en el secreto y la aparente debilidad y lentitud de esa obra, Su Divino Poder Todopoderoso está perfeccionando el propósito Divino y la Divina Unidad con su bendito Señor. Y viví como uno en quien las cosas que pasan todo entendimiento se han convertido en Verdad y Vida, en quienes la Intercesión del Espíritu es parte de su vida cotidiana en Cristo.

¡Dios santo! Una vez más me inclino en adoración humilde en Tu Presencia, para agradecerte el precioso privilegio de la oración. Y especialmente te agradecería por la Gracia que no sólo nos ha dado en Tu Hijo el Intercesor de arriba, sino en Tu Espíritu el Intercesor interior. ¡Padre mío! Tú sabes que apenas puedo tomar hacia dentro el pensamiento maravilloso, que Tu Espíritu Santo de facto mora en mí, y ora en mis oraciones débiles. Te suplico, descubre todo lo que impide que Él tome posesión plena de mí y me llene de la conciencia de Su Presencia. Que mi ser íntimo y mi vida exterior estén tan bajo Su dirección, que pueda tener el entendimiento espiritual que sabe pedir de acuerdo a Tu voluntad, y la fe viva que recibe lo que pide. Y cuando no sé qué o cómo orar, oh Padre, enséñame a inclinarme en adoración silenciosa, y seguir esperando delante de Ti, sabiendo que Él respira la oración sin palabras que sólo tú puedes entender.
¡Bendito Dios! Yo soy un templo del Espíritu Santo. Me entrego para que Él me use como el Espíritu de Intercesión. Que mi corazón entero esté tan lleno de anhelo por el honor de Cristo y Su amor por los perdidos, para que mi vida se convierta en un grito indescriptible para la venida de Tu Reino. Amén.

Capítulo 21

El Espíritu Santo y la Conciencia.

"Digo la verdad en Cristo, no miento, mi conciencia también me da testimonio en el Espíritu Santo." - Rom. 9: 1.
'El Espíritu mismo da testimonio con nuestro espíritu.' Rom 8:16.

La gloria más alta de Dios es Su Santidad en virtud de la cual Él odia y destruye el mal, ama y trabaja el bien. En el hombre, la conciencia tiene la misma obra: condena el pecado y aprueba el derecho. La conciencia es el resto de la imagen de Dios en el hombre, la aproximación más cercana a lo Divino en él, el guardián del honor de Dios en medio de la ruina de la caída. Como consecuencia, la obra de redención de Dios debe comenzar siempre con la conciencia. El Espíritu de Dios es el Espíritu de Su Santidad; La conciencia es una chispa de la santidad divina; La armonía entre la obra del Espíritu Santo en el hombre renovador y santificador y la obra de la conciencia es más íntima y esencial. El creyente que se llena del Espíritu Santo y experimente plenamente las bendiciones que tiene que dar, debe en primer lugar velar para que ceda a la conciencia el lugar y el honor que le pertenecen. La fidelidad a la conciencia es el primer paso en el camino de la restauración de la santidad de Dios. La conciencia intensa será la base y la característica de la verdadera espiritualidad. Como es el trabajo de la conciencia testificar de nuestro ser correcto hacia nuestro sentido de deber y hacia Dios, y la obra del Espíritu para testificar la aceptación de Dios de nuestra fe en Cristo y nuestra obediencia a El, el testimonio del Espíritu y de la conciencia, a medida que la vida cristiana progresa, se vuelven cada vez más idénticos. Sentiremos la necesidad y la bendición de decir con Pablo, con respecto a toda nuestra conducta:

"Mi conciencia también me da testimonio en el Espíritu Santo".
La conciencia se puede comparar con la ventana de una habitación, a través de la cual la luz del cielo brilla en ella, y a través de la cual podemos mirar y ver el cielo, con todo lo que su luz ilumina. El corazón es la cámara en la que habita nuestra Vida, nuestro Ego o Alma, con sus poderes y afectos. En las paredes de esa cámara está escrita la ley de Dios. Incluso en los paganos es aún parcialmente legible, aunque tristemente oscurecida y desfigurada. En el creyente, la ley es escrita de nuevo por el Espíritu Santo, en letras de luz, que a menudo son primero oscuras, pero se vuelven más claras y brillan más brillantes cuando se exponen libremente a la acción de la luz de afuera. Con cada pecado que cometo, la luz que brilla en ella lo manifiesta y lo condena. Si el pecado no se confiesa y se abandona, la mancha permanece, y la conciencia se contamina, porque la mente rechaza la enseñanza de la luz (Tito 1:15). Y así, con un pecado tras otro, la ventana se oscurece y oscurece, hasta que la luz apenas puede brillar en absoluto, y el cristiano puede pecar sin perturbación, con una conciencia en gran medida cegada y sin sentimientos. En su obra de renovación el Espíritu Santo no crea nuevas facultades: Renueva y santifica a los ya existentes. La conciencia es obra del Espíritu de Dios el Creador; El primer cuidado del Espíritu de Dios Redentor es restaurar lo que el pecado ha contaminado. Es solamente restaurando la conciencia a una acción plena y saludable, y revelando en ella la gracia maravillosa de Cristo, "el Espíritu que da testimonio con nuestro espíritu", que Él permite al creyente vivir una vida en la luz plena del favor de Dios. Es cuando la ventana del corazón que mira hacia el cielo se limpia y se mantiene limpia que podemos caminar en la Luz.
La obra del Espíritu en la conciencia es triple. A través de la conciencia, el Espíritu hace que la luz de la santa ley de

Dios brille en el corazón. Una habitación puede tener sus cortinas puestas, e incluso sus persianas cerradas: esto no puede evitar que el relámpago de vez en cuando brille en la oscuridad. La conciencia puede ser tan manchada por el pecado y quemada que el hombre fuerte dentro mora en paz perfecta. Cuando el relámpago del Sinaí destella en el corazón, la conciencia se despierta y está a la vez dispuesta a admitir y sostener la condenación. Tanto la ley como el evangelio, con su llamado al arrepentimiento y su convicción del pecado, apelan a la conciencia. Y no es hasta que la conciencia ha dicho Amén a la acusación de transgresión e incredulidad que la liberación puede realmente venir.

Es a través de la conciencia que el Espíritu también hace brillar la luz de la misericordia. Cuando las ventanas de una casa están manchadas, necesitan ser lavadas. ¡Cuánto más la sangre de Cristo limpia su conciencia! Todo el fin de la preciosa sangre de Cristo es alcanzar la conciencia, silenciar sus acusaciones y limpiarla, hasta que testifique: Toda mancha se quita; El amor del Padre fluye en Cristo lleno de claridad en mi alma. "Un corazón salpicado de una mala conciencia", "no tener más conciencia del pecado" (Hebreos 9:14, 10: 2, 22), está destinado a ser el privilegio de todo creyente. Es así cuando la conciencia aprende a decir Amén al mensaje de Dios del Poder de la Sangre de Jesús.

La conciencia que ha sido purificada en la sangre debe ser mantenida limpia por un conducta en la obediencia de la fe, con la luz del favor de Dios brillando sobre ella. A la promesa del Espíritu Viviente y Su compromiso de guiar en toda la voluntad de Dios, la conciencia debe decir su Amén también, y testificar que Él lo hace. El creyente está llamado a caminar en humilde ternura y vigilancia, para que en nada, ni siquiera en lo más mínimo, la conciencia lo acuse por no haber hecho lo que sabía que era correcto, o hacer lo que no era de fe. Él se contentará con nada menos

que el gozoso testimonio de Pablo: "Nuestra gloria es esto, el testimonio de nuestra conciencia, que en santidad y sinceridad piadosa, por la gracia de Dios, nos condujimos en el mundo" (2 Corintios 1: Comp. 23: 1, 24: 16, 2 Tim. 1: 3). Observemos bien estas palabras: "¡Nuestra gloria es ésta, el testimonio de nuestra conciencia! Es como la ventana se mantiene limpia y brillante por nuestra permanencia en la luz, que podemos tener la comunión con el Padre y el Hijo, el amor del cielo que brilla en la nube, y nuestro amor se eleva en la confianza infantil. '¡Amado! Si nuestro corazón no nos condena, tenemos confianza en Dios, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada "(1 Juan 3: 21,22).

El mantenimiento de una buena conciencia hacia Dios día a día es esencial para la vida de la fe. El creyente debe apuntar, debe estar satisfecho con, nada menos que esto. Puede estar seguro de que está a su alcance. Los creyentes en el Antiguo Testamento por la fe tenían el testimonio de que agradaron a Dios (Hebreos 11: 4, 5, 6, 39). En el Nuevo Testamento se presenta ante nosotros, no sólo como un mandamiento para ser obedecido, sino como una gracia que debe ser operada por Dios mismo. "Para que andéis dignos de Jehová a todos los bienaventurados, fortalecidos con toda potestad de acuerdo a su glorioso poder." Que Dios cumpla todo el buen placer de su bondad y la obra de la fe con poder". ¡obrando en nosotros lo que es muy agradable a Su vista! (Colosenses 1: 10,11, 2 Tesalonicenses, 1 Tesalonicenses 4: 1, Heb.12: 28, 13:21).

Cuanto más buscamos este testimonio de conciencia de que estamos haciendo lo que es agradable a Dios, más sentiremos la libertad, con cada fracaso que nos sorprende, mirar una vez a la sangre que limpia y la voluntad más fuerte Sea nuestra seguridad de que la pecaminosidad interior, y todas sus obras que aún son desconocidas para nosotros, están cubiertas por esa sangre también. La sangre que ha rociado la conciencia permanece y actúa allí

en el poder de la Vida Eterna que no conoce intermedio, y del Sacerdocio inmutable que salva por completo. "Si andamos en la luz, como Él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado". La causa de la debilidad de nuestra fe se debe a nada más que la falta de una conciencia limpia. Marcos 1: 5: "Amor de corazón puro, y buena conciencia, y fe no fingida" (1: 5). 'Teniendo fe y buena conciencia, que algunos han arrojado de ellos, han hecho naufragio de la fe' (1:19). Y especialmente (3: 9), 'Sostener el misterio de la fe en una conciencia pura.' La conciencia es la sede de la fe. El que se fortalecería en la fe y tuviera confianza en Dios, debe saber que le agrada (1 Juan 3: 21, 22). Jesús dijo muy distintamente que es para aquellos que lo aman y guardan Sus mandamientos, que la promesa del Espíritu, con la morada del Padre y el Hijo, permaneciendo en Su amor y poder en la oración, se entiende. ¿Cómo podemos afirmar con confianza estas promesas, a menos que en una sencillez infantil nuestra conciencia pueda testificar que cumplimos las condiciones? Oh, antes de que la Iglesia pueda elevarse a la altura de su santo llamamiento como intercesora, y reclamar estas promesas ilimitadas como realmente a su alcance, los creyentes tendrán que acercarse a su Padre, glorificándose como Pablo en el testimonio de su conciencia, Que, por la Gracia de Dios, andan en santidad y sinceridad piadosa. Habrá que ver que ésta es la humildad más profunda, y trae más gloria a la libre gracia de Dios, a renunciar a las ideas del hombre de lo que podemos alcanzar, y aceptar la declaración de Dios de lo que Él desea y promete, como el único estándar de lo que debemos ser. ¿Y cómo se puede alcanzar esta bendita vida, en la cual podemos apelar diariamente a Dios y a los hombres con Pablo: "Digo la verdad en Cristo, mi conciencia dando testimonio en el Espíritu Santo"? El primer paso es: inclinate muy bajo bajo las reprensiones de conciencia. No te conformes con la confesión general de

que hay mucho mal. Tenga cuidado de confundir la transgresión real con el funcionamiento involuntario de la naturaleza pecaminosa. Si estos últimos han de ser conquistados y muertos por el Espíritu que mora en nosotros (Romanos VIII, 13), debéis primero tratar con el primero. Comienza con un solo pecado, y dé tiempo a la conciencia en sumisión silenciosa y humillación para reprender y condenar. Di a tu Padre, que en esta única cosa, por Su gracia, vas a obedecer. Acepta de nuevo la maravillosa oferta de Cristo para tomar posesión de tu corazón, para habitar en ti como Señor y Guardián. Confía en Él por Su Espíritu Santo para hacer esto, incluso cuando te sientes débil e indefenso. Recuerde que la obediencia, el tomar y guardar las palabras de Cristo en su voluntad y vida, es la única manera de probar la realidad de su entrega a Él, o su interés en Su obra y gracia. Y promete en la fe, que por la gracia de Dios te vas a ejercitar en esto, siempre para tener una conciencia vacía de ofensa hacia Dios y hacia el hombre. Cuando hayas comenzado esto con un solo pecado, continúa con los demás, paso a paso. Como eres fiel en mantener la conciencia pura, la luz brillará más brillantemente desde el cielo en el corazón, descubriendo el pecado que no habías notado antes, sacando claramente la ley escrita por el Espíritu que no habías podido leer. Esté dispuesto a ser enseñado; Estar seguros de que el Espíritu enseñará. Todo esfuerzo honesto por mantener limpio la conciencia limpiada por la sangre, a la luz de Dios, se encontrará con la ayuda del Espíritu. Solamente se entregue de corazón a la voluntad de Dios y al poder de Su Espíritu Santo. Al inclinarse ante las reprensiones de la conciencia, y entregarse por entero a la voluntad de Dios, su coraje se fortalecerá para que sea posible tener una conciencia sin ofensa. El testigo de la conciencia, en cuanto a lo que está haciendo, y hará por gracia, será cumplido por el testimonio del Espíritu en cuanto a lo que Cristo está haciendo y hará. En una

sencillez infantil, buscarás comenzar cada día con la simple oración: ¡Padre! No hay nada ahora entre ti y tu hijo. Mi conciencia divinamente purificada en la sangre, me da testimonio, Padre! Ni aun la sombra de una nube intervenga este día. En todo haría yo Tu voluntad: Tu Espíritu habita en mí, y me conduce, y me fortalece en Cristo. Y entraréis en aquella vida que sólo se gloría en gracia cuando dice al final de cada día: "Nuestra gloria es ésta, el testimonio de nuestra conciencia, que en santidad y sinceridad piadosa, por la gracia de Dios, nos comportamos en el mundo":"Mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo".

¡Dios misericordioso! Te doy gracias por la voz que has dado en nuestro corazón, para testificar si te agradamos o no. Te doy gracias porque cuando este testigo me condenó con su terrible Amén a la maldición de tu ley, diste la sangre de tu Hijo para limpiar la conciencia. Te agradezco que en este momento mi conciencia pueda decir Amén a la voz de la sangre, y que pueda mirar hacia Ti con total seguridad, con un corazón limpio de la mala conciencia.Te doy gracias también por el Testigo del cielo a lo que Jesús ha hecho y está haciendo por mí y en mí. Te doy gracias porque Él glorifica a Cristo en mí, me da Su Presencia y Su Poder, y me transforma en Su semejanza. Te doy gracias a la presencia y a la obra de tu Espíritu en mi corazón, mi conciencia también puede decir: Amén. ¡Padre mío! Deseo este día para caminar delante de Ti con una buena conciencia, para no hacer nada que pudiera afligirte a Ti o a mi Bendito Señor Jesús. Te pido que, en el poder del Espíritu Santo, la purificación en la sangre sea una liberación viva, continua y eficaz del poder del pecado, que me ataré y fortalecerá a Tu servicio perfecto. Y que todo mi andar contigo esté en el gozo del testimonio unido de conciencia y de Tu Espíritu, que yo te estoy complaciendo. Amén.

Capítulo 22

La Revelación del Espíritu

Mi predicación no fue en palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en demostración del Espíritu y del poder: para que vuestra fe no permanezca en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Aunque hablamos sabiduría entre los perfectos, pero no una sabiduría de este mundo; Pero hablamos de la sabiduría de Dios en un misterio, incluso la sabiduría que ha sido escondida, que ninguno de los gobernantes de este mundo sabe. Pero a nosotros Dios lo reveló a través del Espíritu. Las cosas de Dios nadie conoce, sino el Espíritu de Dios, pero no recibimos el espíritu que en el mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente. Que también hablamos, no en la palabra que la sabiduría del hombre enseña, sino que el Espíritu enseña. Ahora bien, el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios. Pero el que es espiritual juzga todas las cosas. -1 Cor.2: 4-15.

En este pasaje Pablo contrasta el espíritu del mundo y el Espíritu de Dios. El punto en el cual el contraste sale especialmente es en la sabiduría o conocimiento de la verdad. Fue en la búsqueda del conocimiento de que el hombre cayó. Fue en el orgullo del conocimiento que el paganismo tuvo su origen; 'Profesándose sabios, se hicieron necios' (Romanos 1: 22). Fue en la sabiduría, la filosofía y la búsqueda de la verdad, que los griegos buscaron su gloria. Fue en el conocimiento de la voluntad de Dios, la forma del conocimiento y de la verdad en la ley "(Romanos 2: 17-20), que el judío se jactaba. Y sin embargo, cuando Cristo, la sabiduría de Dios, apareció en la tierra, judío y griego se unieron para rechazarlo. La sabiduría del hombre, sea en posesión de una revelación o

no, es totalmente insuficiente para comprender a Dios o su sabiduría. Como su corazón está alejado de Dios, de modo que no ama ni hace su voluntad, así su mente se oscurece que no puede conocerlo bien. Incluso cuando en Cristo la luz de Dios en su Divino amor brillaba sobre los hombres, no lo sabían y no veían belleza en ella.

En la Epístola a los Romanos, Pablo había tratado con la confianza del hombre en su propia justicia, y su insuficiencia. A los Corintios, especialmente en los tres primeros capítulos, expone la insuficiencia de la sabiduría del hombre. Y eso no sólo cuando se trataba de descubrir la verdad y la voluntad de Dios, como con los griegos; Pero aun cuando Dios lo había revelado, como con los judíos, el hombre era incapaz de verlo sin una iluminación divina, la luz del Espíritu Santo. Los gobernantes de este mundo, judíos y gentiles, habían crucificado al Señor de la gloria porque sabían no la sabiduría de Dios. Al escribir a los creyentes en Corinto, y advertirles contra la sabiduría del mundo, Pablo no está lidiando con ninguna herejía, judía o pagana. Él está hablando a los creyentes, que habían aceptado completamente su evangelio de Cristo crucificado, pero que estaban en peligro, predicando o escuchando la verdad, para tratar con ella en el poder de la sabiduría humana. Les recuerda que la verdad de Dios, como un misterio de espíritu oculto, sólo puede ser aprehendida por una revelación espiritual. El rechazo de Cristo por los judíos había sido la gran prueba de la absoluta incapacidad de la sabiduría humana para captar una revelación divina, sin la iluminación interna espiritual del Espíritu Santo. Los judíos se enorgullecían de su apego a la palabra de Dios, su estudio de ella, su conformidad con ella en la vida y la conducta. La cuestión demostró que, sin ser conscientes de ello, lo comprendieron completamente y rechazaron al mismo Mesías en el que pensaban estar esperando y confiando. La revelación divina, como lo explica Pablo en este capítulo, significa tres cosas. Dios

debe dar a conocer en Su palabra lo que piensa y hace. Todo predicador que debe comunicar el mensaje, no sólo debe estar en posesión de la verdad, sino continuamente ser enseñado por el Espíritu cómo hablarlo. Y cada oyente necesita la iluminación interior: es sólo cuando es un hombre espiritual, con su vida bajo el dominio del Espíritu, que su mente puede tomar en si la verdad espiritual.
Cuando tenemos la mente, la disposición de Cristo, podemos discernir la verdad como es en Cristo Jesús. Esta enseñanza es lo que la Iglesia en nuestros días, y cada creyente, necesita especialmente. Con la Reforma la insuficiencia de la justicia del hombre, su poder realmente para cumplir la ley de Dios, obtuvo el reconocimiento universal en las Iglesias Reformadas, y en teoría por lo menos es aceptado en todas partes entre los Cristianos Evangélicos. La insuficiencia de la sabiduría del hombre no se ha obtenido como un reconocimiento claro. Si bien la necesidad de la enseñanza del Espíritu Santo es, de una manera general, admitida de buena gana, se verá que ni en la enseñanza de la Iglesia ni en la vida de los creyentes tiene esta bendita verdad que la supremacía práctica y omnipresente sin que la sabiduría y el espíritu de este mundo seguirán afirmando su poder.
La prueba de lo que hemos dicho se encontrará en lo que Pablo dice de su propia predicación: "Nuestra predicación no estaba en la sabiduría del hombre, sino en el Espíritu; Para que vuestra fe no esté en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. No está escribiendo, como a los Gálatas, de dos evangelios, sino de dos maneras de predicar el único evangelio de la cruz de Cristo. Dice que predicarlo en palabras persuasivas de la sabiduría del hombre, produce una fe que llevará la marca de su origen; Estará en la sabiduría del hombre. Mientras sea alimentado por los hombres y los medios, puede resistir y florecer. Pero no puede permanecer solo, o en el día de prueba. Un hombre puede, con tal predicación, convertirse en un

creyente, pero será un creyente débil. La fe, por otra parte, engendrada de una predicación en el Espíritu y el poder, está en el poder de Dios. El creyente es guiado por la predicación, por el Espíritu Santo mismo, pasando el hombre, al contacto directo con el Dios viviente: su fe está en el poder de Dios. Mientras el estado de la gran mayoría de nuestros miembros de la iglesia, a pesar de la abundancia de los medios de gracia, sea tan débil y enfermiza, con tan poca fe que esté en el poder de Dios, poderosa para vencer al mundo, para purificar el corazón y para hacer las obras mayores, no podemos sino temer que es porque demasiado, incluso de nuestra verdadera predicación del evangelio, está más en la sabiduría del hombre que en la demostración del Espíritu y del poder. Si un cambio debe efectuarse tanto en el espíritu en que nuestros predicadores y maestros hablan, como nuestras congregaciones escuchan y esperan, debe comenzar, estoy seguro, en la vida personal del creyente individual.

Debemos aprender a temer nuestra propia sabiduría. "Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento". Pablo dice, a los creyentes: Si alguno piensa que es sabio, se vuelva necio, para que sea sabio "(I Cor.3: 18). Cuando la Escritura nos dice que "los que son de Cristo han crucificado la carne", esto incluye el entendimiento de la carne, la mente carnal de la cual habla la Escritura. Así como en la crucifixión del yo renuncio a mi propia bondad, mi propia fuerza, mi propia voluntad a la muerte, porque no hay bien en ella, y, mirar a Cristo por el poder de su vida para darme la bondad, Y la fuerza y la voluntad que es agradable a Dios, así debe ser especialmente con mi sabiduría. La mente del hombre es una de sus más nobles y más divinas facultades, pero el pecado gobierna sobre ella y en ella. Un hombre puede ser realmente convertido, y sin embargo no sabe hasta qué punto es su mente natural con la cual está tratando de captar y sostener la verdad de Dios. La razón de que hay

tanta lectura y enseñanza de la Biblia que no tiene poder para elevar y santificar la vida es simplemente esto: no es verdad la que ha sido revelada y recibida a través del Espíritu Santo.
Esto también es válido para la verdad que una vez nos ha sido enseñada por el Espíritu Santo, pero que, habiéndose alojado en el entendimiento, ahora se sostiene simplemente por la memoria. El maná pierde rápidamente su naturaleza celestial, cuando está almacenado en la tierra. La verdad recibida del cielo pierde su frescura divina, a menos que todos los días sea la unción con aceite fresco. El creyente necesita, día a día, hora por hora, sentir que no hay nada en que el poder de la carne, de la naturaleza, pueda afirmarse más insidiosamente que en la actividad de la mente o de la razón en su trato con la Divina palabra. Esto le hará sentir que debe buscar continuamente, en el lenguaje de Pablo, "convertirse en un tonto". Él necesita, cada vez que tiene que ver con la palabra de Dios, o piensa en la verdad de Dios, en la fe y la capacidad de enseñanza, para esperar la enseñanza prometida del Espíritu. Necesita pedir de nuevo el oído circuncidado: el oído en que se ha quitado el poder carnal del entendimiento, y en el cual el espíritu de la vida en Cristo Jesús dentro del corazón escucha en la obediencia de la vida, como Cristo hizo. A tales se cumplirá la palabra: "Te doy gracias, Padre, por haber ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los niños".
La lección para todos los ministros y maestros, todos los profesores y teólogos, todos los estudiantes y lectores de la Biblia, es de profunda solemnidad. ¿Hemos sentido, siquiera hemos buscado sentir, que debe haber correspondencia perfecta entre los contenidos espirituales objetivos de la revelación y la aprehensión espiritual subjetiva de ella por nuestra parte? ¿Entre nuestra aprehensión de ella y nuestra comunicación de ella, tanto en el poder del Espíritu Santo? ¿Entre nuestra

comunicación de ella, y la recepción por aquellos a quienes la traemos? ¡Que Dios haga que sobre nuestras salas teológicas y nuestros institutos de formación, sobre los estudios de nuestros comentaristas y escritores, nuestros ministros y maestros, estuvieran escritas esas palabras de Pablo: 'Las cosas de Dios nadie sabe, sino el Espíritu de Dios: a nosotros Dios los reveló a través del Espíritu'! Que nuestros ministros pudieran influenciar y capacitar a sus congregaciones para que vean que no la cantidad, ni la claridad, ni el interés del conocimiento bíblico recibido decidirá la bendición y el poder que trae, sino la medida de la dependencia real del Santo Espíritu. Los que me honran, Yo honré." En ningún lugar la verdad de esta palabra se comprueba más. La crucifixión del yo y toda su sabiduría, la venida en la debilidad, y en el temor, y en gran temblor, como lo hizo Pablo, seguramente será cumplida desde arriba con la demostración del Espíritu y del poder.

¡Creyente! No es suficiente que la luz de Cristo brille sobre ti en la Palabra, la luz del Espíritu debe brillar en ti. Cada vez que uno llega a la palabra, estudia, escucha un sermón, o lee un libro religioso, debe haber, tan distinto como su relación con los medios externos, un acto definido de abnegación, negando su propia sabiduría, y cediéndose en fe al Divino Maestro. Cree muy claramente que Él habita en vosotros. Busca la maestría, la santificación de tu vida interior, en completa entrega y obediencia a Jesús. Regocijaos para renovar vuestra entrega a Él. Rechaza el espíritu del mundo que todavía está en ti, con su sabiduría y confianza en ti mismo; Vengan, en la pobreza de espíritu, para ser guiados por el Espíritu que es de Dios. "No sean hechos conformes al mundo", con su confianza en la carne, y en sí mismos, y su sabiduría; Pero transformados por la renovación de vuestro entendimiento, para que demostréis cuál es la buena, perfecta y aceptable voluntad de Dios. Es una vida transformada, renovada, que sólo quiere conocer la voluntad perfecta de Dios, que será enseñada por el

Espíritu. Cese de su propia sabiduría; Espera la sabiduría en las partes interiores que Dios ha prometido: cada vez más serás capaz de dar testimonio de las cosas que no han entrado en el corazón de los hombres para concebir: "Dios nos las reveló por su Espíritu".

¡Dios mío! Te bendigo por la maravillosa revelación de ti mismo en Cristo crucificado, la sabiduría de Dios y el poder de Dios. Yo te bendigo, que mientras la sabiduría del hombre lo deja desamparado en presencia del poder del pecado y de la muerte, Cristo crucificado demuestra que Él es la sabiduría de Dios por la poderosa redención que Él obra como el poder de Dios. Y Yo Te bendigo, que lo que Él hizo y otorgó como un Salvador Todopoderoso se revela dentro de nosotros por la Divina Luz de Tu Propio Espíritu Santo.
¡Señor! Te rogamos, enséñale a tu Iglesia que dondequiera que Cristo, como poder de Dios, no se manifieste, es porque Él es tan poco conocido como la sabiduría de Dios, en la luz en la que el Espíritu Santo lo revela. Oh! Enseña a tu Iglesia a llevar a cada hijo de Dios a la enseñanza personal y la revelación de Cristo en su interior.
Muéstranos, Dios mío! Que el gran obstáculo es nuestra propia sabiduría, nuestra imaginación que podemos entender la Palabra y la Verdad de Dios. Oh! Enséñanos a ser tontos para que seamos sabios. Que nuestra vida entera se convierta en un acto continuado de fe, para que el Espíritu Santo haga seguramente su obra de enseñanza, guiando y conduciendo a la verdad. ¡Padre! Le diste el poder de revelar a Jesús en Su gloria dentro de nosotros; Esperamos esto. Amén.

Capítulo 23

Espiritual o Carnal.

Y yo, hermanos, no podía hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a bebés en Cristo. Te he alimentado con leche, no con carne; Porque aún no habéis podido soportarlo; Ni siquiera ahora son capaces; Porque mientras hay entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales, y andáis a la manera de los hombres? "- I Cor.3: I-3

En el capítulo anterior, el apóstol había contrastado al creyente como espiritual, con el no regenerado como el hombre natural (o psíquico): el hombre del Espíritu con el hombre del alma (1 Cor.2: 14,15). Aquí complementa esa enseñanza. Él le dice a los Corintios que, aunque tienen el Espíritu, no pueden llamarlos espirituales; Ese epíteto pertenece a aquellos que no sólo han recibido el Espíritu, sino que se han entregado a Él para poseer y gobernar toda su vida. Aquellos que no han hecho esto, en quienes el poder de la carne es aún más manifiesto que el del Espíritu, no deben ser llamados espirituales, sino carnal o carnal. Hay, pues, tres estados en los que puede encontrarse un hombre. El no regenerado es todavía el hombre natural, no teniendo el Espíritu de Dios. El regenerado, que todavía es un bebé en Cristo, ya sea porque acaba de convertirse, o porque se ha detenido y no avanzado, es el hombre carnal, dando paso al poder de la carne. El creyente en quien el Espíritu ha obtenido supremacía total, es el hombre espiritual. Todo el pasaje sugiere una rica instrucción con respecto a la vida del Espíritu dentro de nosotros.
El joven cristiano sigue siendo carnal. La regeneración es un nacimiento: el centro y la raíz de la personalidad, el espíritu, ha sido renovado y tomado posesión por el

Espíritu de Dios. Pero el tiempo es necesario para que su poder de ese centro se extienda a través de toda la circunferencia de nuestro ser. El reino de Dios es como semilla; La vida en Cristo es un crecimiento; Y sería contra las leyes de la naturaleza y la gracia por igual si esperábamos del bebé en Cristo la fuerza que sólo puede encontrarse en los jóvenes, o la rica experiencia de los padres. Aun cuando en el joven convertido hay gran soltería de corazón y fe, con verdadero amor y devoción al Salvador, se necesita tiempo para un conocimiento más profundo del yo y del pecado, para una comprensión espiritual de lo que es la voluntad y la gracia de Dios. Con el joven creyente no es antinatural que las emociones estén profundamente emocionadas, y que la mente se deleite en la contemplación de la verdad Divina; Con el crecimiento en la gracia, la voluntad se convierte en la cosa más importante y la espera del poder del Espíritu en la vida y el carácter más que el deleite en esos pensamientos e imágenes de la vida que sólo la mente podría dar. No debemos preguntarnos si el bebé en Cristo todavía es carnal.

Muchos cristianos siguen siendo carnales. Dios no sólo nos ha llamado a crecer, sino que ha proporcionado todas las condiciones y poderes necesarios para el crecimiento. Y, sin embargo, es tristemente cierto que hay muchos cristianos que, como los Corintios, permanecen bebés en Cristo cuando deben ir a la perfección, "alcanzando a un hombre adulto". En algunos casos la culpa es casi más con la Iglesia y su enseñanza, que con los propios individuos. Cuando la predicación hace que la salvación consista principalmente en el perdón y la paz y la esperanza del cielo, o cuando, si se predica una vida santa, la verdad de Cristo nuestra Santificación, nuestra Suficiente Fortaleza para ser santos y la morada del Espíritu Santo, no sean Enseñado claramente y en el poder del Espíritu, el crecimiento difícilmente puede esperarse: la ignorancia, las

visiones humanas y defectuosas del evangelio, como el poder de Dios para una salvación presente en santificación, son la causa del mal.
En otros casos, la raíz del mal se encuentra en la falta de voluntad del cristiano de negarse a sí mismo y crucificar la carne. El llamado de Jesús a cada discípulo es: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo". El Espíritu sólo se da a los obedientes;Él sólo puede hacer Su obra en aquellos que están dispuestos absolutamente a entregarse a sí mismos a la muerte.
El pecado que demostró que los Corintios eran carnal era sus celos y sus luchas. Cuando los cristianos no están dispuestos a renunciar al pecado de egoísmo y temperamento; Cuando quieren conservar la libertad de dar paso a, o excusar malos sentimientos, de pronunciar sus propios juicios y de hablar palabras que no están en perfecto amor, ya sea en la relación familiar o en el círculo más amplio de la iglesia y la vida pública, permanecen carnal. Con todo su conocimiento, y su disfrute de las ordenanzas religiosas, y su trabajo para el reino de Dios, son carnal y no espiritual. Ellos entristecen al Espíritu Santo de Dios; No pueden tener el testimonio de que son agradables a Dios. Dios es Amor: si no fuéramos carnales, amemos. "Sobre todas las cosas, ponte el amor, que es el vínculo de la perfección."
El cristiano carnal no puede aprehender la verdad espiritual. Pablo escribe a estos Corintios: "Yo os he alimentado con leche, y no con carne; Porque no pudisteis soportarla; Ni siquiera ahora son capaces. Los corintios se enorgullecían de su sabiduría; Pablo agradeció a Dios que estuvieran "enriquecidos en todo conocimiento". No había nada en Su enseñanza que no hubieran sido capaces de comprender con el entendimiento. Pero el verdadero espiritual entrando en la verdad en poder, para poseerla y ser poseída por ella, para tener no sólo los pensamientos, sino lo mismo de lo que las palabras hablan, esto sólo el Espíritu Santo puede

dar. Y Él lo da sólo en el hombre de mente espiritual. La enseñanza y dirección del Espíritu se da al obediente, es precedida por el dominio del Espíritu en la mortificación de las acciones del cuerpo (ver Rom.8: 13 y 14). El conocimiento espiritual no es pensamiento profundo, sino contacto vivo, entrando y uniéndose a la verdad como es en Jesús, una realidad espiritual, una existencia sustancial. 'El Espíritu enseña, combinando cosas espirituales con espirituales'; En una mente espiritual Él obra la verdad espiritual. No es el poder del intelecto, ni siquiera el ferviente deseo de conocer la verdad, que se ajusta a un hombre para la enseñanza del Espíritu; Es una vida cedida a Él en la dependencia de espera y la plena obediencia a ser hecho espiritual, que recibe la sabiduría espiritual y el entendimiento. En la mente (“nous”, en el sentido bíblico del término) estos dos elementos, el moral y el cognitivo, están unidos; Sólo como el primero tiene precedencia y dominio, puede este último aprehender lo que Dios ha hablado.

Es fácil comprender cómo una vida carnal con su andar, y la mente carnal con su conocimiento, actúan y reaccionan unos sobre otros. En cuanto estamos dando paso a la carne, somos incapaces de recibir una visión espiritual de la verdad. Podemos "conocer todos los misterios y tener todo conocimiento", sin amor, el amor que el Espíritu trabaja en la vida interior; Es sólo un conocimiento inflado, no aprovecha nada. La vida carnal hace que el conocimiento sea carnal. Y este conocimiento otra vez, siendo así sostenido en la mente carnal, fortalece la religión de la carne, de la confianza en sí mismo y del esfuerzo propio; La verdad así recibida no tiene poder para renovar y liberar. No es una sorpresa que haya tanta enseñanza bíblica y conocimiento de la Biblia, con tan poco resultado espiritual real en una vida de santidad. ¿Que Dios haga que Su Palabra pudiera sonar a través de Su Iglesia: 'Mientras hay entre vosotros celos y luchas, ¿no

sois carnales?' A menos que vivamos vidas espirituales, llenos de humildad, amor y sacrificio, la verdad espiritual, la verdad de Dios, no puede entrar ni beneficiarnos. El amor solo es luz: falta de amor es oscuridad (1 Juan 2: 9).
Cada cristiano es llamado de Dios para ser un hombre espiritual. Pablo reprende a estos Corintios, sólo hace unos años sacados de un agravamiento nefasto, que aún no son espirituales. La gran redención en Cristo tenía este propósito tan distinto como la eliminación de todo obstáculo, para que el Espíritu de Dios pudiera hacer que el corazón y la vida del hombre fueran un digno hogar para Dios, que es un Espíritu. Esa redención no fue un fracaso; El Espíritu Santo descendió para inaugurar una nueva, antes desconocida, dispensación de la vida y el poder interior. La promesa y el amor del Padre, el poder y la gloria del Hijo, la presencia del Espíritu en la tierra todos son garantía y garantía de que puede ser. Tan seguro como el hombre natural puede convertirse en un hombre regenerado, puede un hombre regenerado, que todavía es carnal, llegar a ser espiritual.
¿Y por qué no es así? La pregunta nos lleva a la presencia de ese misterio extraño e insondable -el poder que Dios ha dado a los hombres de aceptar o rechazar sus ofertas, de ser fiel o de ser infiel a la gracia que Él ha dado. Ya hemos hablado de esa infidelidad por parte de la Iglesia, en su enseñanza defectuosa del poder interior y santificador del Espíritu Santo en el creyente, y por parte de los creyentes en su falta de voluntad de abandonar a todo para dejar que el Espíritu Santo obtenga posesión completa, y hace un trabajo perfecto en ellos. Busquemos aquí, una vez más, buscando que la Escritura enseña en cuanto al camino para llegar a ser espiritual.
Es el Espíritu Santo quien hace al hombre espiritual. Sólo él puede hacerlo. Lo hace ciertamente donde el hombre entero es cedido a Él. Tener el ser entero impregnado, influenciado, santificado por el Espíritu Santo; Para tener

primero nuestro espíritu, luego el alma, con la voluntad, los sentimientos, la mente, y así mismo el cuerpo, bajo Su control, movido y guiado por Él, hace y marca al hombre espiritual.
El primer paso en el camino hacia esto es la fe. Debemos buscar la convicción profunda, viva y absorbente de que hay un Espíritu Santo en nosotros; Que Él es el vigoroso Poder de Dios que habita y obra en el interior; Que Él es el representante de Jesús, haciéndolo presente en nosotros como nuestro Rey Redentor, poderoso para salvar. En la unión de un santo temor y temblor a la casi tremenda gloria de esta verdad de un Dios que mora en sí, con la alegría infantil y la confianza de saber que Él es el Paráclito, el Adquisidor de la Divina e irrevocable presencia de Dios y de Cristo, Este pensamiento debe convertirse en la inspiración de la vida: El Espíritu Santo tiene Su hogar dentro de nosotros: en nuestro espíritu está Su escondido y bendito lugar de morada.
Cuando estamos llenos de la fe de lo que Él es y lo hará, y vemos que no está hecho, preguntamos cual es el estorbo. Encontramos que hay una potencia opuesta, la carne. De la Escritura aprendemos cómo la carne tiene su doble acción: de la carne brota no sólo injusticia, sino justicia propia. Ambos deben confesarse y entregarse a Aquel a quien el Espíritu revelaría y entronizaría como Señor, nuestro Poderoso Salvador. Todo lo que es carnal y pecador, todas las obras de la carne, deben ser entregados y echados fuera. Pero no menos que todo lo que es carnal, por muy religioso que parezca, toda confianza en la carne, todo esfuerzo propio y auto-lucha se arrancan. El alma, con su poder, debe ser llevada al cautiverio y sujeción de Jesucristo. En la profunda y cotidiana dependencia de Dios debe el Espíritu Santo ser aceptado, esperado y seguido.
Así, caminando con fe y obediencia, podemos contar con el Espíritu Santo para hacer una obra divina y muy bendecida dentro de nosotros. Si vivimos por el Espíritu; -esta es la fe

que se necesita; Creemos que Dios, un Espíritu, mora en nosotros. Luego sigue: 'por el Espíritu vivamos;' Esta es la obediencia que se pide. En la fe de ese Espíritu Santo que está en nosotros, sabemos que tenemos suficiente fuerza para caminar por el Espíritu, y entregarnos a Su poderosa obra, para trabajar en nosotros a voluntad y hacer todo lo que es agradable a los ojos de Dios.

¡Dios misericordioso! Te rogamos humildemente que nos enseñes a todos a sacar provecho de las solemnes lecciones de esta porción de tu bendita palabra. Llénanos de santo temor y temblor para que no, con todo nuestro conocimiento de la verdad de Cristo y del Espíritu, debamos ser carnal en disposición y conducta, no caminar en el amor y la pureza de Tu Espíritu Santo. Podemos entender que el conocimiento sólo infla, a menos que esté bajo la regla del amor que se edifica. Danos escuchar tu llamado a todos tus hijos para que sean espirituales. Es tu propósito, que así como con tu Hijo amado, toda su vida cotidiana, incluso en las cosas menos, debe dar evidencia de ser el fruto de la morada de tu Espíritu. Que todos aceptemos el llamamiento, a partir de Tu amor, invitándonos a nuestra mayor bienaventuranza, conforme a tu semejanza en Cristo Jesús.

Capítulo 24

El Templo del Espíritu Santo.

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? "(1 Cor. 3: 16).

Al usar la ilustración del Templo como el tipo de morada de Dios en nosotros por el Espíritu Santo, la Escritura nos invita a estudiar la analogía. El Templo fue hecho en todas las cosas según un patrón visto por Moisés en la Montaña, una sombra proyectada por las Eternas Realidades Espirituales que iba a simbolizar. Una de estas realidades, - porque la Verdad Divina es muy rica y llena y tiene muchas y muy diversas aplicaciones - una de estas realidades sombreadas por el Templo es la triple naturaleza del hombre. Debido a que el hombre fue creado a la imagen de Dios, el Templo no es sólo el establecimiento del misterio del acercamiento del hombre a la presencia de Dios, sino también el modo de entrar de Dios en el hombre, para tomar su morada con él.
Estamos familiarizados con la división del Templo en tres partes. Allí estaba su exterior, visto por todos los hombres, con el atrio exterior, en el que cada israelita podía entrar, y donde se realizaba todo el servicio religioso externo. Había el Lugar Santo, en el cual sólo los sacerdotes podían entrar, para presentar a Dios la sangre o el incienso, el pan o el aceite, que habían traído de afuera. Pero aunque cerca, todavía no estaban dentro del velo; En la presencia inmediata de Dios no podrían venir. Dios habitó en el Lugar Santísimo de todos, en una luz inaccesible, donde nadie podría aventurarse. La entrada momentánea del Sumo Sacerdote una vez al año era sólo para llevar a plena conciencia la verdad de que no había lugar para el hombre allí, hasta que el velo debiera haber sido rasgado y llevado.
El hombre es el templo de Dios. En él también están las

tres partes. En el cuerpo tienes el atrio exterior, la vida visible externa, donde toda la conducta tiene que ser regulada por la ley de Dios, y donde todo el servicio consiste en mirar a lo que se hace sin nosotros y para acercarnos a Dios. Luego está el alma, con su vida interior, su poder de la mente, sentimiento y voluntad. En el hombre regenerado este es el Lugar Santo, donde pensamientos, afectos y deseos se mueven de un lado a otro como los sacerdotes del santuario, prestando a Dios su servicio a plena luz de la conciencia. Y luego entra dentro del velo, escondido de toda vista y luz humana, el santuario escondido muy dentro, "el lugar secreto del Altísimo", donde Dios mora, y donde el hombre no puede entrar, hasta que el velo se rasgue a la voluntad de Dios.

El hombre no sólo tiene cuerpo y alma, sino también espíritu. Más profundo que el que puede entrar el alma con su conciencia, hay una naturaleza espiritual que une al hombre con Dios.

Tan temeroso es el poder del pecado, que en algunos este poder es dado hasta la muerte: son sensuales, no teniendo el Espíritu. En otros, no es nada más que un poder latente, una posibilidad que espera la vivificación del Espíritu Santo. En el creyente es la cámara interior del corazón, de la cual el Espíritu ha tomado posesión, y de la cual espera para hacer Su gloriosa obra, haciendo el alma y el cuerpo santo al Señor.

Y sin embargo, esta morada, a menos que sea reconocida y cedida, y humildemente mantenida en adoración y amor, a menudo trae comparativamente poca bendición. Y la única gran lección que la verdad de que somos templo de Dios, porque Su Espíritu mora en nosotros, debe enseñarnos, es esto, reconocer la Santa Presencia que mora dentro de nosotros. Esto solo nos permitirá considerar a todo el templo, incluso a la corte más externa, como sagrado para Su servicio, y entregar todo poder de nuestra naturaleza a Su dirección y voluntad. La parte más

sagrada del Templo, de la que todo lo demás existía y de la que todos dependían, era el más sagrado de todos. Aunque los sacerdotes nunca pudieran entrar allí, y nunca pudieran ver la gloria que habitaba allí, toda su conducta estaba regulada, y toda su fe animada, por el pensamiento de la Presencia invisible allí. Fue esto lo que dio a la aspersión de la sangre y la quema del incienso su valor. Fue esto lo que hizo un privilegio acercarse, y dio confianza para salir y bendecir. Era el más santo, el más santo de todos, que hizo el lugar de su servicio a ellos un lugar santo. Su vida entera fue controlada e inspirada por la fe de la invisible gloria que mora en el interior del velo.

No es de otra manera con el creyente. Hasta que aprende por la fe a temblar ante el maravilloso misterio de que es templo de Dios, porque el Espíritu de Dios mora en él, nunca se entregará a su alta vocación con la santa reverencia o la gozosa confianza que se convierte en él. Mientras busque sólo en el Lugar Santo, en el corazón, en la medida en que el hombre pueda ver y saber lo que pasa allí, a menudo buscará en vano el Espíritu Santo, o sólo encontrará motivo de amarga vergüenza de que su funcionamiento sea tan poco y débil. Cada uno de nosotros debe aprender a saber que hay un Lugar Santísimo en el templo que él mismo es; El lugar secreto del Altísimo dentro de nosotros debe convertirse en la verdad central en nuestra adoración en el templo. Esto debe ser para nosotros el significado de nuestra confesión: "Yo creo en el Espíritu Santo".

¿Y cómo debe esta fe profunda en la morada oculta llegar a ser nuestra? Tomando nuestra posición, sobre la bendita Palabra de Dios, debemos aceptar y apropiarnos de su enseñanza. Debemos hacer esfuerzo para creer que Dios quiere decir lo que dice. Yo soy un templo; Tal templo que Dios mandó que se construyera de antiguo; Quería que yo viera en ella lo que debía ser. Allí el más santo de todos era el punto central, lo esencial. Todo estaba oscuro, secreto,

oculto, hasta que llegó el momento de la revelación. Exigía y recibía la fe del sacerdote y del pueblo. El más santo de todos dentro de mí, también, es invisible y oculto, algo que solamente la fe pueda conocer y tratar. Déjame, cuando me acerco al Santo, inclinarme ante Él en profunda y humilde reverencia. Déjame que diga que yo creo lo que Él dice, que Su Espíritu Santo, Dios, uno con el Padre y el Hijo, aún ahora tiene su morada dentro de mí. Meditaré y permaneceré quieto, hasta que algo de la abrumadora gloria de la verdad caiga sobre mí, y la fe empiece a darse cuenta: Yo soy Su templo, y en el lugar secreto Él se sienta sobre Su trono. Mientras me entrego en meditación silenciosa y adoración día tras día, entregando y poniendo abierto todo mi ser a Él, Él en Su poder divino, amoroso y vivo, brillará en mi conciencia la luz de Su presencia.

A medida que este pensamiento llena el corazón, la fe de la presencia interior, aunque oculta, influirá; El Lugar Santo será gobernado desde el Santísimo. El mundo de la conciencia en el alma, con todos sus pensamientos y sentimientos, sus afectos y propósitos, vendrá y se entregará al Poder Sagrado que se sienta dentro del trono. En medio de la terrible experiencia del fracaso y del pecado, una nueva esperanza amanecerá. Aunque por mucho tiempo me esforcé fervientemente, no pude guardar el Lugar Santo para Dios, porque no sabía que Él guardaba al Santísimo por Sí Mismo. Si yo le doy allí la gloria debido a Su nombre, en la adoración sagrada del templo interior, Él enviará Su luz y Su verdad a través de todo mi ser, y por la mente y la voluntad revelará Su poder de santificar y bendecir. Y a través del alma, llegando así cada vez más poderosamente bajo Su gobierno, Su poder funcionará hasta en el cuerpo. Con las pasiones y los apetitos dentro, sí, con cada pensamiento puesto en sujeción, el Espíritu Santo oculto a través del alma penetrará cada vez más profundo en el cuerpo. Por medio del Espíritu las obras del cuerpo serán muertas, y el río de agua que fluye de debajo

del trono de Dios y del Cordero pasará por toda la naturaleza exterior con su poder limpiador y acelerador.
Hermano, cree que sois templo del Dios vivo, y que el Espíritu de Dios mora en ti. Has sido sellado con el Espíritu Santo; Él es la marca, la seguridad viva de tu filiación y el amor de tu Padre. Si esto ha sido hasta ahora un pensamiento que te ha traído poco consuelo, mira si la razón no está aquí. Buscabas para Él en el Lugar Santo, en medio de los poderes y servicios de tu vida interior que vienen dentro de tu visión, y apenas puedes discernirlo allí. Y por lo que no podía apropiarse de la comodidad y la fuerza que el Consolador debía traer. No, mi hermano, no allí, no allí. Más abajo, en el lugar secreto del Altísimo, allí lo encontrarás. ¡Dentro de ti! En tu parte más íntima! Allí la fe lo encontrará. Y como la fe adora en santa reverencia ante el Padre, y el corazón tiembla al pensar en lo que ha encontrado, espera en santa quietud en Dios para concederte la poderosa obra de Su Espíritu; Espera en santidad quieta por el Espíritu, y asegúrate de que Él, como Dios, se levantará y llenará Su templo con Su gloria. Y luego recuerde, el velo fue sólo por un tiempo. Cuando la preparación fue completa, el velo de la carne fue rasgado. Al entregar la vida interior de su alma a la vida más íntima del Espíritu, a medida que el tráfico entre el Santísimo y el Santo se haga más verdadero e ininterrumpido, la plenitud del tiempo vendrá en su alma. En el poder de aquel en quien el velo fue rasgado para que el Espíritu fluya de Su cuerpo glorificado, también vendrá a ti una experiencia en la cual el velo será quitado, y el Santísimo y el Santo Arrojado en uno. La gloria oculta del Lugar Secreto fluirá en tu vida cotidiana consciente: el servicio del Lugar Santo estará todo en el poder del Espíritu Eterno.
¡Hermano, caigamos y adoremos! 'Silencio, toda carne, delante de Jehová; Porque es despertado de su santa morada.

¡Dios santo! En la adoración de la maravilla Me inclino ante Ti en presencia de este maravilloso misterio de la gracia: mi espíritu, alma y cuerpo Tu templo. En profundo silencio y adoración acepto la bendita revelación, que en mí también hay un Lugar Santísimo de todos, y que allí Tu gloria oculta tiene su morada.

Oh, Dios mío, perdóname por haberlo sabido tan poco. Ahora acepto temblorosamente la bendita verdad: Dios el Espíritu, el Espíritu Santo, que es Dios Todopoderoso, mora en mí.

Oh Padre mío, revela lo que significa, para que no peque contra ti diciéndolo y no viviéndolo.

¡Bendito Jesús! A Ti, que está sentado en el trono, rindo todo mi ser. En Ti confío en elevarme en poder y tener dominio dentro de mí. En Ti creo por la plenitud de las aguas vivas.

¡Espíritu Santo! Santo Maestro! ¡Poderoso Santificador! Tú estás dentro de mí. En Ti espero todo el día. Yo pertenezco a Ti. Toma toda mi posesión del Padre y del Hijo. Amén.

Capítulo 25

El Ministerio del Espíritu

"Nuestra competencia es de Dios; Que también nos hizo competentes como ministros de un nuevo pacto; No de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu da vida. Pero si el ministerio de la muerte vino con gloria, ¿cómo no será mejor el ministerio del Espíritu con gloria? '- 2 Cor. 3: 6, 7.

En ninguna de sus Epístolas Pablo expone su concepción del ministerio cristiano tan clara y plenamente como en el segundo a los Corintios. La necesidad de reivindicar su apostolado contra los detractores, la conciencia del Poder Divino y la Gloria trabajando en él en medio de la debilidad, el intenso anhelo de su amoroso corazón para comunicar lo que tenía que impartir, movía su alma hasta sus profundidades, y él Nos abre los secretos más íntimos de la vida que hace que uno sea un verdadero ministro de Cristo y Su Espíritu. En nuestro texto tenemos el pensamiento central: encuentra su suficiencia de fuerza, la inspiración y el gobierno de toda su conducta, en el hecho de que ha sido hecho ministro del Espíritu. Si tomamos los diferentes pasajes en que se hace mención del Espíritu Santo en la primera mitad de la Epístola, veremos lo que, a su juicio, es el lugar y la obra del Espíritu Santo en el ministerio, y cuál es el carácter De un ministerio bajo Su dirección y en Su poder.
En la Epístola, Pablo tendrá que hablar con autoridad. Comienza poniéndose a la altura de sus lectores. En su primera mención del Espíritu les dice que el Espíritu que está en Él no es otro que está en ellos. ' Ahora el que nos confirma con usted en Cristo, y nos ungió, es Dios; Que también nos selló, y nos dio el fervor del Espíritu en nuestros corazones "(1:21, 22). La unción del creyente con

el Espíritu, llevándolo a la comunión con Cristo, al ungido, y revelando lo que Él es para nosotros; El sello, marcándolo como propiedad de Dios, y dándole la seguridad de ello; El fervor del Espíritu, asegurando a la vez el anticipo y la aptitud para la herencia celestial en la gloria: de todo esto él y ellos son juntos participantes. Por mucho que hubo entre los Corintios, que era falso e impío, Pablo les habla, piensa en ellos y los ama como uno en Cristo: "El que nos confirma con vosotros en Cristo y nos ungió", este profundo sentido de La unidad llena su alma, sale a través de la epístola, y es el secreto de su poder. Ver 1: 6, 10, 2: 3: "Mi alegría es el gozo de todos ustedes"; 4: 5: 'nosotros mismos, sus siervos;' 4: 10-12: "la muerte obra en nosotros, la vida en vosotros"; 4:15: "todo es por vosotros"; 6: 11,7: 3: "vosotros estáis en nuestros corazones para vivir y morir con vosotros". Si la unidad del Espíritu, la conciencia de ser miembros unos de otros, sea necesaria en todos los creyentes, ¿cuánto más debe ser la marca de los que son ministros? El poder del ministerio a los santos depende de la unidad del Espíritu; El pleno reconocimiento de los creyentes como participantes de la unción. Pero para este fin el ministro debe vivir él mismo como un ungido y sellado, manifestando que tiene el fervor del Espíritu en su corazón.
El segundo pasaje es 3: 3: "Vosotros sois una epístola de Cristo, ministrada por nosotros, escrita con el Espíritu del Dios viviente; No en tablas de piedra, sino en tablas que son corazones de carne". Como distinto acto de Dios, como lo fue la escritura de la ley en las tablas de piedra, es la escritura de la ley del Espíritu en el nuevo pacto y del nombre de Cristo en el corazón. Es una obra divina, en la cual, tan verdaderamente como Dios escribió de antaño, el Espíritu Santo usa la lengua de Su ministro como Su pluma. Es esta verdad la que necesita ser restaurada en el ministerio: no solo que se necesita el Espíritu Santo, sino que Él espera hacer la obra, y que lo hará cuando se mantenga la relación correcta con Él. La propia experiencia

de Pablo en Corinto (Hechos 18: 5-11, 1 Corintios 2: 3) nos enseña qué debilidad consciente, qué temor y temblor, qué sentido de absoluta impotencia puede ser, o más bien es necesario, si el poder de Dios debe descansar sobre nosotros. Toda nuestra epístola confirma esto: fue como un hombre condenado a muerte por el morir del Señor Jesús, que el poder de Cristo obró en él. El Espíritu de Dios está en contraste con la carne, el mundo y el yo, con su vida y su fuerza; Es como estos se han derrumbado, y la carne no tiene nada para gloriarse, que el Espíritu hace la obra. ¡Oh, que la lengua de cada ministro esté preparada para que el Espíritu Santo la use como una pluma con la que escribe!

Luego vienen las palabras de nuestro texto (3: 6, 7), para enseñarnos cuál es la característica especial de este Nuevo Ministerio de la Alianza del Espíritu: da la vida. La antítesis, "la letra mata", se aplica no sólo a la ley del Antiguo Testamento, sino, según la enseñanza de la Escritura, a todo conocimiento que no está en el poder vivificante del Espíritu. No podemos insistir demasiado en que, como la ley, aunque sabemos que era "espiritual", el evangelio también tiene su letra. El evangelio puede ser predicado con mayor claridad y fidelidad; Puede ejercer una fuerte influencia moral; Y sin embargo la fe que viene de ella puede estar en la sabiduría de los hombres, y no en el poder de Dios. Si hay una cosa que la Iglesia necesita llorar en nombre de sus ministros y estudiantes, es que el Ministerio del Espíritu pueda ser restaurado en todo su poder. Oremos para que Dios les enseñe lo que es, personalmente, vivir en la unción, la escalada, el fervor del Espíritu Viviente; Lo que es saber que la letra mata; Lo que es que el Espíritu en la obra da vida; Y lo que, sobre todo, la vida personal es bajo la cual el Ministerio del Espíritu puede trabajar libremente.

Pablo ahora procede a contrastar las dos dispensaciones y los diferentes caracteres de los que viven en ellas. Él

señala cómo, mientras la mente está ciega, hay un velo en el corazón que sólo puede ser quitado cuando nos volvemos al Señor. Y entonces añade (3:17, 18): 'Ahora el Señor es el Espíritu; Y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Pero todos nosotros, con cara descubierta, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como del Señor Espíritu ". Es porque Dios es un Espíritu que Él puede dar al Espíritu. Fue cuando nuestro Señor Jesús fue exaltado en la vida del Espíritu que Él se convirtió en 'el Señor el Espíritu', podría dar el Espíritu del Nuevo Testamento, y en el Espíritu viene a Su pueblo. Los discípulos conocieron a Jesús durante mucho tiempo, sin conocerlo como el Señor el Espíritu. Pablo habla de esto también con respecto a sí mismo (2 Cor.5: 16). Puede haber en el ministerio mucha seria predicación del evangelio del Señor Jesús como el Crucificado, sin la predicación de Él como el Señor el Espíritu. Es sólo cuando la última verdad es aprehendida, y experimentada, y luego predicada, que la bendición doble vendrá de lo que Pablo habla aquí. "Donde está el Espíritu del Señor, es la libertad:" los creyentes serán conducidos a la gloriosa libertad de los hijos de Dios "(Romanos 8: 2, Gálatas 5: 1,18). Y luego: "somos transformados en la misma imagen, como del Señor el Espíritu:" Él hará la obra por la cual fue enviado, para revelar la gloria del Señor en nosotros y al contemplar esa gloria, Cambie de gloria en gloria. Del tiempo antes de Pentecostés estaba escrito: 'El Espíritu no era todavía, porque Jesús aún no era glorificado'. Pero cuando El había sido "justificado en el Espíritu y recibido en gloria", el Espíritu salió de la "gloria excelente" en nuestros corazones, para que nosotros, con la cara descubierta contemplando la gloria del Señor, podamos ser transformados en Su semejanza, De gloria en gloria. ¡Qué llamamiento! El Ministerio del Espíritu! Para sostener la gloria del Señor a Sus redimidos, y para ser usados por Su

Espíritu en su transformación a Su semejanza. 'Por lo tanto, viendo que tenemos este ministerio, no desmayamos'. Es como el conocimiento y reconocimiento de Cristo como el Señor el Espíritu, y del Espíritu, de Cristo como creyentes cambiantes a Su semejanza, vive en la Iglesia, que el ministerio entre los creyentes estará en Vida y Poder, un Ministerio del Espíritu.
El poder del ministerio en el lado Divino es el Espíritu; En el humano, es aquí, como en todas partes, la fe. La siguiente mención del Espíritu es en 4:13: "Teniendo el mismo Espíritu de fe", después de haber expuesto en el capítulo 3 la gloria del Ministerio del Espíritu, y, 4:1-6, la gloria Del Evangelio que predicaba, se dirige a los vasos en los que se encuentra este tesoro. Tiene que reivindicar su aparente debilidad. Pero hace mucho más. En lugar de disculparse por ello, él expone su significado y gloria Divina, Él demuestra lo justo que esto constituyó su poder, porque en su debilidad el poder Divino podía funcionar. Ha sido así ordenado, 'que la excelencia del poder puede ser de Dios, y no de nosotros'. Así que su perfecta comunión con Jesús se mantuvo mientras él llevaba sobre si 'la muerte del Señor Jesús, para que la vida de Jesús también se manifestara en su cuerpo mortal'. Así que en sus sufrimientos había algo del elemento vicario que marcaba a su Señor: "Así que la muerte obra en nosotros, pero la vida en vosotros". Y entonces añade, como la expresión del poder animador que lo sostenía a través de toda resistencia y trabajo: "Pero teniendo el mismo Espíritu de fe", del cual leemos en la Escritura, "según lo que está escrito, yo creía, y por lo tanto he hablado; También creemos, y por lo tanto también hablamos; Sabiendo que el que levantó al Señor Jesús, nos levantará también con Jesús, y nos presentará con vosotros.
La fe es la evidencia de cosas que no se ven. Ve lo Invisible y vive en ella. Comenzando con la confianza en Jesús, "en quien, aunque no lo veáis, sin embargo

creyendo, os alegráis," continúa en toda la vida cristiana. Todo lo que es del Espíritu, es por la fe. La gran obra de Dios, al abrir el corazón de Su hijo a recibir más del Espíritu, es educar su fe en una libertad más perfecta de todo lo que se ve, y más reposo en Dios, hasta la seguridad de que Dios mora Y obra poderosamente en su debilidad. Para ello se envían juicios y sufrimientos. Pablo usa un lenguaje muy notable con respecto a sus sufrimientos en el primer capítulo (versículo 9): "Nosotros mismos hemos tenido la sentencia de muerte en nosotros mismos, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos". Incluso Pablo estaba en peligro de confiar en sí mismo. Nada es más natural; Toda la vida es confidente de sí mismo; Y la naturaleza es consistente consigo misma hasta que muere. Para la obra poderosa que tenía que hacer, necesitaba una confianza en nada menos que el Dios vivo, que levanta a los muertos. Este Dios le guió dando en la aflicción que vino sobre él en Asia la sentencia de muerte en sí mismo. El juicio de su fe fue su fuerza. En nuestro contexto vuelve a este pensamiento: la comunión de la muerte de Jesús es para él el medio y la seguridad de la experiencia del poder de la vida de Cristo. En el espíritu de esta fe él habla: "Sabiendo que Aquel que levantó a Jesús nos levantará también".

No fue hasta que Jesús murió que el Espíritu de vida pudo surgir de Él. La vida de Jesús nació de la tumba: es una vida de muerte. Es como morimos diariamente, y llevamos sobre nosotros el morir de Jesús; Como la carne y el yo se mantienen crucificados y mortificados; Como tenemos en nosotros mismos la sentencia de muerte de Dios sobre todo lo que es de sí mismo y naturaleza, que la vida y el Espíritu de Jesús se manifestarán en nosotros. Y este es el Espíritu de fe, que en medio de la debilidad y la muerte aparente, cuenta con Dios que levanta a los muertos. Y este es el Ministerio del Espíritu, cuando la fe se gloría en las debilidades, para que el poder de Cristo repose sobre

ella. Es como nuestra fe no se tambalea en la tierra y la debilidad de la vasija, ya que consiente que la excelencia del poder será, no de nosotros mismos,o en cualquier cosa que sientamos, sino sólo de Dios, que el Espíritu trabajará en el poder del Dios viviente.
Tenemos el mismo pensamiento en los dos pasajes restantes. En el Cap. 5: 5, vuelve a hablar de "la fervor del Espíritu" en relación con nuestros gemidos y sobrecargados. Y luego en el capítulo 6: 6, el Espíritu es introducido en medio de la mención de sus angustias y labores como la marca de su ministerio. "En todo encomendándonos, como ministros de Dios, con mucha paciencia, en aflicciones, ... en el Espíritu Santo, ... como moribundos, y sin embargo, he aquí, vivimos; Como castigados, y no muertos; Como triste, pero siempre alegre; Como pobres, y sin embargo enriqueciendo a muchos. El poder de Cristo en el Espíritu Santo fue para Pablo una realidad tan viva, que la debilidad de la carne sólo lo llevó a regocijarse y a confiar en él. La morada del Espíritu Santo y el trabajo en Él fue conscientemente el resorte secreta y el poder Divino de su ministerio.
Podemos preguntar: ¿El Espíritu Santo toma el lugar en nuestro ministerio que hizo en Pablo? No hay un ministro o miembro de la Iglesia que no tenga un interés vital en la respuesta. La cuestión no es si la doctrina de la necesidad absoluta del trabajo del Espíritu Santo es admitida; Pero si se da a la seguridad de la presencia y el trabajo esa proporción del tiempo y la vida, del pensamiento y la fe del ministerio, que su lugar, como el Espíritu del Señor Jesús en el Trono, exige. ¿Tiene el Espíritu Santo el lugar en la Iglesia que nuestro Señor Jesús desearía que tuviera? Cuando nuestros corazones se abran a la inconcebiblemente gloriosa Verdad de que Él es el vigoroso Poder de Dios que mora en nosotros, que en Él el Cristo Viviente trabaja a través de nosotros, que Él es la Presencia Real con nosotros del Señor Glorificado en el

Trono, Que la única necesidad del ministerio y de la Iglesia es ésta: esperar en el estrado del Trono sin cesar para ser vestido con el Poder que viene de lo alto. El Espíritu de Cristo, en Su amor y poder, en Su muerte y vida, es el Espíritu del ministerio. Como lo posee, será lo que la Cabeza de la Iglesia quiso que fuera, el Ministerio del Espíritu.

¡Bendito Padre! Te damos gracias por la institución del ministerio de la Palabra, como el gran medio por medio del cual nuestro Señor exaltado realiza Su obra salvadora por el Espíritu Santo. Te damos gracias porque es un ministerio del Espíritu, y por todas las bendiciones que has hecho en el mundo. Nuestra oración es, ¡más bienaventurado Dios! Que Tú lo harás cada vez más y manifiestamente en toda Tu Iglesia lo que Tú quieres que sea: un Ministerio del Espíritu y del Poder. Dale a tus siervos y al pueblo en todas partes un profundo sentido de lo mucho que aún queda por debajo de Tu propósito. Revela cuánto hay en ella de la confianza en la carne, del celo y la fuerza del hombre, de la sabiduría de este mundo. Enséñeles a todos tus siervos verdaderos el santo secreto de dar lugar al Espíritu de Cristo, para que Él los use. Que la presencia consciente de Cristo en sus corazones por el Espíritu Santo les dé gran audacia de la palabra. Que el poder del Espíritu Santo en toda su vida les haga caber vasijas para su uso en la enseñanza de otros. Que el Poder Divino en medio de la debilidad sea la marca de su ministerio público.
Enseña a Tu pueblo a esperar en Su enseñanza, a recibirla, a rogar con Ti por ello como un ministerio del Espíritu. Y que las vidas de los creyentes sean cada vez más, en el poder de tal ministerio, las de los hombres guiados y santificados por el Espíritu Santo. Amén: "Nosotros también somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros". Con los mártires y los misioneros, la persecución y la tribulación han sido la

comunión del sufrimiento y la debilidad de Cristo, Su Poder y Espíritu. No podemos invitar a persecuciones ni sufrimientos; ¿Cómo puede mantenerse en nuestros días esta comunión del sufrimiento y de la muerte de Cristo, el desgarramiento de la carne, tan indispensable para el ministerio del Espíritu? En una profunda entrada en las necesidades y los dolores de la humanidad sufriente que nos rodea. Y en esa abnegación que en nada permite a la carne, a la vida propia, tener su camino, pero cada vez más busca en la debilidad total para dar paso al poder de Cristo para trabajar, y depender de su Espíritu.

Capítulo 26

El Espíritu y la Carne.

¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? "- Gálatas 3: 3
"Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne."- Filipenses 3: 3

La carne es el nombre por el cual la Escritura designa nuestra naturaleza caída, alma y cuerpo. El alma en la creación fue colocada entre lo espiritual o lo Divino y lo sensible o lo mundano a cada uno, y guiarlos hacia esa unión que daría lugar a que el hombre alcanzara su destino, un cuerpo espiritual. Cuando el alma cedió a la tentación del sensible, se separó de la regla del Espíritu y vino bajo el poder del cuerpo-se hizo carne. Y ahora la carne no es sólo sin el Espíritu, sino incluso hostil a ella, la carne es contra el Espíritu. '
En este antagonismo de la carne con el Espíritu hay dos lados. Por un lado, la carne desea contra el Espíritu en su pecado cometiendo y transgrediendo la ley de Dios. Por otra parte, su hostilidad al Espíritu no se manifiesta menos en su búsqueda de servir a Dios y hacer Su voluntad. Al entregarse a la carne, el alma se buscaba a sí misma en lugar del Dios al que el Espíritu la vinculaba; Egoístamente prevaleció sobre la voluntad de Dios; El egoísmo se convirtió en su principio dominante. Y ahora, tan sutil y poderoso es su espíritu de sí mismo, que la carne, no sólo en pecar contra Dios, sino incluso cuando el alma aprende a servir a Dios, todavía afirma su poder, se niega a dejar que el Espíritu solo conduzca, y Sus esfuerzos para ser religioso, sigue siendo el gran enemigo que siempre impide y apaga el Espíritu. Es debido a este engaño de la carne que a menudo ocurre lo que Pablo habla de los Gálatas:

"Habiendo comenzado en el Espíritu, sois vosotros ahora perfeccionado en la carne? A menos que la entrega al Espíritu sea muy entera, y la santidad de espera en Él se mantenga en gran dependencia y humildad, lo que ha comenzado en el Espíritu, muy fácilmente y muy rápidamente pasa a la confianza en la carne. Y lo notable es, lo que a primera vista puede parecer una paradoja, que justo donde la carne busca servir a Dios, allí se convierte en la fuerza del pecado.

¿No sabemos cómo los fariseos, con la justicia propia y la religión carnal, cayeron en el orgullo y el egoísmo, y se convirtieron en siervos del pecado? ¿No fue sólo entre los Gálatas, de quienes Pablo hace la pregunta acerca de perfeccionar en carne lo que comenzó en el Espíritu, y que tiene que advertir contra la justicia de las obras, que las obras de la carne eran tan manifiestas, Estaban en peligro de devorarse unos a otros? Satanás no tiene más artificio para mantener a las almas en esclavitud que incitarlas a una religión en la carne. Sabe que el poder de la carne nunca puede agradar a Dios o vencer al pecado, y a su debido tiempo la carne que ha ganado la supremacía sobre el Espíritu en el servicio de Dios, afirmará y mantendrá esa misma supremacía al servicio del pecado. Es solamente donde el Espíritu verdaderamente e incesantemente tiene todo el liderazgo y regla en la vida de adoración, que tendrá el poder de dirigir y gobernar en la vida de obediencia práctica. Si debo negarme a mí mismo en la relación con los hombres, para vencer el egoísmo y el temperamento y la falta de amor, primero debo aprender a negarme a mí mismo en el trato con Dios. Allí el alma, asiento del yo, debe aprender a inclinarse ante el Espíritu, donde Dios mora.

El contraste entre la adoración en el Espíritu y la confianza en la carne se expresa muy bien en la descripción que hace Pablo de la verdadera circuncisión: la circuncisión del corazón, cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios:

„Que adoran al Espíritu De Dios, y gloriarse en Cristo Jesús, y no confiar en la carne.“ Poniendo en el centro la gloria en Cristo Jesús, como esencia misma de la fe y de la vida cristianas, marca, por un lado, el gran peligro por el cual está acosado, por el otro la salvaguarda por la cual se asegura su disfrute pleno. La confianza en la carne es la única cosa por encima de todos los demás que hace que la gloria en Cristo Jesús no tenga efecto alguno; adorar por el Espíritu la única cosa que solo puede hacer que sea de hecho la vida y la verdad. ¡Que el Espíritu nos revele lo que es así glorificarnos en Cristo Jesús!

Que hay una gloria en Cristo Jesús que está acompañada por mucha confianza en la carne, toda la historia y la experiencia nos enseñan. Entre los Gálatas era así. Los maestros que Pablo usó con tanta intensidad fueron todos predicadores de Cristo Su cruz.Pero ellos lo predicaron, no como los hombres enseñados por el Espíritu para saber cuál debe ser la influencia infinita e impregnada de esa cruz, sino aquellos que, habiendo tenido los comienzos del Espíritu de Dios, habían permitido que su propia sabiduría y sus pensamientos dijeran lo que significaba esa cruz, y así la reconciliaron con una religión que en cierta medida era legal y carnal. Y la historia de la Iglesia de Galacia se repite hasta el día de hoy, incluso en las iglesias que están más seguros de que están libres del error de Galacia. Observe con cuánta frecuencia se habla de la doctrina de la fe de la justificación como si esa fuera la única enseñanza de la Epístola, mientras que la doctrina de la morada del Espíritu, tal como la recibió la fe y el caminar por el Espíritu, apenas se menciona.

Cristo crucificado es la sabiduría de Dios. La confianza en la carne, en relación con la gloria en Cristo, se ve en la confianza en su propia sabiduría. La Escritura es estudiada, y predicada, y escuchada, y creída en, mucho en el poder de la mente natural con poca insistencia sobre la necesidad absoluta de la enseñanza personal del Espíritu.

Se ve en la absoluta confianza con la que los hombres saben que tienen la verdad, aunque la tienen mucho más de la enseñanza humana que la divina, y en ausencia de esa educabilidad que espera a Dios para revelar Su verdad en Su propia luz.
Cristo, a través del Espíritu Santo, no es sólo la Sabiduría, sino el Poder de Dios. La confianza en la carne, junto con mucha gloria en Cristo Jesús, se ve y se sienta en tanto de la obra de la Iglesia Cristiana en la que el esfuerzo humano y el arreglo humano ocupan un lugar mucho más grande que la espera en el Poder que proviene en las alturas. En las organizaciones eclesiásticas más grandes, en las iglesias y círculos individuales, en la vida interior del corazón y del armario, ¡ay! Cuánto esfuerzo infructuoso, lo que a menudo se repite el fracaso, se debe remontar a este mal único! No hay necesidad de reconocer a Cristo, Su persona y obra, como nuestra única esperanza, no hay necesidad de darle la gloria, y sin embargo, mucha confianza en la carne, haciéndola de ningún efecto.
Permítanme preguntar nuevamente, si no hay muchos que se esfuerzan por una vida en la plenitud de la consagración y la plenitud de la bendición que encontrarán aquí el secreto del fracaso. Ayudar a tales ha sido uno de mis primeros objetos y oraciones más fervorosas al escribir este libro. Como en el sermón o en el discurso, en el libro o en la conversación o en la oración privada, se les abría la plenitud de Jesús, con la posibilidad de una vida santa en Él, el alma la sentía todo tan bella y tan simple, que nada le podía impedir más. Y tal vez, al aceptar lo que se veía tan seguro y tan cercano, entró en un goce y experimentó un poder antes desconocido. ¡Ahora había aprendido a gloriarse en Cristo Jesús! Pero no duró. Había un gusano en la raíz. En vano era la búsqueda de cuál era la causa de la incomodidad, o el camino de la restauración. Con frecuencia, la única respuesta que se podía encontrar era que la rendición no era total, o la aceptación de la fe no era

perfecta. Y sin embargo, el alma estaba segura de que estaba dispuesta, por lo que sabía, a renunciar a todo, y anheló dejar que Jesús lo tuviera todo y confiar en Él por todos. Podría casi llegar a perder esperanza de una perfección imposible, si la consagración perfecta y la fe perfecta debían ser la condición de la bendición. Y la promesa era que todo sería tan simple, - sólo la vida para los pobres y débiles.

Escucha, hermano mío, la bendita enseñanza de la Palabra de Dios hoy. Fue la confianza en la carne que arruinó tu gloria en Cristo Jesús. Fue tu ego haciendo lo que el Espíritu solo puede hacer, era el Alma tomar la iniciativa, con la esperanza de que el Espíritu secundaría sus esfuerzos, en lugar de confiar en el Espíritu Santo para dirigir y hacer todo, y luego esperarle. Seguía a Jesús, sin la negación de sí mismo. Era el problema secreto. Venid y escuchad a Pablo cuando él habla de la única salvaguardia contra este peligro: "Somos la circuncisión, que adoramos por el Espíritu de Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, y no tenemos confianza en la carne". Aquí están los dos elementos de la adoración espiritual: El Espíritu exalta a Jesús y disminuye la carne. Y si verdaderamente nos gloriamos en Jesús y lo glorificamos en nosotros, si conociéramos la gloria de Jesús en una experiencia personal e inmutable, libre de la impotencia que siempre marca los esfuerzos de la carne, debemos simplemente aprender lo que esta adoración De Dios por el Espíritu es.

Sólo puedo repetir, una vez más, cuál es el propósito de todo este libro para exponer como la verdad de Dios de su bendita palabra: Gloria en Cristo Jesús. Gloria en Él como el Glorificado que bautiza con el Espíritu Santo. En gran sencillez y confianza creer en Él como habiendo dado Su propio Espíritu dentro de ustedes. Cree en ese don; Creen en el Espíritu Santo que mora en ustedes. Acepta esto el secreto de la vida de Cristo en ti: el Espíritu Santo habita en los escondites de tu Espíritu. Medita en ello, cree a Jesús y

a Su Palabra concerniente a esto, hasta que tu alma se incline con santo temor ante Dios bajo la gloria de la verdad: el Espíritu Santo de Dios está en verdad morando en mí.
Rendirte a Su liderazgo. Hemos visto que Su guía no es primero en la mente o pensamientos, sino en la vida y disposición. Rendirte a Dios, se guiado por el Espíritu Santo en toda tu conducta. Se le promete a aquellos que aman a Jesús y le obedecen: no teme decir que Él sabe que tu le amas y obedeces con todo tu corazón. Recuerda, pues, cuál era el objeto central de su venida: restituir al Señor Jesús que se había marchado a sus discípulos. No os dejaré huérfanos, dijo Jesús. Volveré a ti. No puedo glorificar a un Jesús lejano, de quien estoy separado. Cuando trato de hacerlo, es una cosa de esfuerzo; Debo tener la ayuda de la carne para hacerlo. Sólo puedo verdaderamente gloriarme en un Salvador presente, a quien el Espíritu Santo glorifica, revela en Su gloria, dentro de mí. Al hacer esto, la carne se humilla y se mantiene en su lugar de crucifixión como cosa maldicha: al hacerlo, las acciones de la carne son hechas morir. Y mi única religión será: no hay confianza en la carne, gloriándose en Cristo Jesús, adoración por el Espíritu de Dios.
¡Amado creyente! Habiendo comenzado en el Espíritu, continúa, continúa, persevera en el Espíritu. Cuida en cada momento de continuar o perfeccionar una obra del Espíritu en la carne. No sea tu confianza en la carne tu grito de batalla; que una profunda falta de confianza de la carne y el temor de afligir al Espíritu al caminar según la carne, os mantengan muy bajos y humildes delante de Dios. Oremos a Dios por el espíritu de revelación, para que vean cómo Jesús es todo y lo hace todo, y cómo por el Espíritu Santo una Vida Divina realmente toma el lugar de su vida, y Jesús es entronizado como el Guardián y Guía y Vida del alma.

¡Bendito Dios y Padre! Te damos gracias por la maravillosa provisión que hiciste para que Tus hijos se acercaran a Ti,

gloriándose en Cristo Jesús, y adorando por el Espíritu. Da, Te rogamos, que tal puede ser nuestra vida y todo nuestro servicio religioso.

Sentimos la necesidad de pedirle que nos muestre cómo el gran obstáculo a tal vida es el poder de la carne y los esfuerzos de la vida propia. Abre nuestros ojos, te rogamos, a esta trampa de Satanás. Que todos veamos cuán secreto y sutil es la tentación de tener confianza en la carne, y cuán fácilmente somos llevados a perfeccionar en la carne lo que ha sido comenzado en el Espíritu. Que aprendamos a confiar en Ti para que trabajes en nosotros por Tu Espíritu Santo, tanto en el querer como en el hacer.

Enséñanos, también, Te rogamos, para saber cómo la carne puede ser conquistada y su poder roto. En la muerte de tu Hijo amado, nuestro viejo hombre ha sido crucificado: que podamos contar todas las cosas pérdida para ser hecho conforme a esa muerte, y tener la antigua naturaleza guardada en el lugar de la muerte. Nos entregamos al liderazgo y dominio de Tu Espíritu Santo. Creemos que por medio del Espíritu Cristo es nuestra vida, de modo que en lugar de la vida de esfuerzo y trabajo, una vida completamente nueva funciona dentro de nosotros. Nuestro Padre, en fe, damos todo a Tu Espíritu para que sea nuestra vida en nosotros. Amén.

Capítulo 27

El Espíritu a través de la fe.

Cristo nos ha redimido de la maldición, para que sobre los gentiles venga la bendición de Abraham en Cristo Jesús; Podríamos recibir la promesa del Espíritu por medio de la fe. "Gál. 3: 13,14.

La palabra fe se usa la primera vez en la Escritura en relación con Abraham. Su más alta alabanza, el secreto de su fuerza para la obediencia, y lo que lo hizo tan agradable a Dios, que creyó a Dios; Y así él se hizo el Padre de todos los que creen, y el gran ejemplo de la bendición que el favor Divino siembra, y el camino en el cual viene. Así como Dios le demostró a Abraham el Dios que vivifica a los muertos, Él nos hace también, en mayor medida, dándonos el Espíritu de Su Divinidad para habitar en nosotros. Y así como este Poder Vivificante vino a Abraham a través de la fe, así la bendición de Abraham, como ahora manifestada en Cristo, incluso la promesa del Espíritu, se hace nuestra por la fe. Todas las lecciones de la vida de Abraham se centran en esto: Recibimos la promesa del Espíritu por medio de la fe. Si queremos saber cuál es la fe a través de la cual el Espíritu es recibido, cómo esa fe viene y crece, debemos estudiar lo que Dios nos ha enseñado de ella en la historia de Abraham.
En la vida de Abraham vemos lo que es la fe: el sentido espiritual por el cual el hombre reconoce y acepta la revelación de su Dios, un sentido espiritual llamado y despertado por esa revelación. Fue porque Dios había escogido a Abraham, y decidido a revelarse, que Abraham se convirtió en un hombre de fe. Cada nueva revelación fue un acto de la Divina Voluntad; Es la Voluntad Divina, y la revelación en la que realiza su propósito, que es la causa y

la vida de la fe. Cuanto más distinta es la revelación o el contacto con Dios, más profunda es la fe agitada en el alma. Pablo habla de "confianza en el Dios vivo": es sólo cuando el Viviente, en el poder vivificante de la Vida Divina, se acerca y toca el alma, que la fe viva será llamada. La fe no es un acto independiente, por el cual en nuestras propias fuerzas tomamos lo que Dios dice. Tampoco es un estado enteramente pasivo, en el que sólo sufrimos que Dios nos haga lo que Él quiere. Pero es esa receptividad del alma en la que, como Dios se acerca, y como su Poder viviente nos habla y nos toca, nos rendimos y aceptamos su palabra y su obra.
Por lo tanto, es muy evidente que la fe tiene dos cosas que tratar: primero la Presencia, y luego la Palabra del Señor. Sólo la Presencia Viviente hace la Palabra Viviente; Así el Reino no viene sólo en palabra, sino en poder. Es por esto que hay tanta lectura y predicación de la palabra que lleva tan poco fruto; Tanto esfuerzo y oración por la fe, con tan poco resultado. Los hombres tratan con la palabra más que con el Dios Viviente. La fe ha sido verdaderamente definida como "Tomar a Dios en Su Palabra". Con muchos esto sólo ha significado, tomando la palabra como de Dios; No vieron la fuerza del pensamiento, Tomando a Dios en Su palabra. Una llave o un tirador de puerta no tiene valor hasta que lo uso para la cerradura y la puerta que quiero abrir; Está solo en contacto directo y vivo con Dios mismo que la palabra puede funcionar eficazmente y abrir el corazón para Dios. La fe toma a Dios en Su palabra; Sólo puede hacerlo cuando y como se da a sí mismo. Puedo tener en el libro de Dios todas Sus preciosas promesas más claras y llenas; Puedo haber aprendido perfectamente a comprender cómo tengo que confiar en la promesa de que se cumpla; y sin embargo no puedo encontrar la bendición deseada. La Fe que entra en la herencia es la actitud del alma que espera a Dios mismo, primero para hablar su palabra a mí, y después para hacer la cosa que él ha hablado. La fe es

compañerismo con Dios; La fe es la rendición a Dios; La impresión que hace Su dibujo cercano, la posesión que Él toma del alma por Su Palabra, sosteniéndola y preparándola para Su obra. Una vez que ha sido despertado, vela por cada aparición de la Divina Voluntad; Escucha y acepta siempre la indicación de la Presencia Divina; Busca y espera el cumplimiento de toda Promesa Divina. Tal fue la fe a través de la cual Abraham heredó las promesas. Tal es la fe por la cual la bendición de Abraham viene sobre los gentiles en Cristo Jesús, y por la cual recibimos así la promesa del Espíritu. En todo nuestro estudio de la obra del Espíritu Santo, y de la manera en que Él viene, desde su primer sello, hasta su plena morada y fluidez, retengamos esta palabra: "Recibimos la promesa del Espíritu Por medio de la fe ". Si el creyente está luchando por la plena conciencia de que el Espíritu habita en su interior, para una seguridad más profunda de Su derramamiento fuera del amor de Dios en el corazón, por un crecimiento más grande de todos Sus frutos, por la experiencia más clara de Su guía en toda verdad, O para que el poder de trabajar y de bendecir, recuerde que la ley de la fe, en la que toda la economía de la gracia se basa, aquí exige su aplicación más plena: Según tu fe sea a ti. “Recibimos la promesa del Espíritu por medio de la fe.” Busquemos la bendición de Abraham en la fe de Abraham.
Dejemos, en este asunto, que nuestra fe comience donde comenzó en él: en el encuentro con Dios y esperando en Dios. El Señor se le apareció a Abraham ... Y Abraham se postró sobre su rostro. Y habló Dios con él. Miramos a nuestro Dios y Padre como el Dios vivo, que Él mismo, por Su Omnipotente Poder Vivificador, hará este milagro para con nosotros nosotros: llenarnos con Su Espíritu Santo. La bendición que Él tiene para nosotros es la misma que le dio a Abraham, pero sólo más grande, más llena y más maravillosa. A Abraham, cuando su yo ya estaba muerto, y más tarde, cuando su hijo ya fue atado en el altar, presa de

la muerte, vino como el Dios que daba vida. El creía que vivificaba a los muertos. El ofreció a Isaac contando a Dios capaz de levantarlo. A nosotros viene, ofreciendo a llenar el espíritu, alma y cuerpo con el poder de una vida Divina, a través del Espíritu Santo que mora en nosotros. Seamos como Abraham. Mirando la promesa de Dios, no vaciló a través de la incredulidad, sino que se fortaleció por medio de la fe, dando gloria a Dios, y siendo plenamente seguro de que lo que Él había prometido, Él también podía realizar. Tenemos nuestras almas llenas de la fe de Aquel que ha prometido; nuestros corazones fijos en Aquel que es capaz de realizar: es fe en Dios abre el corazón para Dios, y se prepara para someterse a y recibir Su Divina obra. Dios espera en nosotros para llenarnos con su Espíritu: oh, esperemos en él. Dios debe hacerlo todo con una obra Divina, muy poderosamente y más bienaventurados: esperemos en Él. Leer y pensar, anhelar y orar, consagrarnos y asir la promesa, retener la bendita verdad que el Espíritu habita en nosotros; Todo esto es bueno en su lugar, pero no, trae la bendición. Lo único necesario es tener el corazón lleno de fe en el Dios Viviente; En esa fe para permanecer en contacto vivo con Él, en esa fe para esperar, adorar y trabajar, como en Su Santa Presencia. En tal comunión con Dios, el Espíritu Santo llena el corazón.
Cuando hayamos tomado esta posición, mantengámonos en ella; Entonces estamos en el estado correcto para el Espíritu, en la medida en que Él ya ha tenido acceso a nosotros, revelando aún más lo que Dios ha preparado para nosotros. A medida que pensamos en alguna manifestación especial del Espíritu, de la cual se ha forjado la convicción de la necesidad, o en ir a las promesas de la palabra para ser llevadas a toda la Voluntad de Dios tocando la vida del Espíritu en nosotros, Se mantenga en ese humilde sentido de la dependencia de la cual la confianza infantil es seguramente engendrada. Seremos preservados de esa vida de tensión y esfuerzo que con

tanta frecuencia ha llevado al fracaso, porque en el mismo intento de servir a Dios en el Espíritu estábamos teniendo o buscando confianza en la carne, en algo que sentíamos, o hacíamos o deseábamos que hacer. El profundo matiz de nuestra vida, al escuchar la palabra de Dios, o al pedirle a Dios que nos escuche, en la meditación silenciosa o en la adoración pública, en el trabajo para Dios o en los negocios cotidianos, será la seguridad que domina toda otra certeza: Más dará el Padre Celestial, 'ha dado y dará siempre, el Espíritu Santo a los que le piden'. Tal fe no estará sin sus pruebas. Isaac, la vida dada por Dios y aceptada por la fe de Isaac, tuvo que ser entregada a muerte, para que pudiera ser recibida de regreso en forma de resurrección, como vida de entre los muertos. La experiencia dada por Dios de que el Espíritu trabaja muchas veces pasa, y deja al alma aparentemente aburrida y muerta. Esto es sólo hasta que la lección doble ha sido completamente aprendida; Que una fe puede regocijarse en un Dios vivo, aun cuando todos los sentimientos y experiencias parezcan contradecir la promesa; Y que la vida divina sólo entra como la vida de la carne es dada a la muerte. La vida de Cristo se revela como su muerte obra en nosotros, y como en la debilidad y la nada miramos a Él. Recibimos la promesa del Espíritu por medio de la fe. A medida que la fe se hace más grande y más amplia, la recepción del Espíritu prometido será cada vez más profunda. Cada nueva revelación de Dios a Abraham hizo su fe más fuerte y su conocimiento con Dios más íntimo. Cuando su Dios se acercó, sabía qué esperar; Él sabía confiar en él incluso en las apariencias más inverosímiles, al pedir la muerte de su hijo. Es la fe que espera todos los días en el Dios vivo para revelarse a sí mismo; La fe de que, al aumentar la ternura del oído y la disposición del servicio, se entrega plenamente a Él y a Su Presencia; La fe que sabe que sólo cuando Él quiere revelarse a Sí Mismo puede llegar la bendición, pero que porque siempre ama a revelarse a Sí

Mismo, seguramente vendrá, - esta fe recibe la promesa del Espíritu.
Fue en la Presencia de Dios que esta fe fue despertada y fortalecida en Abraham y los santos de antaño. Fue en la Presencia de Jesús en la tierra que la incredulidad fue expulsada, y esa pequeña fe se hizo fuerte. Fue en la Presencia del glorificado que la fe recibió la bendición de Pentecostés. El Trono de Dios ahora está abierto a nosotros en Cristo; Se convierte en el Trono de Dios y del Cordero: mientras permanecemos en humilde adoración y andamos en servicio amoroso ante el Trono, el río del agua de vida que fluye de debajo fluirá hacia nosotros, y a través de nosotros, y hacia fuera de nosotros. El que cree, fluirán de él ríos de agua.

¡Dios siempre bendito! Que en Tu Divino Amor y Poder te reveles a cada uno de Tus Hijos en la medida de lo posible, aumenta en nosotros, te rogamos, la fe por la cual solo nosotros podemos conocer o recibirte. Ya sea que vengas como el Todopoderoso, o el Redentor, o el Dios Viviente, es siempre la fe que buscas, y según la fe recibimos. ¡Oh Padre! Convencemos profundamente de que tenemos tanto del Espíritu como tenemos fe.
¡Nuestro Santo Dios! Sabemos que es Tu Presencia que despierta y trabaja la fe en el alma que se rinde. Estíranos poderosamente, te rogamos, sí, irresistiblemente en Tu Santa Presencia, y manténnos esperando allí. Oh, líbranos de la terrible fascinación del mundo y la carne, para que Tu Divina Gloria sea nuestro deseo todo absorbente, y todo nuestro corazón se vacíe para recibir la revelación del Espíritu Santo en Cristo interiormente. Deseamos tomar tus palabras y dejar que habiten en nosotros. Deseamos en la quietud del alma que seamos silenciosos ante Dios y esperemos por Él; Para confiar y creer que el Padre nos ha dado Su Espíritu dentro de nosotros, y está trabajando en secreto para revelar a Su Hijo. ¡Oh Dios! Vivimos la vida de

fe; Creemos en el Espíritu Santo. Amén.

Capítulo 28

Caminando por el Espíritu.

Andad por el Espíritu y no cumpliréis la concupiscencia de la carne. Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne, con sus pasiones y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu. "- Gal 5: 16, 24, 25,

"Si vivimos por el Espíritu, caminemos por el Espíritu." Estas palabras nos sugieren muy claramente la diferencia entre la vida cristiana enfermiza y la sana. En el primero, el cristiano se contenta con "vivir por el Espíritu"; Está satisfecho de saber que tiene la nueva vida; Pero no “camina por el Espíritu ". El verdadero creyente, por el contrario, no se contenta sin tener toda su marcha y conversación en el poder del Espíritu. Él camina por el Espíritu, y así no cumple con los deseos de la carne.
A medida que el cristiano se esfuerza por caminar digno de Dios y agradable a Él en todas las cosas, a menudo se siente gravemente perturbado por el poder del pecado, y pregunta cuál puede ser la causa de que con tanta frecuencia falla en conquistarla. La respuesta a esta pregunta se encuentra ordinariamente en su falta de fe o fidelidad, en su debilidad natural o en el gran poder de Satanás. ¡Ay! Si descansa contenido con esta solución. Está bien para él si continúa para encontrar la razón más profunda por la cual todas estas cosas, de las cuales Cristo le aseguró la liberación, todavía pueden vencer. Uno de los secretos más profundos de la vida cristiana es el conocimiento de que el único gran poder que impide que el Espíritu de Dios gobierne, que el último enemigo que debe ceder a Él es la carne. El que sabe lo que es la carne, cómo funciona y cómo debe tratarse, será

conquistador.Sabemos cómo fue por su ignorancia de esto que los Gálatas tan tristemente fracasaron. Fue esto lo que los llevó a intentar perfeccionar en la carne lo que había comenzado en el Espíritu (3: 3). Fue esto lo que les hizo presa a aquellos que deseaban "hacer un espectáculo en la carne" para que ellos pudieran "gloriarse en la carne" (6:12, 13). No sabían lo incorregiblemente corrupta que era la carne. Ellos no sabían que tan pecaminoso como nuestra naturaleza es al cumplir sus propias concupiscencias, tan pecaminoso es al hacer "un espectáculo justo en la carne"; Aparentemente se rinde al servicio de Dios, y se compromete a perfeccionar lo que el Espíritu había comenzado. Porque no sabían esto, no podían comprobar la carne en sus pasiones y concupiscencias; Estos obtuvieron la victoria sobre ellos, para que hicieran lo que no deseaban. No sabían que, mientras la carne, el esfuerzo propio y la voluntad propia tuvieran alguna influencia en servir a Dios, seguiría siendo fuerte para servir al pecado y que la única manera de hacerla impotente para hacer el mal era hacerla impotente en sus intentos de hacer el bien.

Es descubrir la verdad de Dios concerniente a la carne, tanto en su servicio de Dios como del pecado, que esta Epístola fue escrita. Pablo quiere enseñar entonces cómo el Espíritu, y sólo el Espíritu Santo, es el poder de la vida cristiana, y cómo esto no puede ser sino como la carne, con todo lo que significa, es total y enteramente apartada. Y en respuesta a la pregunta de cómo esto puede ser, él da la maravillosa respuesta que es uno de los pensamientos centrales de la revelación de Dios. La crucifixión y muerte de Cristo es la revelación no sólo de una expiación por el pecado, sino de un poder que libera del dominio real del pecado, ya que está arraigado en la carne.

Cuando Pablo, en medio de su enseñanza acerca del caminar en el Espíritu (16-26), nos dice: "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y

concupiscencias", nos dice cuál es la única manera en que la liberación de La carne se encuentra. Para entender esta palabra, 'crucificado, la carne', y habitar en ella, es el secreto de caminar no según la carne, sino según el Espíritu. Que cada uno que anhele caminar por el Espíritu intente entrar en su significado.

"La carne" -en las Escrituras esta expresión significa toda nuestra naturaleza humana en su condición presente bajo el poder del pecado. Incluye todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo. Después de la caída, Dios dijo, 'el hombre es carne' (Génesis 6: 3). Todos sus poderes, intelecto, emociones, voluntad, todos están bajo el poder de la carne. La Escritura habla de la voluntad de la carne, de la mente de la carne (mente carnal), de las pasiones y deseos de la carne. Nos dice que en nuestra carne no mora ningún bien: la mente de la carne está en enemistad contra Dios. En este terreno enseña que nada que sea de la carne, que la mente o la voluntad carnal piense o haga, por muy justo que sea el espectáculo que haga, y por mucho que los hombres se glorifiquen en él, puede tener algún valor a los ojos de Dios. Nos advierte que nuestro mayor peligro en la religión, causa de nuestra debilidad y fracaso, es nuestra confianza en la carne, su sabiduría y su obra. Nos dice que, para agradar a Dios, esta carne, con su voluntad propia y esfuerzo propio, debe ser enteramente desposeída, para dar paso al deseo y al obrar de Otro, que es el Espíritu de Dios. Y que la única manera de ser liberado del poder de la carne, y tenerla fuera del camino, es que sea crucificado y entregado a la muerte.

'Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne'. Los hombres suelen hablar de crucificar la carne como una cosa que tiene que hacerse. La Escritura siempre habla de ello como una cosa que se ha hecho, un hecho consumado. "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con él". "Yo he sido crucificado con Cristo." Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne. "La cruz de nuestro

Señor Jesucristo, por la cual el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo. Lo que Cristo, por medio del Espíritu Eterno, hizo en la cruz, no lo hizo como individuo, sino en el nombre de esa naturaleza humana que, como Cabeza, Él había tomado sobre Sí mismo. Todo aquel que acepta a Cristo lo recibe como el Crucificado, recibe no sólo el mérito, sino el poder de Su crucifixión, se une e identifica con Él y es llamado de manera inteligente y voluntaria a realizar y mantener esa identificación. "Los que son de Cristo Jesús, en virtud de haber aceptado al Cristo crucificado como su vida, han entregado su carne a esa cruz que es de la esencia misma de la persona y el carácter de Cristo como ahora vive en el cielo; Ellos 'han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias'.
Pero, ¿qué significa esto: «han crucificado la carne»? Algunos se contentan con la verdad general: la cruz quita la maldición que había sobre la carne. Otros piensan en causar a la carne dolor y sufrimiento, del deber de negarlo y mortificarlo. Otros, de nuevo, de la influencia moral que ejercerá el pensamiento de la cruz. En cada uno de estos puntos de vista hay un elemento de verdad. Pero si han de ser realizados en el poder, debemos ir a la raíz de la idea: crucificar la carne es, entregarla a la maldición. La cruz y la maldición son inseparables (Deut.21: 2 3, Gal.3: 13). Para decir: "Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Él", "He sido crucificado con Cristo" significa algo muy solemne y terrible. Significa esto: he visto que mi vieja naturaleza, yo mismo, merece la maldición; Que no hay manera de deshacerse de ella, sino por la muerte: la doy voluntariamente a la muerte. He aceptado como mi vida a Cristo que vino a entregarse a sí mismo, Su carne, a la maldita muerte de la cruz; Quien recibió Su nueva vida por causa de esa muerte y en virtud de ella: Yo doy mi viejo, mi carne, mi yo, con su voluntad y obra, como una cosa pecadora, maldita, a la cruz. Está clavado allí: en Cristo estoy muerto y libre de él. Aún no está muerto; Pero día a

día en unión con Cristo lo mantendré allí, haciendo muerto, como ellos todavía buscan levantarse, cada uno de sus miembros y hechos en el poder del Espíritu Santo.
El poder de esta verdad depende de que sea conocido, aceptado y actuado. Si sólo conozco la cruz en su sustitución, pero no, como Pablo se gloria en ella, en su comunión (Gálatas 6:14), nunca puede experimentar su poder para santificar. A medida que la bendita verdad de su Compañerismo se acerca a mí, veo cómo por la fe entro y vivo en comunión espiritual con ese Jesús que, como mi Cabeza y Líder, hizo y demostró la cruz la única escalera al Trono. Esta unión espiritual, mantenida por la fe, se vuelve moral. Tengo la misma mente o disposición que estaba en Cristo Jesús. Considero que la carne es pecaminosa y sólo es apta para la maldición. Acepto la cruz, con su muerte a lo que es carne, asegurada a mí en Jesús, como la única manera de liberarse del poder del yo, y caminar en la nueva vida por el Espíritu de Cristo.
La forma en que esta fe en el poder de la cruz actúa, como la revelación y la eliminación de la maldición y el poder de la carne, es muy simple, y sin embargo muy solemne. Comienzo a entender que mi único peligro en vivir por el Espíritu es ceder a la carne o al yo en su intento de servir a Dios. Veo que no hace efecto la cruz de Cristo. (1 Cor. 1: 17; Gal 3: 3, 5:12, 13; Filipenses 3: 3, 4; Col.2: 18-23.) Yo veo cómo todo lo que era del hombre y la naturaleza, Y el esfuerzo humano, fue para siempre juzgado por Dios en el Calvario. Allí la carne demostró que, con toda su sabiduría y toda su religión, odiaba y rechazaba al Hijo de Dios. Allí Dios probó cómo la única manera de liberar de la carne era darla a la muerte como una cosa maldita. Comienzo a entender que lo único que necesito es: mirar a la carne como Dios lo hace; Para aceptar la orden de muerte la cruz trae a todo en mí que es de la carne; Para mirarla, y todo lo que viene de ella, como una cosa maldita. Como este hábito de alma crece en mí, aprendo a no temer nada más

que el yo. Tiemblo al pensar en permitir que la carne, mi mente natural y mi voluntad, usurpan el lugar del Espíritu Santo. Toda mi postura hacia Cristo es la de un temor humilde, en la conciencia de tener dentro de mí aquella cosa maldita que siempre está lista, como un ángel de luz, para inmiscuirse en el Lugar Santísimo y desviarme a servir a Dios, no En el Espíritu de Cristo, sino en el poder que es de la naturaleza. Es en un temor tan humilde que se enseña al creyente a creer plenamente la necesidad, pero también la provisión del Espíritu Santo de tomar todo el lugar que la carne tuvo una vez, y día tras día gloriarse en la cruz, de la cual él puede decir, 'Por él fui crucificado al mundo'.

A menudo buscamos la causa del fracaso en la vida cristiana. A menudo pensamos que, debido a que estamos bien en lo que los Gálatas no entendían, - justificación por la fe sola - su peligro no era nuestro. ¡Oh, que supimos hasta qué punto hemos permitido que la carne funcione en nuestra religión! Oremos a Dios por la gracia de conocerlo como nuestro enemigo más amargo, y el enemigo de Cristo. La gracia libre no sólo significa el perdón del pecado; Significa el poder de la Vida Nueva a través del Espíritu Santo. Consintamos lo que Dios dice de la carne, y todo lo que viene de ella: que es pecaminoso, condenado, maldito. No temamos nada más que el funcionamiento secreto de nuestra carne. Aceptemos la enseñanza de la Palabra de Dios: 'En mi carne no habita bien'; "La mente carnal es enemistad contra Dios". Pidamos a Dios que nos muestre cómo el Espíritu debe poseernos por completo si queremos agradarle en todas las cosas. Creamos que a medida que nos gloriamos diariamente en la cruz, y en la oración y la obediencia, rendamos la carne a la muerte en la cruz, Cristo aceptará nuestra entrega y voluntad, por Su Divino Poder, manteniendo poderosamente en nosotros la Vida de el Espíritu. Y aprenderemos no sólo a vivir por el Espíritu, sino a ser liberados del poder de la carne, por su crucifixión,

mantenidos por la fe, en la acción de andar por el Espíritu.

¡Bendito Dios! Te ruego que me reveles todo el significado de lo que Tu Palabra me ha estado enseñando, que es como quien ha crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias, que yo pueda andar por el Espíritu.
¡Padre mío! Enséñame a ver que todo lo que es de la naturaleza y del yo es de la carne; Que la carne ha sido probado por Ti, y hallado falto, digno de nada más que la maldición y la muerte. Enséñame que mi Señor Jesús guió el camino, y reconoció la justicia de tu maldición, para que yo también estuviera dispuesto y tuviera el poder de entregarlo a la cruz como una maldición. Oh, dame gracia día por día de temer mucho ante Ti, para que no permita que la carne se entremete en la obra del Espíritu, y le entristezca. Y enséñame que el Espíritu Santo ha sido dado para ser la vida de mi vida, y para llenar todo mi ser con el poder de la muerte y la vida de mi bendito Señor que vive en mí.
¡Bendito Señor Jesús! Que enviaste Tu Espíritu Santo, para asegurar el disfrute ininterrumpido de Tu Presencia y Tu Poder Salvador dentro de nosotros, me entrego a ser totalmente Tuyo, para vivir completamente y sólo bajo Su dirección. Hago con todo mi corazón el deseo de considerar a la carne como crucificada y maldita. Yo consiento solemnemente vivir como un crucificado. ¡Salvador! Tú aceptas mi rendición; Confío en Ti que me guarde este día caminando por el Espíritu. Amén.

Capítulo 29

El Espíritu del Amor

”El fruto del Espíritu es amor. "- Gal 5: 22. “os ruego por el amor del Espíritu”. -Rom.15:30 “Que también nos declaró tu amor en el espíritu”, Col.1: 8

Nuestro tema de hoy nos lleva hasta el centro mismo del santuario interior. Debemos pensar en el Amor del Espíritu. Debemos aprender que el amor no es sólo uno, entre otros, de las gracias del Espíritu, no sólo es el principal entre ellos, sino que el Espíritu no es nada menos que el Amor Divino mismo que desciende a morar en nosotros, Y que tenemos sólo tanto del Espíritu como lo tenemos del Amor.
Dios es un Espíritu: Dios es Amor. En estas dos palabras tenemos el único intento que la Escritura hace para darnos, en lenguaje humano, lo que puede llamarse una definición de Dios. Como Espíritu, tiene vida en sí mismo, es independiente de todo lo que le rodea, y tiene poder sobre todo para entrar en él, para penetrarlo con su propia vida, para comunicarse con él. Es a través del Espíritu que Dios es el Padre de Cristo, el Padre de los espíritus, que Él es el Dios de la creación, que Él es el Dios y Redentor del hombre. Toda la vida es debida al Espíritu de Dios. Y es así porque Dios es Amor. Dentro de sí mismo es amor, como se ve en el Padre dando todo lo que tiene al Hijo, y el Hijo que busca todo lo que tiene en el Padre. En esta vida de Amor entre el Padre y el Hijo el Espíritu es el vínculo de la comunión. El Padre es el Amoroso, la Fuente; el Hijo, el Amado, el gran Embalse de Amor, siempre recibiendo y devolviendo siempre; El Espíritu el Amor Viviente que los hace uno. En Él la Vida Divina del Amor tiene su flujo incesante y desbordante. Es el mismo amor con que el Padre ama al Hijo que descansa sobre nosotros y busca

llenarnos también, y es a través del Espíritu que este Amor de Dios se nos revela y se nos comunica. En Jesús fue el Espíritu el que lo condujo a la obra de amor por la cual fue ungido, para anunciar buenas nuevas a los pobres y liberación a los cautivos; Por medio de ese mismo Espíritu se ofreció a sí mismo un sacrificio por nosotros. El Espíritu viene a nosotros cargado con todo el amor de Dios y de Jesús: el Espíritu es el Amor de Dios.
Y cuando ese Espíritu entra en nosotros, Su primera obra es: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado". Lo que Él da no es sólo la fe o la experiencia de cuánto ama Dios, sino algo infinitamente más glorioso. El Amor de Dios, como existencia espiritual, como Poder Viviente, entra en nuestros corazones. No puede ser de otra manera, porque el Amor de Dios existe en el Espíritu; El derramamiento del Espíritu es la inundación del Amor. Este amor posee ahora el corazón: un mismo amor con el que Dios ama a Jesús, a nosotros mismos y a todos sus hijos, y que desborda a todo el mundo, está dentro de nosotros, y si lo conocemos y confiamos en Él, y nos rendimos a Él, es el poder para nosotros para vivir en Él también. El Espíritu es la Vida del Amor de Dios; El Espíritu en nosotros es el Amor de Dios que toma morada dentro de nosotros.
Tal es la relación entre el Espíritu y el Amor de Dios; Consideremos ahora la relación entre nuestro espíritu y nuestro amor. Debemos referirnos aquí nuevamente a lo que se ha dicho de la triple naturaleza, cuerpo, alma y espíritu del hombre, como constituidos en la creación y desorganizados por la caída. Vimos cómo el alma, como sede de la conciencia de sí mismo, debía estar sujeta al espíritu, el asiento de la conciencia de Dios. Y cómo el pecado era simplemente afirmación del yo, el alma rechazando la regla del espíritu para satisfacerse en la lujuria del cuerpo. El fruto de ese pecado fue que el yo subió al trono del alma, para gobernar allí en lugar de Dios

en el espíritu. El egoísmo se convirtió así en el poder dominante en la vida del hombre. El yo que había rechazado a Dios Su derecho inmediatamente rechazó a su prójimo su debido, y la terrible historia del pecado en el mundo es simplemente la historia del origen, el crecimiento, el poder, el reino del yo. Y sólo cuando el orden original es restaurado cuando el alma da al espíritu la precedencia que reclama, y se niega al yo para dar paso a Dios, que el egoísmo será conquistado, y el amor hacia nuestro hermano fluye del amor hacia Dios. En otras palabras, a medida que el espíritu renovado se convierte en la morada del Espíritu de Dios y Su amor, y como el hombre regenerado se rinde para dejar que el Espíritu tenga el único dominio, ese amor volverá a ser nuestra vida y nuestro gozo. A todos los discípulos, el Maestro dice aquí otra vez: "Que se niegue a sí mismo y me siga". Muchos han buscado en vano seguir a Jesús en su vida de amor, y no pudieron, porque él descuidó de lo que era tan indispensable: negar a sí mismo. El individuo que sigue a Jesús siempre falla, porque no puede amar como él ama.

Si entendemos esto, estamos dispuestos a admitir la afirmación que Jesús hace, y que el mundo hace también, que nuestra prueba de discipulado es ser Amor. El cambio que profesamos haber sufrido es tan divino, la liberación del poder de sí mismo y del pecado tan completo, la permanencia del Espíritu del amor de Dios es tan real y verdadera, y la provisión hecha para permitirnos vivir así, que el amor, o el nuevo mandamiento, como el cumplimiento de la ley, debe ser el desbordamiento natural de la nueva vida en cada creyente. Que no es así es simplemente otra prueba de lo poco que los creyentes entienden su vocación de caminar según el Espíritu, realmente para ser hombres espirituales. Todas las quejas que están siendo continuamente hechas por nosotros mismos o por los que nos rodean, de temperamentos invictos y de egoísmo imperante, de juicios duros y de

palabras desagradables, de la falta de mansedumbre y paciencia y dulzura de Cristo, de lo poco que realmente es hecho por la mayoría de los cristianos en el camino del sacrificio por las necesidades sociales y religiosas del perecer a su alrededor, todo esto es simplemente la prueba de que todavía no se ha entendido que ser cristiano significa simplemente tener al Espíritu De Cristo; Sólo significa tener Su Amor, haber sido hecho por Él una fuente de Amor brotando y fluyendo en corrientes de agua viva. No sabemos lo que el Espíritu debe ser en nosotros, porque no lo hemos aceptado por lo que el Maestro nos dio. Somos más carnales que espirituales. Fue así con los Corintios. En ellos vemos el notable fenómeno de una Iglesia "porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia, de tal manera que nada os falta en ningún don" "abundante en todo en la fe, la expresión y el conocimiento", y sin embargo tan tristemente en falta de amor. »Mientras que entre vosotros hay celos y contiendas, ¿no sois carnales?" El triste espectáculo nos enseña cómo, bajo los primeros movimientos del Espíritu Santo, las facultades naturales del alma, el conocimiento, la fe, la expresión, pueden ser fuertemente afectadas, sin que el yo esté todavía totalmente entregado, y cómo muchos de los dones del Espíritu pueden ser vistos, mientras que el principal de todos, el amor, tristemente falta. Nos enseña cómo ser verdaderamente espiritual No es suficiente para el Espíritu tomar posesión de estas dotaciones naturales del alma y despertarlas para ejercerse en el servicio de Dios. Algo más se necesita. Él ha entrado en el alma, para que por medio de ella pueda obtener un dominio fijo e indiviso en el alma y en el espíritu, que con el yo depuesto Dios puede reinar, y el símbolo de que el yo es depuesto y Dios reina sea Amor, la entrega y el poder de contar nada vida sino el Amor, una vida en el amor del Espíritu.

No muy diferente fue el estado de los Gálatas, a quien se

dirigieron las palabras: "El fruto del Espíritu es Amor". Aunque su error no fue el de los corintios, jactándose de dones y conocimientos, sino de buscar y confiar en las observancias y ordenanzas carnales, el resultado fue en ambos: el pleno dominio del Espíritu no fue aceptado en la vida interior del amor, Y así la carne reinaba en ellos, causando amargura, envidia y enemistad. (Gal. 5: 15,16, 25, 26.) Y aún así es todavía en gran parte de lo que lleva el nombre de la Iglesia Cristiana. Por un lado, la confianza en los dones y el conocimiento, en la solidez del credo y la seriedad del trabajo, en el otro la satisfacción en las formas y servicios, deja la carne en pleno vigor, no crucificado con Cristo, y por lo tanto el Espíritu no es libre de desarrollar una verdadera santidad o una vida en el poder del amor de Cristo. Oh, aprendamos la lección y oramos a Dios muy fervientemente para enseñarle a Su pueblo que una Iglesia o un Cristiano que profesa tener el Espíritu Santo debe demostrarlo en primer lugar por la exhibición de un amor semejante a Cristo. Tanto en su gentileza de portar mal, como en su vida de sacrificio para superar el mal, y para salvar a todos los que están bajo su poder, la vida de Cristo debe repetirse en Sus miembros. El Espíritu es ciertamente el Amor de Dios que viene a nosotros.

Tan penetrante y solemne como esta verdad está en este aspecto, tan reconfortante y alentador es en otro. El Espíritu es el Amor de Dios bajado a nosotros. Entonces tenemos ese amor a nuestro alcance; En verdad está en nosotros. Desde el día en que, al creer, fuimos sellados con el Espíritu Santo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos fue dado". Aunque haya habido poco que ver en nuestras vidas, aunque nosotros mismos apenas la hemos sentido o conocido, aunque la bendición no ha sido reconocida, allí estaba; Con el Espíritu Santo descendió el Amor de Dios en nuestros corazones; Los dos nunca podrían ser

separados. Y si ahora llegamos a la experiencia de la bendición, debemos empezar por una fe muy simple en lo que la palabra dice. La palabra es soplada por el Espíritu, el órgano divinamente preparado por el cual el Espíritu revela lo que es y hace. Al tomar esa palabra como la Verdad Divina, el Espíritu hará que sea la Verdad en nosotros. Creamos que el Espíritu Santo, poseedor y portador de todo el Amor de Dios, ha estado dentro de nuestro corazón con todo ese Amor desde que llegamos a ser hijos de Dios. Debido a que el velo de la carne nunca ha sido rasgado en nosotros, el fluir hacia afuera y el poder de ese Amor ha sido sólo débil, y oculto de nuestra conciencia. Creamos que Él habita en nosotros, para revelar como el Poder de nuestra Vida, el Amor de Dios en nuestros corazones.

En esta fe, que el Espíritu que derrama el Amor está dentro de nosotros, miremos al Padre en oración ferviente, para implorar Su poderosa obra en nuestro hombre interior, para que Cristo more en nuestros corazones, para que podamos estar arraigados y fundados en el amor, que nuestra vida entera pueda tener su fuerza y alimento en amor. Como la respuesta viene, el Espíritu nos revelará primero el Amor de Dios, el Amor del Padre a Cristo como Su Amor a nosotros, el Amor de Cristo a nosotros, el mismo con que el Padre lo amó. Por medio del mismo Espíritu, este amor se eleva y vuelve a su Fuente, como nuestro amor a Dios y a Cristo. Y porque ese Espíritu ha revelado ese mismo amor a todos los hijos de Dios que nos rodean, nuestra experiencia de este que viene de Dios, o regresa a Dios, es siempre una de amor a los hermanos. Así como el agua que desciende en la lluvia y fluye como fuentes o arroyos y se eleva de nuevo al cielo como vapor, es una sola, así que el Amor de Dios en su triple forma; Su amor a nosotros, nuestro amor a él, y el amor el uno al otro como hermanos. El Amor de Dios está dentro de ti por el Espíritu Santo: créalo y regocíjate en él; Entregate a ella como un fuego

divino consumiendo el sacrificio y elevándolo hacia el cielo: Ejercítalo y practícalo en relaciones con todos en la tierra. Entonces comprenderás y probarás que el Espíritu de Dios es el Amor de Dios.

¡Bendito Señor Jesús! En santa reverencia me inclino ante Ti como Amor Encarnado. El amor del Padre te nos dio.
Tu venida fue una misión de Amor. Toda tu vida fue Amor; Tu muerte es Su sello Divino. El único mandamiento que Tú has dado a tus discípulos fue el Amor. Tu oración ante el trono es que Tus discípulos sean uno, como Tú con el Padre, y que Su Amor esté en ellos. El único rasgo principal de Tu semejanza que Tú quieres ver en nosotros es que amamos como Tú amas. La única prueba irresistible para el mundo de Tu misión Divina será el amor de Tus discípulos el uno al otro. Y el Espíritu que viene de Ti para nosotros es el mismo Espíritu de tu amor sacrificándose a si mismo, enseñando a tus santos a vivir y morir por otros, como Tú lo hiciste.
¡Santo Señor Jesús! Mira tu Iglesia, mira nuestros corazones. Y dondequiera que veas que no hay amor como el tuyo, oh, apresúrate y libera a tus santos de todo lo que todavía es egoísta y carente de amor. Enséñales a ceder ese yo, que no puede amar, a la cruz maldita, a esperar el destino que se merece. Enséñanos a creer que podemos amar, porque el Espíritu Santo nos ha sido dado. Enséñanos a comenzar a amar y servir, a sacrificar a sí mismo y a vivir por los demás, para que el amor en acción aprenda su poder, pueda ser aumentado y perfeccionado. Oh, enséñanos a creer que porque Tú vives en nosotros, Tu amor está en nosotros también, y podemos amar como Tú. ¡Señor Jesús, Tú el Amor de Dios! Tu propio Espíritu está dentro de nosotros; Oh, que Él rompa el camino, y llene toda nuestra vida con amor. Amén.

Capítulo 30

La Unidad del Espíritu.

'Que andéis con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor; Dando diligencia para mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo, y un solo Espíritu. "Efesios 4: 1-4.
'Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu. . . . Todo esto obra un solo y mismo Espíritu, dividiéndose a cada uno de manera individual, tal como Él quiere. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo cuerpo; Y todos fueron hechos para beber de un Espíritu. -1 Cor.12: 4, 11, 13.

Sabemos que en los tres primeros capítulos de los Efesios, Pablo había manifestado la gloria de Cristo Jesús como Cabeza de la Iglesia y la gloria de la gracia de Dios en la Iglesia como Cuerpo de Cristo, habitado por el Espíritu Santo, Creciendo en una morada de Dios por el Espíritu, y destinada a ser llena de toda la plenitud de Dios. Habiendo levantado así al creyente a su verdadero lugar en los lugares celestiales, con su vida escondida en Cristo, viene con él a su vida en los terrestres, y en la segunda mitad de la Epístola, enseña cómo caminar digno de Su vocación. Y la primera lección que tiene que dar con respecto a esta vida y caminar sobre la tierra (Efesios 4: 1-4) descansa en la verdad fundacional: el Espíritu Santo lo ha unido no sólo a Cristo en el cielo sino al Cuerpo de Cristo en la tierra. El Espíritu habita no sólo en Cristo en el cielo y en el creyente en la tierra, sino muy especialmente en el cuerpo de Cristo, con todos sus miembros; Y la acción plena y sana del Espíritu sólo se puede encontrar donde la relación correcta existe entre el individuo y todo el cuerpo, en la medida en

que él sabe o entra en contacto con él. Su primer cuidado en su santa caminata debe ser, por lo tanto, dar diligencia para que la unidad del Espíritu se mantenga intacta. Cuando esta unidad del Espíritu y de un cuerpo sea plenamente reconocida, la virtud cardinal de la vida cristiana será la humildad y la mansedumbre (versículos 2, 3), en la que cada uno olvidará y se entregará a sí mismo para los demás; En medio de todas las diferencias y defectos, todos se abrazarían en amor. Así que el nuevo mandamiento sería mantenido, y el Espíritu de Cristo, el Espíritu de Amor sacrificándose por completo a los demás, tendría libre alcance para hacer Su bendita obra. La necesidad de tales enseñanzas la primera Epístola a los Corintios ilustra notablemente. En esa Iglesia hubo abundantes operaciones de las obras del Espíritu Santo. Los dones del Espíritu se manifestaban notablemente, pero las gracias del Espíritu estaban notablemente ausentes. No entendieron cómo hay diversidad de dones, sino el mismo Espíritu; Cómo, en medio de toda diferencia, un solo y mismo Espíritu se divide a cada uno de ellos como Él quiere; Cómo todos habían sido bautizados en un solo Espíritu en un solo cuerpo, y todos fueron hechos para beber de un solo Espíritu. No conocían el camino más excelente, y el principal de todos los dones del Espíritu es el Amor que no busca el suyo propio, y sólo encuentra su vida y su felicidad en los demás.

A cada creyente que se entregue por completo a la dirección del Espíritu, así como a la Iglesia en su conjunto, en sus anhelos por la experiencia en el poder de todo lo que implica la morada del Espíritu, la unidad del Espíritu es una Verdad llena de rica bendición espiritual. En escritos anteriores he usado más de una vez la expresión del pastor Stockmaier: "Ten una profunda reverencia por la obra del Espíritu Santo dentro de ti". Ese mandamiento necesita como complemento de un segundo: Ten una profunda reverencia por la obra del Espíritu Santo en tu hermano.

Esto no es fácil: incluso los cristianos, en otros aspectos avanzados, fracasan a menudo aquí. La causa no es difícil de descubrir. En nuestros libros sobre educación se nos enseña que la facultad de Discriminación, la observación de las diferencias, es una de las más tempranas en desarrollarse en los niños. El poder de la Combinación, o la observación de la armonía que existe en medio de la aparente diversidad, es mayor y viene más tarde; Como el poder de la Clasificación, en su más alta acción, sólo se encuentra en el verdadero genio. La lección encuentra la más notable ejemplificación en la vida cristiana y en la Iglesia. Necesita poca gracia para saber dónde nos diferenciamos de otros cristianos o iglesias, para luchar por nuestros puntos de vista, o para juzgar sus errores en la doctrina o la conducta. Pero esto es ciertamente la gracia, donde, en medio de una conducta que nos tenta o nos aflige, o de una enseñanza que no nos parece ser según la biblia o injusta, damos siempre a la unidad del Espíritu el primer lugar y tenemos fe en el poder del amor para mantener la Unión viva en medio de la separación externa.
Mantener la unidad del Espíritu: tal es el mandamiento de Dios para todo creyente. Es el Nuevo Mandamiento, amarnos unos a otros, en una nueva forma, trazando el amor al Espíritu en el que tiene su vida. Si obedeces el mandamiento, observa cuidadosamente que es en la unidad del Espíritu. Hay una unidad de credo o costumbre, de iglesia o elección, en la cual el vínculo es más de la carne que del Espíritu. Si quieres guardar la unidad del Espíritu, recuerda las siguientes cosas.
Busca saber en ti mismo lo en que la unidad esta para encontrar su poder de apego y de victoria. Hay mucho en ti que es del ego y de la carne, y que puede tomar parte en una unidad que es de esta tierra, pero que dificultará grandemente la unidad del Espíritu. Confiesa que no tienes ningún poder o amor que por ti mismo puedas amar; Todo lo que es de ti mismo es egoísta, y no llega a la verdadera

unidad del Espíritu. Sé muy humilde en el pensamiento de que sólo lo que es de Dios en ti puede unirse con lo que parece desagradable a ti mismo. Se muy alegre en el pensamiento de que en verdad hay en ti lo que puede conquistar al ego, y amar aun lo que parece no querer.
Estudia también para conocer y premiar muy alto lo que es en tu hermano con el cual estás unido. Como en ti mismo, también hay en él, pero un pequeño comienzo, una semilla oculta de la vida divina, rodeada por mucho de lo carnal, y a menudo es muy intolerante y desagradable. Necesitas un corazón muy humilde en el conocimiento de lo indigno que eres, y mucho cariño en la preparación para excusar a tu hermano, porque así lo hizo Jesús en la noche anterior: "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" A mirar persistentemente lo que hay en el hermano de la imagen y del Espíritu del Padre. No lo estiméis por lo que es en sí mismo, sino por lo que es en Cristo, y como sabéis que la misma vida y Espíritu, que tú debes a la gracia libre, está en él también, la unidad del Espíritu triunfará sobre la Diferencia y aversión de la carne. El Espíritu en ti, reconociendo y encontrando al Espíritu en tu hermano, te atará en la unidad de una vida que es de arriba.
Mantenga esta unidad del Espíritu en el ejercicio activo de la comunión. El vínculo entre los miembros de mi cuerpo es más vivo y real, mantenido por la circulación de la sangre y la vida que lleva. '¡En un solo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo! '¡Hay un cuerpo y un Espíritu! La unión interna de la vida debe encontrar expresión y ser fortalecida en la comunión manifiesta del amor. Cultiva la relación no sólo con aquellos que son de una manera de pensar y de adorar contigo mismo, para que la unidad no sea más en la carne que el Espíritu. Estudia en todos tus pensamientos y juicios de otros creyentes para ejercer el amor que no piensa mal. Nunca digas una palabra poco amable de un hijo de Dios, tan poco como de los demás. Amad a cada creyente, no por el bien de lo que en él está

en simpatía con ti o te agrada, sino por el bien del Espíritu del Padre que hay en él. Dése a usted expresamente y con el propósito de amor y trabajo para los hijos de Dios a su alcance, quienes por ignorancia, o debilidad, o rebeldía, no saben que tienen el Espíritu, o lo están afligiendo. La obra del Espíritu es edificar una morada para Dios; Ríndete al Espíritu en ti para hacer la obra. Reconoce tu dependencia de la comunión del Espíritu, en tu hermano, y de su dependencia de ti, y busca tu crecimiento y el tuyo en la unidad del amor.

Toma tu parte en la intercesión unida que se eleva a Dios por la unidad de Su Iglesia. Tome y siga la intercesión del Gran Sumo Sacerdote para todos los que creen, "para que sean uno". La Iglesia es una en la vida de Cristo y el amor del Espíritu. ¡Es, por desgracia! No uno en la unidad manifestada del Espíritu. De ahí la necesidad del mandamiento: Mantener la unidad. Invoca a Dios por las poderosas obras de Su Espíritu en todas las tierras, iglesias y círculos de creyentes. Cuando la marea es baja, cada pequeña piscina a lo largo de la orilla con sus habitantes es separada del otro por una barrera rocosa. A medida que la marea sube, las barreras se inundan, y todos se encuentran en un gran océano. Así será con la Iglesia de Cristo. Como el Espíritu de Dios viene, según la promesa, como las inundaciones sobre la tierra seca, cada uno conocerá el poder en sí mismo y en otros, y el yo desaparecerá como el Espíritu es conocido y honrado.

¿Y cómo debe ser hecho este maravilloso cambio, y el tiempo apresurado a que se cumpliera la oración, 'para que todos sean uno, para que el mundo sepa que tú me enviaste y me has amado como Tú me has amado'? Que cada uno de nosotros empiece por sí mismo. Resuelve ahora mismo, amado hijo de Dios, que ésta será la única marca de tu vida, la prueba de tu filiación, el tener y conocer el Espíritu Inherente. Si quieres unirte, no con lo que te agrada, o está en armonía con tu manera de pensar

y actuar, pero con lo que el Espíritu en ti ve y busca en los demás, debes haberte entregado totalmente a Su manera de pensar y actuar. Y si debes hacer esto, Él debe tener el dominio de todo tu ser. Necesitas permanecer en la conciencia viva y incesante que Él habita dentro de ti. Necesitas orar incesantemente para que el Padre te conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecido con poder por Su Espíritu en el hombre interior. Es en la fe del Dios Triuno, el Padre que da el Espíritu en el nombre del Hijo, y el Espíritu que mora dentro de ti; Es en esta fe llevada a adorar el ejercicio en el escabel del trono de Dios; Está en contacto directo y comunión con el Padre y el Hijo, para que el Espíritu tome posesión plena y penetre todo su ser. Cuanto más completo es Su morada y más poderoso es Su trabajo, más verdaderamente espiritual se convierte su ser, más se hundirá y el Espíritu de Cristo los usará para edificar y unir a los creyentes en una morada de Dios, el Espíritu de Cristo será En ti la santa unción, el aceite de la consagración, para apartarte y habilitarte para que seas, como Cristo fue, un mensajero del amor del Padre. En la humildad y dulzura de la vida cotidiana, en la bondad y tolerancia del amor en medio de todas las diferencias y dificultades de la Iglesia, en la cálida simpatía y sacrificio que sale para encontrar y ayudar a todos los que necesitan ayuda, el Espíritu en ti demostrará que Él pertenece a todos los miembros del cuerpo tanto como a ti, y que a través de ti Su amor alcanza a todos alrededor para enseñar y para bendecir.

¡Bendito Señor Jesús! En Tu última noche en la tierra Tu oración por tus discípulos fue: "Santo Padre, guárdalos, para que sean uno". Tu único deseo era verlos un rebaño unido, todos reunidos y mantenidos juntos en la Única y Omnipotente Mano del Amor. ¡Señor Jesús! Ahora Tú estás en el Trono, venimos a Ti con la misma súplica: ¡Oh, guárdanos, para que seamos uno! Ora por nosotros, Gran

Sumo Sacerdote, para que seamos perfectos en uno, para que el mundo sepa que el Padre nos ha amado como Él te amó.
¡Bendito Señor! Te damos gracias por las señales que Tú estás despertando en Tu Iglesia el deseo de la manifestación al mundo de la unidad de Tu pueblo. Concede, te rogamos, con este fin, las poderosas obras de Tu Espíritu Santo. Que todo creyente conozca el Espíritu que está en él, y que está en su hermano, y que en toda humildad y amor mantenga la unidad del Espíritu con aquellos con los que entra en contacto. Que todos los líderes y guías de Tu Iglesia sean iluminados desde arriba, para que la unidad del Espíritu pueda ser más para ellos que todos los vínculos humanos de unión en el credo o el orden de la iglesia. Que todos los que se han puesto el Señor Jesús sobre todas las cosas se pongan el amor, el vínculo de la perfección.
¡Señor Jesús! Te rogamos, atrae a tu pueblo en oración unida al estrado de tu trono de gloria, de donde dais tu Espíritu para revelar tu presencia a cada uno como presente en todos. Oh, llénanos con tu Espíritu, y seremos un solo Espíritu y un solo Cuerpo. Amén.

Capítulo 31

Lleno del Espíritu.

"Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros." Ef. 5:18

Estas palabras son un comando. Nos imponen, no lo que debe ser el estado de los apóstoles o ministros, sino lo que debe ser la experiencia ordinaria y consistente de todo creyente de corazón sincero. Es el privilegio que todo niño de Dios puede reclamar de su Padre, para ser lleno del Espíritu. Nada menos le permitirá vivir la vida por la cual ha sido redimido, permaneciendo en Cristo, guardando Sus mandamientos y dando mucho fruto. Y sin embargo, ¡cuán poco se ha contado este mandamiento entre los que todos deben guardar! ¡Cuán poco se ha pensado posible o razonable que se espera que todo se mantenga!

Una de las razones de esto es, sin duda, que las palabras se han entendido erróneamente. Porque con el día de Pentecostés, y en más de una ocasión posterior, el ser lleno del Espíritu fue acompañado con el manifiesto entusiasmo de una alegría y un poder sobrenaturales, tal estado ha sido visto como uno de excitación y tensión, bastante inconsistente Con el curso tranquilo de la vida ordinaria. La repentina y la fuerza y la manifestación externa del impulso Divino estaban tan ligadas a la idea de estar llenos del Espíritu, que se pensaba que era algo para ocasiones especiales, una bendición sólo posible para muy pocos. Los cristianos sentían como si no pudieran aventurarse, como si no lo necesitaran, a fijar sus esperanzas tan altas; Como si se les diera la bendición, sería imposible en sus circunstancias mantenerla o manifestarla.

El mensaje que tengo que traer hoy es que el mandamiento es ciertamente para cada creyente, y que, tan amplio como

el precepto, es la promesa y el poder también. Que Dios nos dé gracia, que nuestra meditación en esta Su Palabra pueda despertar en el corazón de cada lector, no sólo un fuerte deseo, sino la firme seguridad de que el privilegio está destinado para él, que el camino no es demasiado duro, que la bendición En la acción muy sin embargo sea convertida en su propiedad.
En un país como Sudáfrica, donde a menudo sufrimos la sequía, encontramos dos tipos de presas o reservas hechos para recuperar y almacenar el agua. En algunas granjas tiene una fuente, pero con un arroyo demasiado débil para regar. Allí se hace un depósito para recoger el agua, y el llenado del depósito es el resultado de la afluencia suave y silenciosa de la fuente día y noche. En otros casos, de nuevo, la granja no tiene fuente alguna; El embalse se construye en el lecho de una corriente o en un hueco donde, cuando llueve, el agua puede ser recogida. En tal lugar, el llenado del embalse, con una fuerte caída de la lluvia, es a menudo el trabajo de unas pocas horas, y se acompaña con una carrera y la violencia libre de peligro. El suministro silencioso de la antigua granja es, al mismo tiempo, el más seguro, porque el suministro, aunque aparentemente débil, es permanente; En áreas donde la precipitación es incierta, un embalse puede permanecer vacío durante meses o años.

Hay la misma diferencia en la forma en que viene la plenitud del Espíritu. En el día de Pentecostés, en los momentos en que se hacen nuevos comienzos, en el derramamiento del Espíritu de conversión en tierras paganas, o de avivamiento entre el pueblo cristiano, de repente, poderosamente, manifiestamente, los hombres están llenos del Espíritu Santo. En el entusiasmo y la alegría de la recién descubierta salvación, el poder del Espíritu está innegablemente presente. Y sin embargo, para los que lo reciben así, hay peligros especiales. La

bendición es a menudo demasiado dependiente de la comunión con otros, o se extiende solamente a las corrientes superiores y más fácilmente alcanzadas de la vida del alma: el repentino es a menudo el superficial; Las profundidades de la voluntad y de la vida interior no han sido alcanzadas. Hay otros cristianos que nunca han participado en una experiencia tan marcada, y en quienes, sin embargo, la plenitud del Espíritu no se ve menos claramente en la profunda e intensa devoción a Jesús, en una conducta en la luz de Su rostro y la conciencia de Su Santa presencia, en la inocencia de una vida de simple confianza y obediencia, y en la humildad de un amor abnegado a todos los alrededores. Ellos tienen sus tipos en lo que Bernabé fue: "hijo de consolación, buen hombre y lleno del Espíritu Santo".

¿Y cuál de ellos es ahora la verdadera manera de ser llenos del Espíritu? La respuesta es fácil. Hay granjas en las que se encuentran ambos depósitos mencionados anteriormente, auxiliares entre sí. Hay incluso reservorios, donde la situación es favorable, en la que se utilizan tanto los modos de llenado. El flujo regular, silencioso, diariamente los mantiene suministrados en tiempo de gran sequía; En tiempo de lluvia están listos para recibir y almacenar grandes suministros. Hay cristianos que no están contentos, sino con visitas especiales y poderosas: el viento impetuoso, las inundaciones derramadas y el bautismo de fuego, estos son sus símbolos. Hay otros a quienes la fuente que brota de dentro, y que fluye tranquilamente, aparece el verdadero tipo de la obra del Espíritu. Felices los que pueden reconocer a Dios en ambos, y se mantienen siempre listos para ser bendecidos en el camino que Él venga.

¿Y cuáles son ahora las condiciones de esta plenitud del Espíritu? La palabra de Dios tiene una respuesta: la fe. Es la fe sola la que ve y recibe lo Invisible, que ve y recibe a Dios mismo. La purificación del pecado y la entrega

amorosa a la obediencia, que fueron las condiciones de la primera recepción del Espíritu, son el fruto de la fe que vio lo que era el pecado y qué la sangre, qué la voluntad y el amor de Dios. De éstos no hablamos aquí otra vez. Nuestro texto es para creyentes que han sido fieles en su búsqueda de obedecer, y sin embargo no tienen lo que anhelan. Por fe deben ver especialmente lo que hay que necesita ser expulsado. La primera condición para ser llenado es estar vaciado. No hablo aquí de la purificación del pecado y de la entrega a la obediencia plena. Éste es siempre el primer esencial. Pero hablo de los creyentes que en esto creen que han hecho lo que Dios exige, y sin embargo les falta la bendición. La primera condición de todo relleno es la vacuidad. ¿Qué es un embalse sino un gran hueco, un gran vacío preparado, esperando, sediento, llorando por el agua que viene? Cualquier verdadera plenitud del Espíritu es precedida por el vaciamiento. "Busqué la bendición mucho tiempo y con seriedad", dijo uno, "y me pregunté por qué no llegó. Por fin me di cuenta de que no había espacio en mi corazón para recibirlo. En tal vaciado hacia fuera hay varios elementos. Una profunda insatisfacción con la religión que hemos tenido hasta ahora. Una conciencia profunda de cuánto ha habido de la sabiduría y la obra de la carne en ella. El descubrimiento, la confesión y la renuncia a todo lo que se había mantenido en nuestras propias manos y en nuestra dirección, en la que había reinado hasta entonces, de todos los que no habíamos pensado que era necesario o posible que Jesús debería ser consultado directamente y satisfecho. Una profunda convicción de impotencia y desamparo absoluto para captar o aprovechar lo que se ofrece. Una entrega, en la pobreza de espíritu, para esperar al Señor en Su gran misericordia y poder, 'según las riquezas de Su gloria, para fortalecernos poderosamente por Su Espíritu en el hombre interior'. Un gran anhelo, sed, esperando, llorando, orando sin cesar para que el Padre cumpla Su promesa en

nosotros, y tome posesión de nosotros dentro. Tal vaciado está en el camino al relleno.
Con esto se necesita la creencia que acepta, que recibe, que sostiene el don. Es a través de la fe en Cristo y en el Padre que la Divina plenitud fluirá en nosotros. De los mismos Efesios, a los cuales se ha dado el mandamiento: "Sed llenos del Espíritu", Pablo había dicho: "En Cristo, habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa". El mandamiento se refiere a lo que ya habían recibido: la fuente estaba dentro de ellos; Tenía que ser abierto, y hecho camino para él; Surgiría y llenaría su ser. Y sin embargo, no como si esto fuera en su propio poder: Jesús había dicho: 'El que cree, sigue creyendo en mí, fluirá de él río de agua viva'. La plenitud del Espíritu es tan verdaderamente en Jesús, la recepción de Él debe ser tan realmente en la continuidad ininterrumpida de una verdadera comunión de vida, la incesante ingesta de la savia de Él la vid viviente debe ser tan distintamente cubierto por el incesante reciprocidad de una fe sencilla, que el resurgir de la fuente en su interior sólo puede estar en la dependencia de Jesús arriba. Es por la fe de Jesús, cuyo bautismo con el Espíritu tiene un comienzo distinto como Su purificación con la sangre, pero también es mantenido por, como continua renovación, que la entrada crecerá cada vez más fuerte hasta que llegue al desbordamiento.
Y sin embargo, la fe en Jesús, y la elevación cada vez mayor y constante del Espíritu, no dispensarán de la fe en el don especial del Padre y en la oración por Su especial y renovado cumplimiento de Su promesa. Para estos mismos Efesios, que tenían así el Espíritu dentro de ellos como el fervor de su herencia, Pablo ora al Padre "para que os conceda, según las riquezas de su gloria, que seáis fortalecidos con poder por medio de su Espíritu en El hombre interior ". Los verbos no significan tanto un trabajo gradual, sino un acto, algo hecho a la vez. La expresión

«según las riquezas de su gloria» indica algo que es una gran exposición del amor y poder divino, algo muy especial y divino. Ellos tenían el Espíritu en su interior. Oró por ellos para que la interposición directa del Padre les diera tales poderosas obras del Espíritu, tal plenitud del Espíritu, que la morada de Cristo, y una vida en el amor que pasa por el conocimiento, y un ser lleno del Plenitud de Dios, podría ser su bendita experiencia personal. Cuando el diluvio vino de antaño, se abrieron las ventanas del cielo arriba y las fuentes del gran abismo. Lo es todavía en el cumplimiento de la promesa del Espíritu: "Derramaré inundaciones sobre la tierra seca". Cuanto más profunda y clara sea la fe en el Espíritu de Vivienda, y cuanto más sencilla la espera en Él, más abundante será la renovada venida del Espíritu desde el corazón del Padre directamente al corazón de Su hijo esperando.

Hay un aspecto más en el que es esencial recordar que esta plenitud llega a la fe. Dios ama, cuando Él aparece, venir en aspecto humilde y poco probable, vestirse con la vestidura de humildad que Él quiere que Sus hijos amen y usen. El Reino de los Cielos es semejante a una semilla: "sólo la fe puede saber qué gloria hay en su pequeñez. Así fue la morada del Hijo en la tierra; Así es la morada del Espíritu en el corazón. Pide ser creído, cuando no se ve ni se siente nada. Cree que la fuente que brota y fluye en los ríos vivos está dentro, incluso cuando todo parece seco. Tómese el tiempo para retirarse a la cámara interior del corazón, y de ahí enviar alabanza y ofrecer adoración a Dios en la seguridad del Espíritu Santo dentro. Tómese el tiempo para estar quieto y darse cuenta, y deje que el Espíritu mismo llene su espíritu con esta más espiritual y celestial de todas las verdades, que Él mora dentro de ti. No en los pensamientos o sentimientos en primer lugar, sino en la vida, más profunda de lo que podemos ver y sentir, es Su templo, su morada escondida. Cuando una vez que la fe sabe que tiene lo que ha pedido, puede darse

el lujo de ser paciente, y puede abundar en acción de gracias, incluso donde la carne murmuraría. Puede confiar en el Jesús Invisible y en el Espíritu Oculto. Puede creer en esa semilla pequeña e improbable, la más pequeña de todas las semillas. Puede confiar y dar gloria a Aquel que es capaz de hacer sobreabundantemente sobre todo lo que puede pensar, y puede fortalecerse poderosamente en el hombre interior, justo cuando todo parece débil y listo para desmayarse. ¡Creyente! No esperen la plenitud del Espíritu en el camino que su razonamiento humano concibe, sino como la venida del Hijo de Dios sin forma ni hermosura, de una manera insensata a la sabiduría humana. Espera la Fuerza Divina en gran debilidad; Convierte-se en un necio para recibir la sabiduría divina que el Espíritu enseña;
Prepárate para no ser nada, porque Dios escoge las cosas que no son para anular lo que es. Así aprenderás a no gloriarse en la carne, sino a gloriarse en el Señor. Y en el profundo gozo de una vida de obediencia diaria y de simplicidad infantil, sabrás lo que es llenarse del Espíritu.

Dios mío Tu plenitud de amor y de gloria es como un océano infinito, infinito e inconcebible. Te bendigo que al revelar a tu Hijo te haya complacido que toda la plenitud de la Deidad habite en él corporalmente, para que en él veamos esa plenitud en la vida y la debilidad humana. Te bendigo que Su Iglesia en la tierra es ahora, en toda su debilidad, Su cuerpo, la plenitud de Aquel que llena todo en todos; Que en él somos hechos llenos; Que por la gran obra de tu Espíritu y por la morada de tu Hijo, y por el conocimiento de tu amor, podamos ser llenos de toda la plenitud de Dios.
¡Bendito Padre! Te doy gracias porque el Espíritu Santo es para nosotros el portador de la plenitud de Jesús, y que al estar lleno del Espíritu, estamos llenos de esa plenitud. Te doy gracias porque allí han habido hombres en la tierra desde Pentecostés, no pocos, de los cuales has visto que

estaban llenos del Espíritu Santo. Dios mío Llename Que el Espíritu Santo tome y mantenga la posesión de mi vida más profunda e íntima. Que tu Espíritu llene mi espíritu.
Deja que la fuente fluya a través de todos los afectos y poderes del alma. Deja que fluya y fluya por mis labios, hablando Tu alabanza y amor. Que el mismo cuerpo, por la energía vivificante y santificadora del Espíritu, sea Tu templo, lleno de la Vida Divina. ¡Señor, Dios mío! Creo que Tú me escuchas. Tú me lo has dado; Lo acepto como mío.
Oh, concede que a través de Tu Iglesia la Fulgencia del Espíritu pueda ser buscada y encontrada, puede ser conocida y probada. Señor Jesús nuestro Rey glorificado, oh, que Tu Iglesia sea llena del Espíritu Santo. Amén.